

Pierre Lemaitre

Vestido de novia



Sophie Duguet no entiende qué le sucede: pierde objetos, olvida situaciones, es detenida en un supermercado por pequeños robos que no recuerda haber cometido. Y los cadáveres comienzan a acumularse a su alrededor.

No podemos desvelar nada más de este *thriller* para así mantener intacto el escalofriante placer de la lectura y la adictiva búsqueda de la verdad por parte del lector.

Lectulandia

Pierre Lemaitre

Vestido de novia

ePub r1.3

Titivillus 14.09.15

Título original: *Robe de marié*

Pierre Lemaitre, 2009

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia & Amaya García Gallego

Imagen de cubierta: Pedro Albornoz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Pascaline, obviamente, sin quien nada de esto...

Sophie

Está sentada en el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas, jadeante.

Léo está pegado a ella, inmóvil, y tiene su cabeza en el regazo. Con una mano ella le acaricia el pelo y con la otra intenta secarse los ojos, pero con movimientos desordenados. Llora. Algunos sollozos se convierten en gritos, chilla, le sale de las entrañas. Cabecea. A veces, la pena es tan intensa que se golpea la parte de atrás de la cabeza contra el tabique. El dolor la reconforta un poco pero no tarda en notar que todo se le vuelve a derrumbar por dentro. Léo se porta muy bien, no se mueve. Baja los ojos hacia él, lo mira, le estrecha la cabeza contra el vientre y llora. Nadie puede imaginarse lo desgraciada que es.

1

Aquella mañana, como tantas otras, se despertó llorando y con un nudo en la garganta, aunque no tenía ninguna preocupación concreta. En su vida, el llanto no es nada excepcional: las lágrimas la acompañan todas las noches desde que está loca. Si por las mañanas no se notara las mejillas empapadas, podría llegar a creer que pasa noches tranquilas de sueño profundo. Por las mañanas, la cara llena de lágrimas y la garganta atenazada son mera información. ¿Desde cuándo? ¿Desde que Vincent sufrió el accidente? ¿Desde su muerte? ¿Desde la primera muerte, muy anterior?

Se ha enderezado apoyándose en un codo. Se seca los ojos con la sábana mientras busca los cigarrillos a tientas y, al no encontrarlos, se acuerda de pronto de dónde está. Lo recuerda todo, lo que sucedió el día anterior, la velada... Recuerda inmediatamente que tiene que irse, salir de esa casa. Levantarse e irse, pero se queda ahí, clavada en la cama, incapaz de un gesto mínimo. Agotada.

Cuando por fin consigue arrancarse de la cama y llegar al salón, la señora Gervais está sentada en el sofá, inclinada sobre el teclado.

—¿Qué tal? ¿Más descansada?

—Bien. Más descansada.

—Tiene mala cara.

—Por las mañanas siempre la tengo.

La señora Gervais guarda el archivo y cierra ruidosamente la tapa del portátil.

—Léo sigue durmiendo —le dice yendo hacia el perchero con paso resuelto—. No me he atrevido a entrar a verlo por miedo a que se despertara. Como hoy no hay clase, es mejor que duerma y así no le da guerra...

Hoy no hay clase. Sophie se acuerda vagamente. Algo sobre una reunión pedagógica. La señora Gervais está de pie junto a la puerta, con el abrigo ya puesto.

—Tengo que irme...

Sophie se da cuenta de que no tendrá valor suficiente para comunicarle lo que ha decidido. De todas formas, aunque lo tuviera, no le daría tiempo. La señora Gervais ya ha cerrado la puerta al salir.

Esta tarde...

Sophie oye sus pasos por la escalera. Christine Gervais nunca coge el ascensor.

Reina el silencio. Por primera vez desde que trabaja aquí, enciende un cigarrillo en pleno salón. Pasea arriba y abajo. Parece la superviviente de una catástrofe, todo lo que ve le resulta intrascendente. Tiene que irse. No le urge tanto, ahora que está sola, de pie, cigarrillo en mano. Pero sabe que por culpa de Léo se tiene que preparar para irse. Para ganar tiempo mientras consigue centrarse, va a la cocina y enciende el hervidor.

Léo. Seis años.

Desde que lo vio por primera vez, le pareció guapo. Eso fue unos tres meses antes, en ese mismo salón de la calle de Molière. Entró corriendo, se paró en seco frente a ella y la miró fijamente ladeando un poco la cabeza, lo que en él indica profunda reflexión. Su madre se limitó a decir:

—Léo, ésta es Sophie, te he hablado de ella.

Él se la quedó mirando un buen rato. Y luego se limitó a decir: «Vale» y se acercó para darle un beso.

Léo es un niño dulce, un poco caprichoso, inteligente y rebosante de vida. El trabajo de Sophie consiste en llevarlo al colegio por la mañana, recogerlo a mediodía y por la tarde, y cuidar de él hasta la hora imprevisible a la que la señora Gervais o su marido consiguen llegar a casa. Así pues, la hora a la que sale de trabajar oscila entre las cinco de la tarde y las dos de la madrugada. La disponibilidad fue la baza decisiva para conseguir el puesto: no tiene vida privada, quedó claro desde la primera entrevista. Aunque la señora Gervais se esforzó por no abusar de esta disponibilidad, la rutina siempre prima sobre los principios y en tan sólo dos meses se convirtió en un engranaje imprescindible en la vida de la familia. Porque siempre está ahí, siempre está lista, siempre está disponible.

El padre de Léo, un cuarentón largo, seco y antipático, es jefe de servicio en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Por su parte, su mujer, alta, elegante y con una sonrisa increíblemente seductora, intenta conciliar la responsabilidad de ejercer de estadística en una auditoría con la de ser la madre de Léo y la mujer de un futuro secretario de Estado. Ambos se ganan muy bien la vida y Sophie tuvo el buen tino de no aprovecharse de ello al fijar el sueldo. De hecho, ni siquiera se le pasó por la cabeza, porque lo que le ofrecían cubría sus necesidades. La señora Gervais aumentó la cantidad acordada al terminar el segundo mes.

En cuanto a Léo, Sophie se ha convertido en su ídolo. Parece ser la única capaz

de conseguir sin el mínimo esfuerzo lo que a su madre le costaría varias horas. En contra de sus temores, no es un niño mimado con exigencias tiránicas, sino un crío tranquilo que sabe escuchar. Claro está que a veces se enrabieta, pero Sophie está muy bien situada en su jerarquía. En lo más alto.

Cada tarde, a eso de las seis, Christine Gervais llama por teléfono para pedir el parte y decir a qué hora llegará, con tono compungido. Siempre habla unos minutos con su hijo y luego con Sophie, con la que procura adoptar un tono un poco personal.

Estos intentos no tienen mucho éxito: sin proponérselo, Sophie reduce la conversación a los temas generales de rigor, entre los que ocupa el lugar esencial el resumen del día.

Léo se acuesta todas las noches a las ocho en punto. Es importante. Sophie no tiene hijos, pero tiene principios. Después de leerle un cuento, se acomoda durante el resto de la velada frente a la inmensa pantalla de televisión extraplana que sintoniza prácticamente todo lo que se emite en los canales por satélite; un regalo encubierto que la señora Gervais le hizo en su segundo mes de trabajo, tras fijarse en que siempre se la encontraba viendo la televisión, llegase a la hora que llegase. Más de una vez, a la señora Gervais le había llamado la atención que una mujer de treinta años, visiblemente culta, se conformara con un empleo tan modesto y se pasara todas las noches delante de la pequeña pantalla, aunque ahora fuera tan grande. En la primera entrevista, Sophie le dijo que había estudiado Comunicación. Como la señora Gervais quería saber algo más, mencionó que tenía un diploma técnico universitario y explicó que había trabajado para una empresa de origen inglés, aunque sin decir en qué puesto, y que había estado casada pero que ya no lo estaba. Christine Gervais se conformó con esos datos. A Sophie se la había recomendado una amiga de la infancia que dirigía una ETT y a quien, por algún motivo misterioso, Sophie le había caído bien en la única entrevista que tuvo con ella. Y además se trataba de una emergencia: la anterior cuidadora de Léo acababa de despedirse inesperadamente y sin preaviso. El rostro sereno y serio de Sophie le había inspirado confianza.

A lo largo de las primeras semanas, la señora Gervais anduvo tanteando para saber algo más sobre su vida, pero renunció a ello con delicadeza, al intuir en las respuestas que alguna «tragedia horrible y secreta» debía de haberle destrozado la existencia; una pizca de ese romanticismo que puede darse en cualquier parte, incluso entre la burguesía más encopetada.

Como ocurre tan a menudo, cuando el hervidor se apaga Sophie está sumida en sus pensamientos. En ella, este estado puede durar mucho tiempo. Son como ausencias. Como si su cerebro se obsesionara con una idea, con una imagen, en la que el pensamiento se va enroscando, muy despacio, como un insecto, haciéndole perder la noción del tiempo. A continuación, por un efecto semejante al de la gravedad, vuelve a caer en el momento presente. Reanuda la vida normal donde la había dejado.

Siempre le pasa lo mismo.

Esta vez, curiosamente, lo que aflora es el rostro del doctor Brevet. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a acordarse de él. Tenía un aspecto que no correspondía con lo que se había imaginado. Por teléfono lo suponía un hombre alto, autoritario, y era muy poquita cosa, parecía el escribiente de un notario, emocionado de que lo autorizaran a recibir a los clientes de segunda. A un lado, una estantería con libros y adornos. Sophie quería quedarse sentada. Lo había dicho al entrar, no quiero tumbarme. El doctor Brevet dio a entender con un gesto de las manos que no había inconveniente. «Aquí no hay que tumbarse», añadió. Sophie contó como pudo qué le pasaba. «Una libreta», dictaminó al cabo el doctor. Sophie tenía que apuntar todo lo que hacía. Cabía la posibilidad de que, en eso de los olvidos, «estuviera haciendo una montaña de un grano de arena». Había que intentar ver las cosas con objetividad, dijo el doctor Brevet. Así, «podrá usted evaluar exactamente qué se le olvida, lo que pierde». De modo que Sophie empezó a apuntarlo todo. Lo hizo durante, ¿cuánto?, unas tres semanas... Hasta la siguiente sesión. Y durante aquel período ¡la de cosas que perdió!, ¡la de citas que olvidó!, y dos horas antes de ir a ver al doctor Brevet se había dado cuenta de que incluso había perdido la libreta. Imposible dar con ella. Lo puso todo patas arriba. ¿No fue aquel día cuando se topó con el regalo de cumpleaños de Vincent? Aquel que no consiguió encontrar cuando quiso darle una sorpresa.

Todo está revuelto, su vida es un revoltijo...

Echa el agua en el tazón y se termina el cigarrillo. Viernes. No hay clase. Normalmente sólo cuida a Léo todo el día los miércoles y algunos fines de semana. Lo lleva aquí y allá, según lo que les apetezca o lo que surja. Hasta ahora, se lo han pasado bastante bien juntos, y se han peleado a menudo. O sea, que todo va bien.

Al menos, hasta que empieza a notar algo, borroso primero, desagradable después. No quiso darle importancia, intentó apartarlo como si fuera una mosca molesta, pero volvía con insistencia. Acabó afectando a su relación con el niño. Al principio, nada alarmante. Solamente algo soterrado, silencioso. Algo secreto que tenía que ver con ellos dos.

Hasta que la verdad se le reveló de pronto, el día antes, en la plaza de Dantremont.

Aquel mes de mayo se despedía de París con muy buen tiempo. Léo quiso tomar un helado. Sophie se sentó en un banco, no se sentía muy bien. Primero atribuyó aquel malestar al hecho de estar en la plaza ajardinada, el lugar que más odia porque se pasa todo el rato intentando no tener que hablar con las madres. Las asiduas, acostumbradas a que rechace cualquier intento, han dejado de dirigirle la palabra, pero le sigue quedando mucho que hacer con las recién llegadas, las ocasionales...,

por no hablar de los jubilados. No le gustan los jardines de la plaza.

Hojea distraídamente una revista cuando Léo se le planta delante. La mira sin ninguna intención concreta, mientras se come el helado. Sophie le devuelve la mirada. Y en ese preciso instante comprende que no puede seguir ocultando lo que ya es obvio: inexplicablemente, ha empezado a aborrecerlo. Él la sigue mirando fijamente y a ella la desquicia ver lo insopportable que le resulta ahora todo cuanto tenga que ver con el niño: la cara de querubín, los labios voraces, la sonrisa estúpida y la ropa ridícula.

«Nos vamos», dijo, igual que podría haber dicho «Me voy». Los engranajes de la cabeza se le han vuelto a poner en marcha. Con sus huecos, sus carencias, sus vacíos, sus ineptitudes... Mientras aprieta el paso camino de casa (Léo se queja de que anda demasiado deprisa), la asaltan imágenes desordenadas: el coche de Vincent estampado contra un árbol y luces giratorias parpadeando en la noche, su reloj en el fondo de un joyero, el cuerpo de la señora Duguet rodando por la escalera, los alaridos de la alarma de la casa en plena noche... Las imágenes se van sucediendo en una dirección y luego en la contraria, imágenes nuevas y antiguas. La maquinaria del vértigo reanuda su movimiento perpetuo.

Sophie pierde la cuenta de sus años de locura. Hace tanto tiempo... Sin duda porque sufre, tiene la sensación de que el tiempo cuenta doble. Una pendiente suave al principio y según van pasando los meses, la sensación de estar en un tobogán, de bajar a toda velocidad. En aquella época, Sophie estaba casada. Todo aquello... fue antes. Vincent era un hombre muy paciente. Siempre que Sophie se acuerda de Vincent, se le aparece como en un fundido encadenado: el Vincent joven, sonriente y eternamente tranquilo, se confunde con el de los últimos meses, de rostro extenuado, tez amarillenta y ojos vidriosos. Al principio de su matrimonio (Sophie vuelve a ver con precisión su piso, parece mentira que en una misma cabeza puedan convivir tantos recursos y tantas carencias) sólo eran despistes. Ésa era la palabra: «Sophie es despistada», pero se consolaba porque siempre lo había sido. Luego, los despistes se convirtieron en rarezas. Y, al cabo de unos meses, todo era un desbarajuste repentino. Se le olvidaban citas, detalles, personas, empezó a perder cosas, las llaves, la documentación, a encontrarlas al cabo de varias semanas en los sitios más peregrinos. Por muy tranquilo que fuera, Vincent se había ido irritando paulatinamente. Era de lo más comprensible. Tanto olvidarse de la píldora, tanto perder los regalos de cumpleaños, los adornos de Navidad... Hasta el carácter mejor templado acaba de los nervios. Fue entonces cuando Sophie se puso a apuntarlo todo, con el esmero escrupuloso de una drogadicta en proceso de desintoxicación. Perdió las libretas. Perdió el coche, se quedó sin varios amigos, la detuvieron por robar, aquellas alteraciones le fueron contaminando poco a poco todos los apartados de la vida y comenzó, como una alcohólica, a tapar las carencias, a hacer trampas, a disimular para que ni Vincent ni nadie se dieran cuenta de nada. Un terapeuta le sugirió que ingresara en el hospital. Se negó, hasta que la muerte decidió invitarse a su locura.

Mientras anda, Sophie abre el bolso, hunde la mano en él, enciende un cigarrillo, temblorosa, y aspira profundamente. Cierra los ojos. Aunque le zumba la cabeza y empieza a sentirse mareadísima, se da cuenta de que Léo ya no va a su lado. Se da la vuelta y ve que se ha quedado atrás, bastante lejos, de pie en plena acera con los brazos cruzados, el rostro hostil y la firme decisión de no moverse. Al ver a ese niño enfurruñado, plantado en medio de la acera, la invade de pronto una rabia terrible. Desanda lo andado, se le pone delante y le da una sonora bofetada.

Se espabila al oír la bofetada. Avergonzada, se da la vuelta para ver si alguien la ha visto. No hay nadie, la calle está tranquila, tan sólo una moto pasa despacio junto a ellos. Mira al niño, que se frota la mejilla y le devuelve la mirada sin llorar, como si notase más o menos que en realidad todo aquello no va con él.

—A casa —dice Sophie tajantemente.

Y ya está.

No se volvieron a hablar en todo lo que quedaba de tarde. Los dos tenían sus propios motivos. Sophie se preguntó de forma inconcreta si aquella bofetada le traería algún problema con la señora Gervais, aunque sabía que le daba igual. Ahora tenía que irse, todo sucedía como si se hubiese marchado ya.

Como si lo hubiese hecho apostado, aquella noche Christine Gervais volvió tarde. Sophie estaba dormida en el sofá mientras en la pantalla jugaban un partido de baloncesto en medio de un chaparrón de gritos y aplausos. La despertó el silencio cuando la señora Gervais apagó la televisión.

—Es tarde... —se disculpó.

Sophie miró la silueta con abrigo plantada delante de ella. Farfulló un «no» apagado.

—¿Quiere quedarse a dormir?

Cuando regresa tarde, la señora Gervais siempre le ofrece que se quede; ella dice que no y la señora Gervais le paga un taxi.

A toda velocidad Sophie vuelve a ver la película del final de ese día, la velada silenciosa, las miradas esquivas, Léo, muy serio, escuchando pacientemente el cuento mientras pensaba a todas luces en otra cosa. Y tolerando de forma tan evidente el último beso, que a Sophie se le escapó sin querer:

—Ya pasó, peque, ya pasó. Lo siento...

Léo asintió con la cabeza. Fue como si en ese instante la vida adulta hubiese irrumpido bruscamente en su universo y él también estuviera agotado. Se durmió enseguida.

Sophie se sentía tan abatida que aquella vez sí que aceptó quedarse a dormir.

Aprieta entre las manos el tazón de té, que ya se ha enfriado, sin inmutarse por las lágrimas que caen pesadamente en el parqué. Durante un breve instante aparece una imagen, el cuerpo de un gato clavado en una puerta de madera. Un gato blanco y

negro. Además de otras imágenes. Sólo muertos. Hay muchos muertos en esta historia suya.

Ya es la hora. Un vistazo al reloj de pared de la cocina: las nueve y veinte. Sin darse cuenta, ha encendido otro cigarrillo. Lo apaga nerviosamente.

—¡Léo!

Su propia voz la sobresalta. Percibe en ella angustia, sin saber de dónde viene.

—¿Léo?

Entra corriendo en el cuarto del niño. En la cama, bajo las mantas hay un bulto que dibuja la forma de una montaña rusa. Sophie respira aliviada e incluso esboza una sonrisa. El miedo, al disiparse, la arrastra a su pesar hacia una especie de ternura agradecida.

Se acerca a la cama diciendo:

—Pero, bueno, ¿dónde se ha metido este niño?

Se da la vuelta.

—¿Estará aquí?

Da un ligero portazo en el armario de pino sin dejar de vigilar la cama de reojo.

—En el armario no está. ¿Y en los cajones?

Abre y cierra un cajón una vez, dos veces, tres veces, mientras dice:

—En éste no... En éste tampoco... Pues no... Pero ¿dónde se habrá metido?

Se acerca a la puerta y alza la voz:

—Bueno, pues como no está aquí, me voy...

Cierra la puerta ruidosamente pero se queda en el cuarto, clavando la vista en la cama y en la forma de las sábanas. Acecha algún movimiento. Y se adueña de ella un malestar, un vacío en el estómago. Esa forma es imposible. Se queda quieta, de nuevo afluyen las lágrimas pero ya no son las mismas, son las de antaño, las que irisan el cuerpo ensangrentado de un hombre caído sobre el volante, las que acompañan a las palmas de sus manos en la espalda de la anciana en el momento en que sale disparada escaleras abajo.

Se acerca a la cama con paso de autómata y arranca las sábanas de un tirón.

Ahí está Léo, pero no duerme. Está desnudo, encogido, con las muñecas atadas a los tobillos y la cabeza doblada entre las rodillas. De perfil, la cara tiene un color espantoso. El pijama ha servido para atarlo firmemente. En el cuello, un cordón de zapato tan apretado que ha dibujado un surco profundo en la carne.

Sophie se muerde el puño pero no consigue contener el vómito. Se inclina hacia delante, consigue in extremis no agarrarse al cuerpo del niño pero no le queda más remedio que apoyarse en la cama. De inmediato, el cuerpecito rueda hacia ella y la cabeza de Léo le golpea las rodillas. Lo aprieta tan fuerte contra sí que nada puede impedir que caigan uno encima del otro.

Y así está ahora, sentada en el suelo, con la espalda contra el tabique y el cuerpo de Léo pegado a ella, inerte, helado... Sus propios alaridos la desconciertan como si fueran de otra persona. Baja la mirada hacia el niño. A pesar del velo de lágrimas que

le nubla la vista, calibra el alcance del desastre. Le acaricia el pelo con gesto mecánico. La cara, ocre y jaspeada, está vuelta hacia ella, pero los ojos fijos se abren al vacío.

2

¿Cuánto tiempo? No lo sabe. Vuelve a abrir los ojos. Lo primero que nota es el olor de su camiseta cubierta de vómitos.

Sigue sentada en el suelo, con la espalda contra la pared del dormitorio, mirando ese suelo obstinadamente, como si quisiera que nada volviera a moverse, ni su cabeza, ni sus manos, ni sus pensamientos. Quedarse allí, inmóvil, fundirse con la pared. Cuando una se para, todo debe pararse, ¿no? Pero ese olor le revuelve el estómago. Gira la cabeza. Un movimiento mínimo hacia la derecha, en dirección a la puerta. ¿Qué hora es? Movimiento inverso, mínimo, hacia la izquierda. En su campo visual, una pata de la cama. Es como un puzzle: basta con una sola pieza para reconstruir mentalmente todo el conjunto. Sin mover la cabeza, agita muy levemente los dedos, siente una cabellera, vuelve como una nadadora a la superficie donde la espera el horror pero la detiene de inmediato una descarga eléctrica que le atraviesa el cuerpo: el teléfono acaba de ponerse a bramar.

Esta vez, la cabeza no duda y se vuelve inmediatamente hacia la puerta. De ahí es de donde viene el timbrazo, del aparato más próximo, el que está en el pasillo encima de una mesa de cerezo. Sophie baja la mirada un instante y la imagen del cuerpo del niño la golpea: echado de lado, con la cabeza en su regazo, con la inmovilidad del personaje de un cuadro.

Ahí están, un niño muerto tendido a medias encima de ella, el timbre de un teléfono que no quiere dejar de sonar y Sophie, que está a cargo del niño y que es quien suele coger el teléfono, sentada contra la pared, cabeceando y oliendo sus vómitos. Le da vueltas la cabeza y vuelve a sentir el mismo mareo, va a desmayarse. Se le está derritiendo el cerebro, tiende la mano desesperadamente, como en un naufragio. Está tan desquiciada que le parece que el timbre es un tono más agudo. Es lo único que oye ahora, se le clava en el cerebro, la llena hasta arriba y la paraliza. Con las manos hacia delante y luego hacia los lados, como una ciega, busca a tientas dónde apoyarse y acaba encontrando algo duro, a la derecha, a lo que aferrarse para no naufragar del todo... Se le ha aferrado la mano a la esquina de la repisa sobre la que está la lámpara de cabecera de Léo. Aprieta con todas sus fuerzas y el mareo retrocede un instante con ese ejercicio muscular. Y el timbre deja de sonar. Transcurren lentamente varios segundos. Sophie aguanta la respiración. Cuenta, despacio, mentalmente..., cuatro, cinco, seis..., el timbre ha dejado de sonar.

Sophie mete un brazo por debajo del cuerpo de Léo. No pesa nada. Consigue

colocarle la cabeza en el suelo y, con un esfuerzo descomunal, ponerse de rodillas. Ahora ha vuelto el silencio, casi tangible. Respira a trompicones, como una parturienta. Por la comisura de los labios le sale un largo hilillo de saliva. Sin volver la cabeza, mira al vacío: busca una presencia. Piensa: aquí hay alguien, en este piso, alguien que ha matado a Léo, alguien que me va a matar a mí también.

En ese instante, el timbre del teléfono vuelve a sonar. Otra descarga eléctrica le recorre el cuerpo de arriba abajo. Busca a su alrededor. Encontrar algo, deprisa... La lámpara de cabecera. La agarra y da un tirón seco. El cable eléctrico cede y Sophie avanza por la habitación, despacio, hacia el timbre, paso a paso, sujetando la lámpara como una antorcha, como un arma, sin darse cuenta de lo ridículo de la situación. Pero resulta imposible notar la mínima presencia con ese teléfono bramando, chillando, siempre igual, con ese timbre que taladra el espacio mecánica y obsesivamente. Ha llegado hasta la puerta del dormitorio cuando el silencio vuelve de golpe. Avanza y de repente, sin saber por qué, está convencida de que en el piso no hay nadie, de que está ella sola.

Sin ni siquiera pensárselo, sin vacilar, sigue hasta el final del pasillo, hacia las otras habitaciones, con la lámpara colgando del brazo a media asta y con el cable a rastras. Vuelve hacia el salón, entra en la cocina y sale de nuevo, abre puertas, todas las puertas.

Está sola.

Se derrumba en el sofá y por fin suelta la lámpara de cabecera. Los vómitos de la camiseta parecen recientes. Otra vez a sentir asco. Se quita la camiseta de un tirón, la tira al suelo, se levanta y va hasta el dormitorio del niño. Ahí está ella, apoyada en el quicio, mirando el cuerpecito muerto que yace de costado, con los brazos cruzados sobre los pechos desnudos, llorando muy bajito... Tiene que llamar. Ya no sirve de nada, pero tiene que llamar. A la policía, a urgencias, a los bomberos..., ¿a quién se llama en estos casos? ¿A la señora Gervais? El miedo le muerde las entrañas.

Le gustaría moverse pero no puede. Dios mío, Sophie, ¿en qué berenjenal te has metido? Como si no tuvieras ya bastante... Deberías irte ya mismo, ahora, antes de que vuelva a sonar el teléfono, antes de que la madre se preocupe y se plante aquí en un taxi, con gritos, lágrimas, la policía, preguntas e interrogatorios.

Sophie ya no sabe qué hacer. ¿Llamar? ¿Irse? Tiene que elegir entre dos soluciones malas. Lo mismo que le ha pasado toda la vida.

Por fin se incorpora. En su fuero interno ha cuajado una decisión. De entrada corre, como pollo sin cabeza, por el piso, de habitación en habitación, llorando; oye su propia voz que gime como la de una niña. Intenta repetirse: «Concéntrate, Sophie. Respira y procura pensar. Tienes que vestirte, lavarte la cara y coger tus cosas. Deprisa. E irte. Ahora mismo. Recoge tus cosas, prepara el bolso, date prisa». Ha corrido tanto por todas las habitaciones que está un poco desorientada. Al pasar delante del cuarto de Léo, no puede por menos de pararse una vez más y lo primero que ve no es el rostro petrificado y céreo del niño, sino el cuello y el cordón marrón

cuyo extremo serpentea por el suelo. Lo reconoce. Es de sus zapatos de marcha.

3

Algunas cosas de ese día ya no las recuerda. Lo que ve a continuación es el reloj de la iglesia de Sainte-Elisabeth marcando las once y cuarto.

El sol da de lleno en el bulevar y las sienes le laten violentamente. Por no hablar del agotamiento. La imagen del cuerpo de Léo vuelve a adueñarse de ella. Es como si se despertase por segunda vez. Intenta agarrarse... a qué... Toca un cristal con la mano. Es una tienda. El vidrio está frío. Nota cómo le corren las gotas de sudor por las axilas. Heladas.

¿Qué está haciendo ahí? Y, antes que nada, ¿dónde está? Quiere mirar la hora pero ya no tiene reloj. Y eso que creía que lo llevaba... O puede que no. Ya no se acuerda. Está en el bulevar de Le Temple. Dios mío, no es posible que haya tardado hora y media en llegar hasta aquí... ¿Qué ha estado haciendo todo ese tiempo? ¿Adónde ha ido? Y, antes que nada, Sophie, ¿adónde vas? ¿Has venido desde la calle de Molière hasta aquí andando? ¿Has cogido el metro?

El agujero negro. Sabe que está loca. No, necesita tiempo, eso es todo, algo de tiempo para concentrarse. Ya está, eso es, ha debido de coger el metro. Ya no nota el cuerpo, sólo el sudor que le corre por los brazos, gotas lacerantes que chorrean y que se seca apretando el codo contra el costado. ¿Qué ropa lleva puesta? ¿Parecerá una loca? Demasiadas cosas en la cabeza, le zumba, se le mezclan las ideas. Tiene que pensar, hacer algo. Pero ¿qué?

Se cruza con su propia silueta en un escaparate y no se reconoce. Al principio le parece que en realidad no es ella. Pero sí que lo es, aunque hay algo más. Hay otra cosa, pero ¿qué?

Echa un vistazo a la avenida.

Tiene que andar e intentar pensar. Pero las piernas se niegan a llevarla. Lo único que aún le funciona algo es la cabeza, en un zumbido de imágenes y de palabras que intenta sosegar controlando la respiración. Siente como si tuviera el pecho atrapado en una mordaza. Mientras se apoya con una mano en el escaparate, trata de ordenar los pensamientos.

Te has escapado. Eso es, te ha entrado miedo y te has escapado. Cuando descubran el cuerpo de Léo, irán a por ti. Te van a acusar de... ¿Cómo se dice? No sé qué de «socorro»... Concéntrate.

En realidad, es de lo más sencillo. Estabas a cargo del niño y alguien vino a matarlo. Léo...

En ese momento no podría decir por qué la puerta del piso estaba cerrada con dos vueltas cuando salió huyendo. Ya buscará una explicación más adelante.

Levanta la vista. Sabe dónde está. Muy cerca de su casa. Pues eso es lo que ha pasado, has salido huyendo y te vuelves a casa.

Venir aquí es una locura. Si estuviera bien de la cabeza, nunca habría vuelto aquí. La buscarán. Ya deben de estar buscándola. Una nueva oleada de cansancio la fulmina. Hay un café ahí, a la derecha. Entra.

Va hasta el fondo del local. Le cuesta muchísimo pensar. Lo primero, ubicarse en el espacio. Se ha sentado al fondo y clava los ojos febrilmente en la cara del camarero que se acerca, recorre rápidamente el local con la mirada para ver por qué camino ir corriendo hacia la salida si... pero no pasa nada. El camarero no hace ninguna pregunta, se limita a mirarla con indiferencia. Sophie pide un café. El camarero desanda lo andado, hacia la barra, con paso cansino.

Eso es, lo primero es situarse en el espacio.

Calle de Le Temple. Está a..., vamos a ver, tres, no, cuatro estaciones de metro de su casa. Eso es, cuatro estaciones: Temple, République, transbordo y luego... ¡Cómo porras se llama la cuarta estación! Si se baja en ella todos los días, ha viajado en esa línea cientos de veces. Está viendo perfectamente la boca, la escalera con los pasamanos de hierro, el kiosco de prensa en la esquina, con el tío aquel que siempre dice: «¡Joder! Menudo tiempecito, ¿eh?»... ¡Mierda!

El camarero le trae el café y al lado deja el tique: un euro con diez. ¿Llevo dinero? Sophie ha soltado el bolso delante de ella, encima de la mesa. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había cogido.

Se mueve sin memoria, maquinalmente, con la mente vacía, sin ser consciente de nada. Así es como ocurrió todo. Por eso salió huyendo.

Tiene que concentrarse. ¿Cómo se llama la jodida estación? La huida hasta aquí, el bolso, el reloj... Algo le pasa por dentro, como si fuera dos personas. Soy dos personas. Una que está temblando de miedo delante de un café que se enfriá y otra que ha caminado, ha agarrado el bolso, se ha dejado olvidado el reloj y ahora se vuelve a casa como si tal cosa.

Se coge la cabeza con las manos y siente cómo le corren las lágrimas. El camarero la mira mientras seca vasos con fingido desinterés. Estoy loca y se me nota... Tengo que irme. Tengo que levantarme e irme.

Le da una repentina subida de adrenalina: si estoy loca, puede que todas esas imágenes sean mentira. Puede que todo esto no sea más que una pesadilla despierta. Ha cruzado una línea. Pues claro, no es más que una pesadilla. Ha soñado que mataba al niño. ¿Lo que pasó esta mañana es que se asustó y salió huyendo? Se asustó de su propio sueño, eso es todo.

¡Bonne Nouvelle! Así se llama la estación de metro: ¡Bonne Nouvelle! No, hay otra, justo antes. Pero esta vez, el nombre le sale solo: Strasbourg-Saint-Denis.

La suya, la estación de Sophie, es Bonne Nouvelle. Está totalmente segura, ahora vuelve a verla perfectamente.

El camarero la mira extrañado. Sophie ha empezado a reírse en voz alta. Estaba

llorando y, de repente, se ríe a carcajadas.

¿Esto está pasando de verdad? Debería asegurarse. Quedarse con la conciencia tranquila. Tiene que llamar por teléfono. ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles?... Léo no tiene clase. Está en casa. Debería estar en casa.

Solo.

He salido huyendo y el niño está solo.

Hay que llamar.

Coge el bolso y lo abre como si lo rasgara. Rebusca en él. Tiene el número en los contactos. Se seca los ojos para ver pasar los números. El teléfono suena. Uno, dos, tres... Suena pero nadie lo coge. Léo no tiene clase, está solo en el piso, suena pero nadie contesta... Vuelve a sudar a mares, pero esta vez por la espalda. «¡Mierda, cógelo!» Sophie sigue contando los timbrazos, maquinalmente, cuatro, cinco, seis. Suena un clic y luego un vacío y por fin una voz que no se esperaba: «Hola, ha llamado al número de Christine y Alain Gervais...». Esa voz sosegada y resuelta la deja helada hasta los tuétanos. ¿A qué espera para colgar? Cada palabra la clava en la silla. «Ahora no estamos en casa...» Sophie aprieta a fondo la tecla del teléfono.

Parece mentira lo mucho que le cuesta alinear dos ideas básicas una detrás de otra... Tiene que analizar. Tiene que comprender. Léo sabe contestar al teléfono perfectamente; de hecho, para él, tomar la delantera, descolgar, contestar y preguntar quién llama es como una fiesta. Si Léo está en casa, tiene que contestar; si no, es que no está, así de sencillo.

¡Mierda, dónde se habrá metido el maldito niño si no está en casa! No puede abrir la puerta sola. Su madre mandó poner un sistema de bloqueo cuando empezó a pulular por todas partes y no se fiaba de él. No contesta y no puede haber salido: esto es como la cuadratura del círculo. ¡Dónde está el maldito niño!

Tiene que pensar. Qué hora es, las once y media.

Encima de la mesa, varios objetos desperdigados que se han salido del bolso. Incluso un tampón Nett. Vaya pinta que debe de tener. En la barra, el camarero habla con dos hombres. Unos parroquianos, seguramente. Estarán hablando de ella. Miradas que se cruzan, algo huidizas. No puede quedarse allí. Tiene que irse. Recoge deprisa y corriendo todo lo que hay encima de la mesa, lo echa en el bolso y va a toda prisa hacia la salida.

—¡Uno con diez!

Sophie se da la vuelta. Los tres hombres la miran de forma rara. Rebusca en el bolso, saca trabajosamente dos monedas, las deja en la barra y sale.

Sigue haciendo bueno. Se fija mecánicamente en lo que pasa por la calle, los peatones que andan, los coches que circulan, las motos que arrancan. Tiene que andar. Tiene que andar y pensar. Esta vez, la imagen de Léo se le aparece con precisión. Puede distinguir hasta el mínimo detalle. No es un sueño. El niño está muerto y ella está huyendo.

¡La asistenta llegará a las doce! No tiene por qué entrar nadie en el piso antes de

las doce. Y entonces, encontrarán el cuerpo del niño.

Así que tiene que irse. Ser prudente. El peligro puede llegar de cualquier parte o en cualquier momento. Tiene que cambiar de sitio, moverse, andar. Coger sus cosas, salir huyendo, deprisa, antes de que la encuentren. Alejarse sólo el tiempo preciso para pensar. Para entender. Cuando esté en un sitio tranquilo, podrá analizar. Regresará con todas las explicaciones, eso es. Pero ahora tiene que irse. ¿Adónde?

Se para en plena calle. La persona que viene detrás se tropieza con ella. Balbucea una disculpa. Está a pie firme en medio de la acera, mirando a su alrededor. En el bulevar hay mucho movimiento. Y un sol terrible. La vida parece algo menos demente.

Ahí está la floristería, la tienda de muebles. Tiene que darse prisa. Mira al pasar el reloj de la tienda de muebles: las doce menos veinticinco. Se adentra en el portal, rebusca y saca la llave. Hay correo en el buzón. No hay tiempo que perder. Tercer piso. Otra vez la llave, la del cerrojo y luego la de la cerradura. Le tiemblan las manos, deja el bolso en el suelo, tiene que repetir la operación dos veces, intenta respirar hondo; por fin, la segunda llave gira y se abre la puerta.

Se queda en el umbral con la puerta abierta de par en par: en ningún momento se le ocurrió que podía haber errado los cálculos. Que podía haber alguien esperándola... En el descansillo reina el silencio. La luz familiar de su piso cae a sus pies. Se queda ahí, quieta, pero sólo oye los latidos de su propio corazón. De pronto se sobresalta: la llave de alguna puerta. En el descansillo, a la derecha. Es la vecina. Sin pararse a pensar, se mete en casa corriendo. La puerta se cierra de golpe antes de que le dé tiempo a sujetarla. Deja de moverse y escucha. El vacío, que tan a menudo la desespera, ahora la tranquiliza. Una ojeada al despertador: las doce menos veinte. Más o menos. Ese despertador nunca fue muy exacto. Pero ¿adelanta o atrasa? Le parece recordar que adelanta. Aunque no lo tiene claro.

Todo se pone en marcha al mismo tiempo. Alcanza una maleta en el armario empotrado, abre los cajones de la cómoda, mete la ropa a puñados; luego, corre al cuarto de baño, arrambla con todo lo que hay encima de la repisa y lo echa en una bolsa. Una ojeada en torno. ¡La documentación! En el secreter: pasaporte, dinero. ¿Cuánto hay? Doscientos euros. ¡El talonario! ¿Dónde está el jodido talonario? En el bolso. Lo comprueba. Otra ojeada a cuanto la rodea. La cazadora. El bolso. ¡Las fotos! Vuelve atrás, abre el primer cajón de la cómoda y coge el álbum. Encima de la cómoda, se le detiene la mirada en la foto de boda, enmarcada. Lo coge todo, lo suelta en la maleta y la cierra.

Tensa, con la oreja pegada a la puerta, escucha. Una vez más, los latidos de su corazón lo llenan todo. Apoya ambas manos contra la puerta, muy pegadas. Tiene que concentrarse. No oye nada. Empuña la maleta, abre la puerta de golpe: nadie en el descansillo; cierra la puerta al salir, sin molestarte siquiera en echar la llave. Baja la escalera corriendo. Pasa un taxi. Lo para. El hombre quiere meter el equipaje en el maletero. ¡No hay tiempo! Sophie lo arroja en el asiento de atrás y se sube.

El hombre dice:

—¿Dónde vamos?

Sophie no lo sabe. Titubea un instante.

—A la estación de Lyon.

Cuando el taxi arranca, mira por el cristal de atrás. Nada de particular, algunos vehículos, varios transeúntes. Sophie respira. Debe de tener cara de loca. Por el retrovisor, el taxista la mira con desconfianza.

4

Resulta curiosa la forma en la que las ideas se van encadenando, casi sin querer, en una situación de emergencia. Sophie grita:

—¡Pare!

Sorprendido por esa orden, el taxi frena en seco. No han recorrido ni cien metros. Antes de que al taxista le dé tiempo a darse la vuelta, Sophie ya se ha bajado.

—Enseguida vuelvo. ¡Espéreme!

—Pues... me viene más bien mal —dice el taxista.

Mira la maleta que Sophie ha arrojado en el asiento trasero. Ni la maleta ni la clienta le inspiran demasiada confianza. Sophie titubea. Lo necesita y las cosas se han complicado tanto... Abre el bolso, saca un billete de cincuenta euros y se lo tiende.

—¿Así le viene mejor?

El taxista mira el billete pero no lo coge.

—Vale, venga; vaya a lo que sea pero dese prisa...

Sophie cruza la calle y entra corriendo en la sucursal bancaria. Detrás del mostrador hay una cara que no le suena, una mujer, pero la verdad es que no viene muy a menudo... Saca el talonario y se lo pone delante.

—Quiero ver el estado de mi cuenta, por favor...

La cajera se fija ostensiblemente en el reloj de la pared, coge el talonario, teclea en el ordenador y se mira las uñas mientras la impresora repiquetea. Las uñas y el reloj. Da la sensación de que la impresora está llevando a cabo un trabajo difícilísimo y tarda casi un minuto en escupir diez líneas de texto y cifras. La única cifra que le interesa a Sophie está al final.

—Y en la cartilla...

La cajera suspira.

—¿Tiene el número?

—No, no lo recuerdo, lo siento...

Sophie parece sentirlo mucho. Y así es. El reloj marca las doce menos cuatro minutos. Es la única clienta que queda. El otro empleado, un hombre muy alto, se ha levantado, ha cruzado la oficina y ha empezado a bajar las persianas venecianas. Una

luz totalmente artificial, clínica, reemplaza progresivamente a la luz natural. Con esa luz tamizada y húmeda llega un silencio vibrante, amortiguado. La impresora vuelve a repiquetear. Sophie mira las dos cifras.

—Voy a sacar seiscientos de la cuenta corriente y... digamos... ¿cinco mil de la cartilla?

Termina la frase como si estuviera preguntando o pidiendo permiso. Cuidado con eso. Hay que mostrarse firme. Al otro lado del mostrador empieza a cundir la alarma.

—¿Desea cerrar sus cuentas? —pregunta la cajera.

—No, qué va... (Cuidado con eso, tú eres la cliente, tú decides.) Es que necesito liquidez. (Muy bueno, eso de la «liquidez», queda serio, maduro.)

—Es que...

La cajera mira, por ese orden, a Sophie, el talonario que tiene en la mano, el reloj de pared que sigue avanzando hacia las doce y al otro empleado que en cuclillas, junto a las puertas acristaladas para echar la llave, baja la última persiana y ahora las mira con impaciencia mal disimulada. Sophie no sabe qué actitud adoptar.

El asunto parece ahora mucho más complicado de lo que había previsto. La sucursal está cerrando, son las doce, el taxista habrá visto cómo bajaban las persianas...

Esbozando una sonrisa, dice:

—Es que yo también tengo prisa...

—Un momento, voy a ver...

No le da tiempo a detener a la cajera, que ya ha empujado la puertecita del mostrador y está llamando a la puerta del despacho de enfrente. Sophie nota en la espalda la mirada del empleado que se hace cargo de la puerta y, obviamente, preferiría estar haciéndose cargo de la mesa del almuerzo. Qué desagradable es notar a alguien así detrás de una. Pero todo resulta desagradable en esta situación, sobre todo ese hombre que se le acerca, escoltando a la cajera.

A ése sí que lo conoce, no recuerda cómo se llama, pero fue el que la atendió el día que abrió la cuenta. Un treintañero grueso de expresión un tanto grosera, de esos que se van de vacaciones con la familia, juegan a la petanca diciendo gilipolleces, llevan sandalias con calcetines altos, habrán engordado veinte kilos dentro de cinco años, pasan la hora de comer con alguna amante y se lo cuentan a los compañeros; uno de esos directores ligones de sucursal del BNP, que lleva camisa amarilla y recalca mucho el «señorita». Uno de esos gilipollas.

Ya tiene ahí al gilipollas, delante de ella. A su lado, la cajera parece más menuda. Tal es el efecto que produce la autoridad. Sophie se da cuenta perfectamente de cómo debe de ser ese hombre. Nota que le suda todo el cuerpo. Se ha metido en una ratonera del carajo.

—Me informan de que desea retirar... —ahí el hombre se inclina hacia la pantalla del ordenador como si viera el dato por primera vez— casi todos sus fondos.

—¿Está prohibido?

De inmediato, Sophie se da cuenta de que no ha tirado por el buen camino. Enfrentarse frontalmente con uno de esos gilipollas desemboca directamente en la guerra.

—No, no, prohibido no está; es que...

Se vuelve y le dirige una mirada paternal a la cajera, que está de pie junto al perchero:

—Váyase, Juliette, ya cierro yo, no se preocupe.

Juliette, a quien no le pega nada ese nombre, no espera a que se lo repitan.

—¿No está satisfecha con el servicio de nuestra sucursal, señora Duguet?

Al fondo de la sucursal, las puertas se cierran ruidosamente y el silencio se vuelve más denso. Sophie piensa lo más rápido que puede...

—No, qué va... Es sólo que... me voy de viaje, nada más. Y necesito liquidez.

La palabra «liquidez» ya no suena tan bien como antes, ahora tiene un tono apresurado, precipitado, sospechoso, suena casi a chanchullo.

—Necesita liquidez... —repite el hombre—. Es que, normalmente, para sumas tan elevadas, preferimos que el cliente pida cita. En horario de oficina... Por motivos de seguridad, supongo que lo entiende.

La insinuación es tan obvia, tan propia del personaje, que Sophie le daría de bofetadas. Se aferra al pensamiento de que ese dinero le hace falta, muchísima falta, de que el taxi no va a esperarla todo el día, de que tiene que salir, salir de ésta.

—Me ha surgido el viaje de repente. Muy de repente. No me queda más remedio que marcharme. Y me es imprescindible disponer de esa cantidad.

Mira al hombre y algo cede en su interior, parte de su dignidad; suspira, hará lo que haya que hacer, siente que se desprecia algo a sí misma, pero no mucho.

—Entiendo perfectamente sus reservas, señor Musain —ha recordado el apellido de pronto, como un leve indicio de que está recuperando la confianza—. Si hubiese tenido tiempo de llamarlo, lo habría hecho. Si hubiese podido elegir a qué hora salir, no habría venido a la hora de cerrar. Si no necesitara el dinero, no habría venido a molestarlo. Pero lo necesito. Lo necesito todo. Ahora.

Musain le brinda una sonrisa campechana de suficiencia. Sophie nota que el asunto se va encarrilando.

—La cuestión es, además, si tenemos disponible esa cantidad en efectivo...

Sophie nota que le corre por el cuerpo un sudor blanco y frío.

—Pero voy a comprobarlo —dice Musain.

Y, según lo dice, desaparece. En su despacho. ¿Para llamar por teléfono? ¿Por qué tiene que entrar en el despacho para ver lo que hay en la caja fuerte?

Sophie mira, desamparada, la puerta de la sucursal, todas las persianas bajadas y la puerta del fondo por la que los empleados han salido a comer y que se cerró con un sonido metálico de puerta blindada. Se hace un silencio nuevo, más lento, más amenazador que el anterior. Seguro que el hombre está llamando por teléfono. ¿A quién? Pero ya vuelve. Se le acerca, pero no desde detrás del mostrador como antes,

sino de su lado, con una sonrisa prometedora. Lo tiene muy cerca, realmente muy cerca.

—Creo que nos las podremos apañar, señora Duguet —le deja caer en un susurro.

Sophie le concede una sonrisa crispada. Él no se mueve. Sonríe mirándola de frente. Ella tampoco se mueve y sigue sonriendo. Eso es lo que hacía falta. Sonreír. Responder a la petición. Él se da media vuelta y se aleja.

Vuelve a quedarse sola. Las doce y seis. Va corriendo hacia las persianas y levanta varias láminas. El taxi sigue esperándola. No ve bien al taxista. Está ahí, eso es lo único en lo que se fija. Pero va a tener que darse prisa. Mucha prisa.

Cuando el individuo sube de su antro, Sophie ha vuelto a su postura de clienta acodada en el mostrador. Él se queda detrás del mostrador y cuenta cinco mil seiscientos euros. Se pone en el sitio de la cajera y teclea en el ordenador. La impresora vuelve a ponerse en marcha, trabajosamente. Mientras tanto, Musain mira a Sophie, sonriéndole. Ella se siente completamente desnuda. Por fin, firma el recibo.

Musain no escatima recomendaciones. Tras lo cual, mete el dinero en un sobre de papel de estraza y se lo alarga con gesto satisfecho.

—Una chica, tan delgadita como usted, en la calle, con semejante cantidad de dinero... No debería consentírselo... Es una imprudencia...

¡«Tan delgadita como usted»! ¡Alucino!

Sophie coge el sobre. Es muy grueso. No sabe qué hacer con él, lo mete de cualquier manera en el bolsillo interior de la cazadora. Musain la mira con gesto dubitativo.

—El taxi —balbucea Sophie—. Le he dicho que me espere y se estará preocupando... Luego lo guardo mejor...

—Claro —dice Musain.

Sophie se marcha.

—¡Espere!

Se vuelve dispuesta a todo, dispuesta a pegarle, pero ve que le sonríe.

—Después de cerrar, se sale por aquí.

Le indica una puerta, detrás de él.

Lo sigue hasta el fondo de la sucursal. Un pasillo muy estrecho y en el extremo opuesto, la salida. Hurga en las cerraduras, la puerta blindada se desliza lateralmente, pero no se abre del todo. El tío está ahí, delante de ella. Ocupa casi todo el sitio.

—Pues ya está... —dice.

—Se lo agradezco...

Sophie no sabe qué debería hacer. Él sigue ahí, sonriendo.

—Y ¿dónde se va? Si no es indiscreción.

Deprisa, tiene que inventarse algo, lo que sea. Se da cuenta de que lo está pensando demasiado, de que debería tener una respuesta preparada, pero no se le ocurre nada.

—Al sur...

No lleva la cazadora cerrada del todo. Al coger los billetes, se subió la cremallera hasta la mitad. Musain le mira el cuello y sigue sonriendo.

—Al sur... Está muy bien el sur...

En ese momento, alarga la mano y empuja discretamente el sobre de billetes cuya esquina asoma por la abertura de la cazadora. La mano le roza los pechos a Sophie un brevísimamente instante. Él no dice nada, pero tarda en apartar la mano. Sophie necesita, lo necesita de verdad, darle de bofetadas, pero algo definitivo, terrible, se lo impide. El miedo. Durante un brevísimamente instante llega a pensar que el hombre podría meterle mano ahí mismo, sin más, y ella, paralizada, no diría nada. Le hace mucha falta ese dinero. ¿Tanto se le nota?

—Ya lo creo —continúa Musain—, el sur está pero que muy bien...

Vuelve a tener la mano libre y alisa despacio el forro de la cazadora.

—Tengo prisa...

Sophie habla zafándose a la derecha, del lado de la puerta.

—Comprendo —dice Musain apartándose levemente.

Sophie se escurre hacia la salida.

—Bueno, pues buen viaje, señora Duguet. Y... ¿hasta pronto?

Le da un apretón de manos muy campechano y tarda mucho en soltar la de Sophie.

—Gracias.

Sophie sale corriendo hacia la acera.

Como reacción al miedo de haberse quedado atrapada, de no poder salir, de estar a merced de aquel cretino bancario, se apodera de ella una oleada de odio. Ahora que ya está fuera, que todo ha quedado atrás, le entran ganas de estamparle la cabeza contra la pared al tío ese. Mientras corre hacia el taxi, sigue sintiendo cómo la roza con los dedos y, casi físicamente, el alivio que habría sentido agarrándolo por las orejas para golpearle la cabeza contra la pared. ¡Porque esa cabeza y esa cara son lo que hacen insoportable a ese imbécil! Todo lo que ha pasado la ha puesto tan furiosa... Eso es, lo agarra por las orejas y le estampa la cabeza contra la pared. Rebota con un ruido espantoso, sordo y profundo, el tío la mira como si se hubiera adueñado de él todo lo absurdo del mundo, pero esta expresión se le convierte en una mueca de dolor, Sophie le golpea la cabeza contra la pared al individuo ese, tres veces, cuatro, cinco, diez veces, y la mueca se va congelando poco a poco, quieta, con ojos vidriosos que miran al vacío. Sophie se detiene, aliviada; tiene las manos llenas de la sangre que le sale por las orejas al individuo; éste tiene ojos de muerto como en las películas, con la mirada fija.

Entonces se le aparece la cara de Léo, pero con ojos de muerto de verdad. Nada que ver con los de las películas.

Siente vértigo.

—Bueno, entonces ¿qué hacemos?

Sophie alza la mirada. Está delante del taxi, quieta.

—¿Se encuentra bien?... No me diga que ahora se va a poner mala...

No, tienes que aguantar, te subes al taxi, Sophie, y te largas. Tienes que calmarte, estás bien. Es sólo cansancio, todo esto ha sido una prueba muy dura, y nada más, concéntrate.

Durante el trayecto, el taxista no deja de mirarla abiertamente por el retrovisor, Sophie intenta tranquilizarse mirando el paisaje que tan bien conoce, la plaza de La République, los muelles del Sena, el puente de Austerlitz allí al fondo. Empieza a respirar. Se le frena el ritmo cardíaco. Antes que nada, tiene que calmarse, coger perspectiva, pensar.

El taxi ha llegado a la estación de Lyon. Mientras paga la carrera, de pie junto a la puerta del conductor, el taxista vuelve a mirarla fijamente, preocupado, intrigado, asustado, vete a saber, un poco de todo, y también aliviado. Se guarda los billetes y arranca. Sophie coge la maleta y se dirige al panel de salidas.

Necesita fumar. Se hurga en los bolsillos febrilmente. Lo necesita tanto que no puede andar buscando. En el estanco tiene a tres personas delante. Por fin, pide una cajetilla, que sean dos, la chica se vuelve, coge dos cajetillas y las pone en el mostrador.

—Mejor tres...

—Al final ¿quiere dos o tres?

—Un cartón.

—¿Seguro?

—¡No me toques las narices! Y un mechero.

—¿Cuál?

—¡Qué coño importa, cualquiera!

Coge nerviosamente el cartón de tabaco, se hurga en los bolsillos, empuña el dinero, las manos le tiemblan tanto que se desparrama todo por la pila de revistas que hay delante del mostrador. Sophie mira hacia atrás y a su alrededor recogiendo billetes de cincuenta euros, se los mete de cualquier manera en todos los bolsillos, definitivamente no estás bien, no estás nada bien, Sophie. Una pareja la observa descaradamente. Junto a ella, muy molesto, un gordo finge mirar hacia otro lado.

Sale del estanco con el cartón de tabaco en la mano. Ve de pasada un cartel con letras rojas que avisa a los viajeros de que tengan cuidado con los carteristas... Y ahora, ¿qué? Si pudiera, gritaría, pero curiosamente siente algo que en el futuro se repetirá a menudo, algo muy raro, casi reconfortante, como en lo más recóndito de los grandes miedos de la infancia, cuando de la angustia más profunda emerge la tenue pero firme certeza de que todo lo que pasa no es tan real, de que más allá del miedo hay una protección, ahí, en alguna parte, de que algo desconocido nos protege... La

imagen de su padre aparece un breve instante y desaparece.

Reflejo mágico.

Sophie sabe perfectamente en su fuero interno que es sólo un truco muy infantil para tranquilizarse.

Tiene que encontrar los aseos, peinarse, volver a concentrarse, ordenar los billetes como es debido, decidir un destino, un plan, eso es lo que tiene que hacer. Y encender un cigarrillo, ahora mismo.

Rasga el papel del cartón y se le caen tres cajetillas al suelo. Las recoge, amontona encima de la maleta la cazadora y el cartón, salvo la cajetilla que abre. Coge un cigarrillo y lo enciende. Una nube de bienestar le inunda las entrañas. El primer segundo de dicha desde hacía una eternidad. Luego, casi inmediatamente, se le sube a la cabeza. Cierra los ojos para serenarse y al cabo de unos instantes se siente mejor. Ya está, dos o tres minutos fumando equivalen a recuperar la paz. Fuma con los ojos cerrados. Cuando termina, apaga la colilla, mete el cartón en la maleta y se encamina hacia el café que hay frente a los andenes de llegada.

Arriba, Le Train Bleu, con sus escalinatas en curva, cuyas puertas acristaladas dan paso a los salones de techos altísimos, con todas esas mesas blancas, ese barullo de cafetería, los cubiertos de plata y las paredes cubiertas de frescos *pompier*. Vincent la llevó allí una noche, hace ya mucho tiempo. Qué lejos queda ahora todo aquello.

Sophie encuentra una mesa libre en la terraza cubierta. Pide un café y pregunta por los aseos. No quiere dejar la maleta allí. Y llevársela a los aseos... Mira a su alrededor. A la derecha tiene una mujer, y a la izquierda otra mujer. Para eso, son mejores las mujeres. La de la derecha debe de tener más o menos su edad y hojea una revista mientras fuma un cigarrillo. Sophie elige a la de la izquierda, de mayor edad, más consistente y segura de sí misma; le hace un gesto para señalar la maleta pero su cara, de por sí, es un mensaje tan intenso que no está segura de haberse hecho entender. Sin embargo, la cara de la mujer parece decir: vaya, vaya, que ya estoy yo aquí. Esboza una sonrisa, la primera desde hacía milenios. También para las sonrisas son mejores las mujeres. Sophie no toca el café. Baja los peldaños, se niega a verse en los espejos, entra directamente en la cabina, cierra la puerta, se baja los vaqueros y las bragas, se sienta, apoya los codos en las rodillas y rompe a llorar.

Al salir de la cabina, se ve la cara en el espejo. Arrasada. Hay que ver qué vieja y desgastada se siente. Se lava las manos y se moja la frente. Qué cansancio... Ahora toca volver arriba, beberse el café, fumarse un cigarrillo y pensar. No perder la calma, empezar a ser prudente y a analizarlo todo. Es muy fácil decirlo.

Vuelve a subir las escaleras. Llega a la terraza y de inmediato la catástrofe se le mete por los ojos. La maleta ha desaparecido y la mujer también. Grita: «¡Mierda!», y

empieza a dar puñetazos rabiosos encima de la mesa. La taza de café se vuelca, se rompe y todas las miradas se vuelven hacia ella. Sophie mira a la otra mujer, la de la derecha. E inmediatamente, por algún detalle nimio, por la sombra de una mirada, se da cuenta de que esa chica lo ha visto todo, que no ha intervenido, que no ha dicho ni palabra ni ha intentado esbozar un ademán, nada.

—¡Usted no ha visto nada, claro está!

Es una mujer de unos treinta años, vestida de gris de pies a cabeza, de cara triste. Sophie se le acerca. Se seca las lágrimas con la manga.

—¡A que no has visto nada, puta!

Y le da una bofetada. La gente grita, el camarero viene corriendo, la chica se lleva la mano a la mejilla y rompe a llorar sin decir palabra. Todo el mundo acude, qué sucede, ahí está Sophie en el ojo del huracán, hay mucha gente, el camarero la coge por los brazos y le grita: «¡Cálmese o llamo a la poli!». Sophie se libera con un movimiento de hombros y sale corriendo, el camarero grita y corre tras ella, la muchedumbre los sigue, diez metros, veinte metros, ya no sabe dónde ir, la mano del camarero le cae sobre el hombro, rotunda:

—¡Que no me ha pagado el café! —grita.

Se da la vuelta. Él la está mirando con expresión febril. Chocan las miradas en una batalla de voluntades. Es un hombre y Sophie intuye la importancia que le va a dar a esa victoria; ya se le ha subido la sangre a la cara. Así que saca el sobre en el que sólo hay billetes grandes, se le caen los cigarrillos, lo recoge todo, cuánta gente tienen ahora alrededor; respira hondo, sorbe por la nariz, se vuelve a limpiar las lágrimas de un manotazo, coge un billete de cincuenta y se lo mete en la mano al camarero. Están en medio de la estación, en un amplio corro de mirones y de viajeros que se han parado para presenciar un suceso. El camarero hunde la mano en el bolsillo del delantal para darle el cambio y Sophie lee en sus movimientos lentos y meticulosos que está viviendo su minuto de gloria. Se lo toma con infinita calma, sin mirar a su alrededor, concentrado, como si no existiera el público y él estuviera representando su papel más espontáneo, el de serena autoridad. Sophie siente cómo se le tensan los nervios. No sabe qué hacer con las manos. Parece que toda la estación se ha dado cita a su alrededor. El camarero cuenta escrupulosamente de dos a cincuenta, poniéndole todos los billetes y las monedas en la mano abierta y temblorosa. Sophie sólo le ve la coronilla blanquecina, las gotitas de sudor en la raíz del pelo ralo. Le dan ganas de vomitar.

Sophie coge el cambio, se da la vuelta y cruza entre la muchedumbre de curiosos, completamente desorientada.

Tiene la sensación de ir trastabillando, pero no, avanza en línea recta, sólo está tan cansada. Una voz.

—¿Se te puede echar una mano?

Ronca, sorda.

Se da la vuelta. Dios, menuda depre. En el borracho que tiene ahí delante se

compendia toda la miseria del mundo, un Sintecho con mayúscula.

—No, ya se me pasa, gracias... —le suelta.

Y sigue andando.

—No te cortes, ¿eh? Si estamos todos igual de jo...

—¡Que te largues y dejes de tocarme las narices! ¿Vale?

El hombre se bate en retirada refunfuñando algo que Sophie finge no entender. Igual te equivocas, Sophie. Igual es él quien tiene razón, igual ya estás a ese nivel, aunque te creas muy por encima. Sintecho.

«No, porque en la maleta ¿qué había? Ropa y chorradas, lo que importa es el dinero.»

Se hurga febrilmente en los bolsillos y suspira aliviada: la documentación sigue ahí, con el dinero. Así que, una vez más, tiene que pensar. Sale de la estación a pleno sol. Enfrente, una hilera de cafés y bares, viajeros, taxis, coches y autobuses por todos lados. Y justo ahí, un murete de cemento en que se materializa la cola para coger un taxi. Hay personas sentadas, otras leyendo, un hombre habla por teléfono aparentemente absorto, con la agenda en el regazo. Sophie avanza, se sienta también, saca la cajetilla y se pone a fumar con los ojos cerrados. De pronto, se acuerda del móvil. Se lo van a pinchar. Van a comprobar si ha intentado llamar a los Gervais. Abre el teléfono, saca nerviosamente la tarjeta SIM y la tira por una boca de alcantarilla. Debería tirar incluso el teléfono.

Lo de venir a la estación de Lyon ha sido un reflejo. ¿Por qué? ¿Para ir adónde? Misterio... Intenta recordar. Ya está, ya lo sabe: Marsella, eso es, allí fue con Vincent, hace tanto, tantísimo tiempo. Fueron, riéndose, a un hotel muy chungo cerca del Vieux Port porque no encontraron nada mejor y tenían unas ganas locas de meterse en la cama. Cuando el de recepción les pidió los nombres, Vincent dijo: «Stefan Zweig», porque era el autor favorito de los dos por aquel entonces. Se lo tuvieron que deletrear. El hombre preguntó si eran polacos. Vincent contestó: «Austriacos. De origen...». Se alojaron durante una noche con un nombre falso, de incógnito, y por eso se... Le impacta ese pensamiento: ha tenido el reflejo de ir donde ya había estado, a Marsella o a otra parte, da igual, pero a un lugar conocido, aunque sea de pasada, porque resulta reconfortante, y eso es exactamente lo que esperan que haga. Van a ir a buscarla donde sea verosímil que vaya y es exactamente lo que no hay que hacer. Desde este mismo momento, Sophie, es vital que te olvides de todas tus referencias. Usa la imaginación. Haz cosas que no hayas hecho nunca, ir donde nadie te espere. De repente, le entra el pánico al pensar que no podrá volver a casa de su padre. Hace casi seis meses que no ha ido a verlo y ahora es un destino imposible. Tendrán la casa vigilada y el teléfono también pinchado. Ve ante sí la silueta inalterable del anciano: eternamente alargada y sólida, como una talla de roble, igual de viejo y de fuerte. Sophie eligió a Vincent siguiendo ese mismo patrón: alto y delgado, tranquilo, sereno. Es lo que más va a echar de menos. Cuando todo se hundió, cuando sólo le quedaban las ruinas de su vida, después de morir Vincent, su

padre fue lo único que siguió en pie. Ya no podrá ir a verlo, ni hablar con él, como si también él hubiese muerto. No consigue imaginar cómo será un mundo en el que su padre esté vivo, en alguna parte, aunque ella no pueda hablarle ni oírlo. Como si la muerta fuera ella.

Ante esa perspectiva, siente vértigo, como si entrase, sin esperanza de volver, en otro mundo, hostil; un mundo del que no sabría nada, donde todo sería un riesgo, donde la espontaneidad no tendría cabida: hacer cosas nuevas continuamente. Ya no estará segura en ninguna parte, ya no habrá ningún sitio donde pueda decir cómo se llama, Sophie ya no es nadie, sólo una fugitiva, alguien muerto de miedo que vive como un animal, pensando sólo en la supervivencia, que es lo más opuesto a la vida.

La invade el agotamiento: ¿de verdad merece la pena todo esto? ¿Qué va a ser la vida a partir de ahora? Moverse, no quedarse en ningún sitio... Está condenada al fracaso, no tiene madera de luchadora. No tiene alma de fugitiva, sólo es una criminal. No va a saber. Les será tan fácil encontrarte... Se le escapa un largo suspiro de derrota: rendirse, ir a la policía, decir la verdad, que no se acuerda de nada..., que tenía que pasar el día menos pensado, que alberga tanto rencor, tanto odio hacia el mundo... Es mejor quedarse donde está. No quiere esa vida que la espera. Pero ¿qué clase de vida llevaba antes? Hace ya mucho tiempo que tampoco era vida. Ahora puede elegir entre dos existencias inútiles... Está tan cansada... Se dice: «Tienes que parar». Y, por primera vez, esa solución le parece viable. «Voy a entregarme», y ni siquiera le sorprende decir lo que diría una asesina. No le han hecho falta ni dos años para volverse loca, ni una noche para volver a ser una criminal, ni dos horas para convertirse en una mujer acorralada, con su cortejo de miedos, sospechas, tretas, angustias, intentos de organización, anticipación y ahora, incluso, con su vocabulario. Es la segunda vez en la vida que calibra con qué facilidad una vida normal puede desequilibrarse, en un segundo, hacia la locura, hacia la muerte. Se acabó. Hasta aquí hemos llegado. Ahora siente un profundo bienestar. Incluso el terror a que la internen, que tanto la ha hecho correr, se atenúa. El hospital psiquiátrico ya no le parece un infierno sino una especie de solución benigna. Apaga el cigarrillo y enciende otro. En cuanto lo acabe, allá voy. El último cigarrillo y luego, lo dicho, llama por teléfono; marca el 17. ¿Es eso? ¿El 17? Poco importa ahora, ya se las apañará para hacerse entender. Todo va mucho mejor que durante las horas que acaba de pasar. Todo, lo que sea, antes que esa locura.

Suelta el humo lejos, espirando muy fuerte, y en ese preciso momento oye la voz de la mujer.

—Lo siento...

Ahí está la chica de gris, agarrando, nerviosa, el bolsito. Esboza lo que pretende ser una sonrisa. A Sophie ni siquiera la sorprende.

La mira brevemente y dice:

—Ya pasó, olvídelo. Tengo un mal día.

—Lo siento —repite la chica.

—Ya no puede hacer nada, olvídelo.

Pero la chica se queda ahí plantada, como un pasmarote. Sophie la mira de verdad por primera vez. No es tan fea; triste. Treintañera, cara alargada, rasgos finos, ojos vivarachos.

—¿Qué puedo hacer?

—¡Traerme la maleta! Eso es, buena idea, ¡traerme la maleta!

Sophie se levanta y coge a la chica del brazo.

—Estoy un poco cabreada. No se preocupe. Ahora tengo que irme.

—¿Llevaba objetos de valor?

Se vuelve.

—Quiero decir... En la maleta, ¿llevaba objetos de valor?

—Lo bastante como para no querer perderlos.

—¿Y qué va a hacer?

Buena pregunta. Cualquier otra persona contestaría: me vuelvo a casa. Pero Sophie está seca, no tiene nada que decir ni ningún sitio donde ir.

—¿Puedo invitarla a un café?

La joven la mira con insistencia. No es una invitación, casi parece una súplica. Sin saber por qué, Sophie se limita a decir:

—Pues en vista de lo visto...

Enfrente de la estación hay un bar.

Probablemente por el sol, la chica va directa a la terraza, pero Sophie prefiere sentarse al fondo. Dice: «Junto a la luna de la fachada no». La chica le devuelve la sonrisa.

No saben muy bien de qué hablar, esperan los cafés.

—¿Viene o se va?

—¿Eh? Ah, vengo. De Lille.

—¿Por la estación de Lyon?

Empezamos mal. De repente, a Sophie le entran ganas de dejar a la chica allí plantada, con esos escrúpulos a deshora y esa cara de perro apaleado.

—He cambiado de estación...

Improvisa. Enlaza inmediatamente:

—¿Y usted?

—No, yo no estoy de viaje.

La chica vacila sobre cómo seguir y opta por la evasiva:

- Vivo aquí. Me llamo Véronique.
- Yo también —contesta Sophie.
- ¿También se llama Véronique?

Sophie se da cuenta de que va a ser mucho más difícil de lo previsto, de que no ha tenido tiempo de prepararse para ese tipo de preguntas, de que está todo por hacer. Tiene que cambiar de estado de ánimo.

Hace un gesto ambiguo que puede significar cualquier cosa.

- Qué curioso —dice la chica.
- Cosas que pasan...

Sophie enciende un cigarrillo y le alarga la cajetilla. La chica enciende el cigarrillo con cierto estilo. Parece mentira lo que cambia vista de cerca esa chica, acorazada en su uniforme gris.

—¿Y qué hace? —pregunta Sophie—. A qué se dedica...

—Soy traductora. ¿Y usted?

En pocos minutos, al hilo de la conversación, Sophie se inventa una vida nueva. Al principio asusta un poco, pero luego, en definitiva, es como un juego, basta con no olvidarse de las reglas en ningún momento. En una sola jugada, puede elegir entre un sinfín de posibilidades. Sin embargo, actúa como esa gente a quien le toca la lotería y en lugar de cambiar de vida se compra el mismo chalé que todo el mundo. Así que se convierte en Véronique, profesora de artes plásticas en un liceo de Lille, que ha venido a pasar unos días con sus padres en los alrededores de París.

—¿Hay vacaciones escolares en Lille? —pregunta Véronique.

Ése es el inconveniente: con la improvisación corre una el riesgo de pasarse de rosca...

—He pedido un permiso. Mi padre está enfermo. Bueno... —sonríe—, entre usted y yo, no está tan enfermo: me apetecía venir unos días a París. Debería darme vergüenza...

—¿Dónde viven? Podría acercarla, tengo coche.

—No, ya me las apago, de verdad, gracias, pero no...

—No me importa en absoluto.

—Es muy amable, pero no hace falta, de verdad.

Dice esto último con voz tajante y el silencio vuelve a surgir repentinamente entre ambas.

—¿La están esperando? ¿No debería llamarlos?

—¡Qué va!

Ha contestado demasiado rápido: calma, sangre fría, tómate tu tiempo, Sophie, no digas lo primero que se te ocurra...

—Es que no me esperan hasta mañana por la mañana...

—Ya —dice Véronique apagando la colilla—. ¿Ha comido?

Eso es lo último en lo que se le habría ocurrido pensar.

—No.

Mira el reloj de la pared: las dos menos veinte.

—Entonces, ¿puedo invitarla a comer? Para disculparme... por lo de la maleta... Vivo aquí al lado... No es que tenga gran cosa, pero supongo que encontraremos en la nevera algo que se deje comer.

No hacer nada de lo que hacías antes, Sophie, acuérdate. Ir donde nadie espera que vayas.

—Por qué no —contesta.

Se sonríen. Véronique paga la consumición. Al pasar, Sophie compra dos cajetillas de tabaco y la sigue, pisándole los talones.

Bulevar de Diderot. Edificio de clase media. De camino, han charlado de las trivialidades de rigor mientras andaban juntas. Cuando llegan al edificio donde vive Véronique, Sophie ya se ha arrepentido de estar allí. Debería haber dicho que no, debería haberse ido. Ya tendría que estar lejos de París, hacia un destino improbable. Ha aceptado por debilidad, por cansancio. Así que la sigue maquinalmente, entran en el portal, se deja guiar como una visitante ocasional. Véronique pulsa el botón del cuarto piso en el ascensor, que empieza a renquear, a crujir, a traquetear, pero sube a pesar de todo y se detiene bruscamente, con un hipido. Véronique sonríe:

—No es precisamente de lujo... —se disculpa mientras abre el bolso para buscar la llave.

No es precisamente de lujo, pero huele a clase media alta y con pelas desde la entrada. Es un piso amplio, realmente amplio. El salón tiene dos ambientes y dos ventanas. A la derecha, el tresillo de cuero natural, a la izquierda, el piano de cuarto de cola y, al fondo, la biblioteca...

—Pase, por favor...

Sophie entra como en un museo. Enseguida, el ambiente le recuerda, en una escala menor, al del piso de la calle de Molière, donde en ese preciso instante...

Automáticamente, busca la hora y la encuentra en un relojito dorado que hay sobre la chimenea de esquina: las dos menos diez.

Nada más entrar, Véronique se mete corriendo en la cocina, muy animada de pronto, casi con prisas. Sophie la oye hablar y contesta distraídamente mientras examina lo que la rodea. Vuelve a posar la mirada en el relojito de la chimenea. Los minutos no pasan. Respira hondo. Debe tener mucho cuidado con lo que contesta, murmurar siempre: «Sí, claro...» y procurar serenarse. Se siente un poco como si se despertase en medio de una noche agitada y se encontrase en un lugar desconocido. Véronique va y viene, habla deprisa, abre armarios, enciende el microondas, cierra la nevera de golpe y pone la mesa. Sophie pregunta:

—¿Puedo ayudarla?...

—No, no —dice Véronique.

La perfecta amita de casa. Al cabo de unos minutos, encima de la mesa hay una ensalada, vino y pan casi tierno («Es de ayer», «No importa...»), que corta aplicándose mucho con el cuchillo.

—Así que traductora...

Sophie busca un tema de conversación. Pero no hace falta. Ahora que está en casa, a Véronique se le suelta la lengua.

—De inglés y de ruso. Mi madre es rusa: ¡eso ayuda!

—¿Y qué traduce? ¿Novelas?

—Ya me gustaría, pero traduzco sobre todo cosas técnicas: correspondencia, folletos, cosas así.

La conversación sigue un curso sinuoso; hablan del trabajo, de la familia. Sophie improvisa relaciones, compañeros de trabajo, una familia, una bonita vida recién estrenada, intentando alejarse todo lo posible de la realidad.

—Y, por cierto, ¿dónde viven sus padres? —pregunta Véronique.

—En Chilly-Mazarin.

Le ha salido solo, no sabe de dónde lo ha sacado.

—¿A qué se dedican?

—Los he retirado.

Véronique ha descorchado el vino y está sirviendo una menestra con torreznos.

—Le advierto que es un plato congelado...

Sophie cae en la cuenta de pronto del hambre que tiene. Come y come. El vino le aporta una grata sensación de bienestar. Por suerte, Véronique es bastante charlatana. Sólo habla de temas generales pero sabe cómo mantener una conversación, mezclando trivialidades y anécdotas. Sin dejar de comer, Sophie capta datos sueltos sobre sus padres, sus estudios, su hermano pequeño, su viaje a Escocia... Al cabo de un rato, el flujo se detiene.

—¿Está casada? —pregunta Véronique señalando la mano de Sophie.

Mal rollo...

—Ya no.

—¿Y aun así la sigue llevando?

Tiene que acordarse de quitársela. Sophie improvisa.

—Supongo que me he acostumbrado. ¿Y usted?

—Me hubiera gustado acostumbrarme a algo así.

Ha contestado con una sonrisa amarga que busca la complicidad entre mujeres. Quizá en otras circunstancias, se dice Sophie. Pero ahora no...

—¿Y?...

—Supongo que otra vez será.

Trae el queso. Para ser alguien que no sabe lo que tiene en la nevera...

—¿Así que vive sola?

Véronique titubea.

—Sí...

Agacha la cabeza sobre el plato y vuelve a levantarla, mirando a Sophie cara a cara, como si quisiera provocarla.

—Desde el lunes... No hace mucho.

—Ah...

Si hay algo que sabe Sophie, es que no quiere saber nada. No se quiere inmiscuir. Quiere terminar de comer e irse. No se encuentra bien. Quiere irse.

—Cosas que pasan —dice tontamente.

—Sí —dice Véronique.

Charlan un rato más pero algo se ha quebrado en la conversación. Una menuda desventura privada se interpone entre ellas.

Entonces, suena el teléfono.

Véronique vuelve la cabeza hacia el pasillo, como si esperase que el interlocutor fuera a entrar en la habitación. Suspira. Un timbrazo, dos. Se disculpa, se levanta y va hacia el pasillo. Coge el teléfono.

Sophie apura el vaso de vino, se sirve otro y mira por la ventana. Véronique ha entornado la puerta, pero su voz llega hasta el salón, amortiguada. Situación violenta. Si Véronique no estuviera en el pasillo de la entrada, Sophie cogería la cazadora y se iría por las buenas, ahora mismo, sin decir nada, como una ladrona. Oye a medias algunas palabras y maquinalmente intenta recomponer la conversación.

La voz de Véronique es seria y dura.

Sophie se levanta, da unos pasos para alejarse de la puerta pero la distancia no remedia nada; la voz, ahora sorda, se oye como si Véronique estuviera en la habitación. Palabras tremendas de una ruptura vulgar. No le interesa la vida de esa chica («Terminado, te digo que hemos terminado»). Le importan un bledo sus fracasos amorosos («Ya lo hemos hablado cien veces, ¡no vamos a volver a empezar ahora!»). A su izquierda hay un secreter pequeño. Se le acaba de ocurrir una idea. Se inclina para calcular en qué punto está la conversación. Ha llegado a: «¡Que me dejes en paz de una puñetera vez!», lo que le da cierto margen; baja despacio la tapa central del secreter, en cuyo fondo descubre dos filas de cajones. «Ese tipo de cosas no me afectan en absoluto, créeme...» En el segundo, encuentra varios billetes de doscientos euros, no muchos. Cuenta cuatro. Se los mete en el bolsillo mientras sigue buscando. Su mano («¿De verdad te crees que con eso me vas a impresionar?») se topa con la tapa rígida del pasaporte. Lo abre pero decide mirarlo de cerca más tarde. Se lo mete en el bolsillo. Sophie coge un talonario empezado. En lo que tarda en escurrirse hacia el sofá y meterlo todo en el bolsillo interior de la cazadora, la cosa ya está en: «¡Qué pena me das!». Luego pasa a «¡Qué grima me das!» y termina con «¡Que te den!».

Un fuerte golpe del auricular al colgarlo. Silencio. Véronique se queda en el pasillo. Sophie intenta poner cara de circunstancias, con una mano en la cazadora.

Véronique vuelve por fin. Se disculpa torpemente e intenta sonreír:

—Lo siento, estará usted... Lo siento...

—No pasa nada...

Sophie aprovecha:

—Voy a tener que irme.

—No, no —dice Véronique—. Voy a hacer café.

—Es mejor que me vaya...

—¡De verdad que sólo tardo un minuto!

Véronique se seca los ojos de un manotazo e intenta sonreír.

—Qué idiotez...

Sophie decide esperar un cuarto de hora y marcharse, caiga quien caiga.

En la cocina, Véronique comenta:

—No para de llamarle desde hace tres días. Lo he probado todo, hasta desconectar el teléfono, pero no me resulta nada práctico para el trabajo. Dejarlo sonar me pone de los nervios. Así que, de vez en cuando, salgo a tomar un café... Acabaré cansándome, pero es un tipo raro. De esos que se te pegan, vamos...

Coloca las tazas en la mesa baja del salón.

Sophie se da cuenta de que se ha pasado con el vino. El decorado ha empezado a moverse despacio a su alrededor, el piso de clase media alta y Véronique, todo se va mezclando, pronto llegan la cara de Léo, el relojito de la chimenea, la botella de vino vacía encima de la mesa, el dormitorio del niño cuando entró en él, con la cama que las mantas abultaban, los cajones cerrándose de un golpe y el silencio cuando le entró el miedo. Las cosas le bailan ante los ojos, la imagen del pasaporte al metérselo en el bolsillo de la cazadora. Una ola la anega, todo parece apagarse progresivamente, como un fundido en negro. Desde muy lejos, le llega la voz de Véronique preguntándole: «¿Se encuentra mal?», pero es una voz que viene del fondo de un pozo, una voz que retumba, Sophie nota que se le afloja el cuerpo, luego se desploma y, de repente, todo se apaga.

Ésta también es una escena que vuelve a ver nítidamente. A día de hoy, podría dibujar todos los muebles, todos los detalles, hasta el papel pintado del salón.

Está tumbada en el sofá, con una pierna fuera y apoyada en el suelo; se frota los ojos buscando una sombra de conciencia, los abre intermitentemente, y nota que algo en ella se resiste, que quiere seguir durmiendo, lejos de todo. Está tan agotada desde esa mañana, han pasado tantas cosas... Por fin, se incorpora sobre los codos, se gira hacia el salón y abre los ojos despacio.

Al pie de la mesa yace el cuerpo de Véronique, en medio de un charco de sangre. El primer movimiento de Sophie es soltar el cuchillo de cocina que tiene en la mano y que cae en el parqué con un ruido siniestro.

Es como un sueño. Se levanta y se tambalea. Maquinalmente, intenta limpiarse la mano derecha en el pantalón, pero la sangre ya está demasiado seca. El pie le patina

en el charco que se extiende despacio por el parqué y se agarra a la mesa in extremis. Se tambalea brevemente. De hecho, está bebida. Sin darse cuenta, ha cogido la cazadora y la lleva a rastras, como una correa. Como el cable de una lámpara. Consigue llegar al pasillo apoyándose en las paredes. Ahí está su bolso. Vuelve a tener los ojos empañados de lágrimas y a sorberse los mocos. Se cae de culo. Hunde la cara en los brazos, envueltos en la cazadora. Siente algo raro en la cara y levanta la cabeza. Ha arrastrado la cazadora por la sangre y se acaba de embadurnar las mejillas... Lávate la cara antes de salir, Sophie. Levántate.

Pero no tiene energías. Es demasiado. Esta vez, se tumba en el suelo, con la cabeza contra la puerta de entrada, dispuesta a dormirse de nuevo, dispuesta a lo que sea antes que afrontar esa realidad. Cierra los ojos. Y de pronto, como si unas manos invisibles la levantaran por los hombros... Aún hoy, sigue sin ser capaz de decir qué le pasó, pero vuelve a estar sentada. Y vuelve a estar de pie. Vacilante, pero de pie. Siente que le sube una resolución salvaje, una reacción de fiera. Se dirige al salón. Desde donde está, sólo ve las piernas de Véronique, medio metida debajo de la mesa. Se acerca. El cuerpo está tumbado de lado, los hombros tapan la cabeza. Sophie se acerca un poco más y se inclina: la blusa camisera está negra de sangre. Hay una herida ancha en mitad del vientre, por donde ha entrado el cuchillo. El piso está silencioso. Se dirige al dormitorio. Esos diez pasos le cuestan toda la energía de la que disponía y se sienta en una esquina de la cama. Hay una pared cubierta de puertas de armario. Con ambas manos en las rodillas, Sophie se acerca trabajosamente a la primera y la abre. Dentro hay ropa suficiente para vestir a un orfanato. Tienen más o menos la misma talla. Sophie abre la segunda puerta, la tercera, encuentra por fin una maleta que tira encima de la cama, abierta de par en par. Escoge vestidos porque no tiene tiempo de buscar algo que conjunte con las faldas. Coge tres vaqueros viejos. Al ponerse en movimiento, se reincorpora a la vida. Sin ni siquiera pensarlo, elige lo que menos le pega. Tras la siguiente puerta encuentra los cajones de la ropa interior. Mete un puñado en la maleta. En lo que se refiere a los zapatos, con una simple ojeada descubre que la gama va de lo feo a lo espantoso. Escoge dos pares de engendros y un par de deportivas. Luego se sienta en la maleta para cerrarla y la arrastra hasta el vestíbulo, donde la suelta junto al bolso. En el cuarto de baño se lava las mejillas sin mirarse. En el espejo ve a medias la manga de la cazadora, negra de sangre, se la quita inmediatamente, como si quemase. De vuelta al dormitorio, abre otro armario, se para cuatro segundos para elegir una cazadora, opta por una azul sin pizca de personalidad. Apenas ha metido en los bolsillos todo lo que había en la suya, ya está en la puerta del piso, con la oreja pegada a la madera.

Recuerda perfectamente lo que hizo. Abre la puerta con mucho cuidado, agarra la maleta con una mano, el bolso con la otra y baja sin prisas, con el estómago revuelto y la cara ahora sin lágrimas, como si estuviera sin aliento. Dios, lo que pesa esta maleta. Debe de ser porque está agotada. Da unos pasos, abre la puerta cochera, sale al bulevar de Diderot y tuerce inmediatamente a la derecha, dándole la espalda a la

estación.

7

Ha dejado en el lavabo el pasaporte abierto por la página de la foto y se está mirando en el espejo. La mirada va y viene de uno a otro. Coge el pasaporte y comprueba la fecha de expedición: 1993. Es lo bastante antiguo para dar el pego. Véronique Fabre, nacida el 11 de febrero de 1970. No hay mucha diferencia. En Chevreaux. No tiene ni la más ligera idea de por dónde cae Chevreaux. ¿En alguna parte del centro de Francia? Nada que decir. Tiene que informarse.

Traductora. Véronique dijo que traducía del ruso y del inglés. Sophie y los idiomas... Un poco de inglés, muy poquito español y todo eso queda ya tan lejos. Si tiene que demostrar que ésa es su profesión, todo va a ir mal, pero no se le ocurre cómo podría suceder esa catástrofe. Tiene que buscar otros idiomas improbables. ¿El lituano? ¿El estonio?

La foto, muy impersonal, muestra a una mujer anodina, con el pelo corto y facciones corrientes. Sophie se mira en el espejo. Tiene la frente más alta, la nariz más ancha, hasta la mirada es muy distinta... Sin embargo, algo hay que hacer. Se inclina y abre la bolsa de plástico en la que ha metido todo lo que acaba de comprar en el Monoprix del bulevard: tijeras, un estuche de maquillaje, gafas oscuras y tinte para el pelo. Último vistazo en el espejo. Y se pone manos a la obra.

8

Sophie intenta leer su destino. De pie frente al panel de información, con la maleta en el suelo a su lado, repasa los destinos, los horarios, los números de vía. Elegir un destino en lugar de otro puede ser causa de que todo se desmorone. Lo primero, evitar los TGV en los que va una encerrada. Buscar una ciudad muy poblada en la que pueda desaparecer fácilmente. Pedir un billete para la estación de fin de trayecto, pero bajarse antes por si el taquillero se acuerda del destino. Arrambla con varios folletos y en la mesa circular de un *snack-bar* traza un sabio recorrido que, tras seis transbordos, puede llevarla de París a Grenoble. Será un viaje largo, le dará tiempo a descansar.

Las taquillas automáticas están literalmente a tope. Pasa delante de los mostradores. Quiere elegir. Descarta a las mujeres, que tienen fama de ser más observadoras. También a algún hombre demasiado joven al que pudiera gustarle mínimamente y que podría acordarse de ella. Por fin encuentra su ideal en el extremo

de un mostrador y se pone en la cola, que está organizada de forma tal que cada uno vaya a la primera taquilla libre. Va a tener que maniobrar sutilmente para que le toque la que ha elegido.

Se quita las gafas de sol. Debería haberlo hecho antes para no llamar la atención. Tendrá que acordarse en adelante. La cola es larga pero le toca el turno demasiado pronto; avanza discretamente, finge no ver a una espabilada que se le cuela y llega exactamente donde quería estar. Existe un dios para las asesinas. Intenta que la voz le suene firme y hace como si rebuscara en el bolso mientras pide un billete para Grenoble en el tren de las dieciocho treinta.

—A ver si quedan plazas —contesta el taquillero mientras teclea en su terminal.

Sophie no había pensado en eso. Ya no puede cambiar de destino, ni renunciar a comprar el billete, ese detallito se le podría grabar en la memoria al taquillero que mira la pantalla mientras espera la respuesta del servidor central. No sabe qué hacer, duda si dar media vuelta y marcharse, ahora mismo, a otra estación y hacia otro destino.

—Lo siento —contesta por fin el taquillero mirándola por primera vez—, ese tren va completo.

Vuelve a teclear.

—Quedan plazas en el de las veinte cuarenta y cinco...

—No, gracias...

Se ha precipitado al hablar. Intenta sonreír.

—Me lo voy a pensar...

Nota que la cosa va mal. Lo que dice no resulta verosímil, no es lo que diría una viajera normal en esa situación, pero no se le ha ocurrido otra cosa. Tiene que pirarse. Vuelve a coger el bolso. Ya tiene detrás a la siguiente persona esperando su turno, no hay tiempo que perder; da media vuelta y se va.

Ahora debe buscar otra taquilla, otro destino y también otra estrategia, pedir el billete de otra manera para poder elegir. A pesar del *casting*, la mera idea de que el taquillero pueda reconocerla la paraliza. Y entonces se fija en el rótulo de Hertz que hay en el vestíbulo de la estación. A estas alturas, su nombre ya es del dominio público, lo tienen localizado, lo buscan, pero no el de Véronique Fabre. Puede pagar en efectivo y con cheque. Y un coche supone tener autonomía inmediata, libertad de movimientos; ese argumento prevalece sobre todo lo demás y ya está empujando la puerta acristalada de la agencia.

Al cabo de veinticinco minutos, un empleado receloso la acompaña a pasarle revista a un Ford Fiesta azul marino para que compruebe que está en perfecto estado. Sophie responde con una sonrisa voluntariosa. Ha tenido tiempo para pensar y en ese momento, por primera vez en varias horas, se siente fuerte. Sin duda, creerán que va a alejarse rápidamente de París. Su estrategia a corto plazo se basa en dos decisiones: esa noche, alojarse en la habitación de un hotel de la periferia parisina; mañana, comprar un par de placas de matrícula y lo necesario para cambiarlas.

Mientras se adentra en la periferia parisina, se siente un poco liberada.
«Estoy viva», piensa.
Nota de nuevo cómo le suben las lágrimas.

9

PERO ¿DÓNDE SE HA METIDO SOPHIE DUGUET?

Le Matin | 13-02-2003 | 14.08 h

Los expertos parecían convencidos de ello y, según las fuentes, el plazo previsto apenas variaría unas horas: en el peor de los casos, no tardarían más de quince días en detener a Sophie Duguet.

Y, sin embargo, ya hace más de ocho meses que desapareció la mujer más buscada de Francia.

Comunicado tras comunicado y al hilo de las ruedas de prensa y las declaraciones, la policía judicial y el Ministerio se van pasando la patata caliente.

Resumen de los hechos.

El pasado 28 de mayo, poco antes de las doce del mediodía, la asistenta de los señores Gervais descubrió el cuerpo de su hijo Léo, de seis años de edad. Lo habían estrangulado en su cama con los cordones de unos zapatos de montaña. El hecho se denunció inmediatamente. Las sospechas no tardaron en recaer sobre la niñera, Sophie Duguet (de soltera Auverney), de 28 años, que estaba a cargo del niño y cuyo paradero sigue siendo desconocido. Las primeras comprobaciones apuntaron abrumadoramente hacia la culpabilidad de la joven: el piso no había sido forzado; la señora Gervais, madre del niño, había dejado allí a Sophie Duguet hacia las nueve de la mañana, creyendo que el niño aún dormía... La autopsia reveló que había fallecido mucho antes, estrangulado probablemente en plena noche, durante el sueño.

La policía judicial confiaba en un arresto rápido, tanto más cuanto que durante los días subsiguientes, el crimen provocó torrentes de indignación. El hecho de que la víctima fuera el hijo de un colaborador cercano del ministro de Asuntos Exteriores sin duda contribuyó en gran medida a que el caso se divulgara ampliamente en los medios de comunicación. Recordemos que la extrema derecha, con Pascal Mariani a la cabeza, y varias asociaciones (algunas de ellas presuntamente disueltas) aprovecharon para exigir la reinstauración de la pena de muerte para los «crímenes especialmente

repulsivos», y que el diputado de la derecha Bernard Strauss los relevó sonoramente en la defensa de esta causa.

Según el Ministerio del Interior, no había ninguna posibilidad de que la huida de Sophie Duguet se prolongara. La pronta reacción de la policía había impedido con toda certeza que saliera del territorio nacional. Tanto aeropuertos como estaciones permanecían en estado de alerta. «Las escasísimas huidas que han tenido éxito se lo debieron a la experiencia y a una intensa preparación», afirmaba rotundamente el comisario Bertrand de la policía judicial. Además, la joven contaba con unos recursos económicos muy escasos y no tenía relación con nadie que pudiera haberla ayudado, a excepción de su padre, Patrick Auverney, arquitecto jubilado, a quien inmediatamente empezó a vigilar la policía.

Según el Ministerio de Justicia, detenerla sería cosa de «pocos días». Interior incluso se arriesgó a pronosticar un plazo máximo de «entre ocho y diez días». Haciendo gala de mayor prudencia, la policía calculaba «varias semanas a lo sumo...». De eso hace más de ocho meses.

¿Qué ha pasado? Nadie lo sabe con certeza. Pero hay un hecho innegable: Sophie Duguet se ha volatilizado literalmente. Con sorprendente aplomo, la joven salió del piso donde yacía el cuerpecito de Léo. Fue a su casa a recoger ropa y documentación, luego al banco, donde retiró casi todo cuanto poseía. Se ha confirmado su presencia en la estación de Lyon, tras lo cual se le pierde totalmente la pista. Los investigadores están convencidos de que nada, ni el asesinato del niño ni los detalles de la huida, estaba premeditado. En vista de lo cual, no deja de resultar preocupante la capacidad de improvisación de Sophie Duguet.

Se trata de un caso rodeado de misterio. Por ejemplo, sigue sin saberse cuál fue el móvil de la joven. Lo máximo que han llegado a apuntar los expertos es el hecho de que debía de estar profundamente traumatizada por los dos duelos sucesivos que padeció: primero el de su madre, la doctora Catherine Auverney, a la que al parecer estaba muy unida y que falleció en febrero de 2000 de un cáncer generalizado; y, a continuación, el de su marido, Vincent Duguet, un ingeniero químico de treinta y un años que, tras sufrir un accidente de tráfico que lo dejó paralítico, acabó suicidándose al año siguiente. El padre de la joven —y, aparentemente, su único apoyo— no oculta su escepticismo ante estas hipótesis, aunque se ha negado a hacer declaraciones a la prensa.

Este caso no ha tardado en convertirse en un auténtico rompecabezas para las autoridades. El 30 de mayo, es decir, dos días después del asesinato de Léo, Jacques Brusset encontró muerta en su domicilio de París a su amiga Véronique Fabre, una traductora de treinta y dos años. La joven había recibido varias cuchilladas en el abdomen. La autopsia no tardó en revelar

que el crimen se cometió el mismo día que Sophie Duguet se dio a la fuga, probablemente a primera hora de la tarde. Y el análisis del ADN recogido en la escena del crimen demuestra sin lugar a dudas que Sophie Duguet estuvo en el piso de la víctima. Por otra parte, una mujer joven en posesión de la documentación robada en el domicilio de Véronique Fabre alquiló un coche. Todas las sospechas recaen, obviamente, sobre la joven fugitiva.

Recapitulación provisional: dos días después de haberse dado a la fuga, la joven ya es sospechosa de dos asesinatos. La operación de busca y captura se intensifica, pero sin resultado alguno...

A pesar de los llamamientos a posibles testigos, de la vigilancia colocada en todos los lugares en los que habría podido refugiarse y de la movilización de numerosos confidentes, siguen sin obtenerse resultados y cabe preguntarse si Sophie Duguet no habrá conseguido salir de Francia... Las autoridades judiciales y las policiales se atribuyen mutuamente la responsabilidad, con discreción pero sin vehemencia: no parece que de momento esta huida (exitosa hasta la fecha) se deba a errores técnicos achacables a una u otra parte, sino más bien y sobre todo a la tenaz determinación de la joven, a una premeditación cuidadosamente calculada (en contra de la hipótesis de la policía) o a una capacidad de improvisación fuera de lo común. La prefectura niega haber solicitado el refuerzo de un especialista en situaciones de crisis...

Todas las fuentes nos garantizan que las redes están tendidas. Sólo queda esperar. La policía judicial cruza los dedos para que las próximas noticias sobre Sophie Duguet no tengan como protagonista un nuevo asesinato... Y en lo que se refiere a los pronósticos, se muestra mucho más reservada. Duda entre mañana, pasado o nunca.

10

Sophie va como una autómata, sin mover las caderas. Avanza en línea recta, como un juguete de cuerda. Cuando lleva demasiado tiempo andando, baja el ritmo poco a poco. Entonces se para, esté donde esté, y luego sigue con el mismo movimiento espasmódico.

En los últimos tiempos ha adelgazado mucho. Come poco y de mala manera. Fuma mucho y duerme mal. Por las mañanas se despierta de repente, se incorpora de golpe, se seca las lágrimas de la cara y enciende el primer cigarrillo. Hace mucho tiempo que las cosas transcurren así. Así transcurrieron la mañana de ese 11 de marzo, como cualquier otro día. Sophie vive en un piso amueblado de un barrio suburbano. No le ha añadido ningún toque personal. Siguen el mismo papel sobado en la pared, la misma moqueta raída, el mismo sofá desvencijado. Apenas se levanta,

enciende la televisión, un aparato antediluviano que sintoniza todas las cadenas con niebla. Tanto si la mira como si no (en realidad, pasa delante del aparato una cantidad de horas considerable), la televisión siempre está encendida. Incluso ha cogido la costumbre de no apagar más que el sonido cuando sale. Como a menudo vuelve tarde a casa, desde la calle puede ver en la ventana de su piso la luz de esos reflejos azules y cambiantes. Lo primero que hace al entrar es poner el sonido. Muchas noches deja el aparato encendido, con la esperanza de que durante el sueño su mente siga conectada a los programas y así evitar las pesadillas. De nada sirve. Por lo menos, se despierta con una presencia difusa: los programas meteorológicos a primera hora de la mañana; cuando el sueño la abandona al cabo de dos horas, la teletienda, a la que se queda enganchada horas y horas; el telediario de mediodía, cuando se atonta apostá.

Hacia las dos de la tarde, Sophie apaga el sonido y sale de casa. Baja la escalera, enciende un cigarrillo antes de empujar la puerta cochera y, como de costumbre, hunde las manos en los bolsillos para ocultar que le tiemblan continuamente.

—¿Te mueves tú solita o necesitas una patada en el culo?

Hora punta. La hamburguesería zumba como una colmena, hay familias enteras haciendo cola en el mostrador, los olores de la cocina invaden el comedor, las camareras corren, los clientes dejan las bandejas en las mesas, colillas apagadas en las cajas de poliestireno —en la zona de fumadores—, vasos de refresco volcados; los hay hasta debajo de las mesas. Sophie le da a la bayeta. Los clientes le pasan por encima de una zancada, llevando la bandeja. Detrás de ella, un grupo de alumnos de bachillerato mete un ruido infernal.

—Ni caso —le dice Jeanne al pasar—, es un desgraciado.

Jeanne, una chica flaca de rasgos ligeramente cubistas, es la única persona con la que ha llegado a simpatizar. Por su parte, el desgraciado no lo es tanto. Muy moreno, alto, culturista al acabar la jornada, trajeado como el jefe de sección de unos grandes almacenes, se muestra especialmente puntilloso en tres aspectos: horarios, salarios y el culo de las camareras. En la hora de mayor afluencia, «dirige a la tropa» con firmeza de legionario y por las tardes se dedica a tocarles el culo a las chicas más pacientes, mientras las otras se apresuran hacia la salida. Las cosas le van bien. Aquí todo el mundo sabe que su negocio es un chanchullo, que la higiene es un concepto decorativo y por qué le gusta tanto su trabajo: entre vacas gordas y flacas, se embolsa anualmente veinte mil euros en negro y se tira a unas quince camareras dispuestas a lo que sea con tal de conseguir o conservar un empleo al margen de cualquier normativa social. Mientras pasa la bayeta por el suelo de baldosas, Sophie se fija en cómo la mira. Aunque en realidad no la está mirando. La está tasando, como quien sabe que se la va a poder beneficiar cuando le dé la gana. En los ojos se le refleja claramente ese convencimiento. Sus «chicas» son suyas. Mientras sigue trabajando,

Sophie se dice que va a tener que darse prisa en buscarse otro curro.

En éste lleva seis semanas. El jefe la recibió sin contemplaciones, ofreciéndole de entrada una solución práctica a su eterno problema.

—¿Quieres nómina o pasta?

—Pasta —dijo Sophie.

Él dijo:

—¿Cómo dices que te llamas?

—Juliette.

—Pues marchando una de Juliette.

Empezó a trabajar al día siguiente, sin contrato de trabajo y cobrando en metálico; nunca elige sus horarios, le imponen cortes aberrantes entre turno y turno que no le dejan tiempo ni para volver a casa, le tocan más turnos de noche que a los demás y sale a las tantas. Pone cara de víctima pero en realidad la situación le conviene. Ha encontrado alojamiento en un barrio suburbano, al final del bulevar que acoge a las prostitutas en cuanto cae la noche. En su barrio nadie la conoce: se va por la mañana temprano y vuelve a la hora en que los vecinos están pendientes de la tele o acostados. Los días en que el turno de noche termina demasiado tarde para coger el último autobús, se permite un taxi. Aprovecha los cortes entre dos turnos para tomar posiciones, buscar otro alojamiento, otro trabajo, en los que no le pregunten nada. Ésa es su táctica desde el principio: según aterriza en un sitio ya está buscando otro destino, otro curro, otra habitación... No quedarse nunca en el mismo lugar. Ir rotando. Al principio, desplazarse sin documentación le pareció bastante fácil, aunque agotador. Siempre dormía muy poco, se esmeraba por buscar otro itinerario al menos dos veces por semana, allá donde estuviera. Cuando le creció el pelo, pudo hacerse otro corte. Se compró unas gafas con cristales claros. Siempre está pendiente de todo. Cambiar de trabajo regularmente. Ya ha estado en cuatro ciudades. Y ésta no es la más desgradable. Lo más desagradable es el trabajo.

El lunes es el día más complicado: tres cortes de distinta duración dentro de una jornada de más de dieciséis horas. Hacia las once, mientras andaba por una avenida, decidió sentarse unos minutos («Nunca más tiempo, Sophie, diez minutos como máximo») en una terraza para tomar un café. Cogió al entrar un periódico gratuito con llamativos anuncios y encendió un cigarrillo. El cielo empezaba a nublarse. Mientras se tomaba el café se puso a pensar en las semanas siguientes («Siempre, siempre hay que anticiparse»). Hojeó el periódico distraídamente. Páginas enteras de publicidad de móviles, un sinfín de anuncios de coches de ocasión... y de repente se detiene, deja la taza, apaga el cigarrillo y enciende otro, muy nerviosa. Cierra los ojos. «Sería demasiado, Sophie; no, piénsatelo bien.»

Pero por más que lo piensa... Es complicado pero ahí, delante de los ojos, tiene quizá la forma de librarse, la solución definitiva, cara en conjunto, pero más segura que ninguna otra.

Un último obstáculo, de los gordos, eso sí, y luego todo podría cambiar.

Sophie se queda absorta en sus pensamientos un buen rato. Tiene tal hervidero en la cabeza que hasta le entran ganas de tomar notas, pero se lo prohíbe. Se da unos días para pensar y si al cabo de ese plazo la solución le sigue pareciendo buena, iniciará los trámites.

Es la primera vez que incumple la regla: se ha quedado más de un cuarto de hora en el mismo sitio.

Sophie no consigue dormir. A salvo en su casa, puede arriesgarse a tomar notas para intentar aclararse. Ya ha reunido todos los elementos. En total ocupan cinco líneas. Enciende otro cigarrillo, relee las notas y las quema en la trampilla para tirar la basura. Todo depende ahora de una condición doble: encontrar a la persona adecuada y tener dinero suficiente. Cada vez que llega a algún sitio, la primera precaución que toma siempre es dejar en la consigna de la estación una maleta con todo lo necesario por si tuviera que salir huyendo. Además de ropa y todo lo que hace falta para cambiar de aspecto (tinte, gafas, maquillaje, etcétera), el equipaje incluye once mil euros. Pero no sabe cuánto podría costar ese proyecto. ¿Y si no tuviera bastante dinero?

¿Cómo lograr que ese castillo de naipes se mantenga en pie? Es una locura, hay que cumplir demasiadas condiciones. Cuando reflexiona, le da la impresión de que cada vez que se plantea un obstáculo técnico llega a la conclusión de que «tiene arreglo», pero que la suma de esas reservas, aunque sean todas de segundo orden, convierte el proyecto en totalmente inviable.

Ha aprendido a desconfiar de sí misma. Puede que sea lo que mejor hace. Coge aire a fondo, busca los cigarrillos y se da cuenta de que sólo le queda uno. El despertador marca las siete y media de la mañana. No empieza a trabajar hasta las once.

Hacia las once de la noche sale de la hamburguesería. Aunque ha llovido por la tarde, la noche está despejada y fresca. A esa hora sabe que con un poco de suerte... Baja por el bulevar, aguanta la respiración, se pregunta por última vez si no dispone de algún otro medio, aunque sabe muy bien que ha hecho un inventario completo de las escasas soluciones que tiene a mano. Y que no ha dado con nada mejor. Todo dependerá de su intuición. La intuición, ya ves tú...

Los coches rondan y se detienen con la ventanilla bajada para informarse de las tarifas y calibrar la mercancía. Otros dan media vuelta al final del bulevar y vuelven.

Al principio, cuando volvía tarde, Sophie dudaba en pasar por allí; pero el rodeo era muy largo y, en el fondo, se había dado cuenta de que no le disgustaba: había reducido al mínimo las relaciones con el mundo exterior y le resultaba casi reconfortante devolverles el saludo levemente familiar, como una vecina que empieza a ser conocida, a aquellas mujeres que, como ella, a lo mejor se estaban preguntando si algún día lograrían salir de su situación.

El bulevar está iluminado a tramos. La primera zona es el bulevar del sida. Las chicas, muy jóvenes y como electrizadas, parecen estar siempre esperando la siguiente dosis. Son lo bastante guapas como para hacer la calle a plena luz. Más allá, las otras se refugian en la penumbra. Y todavía más lejos, casi totalmente a oscuras, está el territorio de los travestis, cuyos rostros maquillados de mejillas azuladas asoman de cuando en cuando de la oscuridad como máscaras de carnaval.

Sophie vive pasada esa zona, en una a la vez más tranquila y más turbia. La mujer en la que había pensado está allí. Cincuentona, pelo rubio decolorado, más alta que Sophie, con un voluminoso escote que debe de atraer a determinada clientela. Se miran y Sophie se le pone delante.

—Disculpe... Necesito cierta información...

Sophie oye retumbar su propia voz, clara, nítida. Hasta se sorprende de sonar tan segura.

Y antes de que a la mujer le dé tiempo a contestar:

—Puedo pagarle —añade enseñando a medias el billete de cincuenta euros que lleva en el hueco de la mano.

La mujer la mira fija y brevemente, echa un vistazo alrededor, esboza una sonrisa y dice con una voz ronca de fumadora:

—Depende de la información...

—Necesito un documento —dice Sophie.

—¿Qué documento?

—Una partida de nacimiento. Da igual el nombre, lo que me importa es la fecha. Bueno..., el año. A lo mejor usted sabe dónde tengo que ir...

En el guion ideal que se había imaginado, Sophie encontraba cierta compasión, incluso cierta complicidad, pero aquello era un ataque de romanticismo. No podía ser más que una relación de negocios.

—Lo necesito... en condiciones razonables... Sólo le pido un nombre, una dirección...

—No funciona así.

La mujer se da media vuelta antes de que a Sophie le dé tiempo a hacer ni un gesto. Se queda ahí plantada, rebosante de incertidumbre. Entonces la mujer se vuelve y, sin más, le suelta:

—Vuelve a pasarte la semana que viene, voy a preguntar...

La mujer alarga la mano y espera, con los ojos clavados en los de Sophie. Ésta titubea, rebusca en el bolso, saca un billete más que se esfuma en el acto.

Ahora que ha establecido una estrategia y como no se le ocurre ninguna solución que le parezca mejor, Sophie no espera a que el primer trámite dé resultado para iniciar el segundo. A los dos días, como tiene un corte entre dos turnos a media tarde, organiza una expedición de reconocimiento. Procura elegir un objetivo alejado tanto de la hamburguesería como de su domicilio, en la otra punta de la ciudad.

Se baja del autobús en el bulevar de Faidherbe y anda un buen rato, guiándose con un plano para no tener que preguntar a nadie. Pasa apostando por delante de la agencia, sin prisa, para echarle un vistazo por dentro, pero lo único que ve es una oficina vacía con clasificadores y algunos carteles en la pared. Entonces cruza la calle, da media vuelta y entra en un café que le permite ver la fachada sin que la vean a ella. Esta maniobra de observación resulta tan infructuosa como la anterior: es el típico lugar donde no hay nada que ver, una de esas agencias con aspecto deliberadamente impersonal para no ahuyentar a los visitantes. Al cabo de unos minutos, Sophie paga el café, cruza la calle con paso resuelto y empuja la puerta.

La oficina sigue vacía pero con la alarma de la puerta no tarda en presentarse una mujer de unos cuarenta años, con el pelo mal teñido de rojo y cargada de joyas, que le tiende la mano como si se conocieran de toda la vida.

—Myriam Desclées —se presenta.

El nombre parece tan auténtico como el color del pelo. Sophie se presenta a su vez como Catherine Guéral que, paradójicamente, suena mucho más verosímil.

A todas luces, la directora de la agencia se las da de psicóloga. Apoya los codos en el escritorio, se sujetan la barbilla con las manos y mira fijamente a Sophie con una sonrisa entre comprensiva y dolorosa que pretende expresar un profundo conocimiento del sufrimiento humano. Por no mencionar la factura.

—Se siente sola, ¿verdad? —susurra dulcemente.

—Un poco... —se arriesga Sophie.

—Cuénteme algo de usted...

Sophie da un rápido repaso mental al breve memorando que ha preparado pacientemente, meditando y sopesando todos y cada uno de los elementos.

—Me llamo Catherine, tengo treinta años... —empieza a contar.

La conversación bien podría haber durado dos horas. Sophie nota cómo la directora emplea todos los trucos, sin hacerle ascos ni a los más burdos, para convencerla de que la «comprende», de que por fin ha encontrado ese oído atento y experimentado que tanto necesita, de que, en definitiva, está en buenas manos, en las manos de una mamá universal de alma sensible a quien le bastan las medias palabras para captarlo todo y que lo demuestra con visajes que significan ora «No me diga más, no sabe cómo la entiendo», ora «Sé perfectamente cuál es su problema».

A Sophie le queda poco tiempo. Pregunta, con toda la torpeza de la que es capaz, pide detalles para saber «en qué consiste exactamente» y añade que se tiene que marchar para volver al trabajo.

En este tipo de situaciones, siempre se disputa una carrera contrarreloj entre quien

quiere irse y quien quiere impedírselo. Una intensa lucha de influencia durante la que se suceden, a velocidad acelerada, todas las fases de una auténtica guerra en miniatura: ataques, quites, reorganizaciones, intimidación, falsa retirada, cambio de táctica...

Al final, Sophie se acaba hartando. Ya sabe lo que quería saber: los precios, el nivel de la clientela, el sistema de citas y la garantía. Se conforma con balbucear «Me lo voy a pensar» con tono avergonzado, pero convencido, y sale a la calle. Ha hecho todo cuanto ha podido para no estimular demasiado la imaginación de la directora. Ha soltado sin titubeos un nombre falso, una dirección falsa y un número de teléfono falso. Mientras va a coger el autobús, Sophie sabe que nunca más va a volver, pero tiene la confirmación que esperaba: si todo va bien, pronto podrá adquirir una bonita y flamante identidad, absolutamente intachable.

Una Sophie tan blanqueada como el dinero sucio.

Y gracias a una partida de nacimiento con nombre falso pero totalmente legal. Ya sólo le queda reclutar a un marido, que la obsequiará con un apellido nuevo, intachable, a salvo de cualquier sospecha...

Se volverá imposible de localizar.

Desaparece la Sophie que roba y mata, Sophie la Pirada.

Recién salida del agujero negro.

Aquí está Sophie la Inmaculada.

11

Sophie no ha leído muchas novelas policiacas, pero no se le han olvidado esas imágenes: la trastienda de un bar en un barrio dudoso, llena de hombres antipáticos que juegan a las cartas en un ambiente cargado de humo; sin embargo, el lugar donde se encuentra es un piso amplio, totalmente pintado de blanco y con un ventanal con vistas a casi toda la ciudad, frente a un hombre de unos cuarenta años, parco en sonrisas pero ostensiblemente civilizado.

El sitio es la caricatura de todo cuanto Sophie aborrece: el cristal del escritorio, los asientos de diseño, el tapiz abstracto de la pared..., la obra de un decorador con el mismo gusto que todo el mundo.

El hombre está sentado detrás del escritorio. Sophie se ha quedado de pie. La han citado allí mediante una nota en el buzón, a una hora que le venía fatal. Una simple nota con una dirección y una hora, nada más. Se ha tenido que escapar de la hamburguesería y tiene prisa.

—Así que necesita usted una partida de nacimiento... —se limita a decir el hombre mientras la mira.

—No es para mí..., es para...

—No se moleste, no tiene importancia...

Sophie se concentra en mirar al hombre para quedarse con sus rasgos. Unos cincuenta años y aparte de eso, nada destacable. Un hombre como tantos otros.

—En este negocio tenemos una reputación irreprochable. Nuestros productos son de gran calidad —prosigue—, ése es el secreto.

Habla con voz suave y firme, que le da a una la sensación de estar en buenas manos.

—Tenemos a su disposición una identidad buena y sólida. Claro está que no podrá usarla eternamente, pero digamos que para una temporada razonable, nuestros productos son de calidad intachable.

—¿Cuánto? —pregunta Sophie.

—Quince mil euros.

—¡No los tengo!

Lo ha dicho gritando. El hombre es un negociador. Reflexiona brevemente y anuncia con voz tajante:

—No bajamos de los doce mil euros.

Es más de lo que tiene. Y, aunque consiguiera lo que le falta, se quedaría sin un céntimo. Se siente como si estuviera en un edificio en llamas con una ventana abierta. Saltar o no saltar. No hay una segunda oportunidad. Intenta calibrar en los ojos de su interlocutor en qué posición se encuentra. El hombre no va a ceder más.

—¿En qué consiste? —pregunta por fin.

—Es muy sencillo... —prosigue él.

La hamburguesería está hasta arriba cuando Sophie vuelve, con veinte minutos de retraso. Según entra corriendo, ve a Jeanne haciendo muecas y señalando hacia el extremo del mostrador. No le da tiempo ni a llegar al vestuario.

—¿Te estás quedando conmigo?

El gerente se le echa encima. Para no llamar la atención de los clientes, se le arrima, como si quisiera pegarle. El aliento le huele a cerveza. Habla con las mandíbulas apretadas.

—¡Como me vuelvas a hacer otra como ésta te pongo en la calle a patadas en el culo!

Tras lo cual, el día fue tan infernal como de costumbre, con las bayetas, las bandejas, el kétchup chorreando, el olor a fritanga, las idas y venidas por las baldosas escurridizas de Coca-Cola derramada, las papeleras a tope, y, al cabo de siete horas, Sophie se percata de que, absorta en sus pensamientos, su turno había terminado veinte minutos antes. No le importa haberse quedado más tiempo sin querer y sigue preguntándose qué irá a pasar ahora. Porque en medio del barullo no ha dejado de pensar en esa conversación y en los plazos que le ha impuesto el hombre. Ahora mismo o nunca. El plan que ha trazado es factible. Ya sólo es cuestión de tacto y de

dinero. En lo que se refiere al tacto, desde que fue a la agencia sabe que puede hacerlo. En lo que se refiere al dinero, sólo le falta un poco. No mucho. Algo menos de mil.

Vuelve al vestuario, cuelga la bata, se cambia de zapatos y se mira en el espejo. Tiene la piel exhausta de los trabajadores ilegales. Le caen mechones grasientos por la cara. De niña, a veces se miraba en el espejo, directamente a lo hondo de los ojos y, al cabo de un rato, sentía como un vértigo hipnótico que la obligaba a sujetarse al lavabo para no perder el equilibrio. Era algo así como bucear en esa zona desconocida que dormita en todos nosotros. Se mira fijamente las pupilas hasta que ya no ve nada más, pero antes de que se la trague su propia mirada, la voz del gerente suena detrás de ella.

—Tampoco estás tan mal...

Sophie se vuelve. Está ahí plantado, con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Sophie se aparta un mechón y le planta cara. No le da tiempo a pensar, las palabras le salen solas.

—Necesito un anticipo.

Sonrisa. Sonrisa indescriptible que abarca todas las victorias de los hombres, hasta las más tenebrosas.

—¡Anda, fíjate!...

Sophie se apoya en el lavabo y cruza los brazos.

—Mil.

—No me digas, mil, casi nada...

—Es más o menos lo que se me debe.

—Lo que se te deberá a finales de mes. ¿No puedes esperar?

—No, no puedo.

—Ya...

Se quedan un buen rato cara a cara y es en los ojos de ese hombre donde Sophie ve lo que buscaba poco antes en el espejo, esa especie de vértigo, pero ya no tiene en absoluto ese carácter íntimo. Sólo es vertiginoso y duele por todas partes, hasta en las entrañas.

—¿Y? —pregunta para salir de esa situación.

—Ya veremos... Ya veremos...

El hombre bloquea la salida y de pronto Sophie se vuelve a ver en la salida del banco, unos meses antes. Un gusto desagradable a *déjà vu*. Pero también hay algo diferente...

Sophie echa a andar para salir, pero él la sujetó por la muñeca.

—Podemos arreglarlo —dice recalcando las sílabas—. Ven a verme mañana por la noche, cuando acabes el turno.

Y, plantándose la mano de Sophie en la entrepierna, añade:

—Veremos cómo podemos arreglarlo.

He ahí la diferencia. Las cartas están boca arriba, no se trata de un intento de

seducción sino de la afirmación de quién tiene la sartén por el mango, un canje entre dos personas que pueden darse mutuamente lo que piden. Muy sencillo. Tanto, que a Sophie le resulta sorprendente. Lleva veinte horas levantada, nueve días sin descansar, duerme poco para evitar las pesadillas, está agotada, vacía, y quiere acabar de una vez; sus últimas fuerzas, las únicas que le quedan, son para ese proyecto, tiene que salir de ésta, ahora, a cualquier precio, siempre será más barato que esa vida que lleva, que la consume por completo, hasta las raíces de su existencia.

Ni siquiera es una decisión: abre la mano y a través de la tela agarra el pene erecto del hombre. Le mira a los ojos pero no lo ve. Se limita a tenerle cogida la polla. Un contrato.

Mientras se sube al autobús, se comenta a sí misma que si se la hubiera tenido que mamar allí mismo, sobre la marcha, lo habría hecho. Sin dudarlo. Lo piensa sin experimentar emoción alguna. Es una mera información, nada más.

Sophie se pasa toda la noche delante de la ventana, fumando. A lo lejos, en dirección al bulevar, ve el halo de luz de las farolas y se imagina a las prostitutas en la sombra, al pie de los árboles, arrodilladas delante de hombres que miran al cielo agarrándoles la cabeza.

¿Qué asociación de ideas le hace recordar la escena del supermercado? Los vigilantes han puesto en la mesa de acero varios artículos que ella no ha comprado, pero que han sacado de su bolsa. Intenta contestar a las preguntas. Lo único que quiere es que no se entere Vincent.

Si Vincent se entera de que está loca, la internará.

Hace tiempo, hablando con unos amigos, dijo eso, que «si estuviera casado con una mujer así», la internaría; lo decía riéndose, desde luego estaba de broma, pero a Sophie nunca se le fue de la cabeza. Fue entonces cuando empezó a tener miedo. Puede que ya estuviera demasiado loca para saber darle el valor real a las cosas, para dejar esa frase en mera anécdota. Se pasó meses sin poder pensar en otra cosa: si Vincent se entera de que estoy loca, me internará...

Por la mañana, sobre las seis, se levanta de la silla, se da una ducha y se acuesta una hora antes de irse al trabajo. Llora tranquilamente mirando al techo.

Es como una anestesia. Hay algo que la impulsa a actuar, tiene la sensación de estar acurrucada en lo más hondo del envoltorio de su cuerpo, como en un caballo de Troya. El caballo actúa sin contar con ella, él sabe lo que tiene que hacer. Y ella sólo debe esperar tapándose muy fuerte los oídos con las manos.

Esa mañana, la expresión de Jeanne es la de quien tiene un mal día, pero cuando ve llegar a Sophie, se le pone aún peor.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? —le pregunta.

—Nada. ¿Por qué?

—Tienes un careto...

—Ya —contesta Sophie entrando en el vestuario para coger la bata—, no he dormido muy bien.

Curiosamente, no tiene sueño y no siente ningún cansancio. Ya le entrará más tarde. Empieza inmediatamente por el suelo de la zona de fumadores.

Como una autómata. Sacas la bayeta del cubo, sin pensarlo. La escurres y la extiendes en el suelo. Cuando se enfriá, vuelves a meterla en el cubo y vuelta a empezar. Sin pensar en nada.

Vacías los ceniceros, los frotas deprisa y vuelves a dejarlos. Dentro de un rato, Jeanne se te acercará y te dirá: «En serio, ¡ese careto no es normal!». Pero no vas a contestarle. En realidad, casi no sabrás lo que te ha dicho. Le harás un gesto ambiguo. No hablas. Estás pendiente de esa fuga que notas que te chisporrotea por dentro, la fuga necesaria. Llegarán imágenes, y más imágenes, y rostros, los espantarás como a moscas, apartando ese mechón que siempre te cuelga cuando te agachas. Como una autómata. Luego, entrarás en la cocina, en el olor a fritanga. Alguien te ronda muy de cerca. Levantas la mirada, es el gerente. Sigues trabajando. Como una autómata. Sabes lo que quieras: irte. Deprisa. Y por eso trabajas. Haces lo preciso para eso. Harás lo preciso para eso. De forma refleja. Como una sonámbula. Te mueves, esperas. Te vas a ir. Vas a irte como sea.

La hora punta termina a eso de las once. A esa hora, todo el mundo está agotado y al jefe le cuesta mucho animar a las tropas y que lo dejen todo listo para el día siguiente. Por eso tiene que estar en todas partes: en la cocina, en el comedor, gritando: «¡Espabila, que no tenemos toda la noche!» o «¿Vas a menear el culo, sí o sí?». Y gracias a eso, hacia las once y media ya está todo. Ciencias empresariales, como quien dice.

A continuación, todo el mundo se marcha corriendo. Siempre se quedan algunos fumando un cigarrillo delante de la puerta antes de irse, hablando de trivialidades. Por fin, el jefe echa la última ojeada, cierra las puertas y conecta la alarma.

Todos se han ido ya. Sophie mira el reloj y cae en la cuenta de que anda algo apurada de tiempo: la han citado a la una y media. Entra en el vestuario, guarda la bata, cierra la taquilla y cruza la cocina. Allí hay un pasillo que desemboca en una calle que está detrás del restaurante y, a la derecha, la puerta de la oficina. Llama y entra sin esperar.

Es un cuartito, con los bloques de cemento pintados simplemente de blanco y con muebles de baratillo; hay un escritorio de acero cargado de papeles, facturas, un teléfono y una calculadora eléctrica. Detrás del escritorio, un mueble de acero sobre el que hay un tragaluz muy sucio que da al patio, en la parte trasera del restaurante. El gerente está sentado a la mesa, hablando por teléfono. En cuanto Sophie asoma por la puerta, le sonríe y sin dejar de hablar le indica que se siente. Sophie se queda de pie, apoyada en la puerta.

Él se limita a decir «Hasta luego» y cuelga. Luego se levanta y se le acerca.

—¿Vienes a buscar el anticipo? —pregunta en voz muy baja—. ¿Cuánto era?

—Mil.

—Podemos arreglarlo... —dice agarrándole la mano derecha y poniéndosela otra vez en la bragueta.

Y, en efecto, lo arreglan. ¿Cómo? Sophie ya no lo recuerda muy bien. Él dijo algo así como: «¿A que nos entendemos?». Sophie debió de asentir, indicando que se entendían. En realidad, no estaba atendiendo, se sentía presa del vértigo, de algo que le venía de lo más hondo y que le vaciaba por completo la cabeza. Igual podría haberse caído redonda allí mismo y haber desaparecido, haberse fundido con el suelo y haberse desvanecido. Él debió de ponerle las manos en los hombros, haciendo bastante fuerza, y Sophie sintió que se iba escurriendo hasta estar de rodillas delante de él, tampoco eso lo sabe con certeza. Luego vio que su sexo erguido se le hundía en la boca. Lo apretó, ya no se acuerda de lo que hizo con las manos. No, las manos no las movió, sólo era ya, sencillamente, una boca, cerrada alrededor de la polla de aquel tío. ¿Qué hizo? Nada, no hizo nada, dejó que el hombre estuviera un buen rato yendo adelante y atrás en su boca. ¿Un buen rato? Quizá no. Es difícil calcular el tiempo... Al final, todo acaba pasando. De lo que sí se acuerda es de que él se mosqueó. Probablemente porque Sophie no participaba lo suficiente, y se la metió bruscamente hasta el fondo de la garganta; ella echó la cabeza hacia atrás y se dio un golpe con la puerta. Él debió de agarrarle la cabeza, sí, seguramente, porque los empujones de las caderas eran más cortos y más febriles. Y también recuerda que dijo: «¡Aprieta, coño!». Enfadado. Sophie apretó, hizo lo que debía. Sí, apretó más los labios. Cerraba los ojos, no se acuerda bien. ¿Y luego?... Luego nada, casi nada. La polla se quedó quieta un segundo, él emitió un gruñido sordo y Sophie sintió su esperma en la boca, muy espeso, acre; sabía mucho a lejía; dejó que le entrara todo en la boca, sin más, mientras se secaba los ojos con las manos, sólo eso. Esperó y al final, cuando él se retiró, escupió en el suelo una vez, dos veces; al verla, él dijo: «¡Guerra!», sí, eso dijo; y ella volvió a escupir una vez más apoyándose con una mano en el suelo de cemento. Y qué más..., volvía a tenerlo delante, parecía furioso. Ella seguía en la misma posición, le dolían las rodillas, así que se levantó, pero le costaba mucho incorporarse. Al ponerse de pie, se dio cuenta por primera vez de que el hombre era menos alto de lo que ella creía. Le costaba meterse la polla en el pantalón, como si no supiera cómo hacerlo, y se contoneaba. Después se dio la vuelta, fue al escritorio y le

metió los billetes en la mano. Estaba mirando lo que Sophie había escupido en el suelo; le dijo: «Venga, lárgate...». Sophie se dio media vuelta, debió de abrir la puerta y recorrer el pasillo; debió de ir al vestuario, no, a los servicios, quería enjuagarse la boca, pero no le dio tiempo; se volvió rápidamente, dio tres pasos, se inclinó sobre el váter y vomitó. De eso está completamente segura. Lo vomitó todo. Le dolía tanto la barriga, las arcadas eran tan profundas, que tuvo que arrodillarse y apoyarse con ambas manos en la porcelana blanca. Apretujados en la mano llevaba los billetes. De los labios le colgaban hilos de baba que se limpió de un manotazo. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse y tirar de la cadena, y el olor a vómito era insoportable. Apoyó la frente en la porcelana fría del váter para serenarse. Se vio a sí misma levantarse, pero ¿realmente se levantó? Ya no lo sabe; no, primero se tumbó en el vestuario, en el banco de descalzarse. Se puso la mano en la frente como para impedir que sus pensamientos la anegasen. Se sujetó la cabeza con una mano y tiene la otra detrás de la nuca. Se apoya en la taquilla y se levanta. Ese movimiento tan simple le exige una energía increíble. La cabeza le da vueltas, necesita cerrar los ojos un buen rato para recuperar el equilibrio; ya se le pasa. Muy poco a poco, se va serenando.

Sophie abre la taquilla, coge la chaqueta pero no se la pone, simplemente se la cuelga del hombro para salir. Rebusca en el bolso. No es fácil con una sola mano. Así que deja el bolso en el suelo y sigue rebuscando. Un papel arrugado, qué es, un tique de supermercado, un tique viejo. Vuelve a rebuscar y encuentra un boli. Garabatea violentamente hasta que la tinta se decide a salir, escribe unas palabras y encaja el papel entre la puerta y la parte superior de una taquilla. Y luego ¿qué? Gira a la izquierda, no, a la derecha, a esas horas se sale por la puerta del fondo. Como en los bancos. El pasillo aún está iluminado. El gerente se encarga de cerrar. Sophie avanza por el pasillo, pasa delante de la puerta de la oficina, apoya la mano en el picaporte de hierro y empieza a empujar. Un soplo de aire fresco, de aire nocturno, le pasa brevemente por la cara. Pero ella no sale, sino todo lo contrario: da media vuelta y mira el pasillo. No le apetece que la cosa termine así. Desanda lo andado, con la chaqueta aún colgada del hombro. Llega delante de la puerta de la oficina. Siente que está tranquila. Se cambia la chaqueta de mano y abre la puerta, muy despacio.

A la mañana siguiente, había una nota metida en la puerta de la taquilla de Jeanne. «Nos veremos en otra vida. Un beso.» La nota no está firmada. Jeanne se la mete en el bolsillo. Han reunido al personal presente en ese momento en el comedor, el cierre metálico sigue echado. Los de identificación judicial están muy atareados, al fondo del pasillo. La policía ha identificado a todo el mundo y enseguida ha iniciado los interrogatorios.

13

Hace un calor infernal. Las once de la noche. Sophie está derrengada, pero no consigue conciliar el sueño. No muy lejos, oye los acordes de un baile. Música eléctrica. Noche eléctrica. Su mente no puede evitar reconocer el título de algunas canciones. Cosas de los setenta. A ella nunca le gustó bailar. Se sentía demasiado torpe. Quizá un poco de *rock*, aquí y allá, y aun así, siempre los mismos pasos.

Un disparo la sobresalta: los primeros estallidos de los fuegos artificiales. Se levanta.

Está pensando en los documentos que va a comprar. Es LA solución. Ya no hay marcha atrás.

Sophie ha abierto la ventana de par en par, ha encendido el cigarrillo y mira los cohetes en el cielo. Fuma con calma. No llora.

Dios mío, en qué senda está a punto de adentrarse...

14

Sigue siendo un sitio igual de impersonal. El proveedor la mira mientras entra. Ambos se quedan de pie. Sophie saca del bolso un abultado sobre, extrae de él un fajo de billetes y se dispone a contarlos.

—No hace falta...

Sophie levanta la vista. E inmediatamente comprende que algo no va bien.

—Verá, señorita, nuestro trabajo se rige por las leyes del mercado...

El hombre se expresa pausadamente y sin moverse.

—La ley de la oferta y la demanda existe desde que el mundo es mundo. Nuestras tarifas no dependen del valor objetivo de los productos, sino de la importancia que nuestros clientes les otorgan.

Sophie siente un nudo en la garganta. Traga saliva.

—Y desde nuestra primera entrevista —prosigue el hombre— las cosas han cambiado un poco..., señora Duguet.

Sophie nota que le flaquean las piernas, la habitación empieza a dar vueltas; se apoya brevemente en la esquina del escritorio.

—Quizá prefiera sentarse...

Más que sentarse, se deja caer.

—Usted... —empieza a decir, pero las palabras se le ahogan antes de salir.

—Tranquilícese, no está usted en peligro. Pero tenemos que saber con quién tratamos. Siempre buscamos información. Y en su caso, no ha sido fácil encontrarla. Es usted una mujer muy organizada, señora Duguet, eso lo sabe muy bien la policía. Pero sabemos lo que nos hacemos. Ahora ya nos hemos enterado de quién es usted,

pero le garantizo que su identidad seguirá siendo confidencial. Nuestra reputación no se puede permitir la más mínima falta de decoro.

Sophie se serena un poco pero las palabras le van calando muy despacio, como si antes tuvieran que atravesar una espesa capa de niebla. Consigue articular una pregunta.

—¿Y eso significa que...?

No intenta seguir.

—Significa que el precio ya no es el mismo.

—¿Cuánto?

—El doble.

El rostro de Sophie debe de reflejar el pánico que siente.

—Lo lamento —dice el hombre—. ¿Quiere un vaso de agua?

Sophie no contesta. Todo está perdido.

—No puedo... —dice como si hablase consigo misma.

—Estoy convencido de que sí puede. Ha demostrado tener una sorprendente capacidad para adaptarse. De lo contrario, no estaría usted aquí. Démonos una semana, si le parece bien. Transcurrido ese plazo...

—Pero ¿qué garantía tengo?...

—Por desgracia, ninguna, señora Duguet. Excepto mi palabra. Pero, créame, vale por todas las garantías.

El señor Auverney es un hombre alto, el tipo de hombre del que se dice que «se conserva», lo cual significa que envejece, pero bastante bien. Tanto en invierno como en verano, lleva sombrero. El de ahora es de tela de color crudo. Como en la oficina de correos hace un poco de calor, lo lleva en la mano. Cuando el empleado se lo indica, el señor Auverney, tras dejar el sombrero en el borde del mostrador, le alarga el aviso. Ya lleva preparado el documento de identidad. Desde que Sophie está huida, ha aprendido a no darse nunca la vuelta porque sabe que lo han estado vigilando. Puede que aún lo hagan. Por si acaso, al salir de la oficina de correos, entra inmediatamente en el bar contiguo, pide un café y pregunta por el aseo. El mensaje es corto: «patito_feo@msn.fr». El señor Auverney, que lleva casi veinte años sin fumar, saca el mechero que ha cogido previsoramente y quema el mensaje en el inodoro del baño. A continuación, se bebe el café tranquilamente. Apoya los codos en el borde de la barra y la barbilla sobre las manos cruzadas, la postura de un hombre que no tiene prisa. En realidad, es porque le tiemblan las manos.

Dos días después, el señor Auverney está en Burdeos. Entra en un edificio antiguo cuyo portón pesa como la puerta de una cárcel. Conoce muy bien ese lugar porque dirigió las obras de rehabilitación, unos años antes. Ha viajado hasta aquí

exclusivamente para entrar y salir. Como si jugara al gato y al ratón. Su presencia en este lugar se debe a que entrando por el número 28 de la calle de Estienne d'Orves y tras un largo periplo por los sótanos, se puede volver a salir por el número 76 del callejón de Maliveau. Cuando llega a ese callejón, está desierto. Hay una puerta pintada de verde que da a un patio; el patio da a los aseos de Le Balto y Le Balto da al bulevar de Mariani.

El señor Auverney camina tranquilamente bulevar arriba hasta la parada de taxis y se va en uno a la estación.

Sophie apaga el último cigarrillo del paquete. Está nublado desde por la mañana. Un cielo de algodón. También hace viento. El camarero, sin nada que hacer a esas horas, está acodado cerca de la puerta, junto a la mesa en la que Sophie ha pedido un café.

—Ése es viento del oeste... No va a llover.

Sophie contesta con una sonrisa ambigua. No entablar ninguna conversación, pero no hacerse notar tampoco. Tras un último vistazo al cielo que parece confirmar su pronóstico, el camarero vuelve a la barra. Sophie mira atentamente el reloj de pulsera. Después de tantos meses huida, es una experta en autodisciplina. Se tiene que ir a las dos y veinticinco. Antes no. El trayecto a pie dura exactamente cinco minutos. Hojea, sin leerla, una revista para chicas. Previsiones para Escorpio. ¿Estás a la moda? La *play-list* de Brit. ¿Cómo lograr que esté loco por ti? Pierde cinco kilos ya mismo, ¡tú puedes!

Por fin son las dos y veinticinco. Sophie se levanta tras dejar el importe en la mesa.

Será viento del oeste, pero es condenadamente frío. Se sube el cuello de la cazadora y cruza el bulevar. A esa hora, la estación de autobuses está casi desierta. A Sophie sólo le angustia una cosa: que su padre no haya sido tan disciplinado como ella. Que aún esté allí. Que haya querido verla. Entre aliviada y decepcionada, comprueba que ha seguido sus instrucciones al pie de la letra. Entre los escasos consumidores del bar de la estación no hay ninguna cara conocida. No tarda nada en atravesar el local, bajar un tramo de escaleras y sacar con alivio de detrás de la cisterna el sobre marrón. Cuando vuelve a la calle, las primeras gotas de lluvia se estrellan en la acera. Viento del oeste.

El taxista es paciente.

—A mí, mientras el taxímetro siga corriendo... —ha dicho.

Lleva casi un cuarto de hora allí aparcado y el cliente mira distraídamente hacia

fueras. Dijo: «Estoy esperando a alguien». Acaba de pasar el dorso de la mano por el cristal empañado. Es un hombre ya de cierta edad pero que aún se mantiene erguido. Una mujer joven que esperaba a que el semáforo se pusiera en verde cruza la calzada con paso rápido subiéndose el cuello de la cazadora porque ha empezado a llover. Vuelve la cabeza rápidamente hacia el taxi pero sigue andando y desaparece.

—Qué se le va a hacer... —suspira el cliente—. No podemos estar esperando todo el día. Lléveme otra vez al hotel.

Qué voz tan rara.

15

Marianne Leblanc. Va a ser todo un reto acostumbrarse. Sophie siempre ha odiado ese nombre, no sabe por qué. Probablemente, alguna compañera del colegio le dejó un mal recuerdo. Pero Sophie no lo ha elegido. Es el que le han dado: Marianne Leblanc, y una fecha de nacimiento que difiere de la suya en más de dieciocho meses. Aunque en realidad no importa, porque Sophie ya no tiene una edad concreta. Aparenta tanto treinta años como treinta y ocho. La partida de nacimiento está fechada el 23 de octubre. «Tiene una validez de tres meses. Eso le da tiempo para tomar posiciones», le dijo el proveedor.

Lo recuerda aquella noche, poniéndole delante la partida de nacimiento y contando luego el dinero lentamente. Ni siquiera tiene la expresión satisfecha de los comerciantes que han hecho un buen negocio. Es un hombre técnico. Frío. Ella, seguramente, no dijo nada. Ya no se acuerda. Después, lo único que recuerda es la vuelta a casa, los armarios abiertos, la maleta abierta y ella metiéndolo todo a puñados, apartándose de la cara un mechón rebelde, mareándose y apoyándose en la puerta de la cocina. A toda velocidad, se da una ducha fría, incluso helada. Mientras se viste, exhausta y atontada, recorre rápidamente el piso para comprobar si no se ha olvidado de nada esencial, aunque de todas formas ya no ve nada. Ya está en la escalera. Hace una noche lenta y clara.

16

En estos quince meses, Sophie ha aprendido a olfatear los apartamentos ilegales, los subarrendamientos turbios, los trabajos pagados en negro; en definitiva, todos los apaños de mala muerte que le sirven para sumergirse en una nueva ciudad. Aquí, pasó por la criba las ofertas de empleo, buscando sistemáticamente los peores puestos, aquellos en los que no van a pedirle ninguna referencia. A los dos días, entró

en un equipo de limpieza de oficinas, compuesto por mujeres africanas y árabes, y dirigido con mano firme por una alsaciana sádico-maternal. La paga se reparte en metálico cada quince días. La empresa Vit'Net' opina que el cupo de trabajadoras legales está cubierto cuando la mitad de un equipo está en nómina. Sophie está en el lote de las que no lo están. Para disimular, pero rezando para que no le hagan caso, resopla con fingido disgusto.

Hacia las diez de la noche, Sophie baja a esperar a la acera. El vehículo de recogida pasa a buscarla y lleva a cada equipo, por turno rotativo, de una aseguradora a una empresa de informática. La «jornada» termina a las seis en punto de la mañana. El tentempié de medianoche se toma en el vehículo, durante el trayecto de una oficina a otra.

El 1 de octubre se acerca a pasos agigantados. Sólo le quedan dos meses y medio para llevar a buen puerto su plan y es vital que lo consiga. A principios de mes empezó con las primeras citas. Se ha inscrito en una sola agencia. Más adelante se verá si conviene ampliar el número, pero de momento una agencia no es moco de pavo. En la oficina del gerente robó mil cuatrocientos euros, lo suficiente para alimentar el inicio de la búsqueda.

Le han garantizado la identidad de Marianne Leblanc para «un plazo razonable», lo que equivale a decir por poco tiempo. Así que se ha impuesto un único objetivo: quedarse con el primero que llegue. Pero aunque estuviera acorralada, temblase constantemente de pies a cabeza, adelgazase a ojos vistas y durmiera tres horas al día, desde la primera cita Sophie se dio cuenta de que «el primero que llegue» es un concepto carente de sentido. Había elaborado una lista de condiciones: un hombre sin hijos y con una vida transparente; para todo lo demás, ya se apañaría. De cara a la agencia fingió no tener muy claro qué tipo de hombre le gustaba. Dijo tonterías como «un hombre sencillo» o «una vida tranquila».

17

René Bahorel, cuarenta años, un hombre sencillo y plácido.

Se han citado en una cafetería. Sophie lo reconoce enseguida: un agricultor mofletudo que huele terriblemente a sudor. Se parece a la voz que tiene por teléfono. Es uno de esos tipos joviales.

—Soy de Lembach —dice como quien da por hecho que ella sabe de qué habla.

Sophie tarda veinte minutos en comprender que esa referencia significa que es viticultor en un rincón perdido en medio del campo más rural. Cuando enciende un cigarrillo, él pone un dedo encima de la cajetilla:

—Le advierto desde ya que conmigo tendrá que dejarlo...

Sonríe de oreja a oreja, orgulloso a todas luces de mostrar de un modo que se le antoja delicado que quien manda es él. Es charlatán, como todas las personas que viven solas. Sophie no tiene mucho que hacer, escucha y le clava la mirada con calma. Tiene la cabeza en otra parte. Necesita desesperadamente huir. No le cuesta nada imaginarse cómo serían las primeras concesiones físicas con aquel hombre: le hace falta encender otro cigarrillo. Él habla de sí mismo, de su explotación, no parece haber llevado nunca alianza en el anular, o en todo caso hace mucho tiempo. Quizá por el calor de la cafetería y el ruido compacto que se alza de las mesas, cuyos ocupantes empiezan a pedir platos calientes, Sophie siente un leve mareo que le va subiendo despacio pasando por el estómago.

—... fíjese que existen subvenciones, pero de todas formas... ¿Y usted?

La pregunta la pilla desprevenida.

—¿Yo qué?

—Que qué le parece. ¿Le interesa?

—No mucho, la verdad...

Sophie da esa respuesta porque, sea cual sea la pregunta, es la más adecuada. René suelta: «Ah». Pero ese hombre es como un tentetieso, siempre vuelve a ponerse de pie. Cabe preguntarse cómo las personas así pueden acabar debajo de su propio tractor. Tiene un vocabulario limitado, pero aun así algunas palabras se repiten con inquietante insistencia. Sophie intenta descifrar lo que oye.

—Su madre vive con usted...

René responde que sí como para tranquilizarla. Una mamá de ochenta y cuatro años. Y «sigue como una rosa». Qué miedo. Sophie se imagina a sí misma tumbada bajo el peso de ese hombre con el espectro de la vieja rondando por el pasillo, el ruido de sus zapatillas, el olor a cocina... Vuelve a ver brevemente a la madre de Vincent, frente a ella, de espaldas a la escalera; Sophie le pone las manos en los hombros y empuja tan fuerte que el cuerpo de la anciana parece salir volando, los pies ni siquiera tocan los primeros peldaños, como si le hubiese disparado en el pecho con un fusil...

—¿Ha tenido ya muchas citas, René? —pregunta Sophie inclinándose hacia él.

—Ésta es la primera —dice como si anunciase una victoria.

—Entonces, tómeselo con calma...

Sophie ha guardado la partida de nacimiento en una carpeta de plástico transparente. Tiene miedo de extraviarla, como tantas otras cosas casi igual de importantes, miedo de perderla. Todas las noches, al irse, coge la carpeta y habla en voz alta.

—Abro la puerta del armario...

Entonces cierra los ojos, visualiza el gesto, la mano, el armario y repite: «He

abierto la puerta del armario...».

—Abro el cajón de la derecha, he abierto el cajón de la derecha...

Repite así cada movimiento varias veces, intenta, con un inmenso esfuerzo de concentración, soldar las palabras y los movimientos. En cuanto llega a casa, incluso antes de desnudarse, corre al armario para comprobar que la carpeta transparente sigue ahí. Y hasta que vuelve a guardarla dentro, la cuelga con una pinza de acero en la puerta de la nevera.

¿Podría algún día llegar a matar a ese marido desconocido que intenta encontrar? No. Cuando por fin esté a salvo, volverá a ver a algún doctor Brevet. Cogerá dos libretas, tres si hiciera falta, y volverá a apuntarlo todo y, esta vez, nada podrá distraerla. Es como la determinación de una niña: si sale de ésta, no dejará que su locura vuelva a salirse de madre.

18

Al cabo de otras cinco citas, Sophie sigue en el mismo punto. Teóricamente, deberían presentarle candidatos acordes con su pliego de condiciones, pero al igual que esos agentes inmobiliarios que consiguen llevarte a visitar casas que no se parecen en nada a lo que buscas, la directora de Odyssée, siempre escasa de hombres, le propone a todos los que tiene. Al principio, quedó con un sargento primero completamente idiota; luego vino un dibujante industrial depresivo que le contó, después de tres horas de conversación moribunda, que estaba divorciado y que tenía dos hijos cuya pensión alimenticia, mal calculada, le chupaba las tres cuartas partes del subsidio de desempleo.

Salió de un salón de té agotada de aburrimiento tras darle conversación durante dos horas a un antiguo sacerdote cuyo anular aún tenía la marca de la alianza que probablemente se había quitado una hora antes, y que pretendía animar una vida conyugal más bien desmoralizadora. Y luego aquel individuo alto, directo y con gran seguridad en sí mismo, que le propuso un matrimonio rato por seis mil euros.

Entonces el tiempo empezó a pasar cada vez más rápido. Por mucho que Sophie se repita que no busca un marido (sino que recluta a un aspirante), es un hecho que va a tener que casarse, acostarse y vivir con él. Dentro de unas semanas, de unos días, ni siquiera tendrá que molestarse en elegir, tendrá que quedarse con lo que haya.

El tiempo pasa, al igual que las oportunidades, y no consigue decidirse.

19

Sophie está en el autobús. Ir deprisa. Mira fijamente ante sí y al vacío. ¿Qué hacer para ir deprisa? Mira el reloj de pulsera: apenas tiene tiempo de llegar a casa y dormir dos o tres horas. Está agotada. Vuelve a meter las manos en los bolsillos. Es curioso ese temblor, sólo lo tiene a ratos. Mira por la ventanilla. Madagascar. Gira la cabeza y vislumbra muy brevemente el cartel que le ha llamado la atención. Una agencia de viajes. No está segura. Pero se levanta, toca el timbre y se queda al acecho de la siguiente parada. Le da la sensación de que el autobús recorre varios kilómetros antes de pararse, por fin. Vuelve a subir por el bulevar con sus andares de juguete de cuerda. Bien pensado, tampoco estaba tan lejos. En el cartel se ve a una negra joven de sonrisa ingenua y encantadora con una especie de turbante en la cabeza, la típica cosa cuyo nombre sale en los crucigramas. Detrás de ella hay una playa de tarjeta postal. Sophie cruza la calle y se vuelve para mirar otra vez el cartel, desde más lejos. Para ayudarse a pensar.

—Afirmativo —había dicho el sargento—. A mí no me gusta tanto, ¿sabe?, no soy muy viajero; pero bueno, sí que existen posibilidades. Un amigo mío, que es sargento primero como yo, se marcha a Madagascar. Hombre, yo lo entiendo porque su mujer es de allí. Y, además, aunque no se lo crea, tampoco hay tantos que quieran salir de la metrópoli, ¿sabe? ¡No hay tantos!

No hay tantos...

Sophie ha estado pensando durante el trayecto. Poco antes de llegar a su casa, empuja la puerta de una cabina y rebusca en el bolso.

—Bueno —había dicho tímidamente el sargentito—, ya sé que causa mala impresión; en fin, quiero decir, que no sabe uno muy bien cómo hacerlo... Pero el caso es que no puedo pedirle su número de teléfono, así que aquí tiene el mío. Es mi número personal. Nunca se sabe...

Al final de la conversación, el militar ya no tenía la expresión ufana que había adoptado al llegar, sino un aspecto mucho menos conquistador.

—Me doy cuenta de que no soy su tipo... Usted lo que necesita es a alguien más intelectual.

Y sonrió torpemente.

—¿Diga?...

—Buenas noches —dice Sophie—. Soy Marianne Leblanc. ¿Le interrumpo?

En realidad, el sargento no era tan bajito. De hecho, le saca a Sophie media cabeza, pero toda su persona está imbuida de una timidez que parece encogerlo. Cuando Sophie entra en el café, se levanta con torpeza. Ella lo mira con ojos nuevos,

pero tanto si la mirada es vieja o nueva, no se puede decir más que una cosa: es un hombre bastante feo. Sophie intenta consolarse: «Más bien del montón», pero una vocecita le susurra: «No, feo».

—¿Qué va a tomar?

—Pues no sé, ¿un café? ¿Y usted?

—Lo mismo..., un café.

Y se quedan así un buen rato, sonriendo forzadamente.

—Me alegro de que me haya vuelto a llamar... ¿Siempre tiembla así?

—Es que estoy nerviosa.

—Es normal. Yo también lo estoy; pero, bueno, no hablemos de mí... Uno no sabe muy bien qué decir, ¿eh?

—A lo mejor es que no tenemos nada que decirnos.

Sophie se arrepiente de inmediato.

—Lo siento.

—¡Negativo! Yo...

—Por favor, no empiece a soltar «negativos» y «afirmativos» a diestro y siniestro... Le aseguro que es muy agobiante, me parece que estoy hablando con un ordenador.

—Tiene usted razón. Es deformación profesional. Usted también tendrá costumbres así por su profesión, ¿no?

—Yo soy limpiadora, así que mis costumbres son las de cualquiera. Al menos, las de cualquiera que limpia su casa...

—Es curioso, no se lo dije la primera vez, pero no tiene usted pinta de limpiadora. Parece demasiado culta para eso...

—Es que... Tengo estudios, pero ya no me interesa. Podemos hablar de eso otro día, si no le molesta.

—Qué va, a mí no me molesta nada, ¿sabe? Soy más bien de trato fácil.

Esta frase tan sencilla dicha con una sinceridad tan conmovedora le recuerda a Sophie que posiblemente no hay nada tan agobiante en la vida como las personas de trato fácil.

—Bueno —dice Sophie—, vamos a empezar desde cero, ¿le parece bien?

—¡Pero si ya estamos en cero!

Puede que en el fondo no sea tan imbécil.

Un diminuto «por qué no» se le insinúa en la cabeza a Sophie. Pero antes tiene que informarse: de momento, su mayor virtud es que pueden destinarlo a ultramar. Eso es lo que hay que comprobar antes que nada.

Sophie había elegido quedar a última hora de la tarde. Llevan ahí una hora. El sargento sopesa cada fonema para no decir esa palabra que podría hundir irremediablemente la frágil balsa en la que se ha embarcado.

—Bueno, ¿y si comemos algo? —sugiere Sophie.

—Si usted quiere...

Desde el primer minuto las cosas han funcionado así: es un hombre débil, siempre necesitado, querrá todo lo que ella quiera. Sophie se avergüenza un poco de lo que va a hacerle. Pero también sabe lo que tendrá que darle a cambio. No le parece que él salga perdiendo. Lo que busca es una mujer. Cualquier mujer le vale. Una mujer. Hasta Sophie le vale.

Cuando salen del café, Sophie decide tirar a la derecha. Él no pregunta nada y sigue charlando amablemente mientras anda a su lado. Inofensivo. Se deja llevar a donde Sophie quiera llevarlo. Todo esto tiene una pinta horrible.

—¿Adónde quiere ir? —pregunta Sophie.

—Pues no sé... ¿A Le Relais?

Sophie está convencida de que lo tiene preparado desde la víspera.

—¿Qué es eso?

—Un restaurante. Una cafetería... Aunque le advierto que sólo he estado una vez. Pero no está mal... En fin..., no sé si le gustará.

Sophie consigue sonreír.

—Pues vamos a verlo...

Y, en efecto, no está tan mal. Sophie se temía que fuera un restaurante de militares, pero no se había atrevido a preguntarlo.

—Está muy bien —dice.

—Le confieso que ya lo tenía pensado. Hasta me di una vuelta por delante esta mañana para hacer un reconocimiento... No me acordaba muy bien, sabe usted...

—En realidad no había venido nunca, ¿verdad?

—Neg... Me da la impresión de que no va a ser fácil mentirle —dice el sargento sonriendo.

Al observarlo mientras mira la carta (quiere ver si sus ojos se detienen mucho rato en los precios), Sophie se pregunta cómo un hombre así podrá salir indemne de semejante historia. Pero que cada uno salve su propio pellejo. Y si él quiere un pellejo de mujer, tendrá que arriesgar el suyo. Un auténtico matrimonio, en definitiva...

—¿Tiene por costumbre mentirles a las mujeres? —pregunta Sophie para volver a coger el hilo de la conversación.

—Supongo que como todos los hombres. Pero no más. Creo que incluso menos. Bueno, debo de estar en el término medio.

—Entonces, en nuestra primera cita, ¿sobre qué me mintió?

Sophie enciende un cigarrillo. Se acuerda de que él no fuma. Le importa un bledo. Lo importante es que no se meta.

—Pues no lo sé... No estuvimos mucho rato hablando.

—Algunos hombres no necesitan mucho rato para mentir.

Él la mira fijamente.

—No voy a poder rivalizar...

—¿Disculpe?

—No voy a poder rivalizar con su conversación. No soy un gran conversador, no soy un hombre brillante, ¿sabe usted? Sí, sí que lo sabe. Puede que incluso me haya escogido por eso. Bueno, escogido, yo me entiendo.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Yo me entiendo.

—Si yo también lo entendiera, puede que la conversación fuera más fácil.

El camarero llega a su mesa. Sophie hace una apuesta mental.

—¿Qué va a tomar? —pregunta el sargento.

—Entrecot y ensalada. ¿Y usted?

—Pues... —dice volviendo a mirar por encima la carta—. Voy a pedir lo mismo: entrecot y ensalada.

«Bingo», piensa Sophie.

—¿Cómo quieren la carne? —pregunta el camarero.

—Poco hecha. Los dos poco hecha —contesta Sophie apagando el cigarrillo.

¡Dios, qué gilipollez!

—¿Qué estaba diciendo?

—¿Yo? Nada, ¿por qué?

—Decía que le he escogido por eso... ¿Qué significa?

—Oh, no se preocupe. Soy un metepatas de nacimiento. No puedo evitarlo. Mi madre siempre me decía: si en un prado hay una plasta de vaca (perdone la expresión), seguro que la pisas tú.

—Me cuesta un poco seguirle.

—Y eso que no soy un tío complicado...

—No, no lo parece... Bueno, quiero decir...

—No se disculpe todo el rato, si no, no acabaremos nunca.

El camarero trae dos entrecots con ensalada idénticos. Empiezan a comer en silencio. Sophie se siente obligada a alabar el entrecot, pero no consigue dar con ninguna palabra más. El inmenso desierto que los separa se ensancha entre ambos, insidiosamente, como un charco que crece y crece...

—No está mal, la verdad...

—Sí, está bueno. Muy bueno.

Pero no hay nada que hacer, realmente Sophie no se siente capaz de reanudar la conversación, es demasiado esfuerzo. Tiene que comerse el entrecot y aguantar el tirón. Aferrarse. Por primera vez, le pasa revista. Un metro setenta y seis, puede que ochenta. Sin duda con buen tipo, ancho de hombros, en el ejército se hace mucho ejercicio; manos anchas con las uñas cuidadas. En cuanto a la cara, es como la de un perrazo. El pelo, liso seguramente si no lo llevara tan corto; la nariz, algo anodina; la

mirada, más bien inexpresiva. Bueno, por lo menos está cachas. Es curioso que le pareciera tan bajito la primera vez. Sin duda fue por su forma de ser, por esa parte de él que parece resistirse a crecer. Su ingenuidad. Y de repente, Sophie lo envidia. Envidia su sencillez y por primera vez lo hace sin despreciarlo. Se da cuenta de que, hasta ese momento, lo había considerado un objeto y lo había despreciado sin ni siquiera conocerlo. Había reaccionado como si fuera un hombre.

—Parece que nos hemos atascado, ¿no? —pregunta por fin.

—¿Atascado?

—Sí, nos hemos quedado sin conversación...

—Bueno, es que no es tan fácil... —dice él por fin—. Cuando uno encuentra un tema de conversación, la cosa va bien, es fácil dejarse llevar; pero cuando no se encuentra ninguno... Habíamos empezado bien, pero el camarero vino cuando no debía.

Sophie no puede evitar una sonrisa.

Ahora ya no siente cansancio. Ni desprecio. ¿Qué siente? Es algo hueco. Un vacío. Puede que, en el fondo, sea él quien exhale ese vacío.

—Bueno, y entonces ¿a qué se dedica usted?

—A las transmisiones.

—Pues vaya...

—¿Qué pasa?

—¿Qué es eso de las transmisiones? Cuénteme.

El sargento se lanza. Cuando está en su terreno, sí que tiene conversación. Sophie no lo escucha. Mira discretamente el reloj del local. ¿Acaso podría haber sido distinto? ¿Qué esperaba encontrar? ¿Otro Vincent? Vuelve a verse en la casa de ambos, al principio del todo. El día en que empezó a pintar el salón. Vincent se le acercó por la espalda, simplemente. Lo único que hizo fue ponerle la mano, sin más, en la nuca, y Sophie se llenó de toda esa fuerza...

—Le traen al paíro las transmisiones, ¿eh?

—¡Qué va, todo lo contrario!

—¿Lo contrario? ¿Entonces, la apasionan?

—Yo no diría tanto.

—Si ya sé lo que está pensando...

—¿Eso cree?

—Sí. Se está usted diciendo: un tío majo, con sus batallitas sobre las transmisiones, pero es un coñazo y perdona la palabra. Está mirando la hora y pensando en otra cosa. Le gustaría estar en otro sitio. Y más vale que se lo diga: a mí también. Me hace sentir incómodo, ¿sabe? Intenta ser amable porque no le queda más remedio; como estamos aquí... pues hablamos. Aunque no tengamos mucho que decirnos. Me pregunto...

—Le pido disculpas; es cierto que estaba distraída... Pero es que lo que me cuenta es tan técnico...

—No es que sea técnico. Lo que pasa de verdad es que no le gusta. Me pregunto...

—¿Sí?

—Me pregunto por qué ha vuelto a llamarme. ¿Eh? ¿Qué es lo que anda buscando en realidad? ¿Cuál es su historia?

—Bueno, se puede tardar un año, dos años, tres años. Incluso hay quienes nunca lo consiguen. Mi amigo, en eso, tuvo bastante suerte.

En un momento dado, se ríen. Al final de la cena, Sophie ya no sabe de qué. Andan siguiendo la orilla del río. Hace un frío penetrante. Tras andar un poco, Sophie lo coge del brazo. Una breve complicidad los hace sentirse más próximos. Y es que, a fin de cuentas, el sargento no se las ha apañado tan mal: renunció a deslumbrarla. Dijo cosas sencillas: «De todas formas, es mejor ser uno mismo. Porque, tarde o temprano, se acaba notando quién eres. Para eso, es mejor dejarlo claro desde el principio, ¿no?».

—Se refiere a los departamentos y territorios de ultramar...

—¡No sólo! También te pueden destinar al extranjero. Aunque es poco habitual, la verdad.

Sophie hace cálculos. Cita, boda, traslado, trabajo, separación. Quizá sea algo iluso pensar que estará más segura a miles de kilómetros. Pero su instinto le dice que podrá ocultarse mejor. Mientras reflexiona, el sargento enumera a los amigos a los que han trasladado, los que lo pidieron, los que siguen esperando... Dios, qué aburrido y previsible es este hombre.

20

Tengo miedo. Todos los muertos suben a la superficie. Por las noches. Puedo contarlos uno a uno. Por las noches los veo sentados a una mesa, uno junto a otro. Por las noches. Presidiendo la mesa, Léo, con el cordón alrededor del cuello. Me mira con expresión de reproche. Me pregunta: «¿Estás loca, Sophie? ¿Por qué me has estrangulado? Estás loca, ¿verdad?», y su mirada me interroga y me taladra. Conozco la expresión que pone cuando duda, inclinando la cabeza ligeramente hacia la derecha con cara de estar pensando. «Sí, pero eso no es ninguna novedad, siempre ha estado loca», dice la madre de Vincent. Pretende tranquilizarlo. Vuelvo a ver su expresión malvada, esa mirada de hiena, la voz chillona. «Antes de empezar a matarnos a todos, a destruir todo lo que tenía alrededor, ya estaba loca, se lo dije a Vincent, esa chica está loca...» Para decirlo, adopta su habitual expresión profunda, cierra los ojos largo rato mientras habla, se pasa la mitad del tiempo con los

párpados bajados, observándose por dentro. «Me odias, Sophie, siempre me has odiado, pero ahora que me has matado...» Vincent no dice nada. Menea la cabeza descarnada como pidiendo clemencia. Y todos me miran fijamente. Ya no dicen nada.

Me despierto sobresaltada. Cuando me pasa esto, ya no quiero volver a dormirme. Me pongo en la ventana y allí paso horas llorando y fumando cigarrillos.

Maté incluso a mi bebé.

21

Llevan algo más de dos semanas saliendo. A Sophie le costó pocas horas descubrir el manual de instrucciones del sargento primero. Ahora se conforma con aprovechar lo que ha aprendido en función de sus intereses, pero sigue estando alerta.

Ha dejado que lo lleve a ver *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* con fingido entusiasmo.

—En el libro sólo aparecían dos generaciones de mujeres... —comenta Sophie encendiendo un cigarrillo.

—No lo he leído, pero supongo que tampoco estará mal.

—No —dice Sophie—, el libro no estaba mal...

Sophie ha tenido que fabricarse una biografía completa que se corresponda con la partida de nacimiento: padres, estudios, una historia a la que ha añadido un halo de misterio para no tener que contar demasiado. El sargento se ha mostrado discreto. Por precaución, Sophie hace que le cuente muchas cosas. Por las noches, de vuelta en casa, lo apunta todo en una libreta en la que almacena cuanto sabe de él. En su historia no hay ninguna complicación. Ni tampoco nada interesante, por otra parte. Nació el 13 de octubre de 1973 en Aubervilliers. Alumno normalito en primaria y en secundaria, formación profesional en electromecánica, alistamiento en el ejército, destinado a transmisiones, certificado de técnico en telecomunicaciones, sargento primero con posibilidad de ascender a subteniente.

—Esto... ¿la jibia?

—Es como la sepia...

El sargento sonríe.

—Creo que mejor voy a tomar un entrecot.

Sophie sonríe a su vez.

—Me hace gracia...

—Cuando las mujeres dicen eso, no suele ser buena señal...

La gran ventaja de los militares es lo transparentes que son. El sargento se parece muchísimo a como Sophie se había imaginado que sería en las primeras citas. Ha descubierto que tiene rasgos de sutileza insospechados. El chico no es tonto, sólo sencillo. Quiere casarse, tener hijos, es agradable. Y Sophie no tiene tiempo que perder. No le ha costado nada seducirlo: ya estaba seducido sin que Sophie hiciera nada que no hubiera hecho cualquier otra chica en su situación. Lo hace incluso mejor porque es bastante guapa. Desde que sale con él ha vuelto a comprar maquillaje y se fija más en la ropa que lleva, pero no demasiado. En ocasiones, salta a la vista que el sargento piensa en ciertas cosas. Hace años que Sophie no siente que un hombre la mira con deseo. Se le hace raro.

—¿Puedo preguntarle hacia dónde vamos?

—Nos habíamos decidido por *Alien*, ¿no?

—No, quiero decir: nosotros dos, ¿en qué punto estamos?

Sophie sabe exactamente en qué punto están. Le quedan menos de dos meses para rematar el asunto. Hay que restar el plazo de publicación de las amonestaciones. Ahora ya no puede cambiar de opinión. Ya no tiene tiempo. Con otro, tendría que empezar desde cero. Ya no tiene tiempo. Lo mira. Se ha acostumbrado a su cara. O puede que lo necesite de verdad. Viene a ser lo mismo.

—¿Usted sabe en qué punto está? —le pregunta.

—Yo, sí, creo que sí. Y usted también lo sabe. Realmente me pregunto por qué cambió de parecer. Cuando volvió a llamarme...

—No cambié de parecer, sólo me di tiempo para pensar.

—No, cambió de parecer. En nuestra primera cita ya había tomado una decisión. Y fue que no. Me pregunto si de verdad ha cambiado de parecer. Y por qué.

Sophie enciende otro cigarrillo. Están en una cafetería. La velada no ha sido tan aburrida. Cuando lo mira, está convencida de que ese hombre se ha enamorado de ella. ¿Habrá sido lo bastante hábil para que la crea?

—Es verdad. En la primera cita no estaba entusiasmada... Yo...

—Y quedó con otros. Y como eran peores, pues se dijo...

Sophie lo mira a la cara.

—¿Y usted no?

—Marianne, creo que miente como habla. Quiero decir, que miente tan bien como habla y que miente mucho.

—¿Sobre qué?

—No tengo ni idea. Puede que sobre todo.

A veces, en ese rostro descubre tanta preocupación que siente remordimientos.

—Supongo que tendrá sus motivos —continúa—. Tengo mis sospechas, pero no me apetece ponerme a rascar.

—¿Por qué?

—El día que quiera usted contármelo, ya lo hará.

—¿Y qué es lo que sospecha?

—Que en su pasado hay cosas de las que no quiere hablar. Y a mí me da lo mismo.

La mira y titubea. Paga la cuenta. Se arriesga.

—Imagino que..., yo qué sé..., que habrá estado en la cárcel o algo así.

Vuelve a mirarla fijamente, pero de soslayo. Sophie calibra las circunstancias rápidamente.

—Digamos que es algo así. Nada grave, ¿sabe? Pero no me apetece hablar de ello.

Él asiente con expresión de hacerse cargo.

—Pero ¿a qué aspira exactamente?

—Quiero ser una mujer normal, con un marido y con hijos. Nada más.

—Pues no parece su estilo.

Sophie siente un escalofrío. Intenta sonreír. Están saliendo del restaurante, hace una noche muy oscura, el frío les salta a la cara. Lo coge del brazo, como acostumbra a hacer ahora. Se vuelve hacia él.

—Me gustaría ir a casa contigo. Pero no sé si ése es tu estilo...

Él traga saliva.

El sargento procura aplicarse. Se fija en todos los detalles. Cuando Sophie llora, le dice: «No te sientas obligada»... Ella le dice: «Ayúdame». Él le seca las lágrimas. Ella añade: «No es culpa tuya, ¿sabes?». Y él dice: «Ya lo sé...». Sophie cree que ese hombre podría comprender cualquier cosa. Es tranquilo, lento, preciso, no se le había ocurrido que pudiera ser así. Hace tanto tiempo que no entra en ella ningún hombre. Durante un breve instante cierra los ojos como si estuviera embriagada y quisiera que el mundo dejara de girar a toda velocidad. Lo guía. Lo acompaña. Nota su olor, que ya le era familiar a distancia. Es un olor anónimo de hombre en celo. Consigue contener las lágrimas. Él intenta pesar poco, parece estar esperándola, ella le sonríe. Le dice: «Ven...». Tiene la expresión de un niño indeciso. Lo abraza con más fuerza. Él no se hace ilusiones.

Están tranquilos, Sophie mira la hora. Los dos saben lo que no tienen por qué decirse. Quizá algún día... Son dos accidentados de la vida y, por primera vez, Sophie se pregunta qué accidente habrá sufrido él.

—Y tu historia, lo que te haya pasado a ti, tu verdadera historia, ¿cuál es? —le pregunta rizándole con los dedos el vello del pecho.

—Yo soy muy corriente...

Y Sophie se pregunta si esa respuesta es suya.

Cuando una trabaja de noche, los horarios se desfasan. A la hora en que él se queda dormido, Sophie se levanta y sale de casa para coger la lanzadera.

Siempre están juntos: Véronique y el jefe de la hamburguesería. Los mató de la misma forma. Ya no sabe cómo. Ambos están tendidos uno junto a otro en la mesa de acero inoxidable del depósito. Como unos recién casados. Cubiertos con una sábana blanca. Sophie pasa cerca de la mesa y aunque ambos están muertos, tienen los ojos abiertos y la miran con expresión golosa. Sólo mueven los ojos. Cuando pasa por detrás de la mesa, del cogote les empieza a brotar sangre, despacio; están sonriendo.

—¡Pues sí!

Sophie se vuelve de golpe.

—Es como su sello de fábrica. Unos golpes bien dados en el cogote.

El director de la sucursal lleva una camisa amarillo claro y una corbata verde. La tripa le rebosa por encima del pantalón y tiene la bragueta bajada. Avanza como si fuera un profesor de patología, pedagógico, seguro de sí mismo, preciso, quirúrgico. Y sonriente. Un tanto guasón.

—O sólo uno.

Está detrás de la mesa mirándoles la cabeza a los finados. La sangre chorrea hasta el suelo y las gotas se estrellan contra el cemento pintado, salpicándole los bajos del pantalón.

—Ésta, vamos a ver —se inclina y lee la etiqueta—... Véronique. Eso es. Véronique. Cinco cuchilladas en el estómago. ¡En el estómago, Sophie, pero esto qué es! Bueno, dejémoslo. Éste —lee la etiqueta—... David. Bueno, Sophie, para éste nada más tuvo que alargar la mano. Un bate de béisbol que para David sólo tenía un valor decorativo y aquí está: la cabeza rota con la insignia de los Red Stockings. Qué destino tan absurdo tienen algunos, ¿no?

Se aleja de la mesa y se acerca a Sophie, que tiene la espalda pegada a la pared. Se le arrima sonriendo:

—Y luego estoy yo. He sido más afortunado: ni bate de béisbol ni cuchillo en el horizonte, salí bien parado, no me quejo. Si hubiera podido, me habría golpeado la cabeza contra la pared y yo habría ido de cráneo, como los otros. También yo estaría sangrando por el cogote.

Y Sophie ve cómo la camisa amarilla se va empapando poco a poco con la sangre que le chorrea del cogote. Él sonríe.

—Exactamente así, Sophie.

Lo tiene muy cerca, nota su aliento cargado.

—Es usted muy peligrosa, Sophie. Y, sin embargo, le gusta usted a los hombres, ¿no? Ha matado a muchos. ¿Tiene previsto matar a todos aquellos a quienes quiere, Sophie? ¿A todos los que se le acercan?

22

Esos olores, esos gestos, esos momentos... A los ojos de Sophie, todo anticipa lo que le espera. Tendrá que saber irse. En el momento adecuado. Pero eso será más adelante porque por ahora tendrá que saber interpretar. Interpretar con sutileza. Sin pasión aparente, un vínculo propiciado por una complicidad superficial pero prometedora. Han pasado cuatro noches juntos. Ésta es la quinta. Dos noches seguidas. Porque hay que acelerar el proceso. Sophie ha conseguido cambiar el horario con una chica de otro equipo durante unos días. Él ha ido a buscarla. Ella lo coge del brazo y le cuenta lo que ha hecho durante el día. La segunda vez, ya se ha convertido en una costumbre. Por lo demás, es tan atento que roza lo escrupuloso. A veces parece que le va la vida en cada gesto. Ella intenta tranquilizarlo. Darle a su reciente intimidad un toque menos artificioso, menos forzado. Le hace comiditas en la cocina de gas de su piso de dos habitaciones. Él se va relajando poco a poco. En la cama, sólo le hace caso si es ella quien toma la iniciativa. Ella la toma siempre. Tiene miedo siempre. Finge. A veces, por unos breves instantes, siente que podría ser feliz. Eso la hace llorar. Él no lo ve porque siempre es al final, cuando él se duerme y ella mira la habitación en la penumbra nocturna. Es una suerte que no ronque.

Sophie pasa así largas horas, dejando que las imágenes de su vida le circulen por dentro. Como siempre, las lágrimas brotan solas, sin ella, fuera de ella. Se desliza hacia un sueño que le da miedo. A veces, se topa con la mano del sargento y se aferra a ella.

23

Hace un frío muy seco. Están acodados en una barandilla de hierro, los fuegos artificiales acaban de empezar. Los críos corren por el muelle y los padres miran al cielo con la boca entreabierta. Ruidos de guerra. Un silbido siniestro precede a algunas explosiones. El cielo está anaranjado. Sophie está pegada a él. Por primera vez, necesita, lo necesita de verdad, acurrucarse contra él. El sargento le pasa el brazo por los hombros. Podría ser otro. Es él. Podría ser peor. Sophie le acaricia la mejilla y lo obliga a mirarla. Le da un beso. El cielo está azul y verde. Él dice algo que Sophie no oye porque un cohete estalla al mismo tiempo. Por su expresión, debía de ser algo cariñoso. Ella asiente con la cabeza.

Los padres reúnen a la chiquillería, los grupos se lanzan las bromas de rigor. Todo el mundo vuelve a casa. Las parejas van con los brazos enlazados. A ellos les cuesta encontrar un paso cómodo para ambos. Las zancadas de él son más largas, da pasitos en el sitio, ella sonríe, lo empuja, él se ríe y ella sonríe. Se paran. Aunque no sea amor, hay algo que les hace sentirse bien, algo que se parece a un cansancio inmenso.

La besa por primera vez con lo que podría ser autoridad. El año va a empezar dentro de unos segundos, ya se oyen algunas bocinas, las de los que se anticipan a la hora para estar seguros de ser los primeros. De repente, un estallido general, los gritos, las sirenas, las risas, las luces. Una leve felicidad social planea un instante sobre el mundo; la ocasión es un trámite, pero las alegrías son sinceras. Sophie dice: «¿Vamos a casarnos?». Es una pregunta. «Yo sí que quiero...», dice él como si se disculpara. Ella le aprieta el brazo.

Ya está.

Lo ha hecho.

Dentro de unas semanas, Sophie estará casada.

Adiós, Sophie la Pirada.

Una nueva vida.

Durante unos segundos, consigue respirar libremente.

Él sonríe mientras mira a la gente.

Frantz

3 de mayo de 2000

Acabo de verla por primera vez. Se llama Sophie. Salía de su casa. Sólo he divisado la silueta. Está claro que es una mujer que lleva prisa. Se subió al coche y arrancó en el acto, tan deprisa que me costó seguirla con la moto. Menos mal que no se le dio bien aparcar en Le Marais, lo que me facilitó mucho las cosas. La he seguido de lejos. Primero pensé que iba de compras; en ese caso tendría que haber renunciado a seguirla; demasiado expuesto. Pero afortunadamente tenía una cita. Se metió en un salón de té de la calle de Les Rosiers y fue inmediatamente hacia otra mujer más o menos de su misma edad mientras miraba el reloj, como para indicar que era una persona muy ajetreada. Yo sabía que había salido tarde. Flagrante delito de mentira.

Esperé alrededor de diez minutos, entré yo también en el salón de té y me acomodé en la segunda sala del local, desde donde la veía perfectamente y sin llamar la atención. Sophie llevaba un vestido estampado, zapato plano y una cazadora gris claro. La veía de perfil. Es una mujer agradable, una mujer que debe de gustarles a los hombres. Su amiga, en cambio, tenía pinta de puta. Demasiado pintada, arrogante, demasiado hembra. Sophie, al menos, sabe cómo resultar natural. Se pusieron ciegas de dulces como unas colegialas glotonas. Al ver las caras que ponían y cómo sonreían, caí en la cuenta de que se estaban saltando la dieta. Las mujeres se pasan la vida haciendo dietas que les encanta no cumplir. Las mujeres son fútiles. Sophie está delgada. Más delgada que su amiga.

Me arrepentí enseguida de haber entrado. Me arriesgaba de una forma muy tonta a que me mirase y, por cualquier motivo, recordase mi cara. ¿Por qué arriesgarse así cuando no es necesario? Me prometí que no volvería a suceder. Dicho lo cual, la chica me gusta. Me parece que tiene mucha vitalidad.

Me noto en un estado de ánimo muy peculiar. Tengo todos los sentidos agudizados. Por eso he sabido convertir ese episodio inútil en circunstancia fecunda. Me fui unos veinte minutos después que ellas y, cuando estaba cogiendo la cazadora del perchero, vi que un hombre había colgado el abrigo. Metí rápidamente la mano en el bolsillo interior y salí con una cartera estupenda. El dueño se llama Lionel Chalvin, nació en 1969, total, sólo me lleva cinco años; vive en Crêteil. El carné de identidad es del modelo antiguo. Como no tengo intención de usarlo si me piden la documentación le he hecho un apaño, que me ha quedado bastante bien, por cierto, pegando una foto mía. Hay días en que me alegra una barbaridad de ser mañoso. Si no se fija uno mucho, queda bastante decente.

15 de junio

He necesitado unos diez días para madurar la decisión que iba a tomar. Acabo de

pasar por una decepción tremenda, años de esperanza se han venido abajo en pocos minutos... No esperaba levantar cabeza tan pronto y, curiosamente, me da la impresión de que lo he conseguido. Estoy algo extrañado. He ido siguiendo a Sophie Duguet a los sitios donde iba, he pensado, la he mirado... Tomé la decisión ayer por la noche, mientras me fijaba en las ventanas de su piso. Pasó y corrió las cortinas con un ademán desahogado y resuelto. Como una sembradora de estrellas. Algo se me puso en marcha por dentro. Me di cuenta de que iba a lanzarme. De todas formas, necesitaba un proyecto alternativo, no podía resignarme así a renunciar a todo cuanto había soñado, a todo cuanto había necesitado durante tanto tiempo. Comprendí que, bien pensado, Sophie me valdría.

He empezado un cuaderno de notas. Hay ya muchas cosas que preparar y creo que me ayudará a pensar. Porque este asunto es mucho más complicado de lo que había previsto en principio.

El marido de Sophie es un individuo alto con cara inteligente y que parece muy seguro de sí mismo, cosa que me agrada. Viste bien, e incluso con elegancia, aunque con un estilo bastante desenfadado. Llegué temprano esta mañana para acechar su salida y seguirlo. Están en buena situación económica. Cada cual tiene su coche y viven en un edificio de clase acomodada. Podría ser una pareja estupenda con un buen porvenir.

20 de junio

Vincent Duguet trabaja en la Lanzer Gesellschaft, una sociedad petroquímica de la que he conseguido mucha documentación: no entiendo los detalles, pero, en lo esencial, se trata de una sociedad con capital alemán que tiene sucursales por todo el mundo y es una de las que lideran el mercado de los disolventes y los elastómeros. Lanzer Gesellschaft tiene una sede central en Múnich y una sede francesa en La Défense (que es donde trabaja Vincent) y tres centros de investigación en provincias; en Talence, en Grenoble y en Senlis. Vincent figura bastante arriba en el organigrama de la empresa, como adjunto del director del departamento de Investigación y Desarrollo. Es doctor por la Universidad de Jussieu. En el folleto publicitario la foto tiene, desde mi punto de vista, un gran parecido. Es reciente. La he recortado y la he puesto en el tablero de corcho.

Sophie, por su parte, trabaja en Percy's, la empresa de subastas (libros antiguos, obras de arte, etcétera). Todavía no sé qué cargo ocupa exactamente.

He empezado por lo más sencillo al informarme primero acerca de Vincent. En lo referido a Sophie, las cosas parecen más complicadas. La empresa facilita poca información. En esos ambientes nunca le enseñan a uno más que el escaparate. Por lo demás, Percy's es bastante conocida, pero sólo encuentras generalidades acerca de

ella. No me basta con eso. No me vale de nada andar rondando por las inmediaciones de Saint-Philippe-du-Roule, donde están las oficinas, arriesgándose a que alguien se fije en mí.

11 de julio

Necesito informaciones más concretas acerca de Sophie y me ha llamado la atención que en esta última temporada se mueva más en coche; estamos en julio y París se ha quedado más tranquilo. No he necesitado mucho tiempo para sumar dos y dos. He encargado placas de matrícula nuevas para la moto, se las he puesto yo personalmente y ayer fui siguiendo el coche de lejos. En cada parada he ensayado mentalmente la escena. Cuando por fin Sophie se detuvo en primera fila en un semáforo, yo estaba ya de lo más preparado y todo salió a pedir de boca. Estaba tranquilo. Me coloqué a la misma altura que ella, a su derecha, con cuidado de tener espacio suficiente para maniobrar sin obstáculos. En cuanto el semáforo opuesto se puso en ámbar, me bastó con alargar la mano para abrir la puerta del copiloto, agarrar el bolso, arrancar y tirar por la primera calle a la derecha. En pocos segundos ya había recorrido varios cientos de metros y doblado tres o cuatro esquinas, y, cinco minutos después, iba ya tan tranquilo por la circunvalación. Si todo resultaba así de fácil, hasta dejaría de ser divertido...

¡Qué maravilla el bolso de una chica! ¡Qué maravilla tan encantadora, tan íntima y tan pueril! En el de Sophie encontré un montón de cosas imposibles de clasificar. Fui por orden. Primero, todo lo que no me aportaba nada: el abono de transportes —me quedé con la foto, eso sí—, lima de uñas, lista de la compra (para la cena seguramente), un Bic negro, paquetes de pañuelos de papel, chicles. Lo otro resultó más instructivo.

De entrada, en lo referente a los gustos de Sophie: una «crema multiactiva» para las manos, marca Cebelia; una barra de labios de Agnès b. («Perfect», especias sonrosadas), una libreta con anotaciones varias, pocas, por lo demás, y con frecuencia ilegibles, pero con una lista de libros por leer (V. Grossman: *Vida y destino*; Musset: *Confesiones de un hijo del siglo*; Tolstói: *Resurrección*; Citati: *Retratos de mujeres*; Ikonnikov: *Taiga Blues...*). Le gustan los escritores rusos. Ahora mismo estaba leyendo *El maestro de Petersburgo* de Coetzee. Iba por la página 63; no sé si se lo volverá a comprar.

He leído sus anotaciones una y otra vez. Me gusta mucho la letra que tiene, resuelta, energética; se nota en ella fuerza de voluntad e inteligencia.

En lo referente a su intimidad: una caja empezada de tampones Nett «mini» y también un tubo de aspirinas y otro de Nurofen (tendrá reglas dolorosas). Por si acaso, he puesto una cruz roja en mi calendario de pared.

En lo referente a sus costumbres: en la tarjeta de empresa veo que come, aunque no con regularidad, en el comedor de Percy's; le gusta el cine (tarjeta de fidelidad del Balzac); no lleva mucho dinero encima (menos de treinta euros en el monedero); está matriculada en un ciclo de conferencias acerca de las ciencias del conocimiento en La Villette.

Y, por fin, lo más importante: las llaves del piso, las del buzón, el teléfono móvil —copié en el acto los números del directorio—, una libreta de direcciones que debe de tener muchos años porque hay todo tipo de letras y de colores de bolígrafo, el carné de identidad, muy reciente (nació el 5 de noviembre de 1974 en París), una tarjeta de cumpleaños dirigida a Valérie Jourdain, calle de Courfeyrac, 36, Lyon.

Preciosa:

No puedo soportar que una chica más joven que yo sea ya mayor.

Prometiste venir a la capital. Te está esperando tu regalo.

Besos de Vincent. Yo diré más: te quiero. Besos míos también.

Feliz cumpleaños, preciosa. Que seas mala.

Y, finalmente, una agenda que me proporciona muchos elementos muy valiosos acerca de las semanas pasadas y venideras.

Lo fotocopié todo y lo clavé en el tablero de corcho, hice copias de todas las llaves (hay algunas que no sé de dónde son) y me fui enseguida a dejar el bolso —menos el monedero y el carné de identidad— en la comisaría del distrito de al lado. Sophie lo recuperó con alivio a la mañana siguiente.

Estupenda cosecha. Y estupendo golpe.

Lo agradable es notarse con las manos en la masa. He pasado tanto tiempo (años...) pensando, dando vueltas a lo tonto, dejando que las imágenes me llenasen la cabeza, volviendo a mirar las fotos de familia, la cartilla militar de mi padre, las fotos de boda en que mi madre estaba tan guapa...

16 de julio

Sophie y Vincent han ido a comer con la familia. Los he seguido a mucha distancia y, gracias a la libreta de direcciones de Sophie, me di cuenta enseguida de que iban a casa de los padres de Vincent, en Montgeron. Fui por otro camino y pude comprobar que este domingo de verano tan hermoso (¿por qué no se han ido de vacaciones?) se comía en el jardín. Yo tenía buena parte de la tarde por delante. Así que me fui a ver su piso.

Al principio, esa visita me produjo sentimientos encontrados. Me alegraba, desde

luego, del inmenso potencial que había en aquella situación —tener acceso a la parte más íntima de sus vidas—, pero, al tiempo, estaba apenado sin saber muy bien por qué. Necesité un rato para entenderlo. Es que, en realidad, el Vincent este no me gusta. Me doy cuenta ahora de que nunca me gustó. No voy a empezar a estas alturas a ponerme sentimental, pero hay en ese hombre algo que me resultó antipático de entrada.

El piso tiene dos dormitorios; en uno de ellos, convertido en despacho, hay un equipo informático bastante moderno. Es un material que conozco bien, pero pese a todo voy a descargarme los manuales técnicos. Cuentan con una cocina muy mona, con espacio suficiente para que desayunen dos personas, un cuarto de baño amplio con dos lavabos y un armario para cada uno. Ya me informaré con más detalle, pero un piso como éste debe de ser caro. También es verdad que se ganan muy bien la vida los dos (las nóminas están en el escritorio).

Había luz suficiente y saqué muchas fotos desde todos los ángulos, bastantes como para reconstruir el piso entero. Fotos de los cajones abiertos, de los armarios abiertos, de algunos documentos (tales como el pasaporte de Vincent, fotos de la familia de Sophie, fotos de ella y de Vincent de hace ya unos cuantos años al parecer, etcétera). Fui a mirar las sábanas; parecían tener una actividad sexual normal.

No moví nada de su sitio, sólo cogí una copia de la llave del coche de Sophie, no creo que la busque a diario. Esta visita mía será transparente por completo. Tengo previsto volver próximamente para hacerme con todas las contraseñas de sus buzones de correo electrónico, del banco, de Messenger, de la intranet del trabajo, etcétera. Necesitaré dos o tres horas —por una vez en la vida mi título de informático me va a valer para algo realmente útil—, así que debo tomar todo tipo de precauciones. Luego, ya no volveré más que cuando tenga razones serias para hacerlo.

17 de julio

No me hacía falta andarme con prisas: ya se han ido de vacaciones. Por el buzón de correo electrónico de Sophie, sé que se han marchado a Grecia y que no volverán antes del 15 o del 16 de agosto. Me da tiempo a organizarme. Dispongo de su piso mientras están fuera.

Necesitaría un contacto, alguien de su entorno, un vecino o un colega que pudiera informarme bien acerca de cómo viven.

1 de agosto

Les saco brillo tranquilamente a mis armas. Por lo visto, Napoleón quería que le presentasen a generales con suerte. Por mucha paciencia y mucha determinación que tenga uno, el factor suerte aparece antes o después. De momento, soy un general feliz. Aunque cuando me acuerdo de mamá, a veces noto un peso en el corazón. Me acuerdo demasiado de ella. Me acuerdo demasiado de su cariño y lo echo de menos. La echo de menos demasiado. Menos mal que tengo a Sophie.

10 de agosto

He preguntado en varias agencias inmobiliarias, sin sacar nada en limpio, por desgracia. He tenido que ir a ver varios pisos que sabía perfectamente que no me interesaban, pero lo he hecho para no llamar la atención. También es verdad que era difícil explicar lo que buscaba... Renuncié tras ir a la tercera agencia. Luego, tuve un momento de duda. Y, después, se me ocurrió una idea cuando iba por la calle de Sophie. Creo en las señales. Entré en el edificio que está exactamente enfrente del de ellos. Llamé en el chiscón de la portera, una mujer gruesa con la cara abotagada. No me había preparado nada; seguramente fue por eso por lo que todo salió tan bien. Pregunté si había algún piso libre. No, no había ninguno. En fin, nada que «mereciera la pena». Enseguida estuve sobre aviso. Me enseñó un cuarto en la última planta. El dueño vive en provincias y alquila el piso todos los años a estudiantes. Digo «piso», pero de hecho no es sino un cuarto con rincón para la cocina; el retrete está en el rellano. Este año había alquilado el cuarto a un estudiante, pero acababa de cambiar de opinión y al dueño no le había dado tiempo a intentar alquilarlo otra vez.

Está en el sexto. El ascensor llega hasta el piso anterior. Al subir, intentaba situarme e intuía, mientras íbamos por el pasillo, que no debíamos de andar muy lejos del piso de Sophie. ¡Enfrente! ¡Precisamente enfrente! Cuando entramos, tuve buen cuidado, pese a las ganas que tenía, de no abalanzarme hacia la ventana. Después de haber pasado revista al cuarto (bastó con una ojeada, porque no había nada que ver), mientras la portera me especificaba las normas de vida en común que les impone a «sus inquilinos» (una ristra desalentadora de obligaciones y prohibiciones de todo tipo), me acerqué a la ventana. La de Sophie está exactamente enfrente. Eso ya no es suerte, es un milagro. Interpreté, muy comedido, el papel de aspirante que se lo piensa. El cuarto tiene muebles de segunda y tercera mano y la cama debe de estar más hundida que un campo de maniobras, pero da igual. Mientras hacía como que examinaba los grifos y le echaba una ojeada al techo, que no sabe lo que es una mano de pintura desde hace generaciones, pregunté el precio. Y, después, pregunté por las gestiones: si me convenía, ¿qué tenía que hacer?

La portera me miró con fijeza como si se preguntase por qué un hombre que está claro que ya ha dejado de ser estudiante quería vivir en un sitio así. Sonreí. Es algo

que se me da bastante bien, y la portera tenía pinta de llevar mucho sin tener relaciones normales con los hombres; noté que me la metía en el bolsillo. Le expliqué que vivía en provincias, que mi trabajo iba a obligarme a venir con frecuencia a París, que no me gustaban los hoteles y que para unas cuantas noches por semana un sitio así me vendría perfectamente. Sonreí más. Me dijo que podía llamar al dueño y volvimos a bajar. El chisón de la portería, igual que el edificio, es del siglo pasado. Todo allí parece datar de la misma época. Reinaba en él un olor a pulimento y sopa de verduras que me revolvió el estómago. Soy muy sensible para los olores.

El dueño habló conmigo por teléfono. También él inició una letanía de normas «de decoro» (sic) que había que respetar en el edificio. Un gilipollas. Me hice el inquilino dócil. Cuando la portera volvió a ponerse al aparato, intuí que le estaba preguntando qué le parecía a ella, su convencimiento más íntimo. Fingí que me buscaba algo en los bolsillos, que miraba las fotos que la vieja tenía colocadas encima del arcón y la lámina del infame pilluelo de Poulbot con gorra y meando. Estaba convencido de que ya no existían cosas así. Pasé con nota el examen de ingreso. La portera susurraba: «Sí, yo creo que...». En cualquier caso, a las cinco de la tarde, Lionel Chalvin era el inquilino del cuarto, había pagado en metálico una fianza exorbitante, tres meses de alquiler por adelantado, y había conseguido permiso para ver otra vez el cuarto antes de marcharse, so pretexto de tomar medidas. La cancerbera me prestó su metro de modista.

Esta vez me dejó subir solo. Me acerqué en el acto a la ventana. Es aún mejor de lo que me esperaba. Las plantas de los dos edificios no están exactamente al mismo nivel y las vistas que tengo del piso de Sophie van de arriba abajo. No me había fijado en que, de hecho, veo dos ventanas de su casa. El salón y el dormitorio. Hay visillos de muselina en ambas ventanas. Saqué enseguida un bolígrafo y apunté en la libretita una lista de cosas que tenía que comprar.

Al irme, dejé una propina muy aparente.

13 de agosto

Estoy muy contento de este catalejo. El dependiente de la Galería de la Astronomía me pareció de lo más puesto. Esa tienda es el punto de encuentro de todos los astrónomos aficionados, pero también, seguramente, de todos los *voyeurs* más o menos organizados y que dispongan de unos cuantos medios. Lo he pensado porque me ofreció un aparato de infrarrojos que se adapta al catalejo y permite ver de noche y, llegado el caso, hacer fotos digitales. Es perfecto a más no poder. Mi cuarto está ahora muy organizado.

La portera está bastante decepcionada, porque no le he dado copia de la llave, como hacen seguramente los demás inquilinos, pero no quiero que espíe mi cuartel

general. Por lo demás, no me hago demasiadas ilusiones, porque es probable que tenga una. Así que he instalado un sistema bastante retorcido que impide abrir la puerta del todo y he tenido cuidado de que en el rincón del cuarto que se ve no haya nada. Es una jugada bastante hábil. Le costará dar con un argumento que le permita comunicarme esa dificultad, que no cabe duda de que le resultará inédita.

He clavado en la pared una pizarra blanca grande con unos rotuladores y un tablero de corcho; tengo una mesita. He traído todas las cosas con las que ya contaba. He comprado un ordenador nuevo, un portátil, y una impresora pequeña en color. El único problema es que no puedo venir con toda la frecuencia que me gustaría, por lo menos al principio, para no despertar sospechas y cargarme el guion que improvisé para conseguir el cuarto. Dentro de una temporada, alegaré un cambio en el trabajo que justificará que acuda con más frecuencia.

16 de agosto

Desde que conocí a Sophie no han vuelto a darmelos ataques de angustia. Es verdad que, de vez en cuando, me quedo dormido con cierta rigidez. Antes, eso era el síntoma precursor de la ansiedad nocturna, que acababa casi siempre por sacarme del sueño sudando a mares. Es buena señal. Creo que Sophie me ayudará a curarme. Paradójicamente, cuanto más tranquilo me noto, más presente está mamá. La noche pasada, extendí su vestido encima de la cama para mirarlo. Ahora está un tanto ajado, la tela no tiene ya el tacto aterciopelado de antaño y, pese a las limpiezas, si se mira un poco de lejos, se distingue con claridad el jaspeado oscuro de las manchas. Hubo mucha sangre. Esas manchas fueron mucho tiempo un motivo de contrariedad. Me habría gustado que el vestido volviera a estar tan flamante como el día en que se casó. Pero, bien pensado, no me disgusta que sigan ahí, incluso discretas, porque me alientan. En ellas está toda mi vida. Representan mi existencia, son la encarnación de mi voluntad.

Me dormí encima del vestido.

17 de agosto

Sophie y Vincent volvieron anoche. Me pillaron desprevenido. Me habría gustado estar presente para recibirlos. Cuando me desperté esta mañana, ya tenían las ventanas abiertas de par en par.

No pasa nada; todo estaba listo para su regreso.

Mañana por la mañana, Vincent se va de viaje muy temprano y Sophie lo va a

llevar al aeropuerto. No me levantaré para verlos marchar. Me he conformado con quedarme con la información que saqué del buzón de correo electrónico de Sophie.

23 de agosto

Hace un calor tremendo ahora mismo, a veces no me queda más remedio que quedarme en camiseta y pantalón corto. Como no quiero abrir la ventana cuando estoy observando, el calor resulta insopportable enseguida. He traído un ventilador, pero el ruido que hace me fastidia. Me limito a sudar en mi puesto de observación.

Los resultados de mi trabajo de vigía me compensan ampliamente. Sophie y Vincent no temen que los vean. Para empezar, están en lo más alto del edificio; además el edificio de enfrente, el mío, sólo tiene cuatro ventanas con vistas a su casa. Dos están condenadas desde dentro. Mi ventana está siempre cerrada y debe de dar la impresión de que en el cuarto no vive nadie. A mi izquierda hay un individuo bastante raro, una especie de músico o algo por el estilo, que vive a oscuras y sale a unas horas imposibles, pero respetando las normas que todos tenemos que respetar. Lo oigo llegar a hurtadillas dos o tres veces por semana.

Vuelvan a la hora que vuelvan, yo estoy en mi puesto de observación.

Vigilo sobre todo sus costumbres. Las costumbres son a lo que le da uno menos vueltas, en lo que nos asentamos, lo sólido. De lo que no se suele dudar. En eso es en lo que tengo que basarme. De momento, me limito a detallitos. Por ejemplo, llevo la cuenta del tiempo que tardan en hacer algunas cosas. A saber, entre ducha y cuidados corporales, Sophie no se pasa menos de veinte minutos en el cuarto de baño. A mí me parece una enormidad, pero bueno, vale, es una chica. Y encima sale en albornoz y vuelve para el cuidado del rostro e incluso, con frecuencia, una última vez para retocarse algo del maquillaje.

Después de haber medido bien el tiempo, y como no estaba Vincent, aproveché la ocasión. En cuanto se metió Sophie en el cuarto de baño, subí al piso y sólo cogí el reloj de pulsera, que deja en la repisa que está junto a la cama; luego me fui. Según lo que está grabado por detrás, le viene de su padre, que se lo regaló en 1993, cuando le dieron el título académico.

25 de agosto

Acabo de conocer al padre de Sophie. El parecido familiar es innegable. Llegó ayer. Viendo la maleta que trae, no debería quedarse mucho tiempo. Es un hombre alto, delgado, que ronda los sesenta, elegante. Sophie lo adora. Comen con frecuencia

de restaurante, como dos enamorados. Al verlos, no puedo por menos de acordarme de cuando la señora Auverney, la madre de Sophie, vivía aún. Supongo que hablan de ella. Nunca la recordarán tanto como la recuerdo yo. Si todavía viviera, no estaríamos en lo que estamos. Qué desastre.

27 de agosto

Patrick Auverney. Fecha de nacimiento: 2 de agosto de 1941 – Titulación en Arquitectura en 1969 (París) – Se casa con Catherine Lefebvre el 8 de noviembre de 1969 – Crea la agencia R’Ville en 1971 con dos socios: Samuel Génégaud y Jean-François Bernard. Sede social en París, en la calle de Rambuteau, 17 y, luego, en la calle de La Tour-Maubourg, 63 – 1974: nace Sophie, su única hija – 1975: el matrimonio Auverney se muda a la avenida de Italia, 47, en París – Divorcio el 24 de septiembre de 1979 – 1980: se muda a la casa que compra en Neuville-Sainte-Marie (77) – Se casa en segundas nupcias con Françoise Barret-Pruvost el 13 de mayo de 1983 – Françoise fallece en accidente de carretera el 16 de octubre de 1987 – Ese mismo año vende su parte de la sociedad – Vive solo – Mantiene algunas actividades de asesor de arquitectura y urbanismo sobre todo en colectividades locales de su zona.

28 de agosto

El señor Auverney sólo ha estado tres días. Sophie lo ha acompañado a la estación. Por motivos de trabajo, no pudo esperar. Yo me quedé. Observé al buen señor y aproveché para sacarle unas cuantas fotos.

29 de agosto

Es difícil aparcar en la calle. Incluso en agosto no es raro que vea a Sophie recorrer el barrio antes de encontrar un sitio, a veces a mucha distancia.

Normalmente, Sophie y su marido van en metro. Sophie no coge el coche a no ser que tenga que ir al extrarradio por trabajo o si tiene que llevar bultos. Hay dos calles en que el ayuntamiento no ha colocado todavía parquímetros. Todo el barrio sabe cuáles son y las pocas plazas que hay las toman enseguida por asalto. A veces, Sophie

recurre al aparcamiento municipal más cercano.

Esta tarde ha llegado a su casa a eso de las siete y, como ocurre tantas veces a esas horas, no había ningún sitio vacío. Aparcó en la plaza reservada para minusválidos (¡eso no está bien, Sophie, qué incívica!) mientras subía a su casa tres paquetes grandes. Volvió a bajar a la velocidad de la luz. Me di cuenta enseguida de que no había cogido el bolso. Lo había dejado arriba. No esperé ni un segundo. En cuanto Sophie volvió a meterse en el coche, subí y me colé en su piso. Estaba febril, pero había ensayado esos movimientos veinte veces con la imaginación. Sophie había dejado el bolso en la mesita auxiliar que hay al lado de la puerta. Encontré en él el monedero nuevo y le cambié el nuevo carné de identidad por el que le había robado en julio. Tardará en darse cuenta. ¿Cuándo mira uno el carné de identidad?

Tengo recién empezada la siembra.

1 de septiembre

He estado mirando las fotos de vacaciones. Vincent las ha dejado en la cámara digital. Dios mío, qué fotos más sosas. Sophie en la Acrópolis, Vincent en el barco que navega ante las costas de las Cícladas... ¡Qué aburrimiento! De todas formas, he robado buenas cartas del mazo. Tienen treinta años. El sexo tiene su importancia. Hicieron fotos guarras. Bueno, nada muy espectacular que digamos. Empieza con Sophie sobándose los pechos con expresión concentrada (están tomando el sol); hay unos cuantos planos que no han salido bien en los que intentaban hacerse una foto mientras él la follaba por detrás, pero de todas formas di con algo que me hizo feliz (por decirlo de alguna forma): cuatro o cinco fotos en que Sophie le está haciendo una mamada. Se la reconoce muy bien. He hecho copias digitales y fotocopias en color.

5 de septiembre

Ésta es la clásica tontería en que una mujer no puede caer con demasiada frecuencia. Esta noche, Sophie se ha dado cuenta de que se ha hecho un lío con el calendario de la píldora. Y eso que lo tiene muy dominado, pero no cabe duda de que en el blíster falta la de esta noche. No es como si hubiera cambiado un día por otro; falta una.

10 de septiembre

Todo esto es cuestión de maña, de no pasarse. Hay que hacer las cosas con primor, interpretar la partitura con sutileza. He estado observando, de lejos y durante lapsos muy breves pero frecuentes, cómo hace Sophie la compra, por ejemplo. En el Monoprix de la esquina. La verdad es que nunca nos damos cuenta del todo de hasta qué punto adquirimos costumbres en las cosas mínimas de la vida. Sophie compra casi siempre los mismos productos y hace más o menos el mismo recorrido, con movimientos casi idénticos. Por ejemplo, después de pagar en la caja, deja siempre las bolsas de plástico encima del mostrador, junto a los carritos, mientras hace cola en «el rincón del pan». Ayer a última hora de la tarde, le cambié un paquete de mantequilla por otro y la obligué a cambiar de marca de café. Toques discretos, progresivos. Es de lo más tonto, pero resulta esencial eso de la progresividad.

15 de septiembre

Ayer Sophie sacó por Internet dos entradas para el teatro Vaugirard, para el 22 de octubre. Quiere ver *El jardín de los cerezos* (sigue con esa afición suya a los rusos), que interpreta un actor de cine cuyo nombre no recuerdo nunca. Se lo ha tomado con tiempo porque las entradas para ese espectáculo se agotan enseguida. Sin reserva no hay nada que hacer. A la mañana siguiente mandé un mensaje desde su cuenta para retrasar la reserva para la otra semana. Tuve suerte, quedaban ya pocas entradas. Estoy seguro de la jugada porque, según la agenda de Sophie, ese día están invitados a una velada de trabajo en Lanzer. Como está subrayado dos veces debe de ser algo de cierta importancia. He tenido buen cuidado de borrar el correo electrónico de reserva y el de confirmación del teatro.

19 de septiembre

No sé si Sophie tenía alguna cita esta mañana, pero no ha llegado a tiempo. ¡Le han robado el coche! Baja —para una vez que había encontrado sitio en la calle sin parquímetro— y de coche, nada. Y tener que ir a la comisaría, denunciar el robo, todo eso lleva un tiempo tremendo...

20 de septiembre

Puede uno decir lo que quiera de la policía, pero de vez en cuando se alegra de que exista. Aunque Sophie habría preferido no tener nada que ver con ella. Se lo ha escrito a Valérie, la amiga a quien le cuenta todo. Los polis no tardaron ni un día en encontrar el coche... en la calle de al lado. Había denunciado el robo de un coche y sencillamente se le había olvidado dónde lo había dejado. Fueron simpáticos, pero no deja de ser una molestia, de requerir un papeleo, a ver si es un poco menos distraída en adelante...

Si pudiera, le aconsejaría a Sophie que revisara las luces, que no parecen en muy buen estado.

21 de septiembre

Desde que volvieron de vacaciones, los dos enamorados se marchan fuera los fines de semana, y a veces incluso un día entero durante la semana. No sé dónde van. Y la verdad es que está ya muy avanzada la estación para irse de paseo al campo. Así que ayer me decidí a seguir el coche.

Había puesto el despertador para que sonase muy temprano por la mañana. Me costó mucho levantarme, porque llevo una temporada en que no consigo dormirme, tengo un sueño intranquilo y me despierto agotado. Había llenado el depósito de la moto. En cuanto vi que Sophie cerraba las cortinas estuve preparado en la esquina de la calle. Salieron del edificio a las ocho en punto. Tuve que invertir tesoros de ingenio para no exponerme a llamar la atención. E incluso tuve que correr ciertos riesgos. Y todo para nada... A punto de llegar a la autopista, Vincent se metió entre dos coches para intentar pasar en ámbar. Instintivamente lo seguí; fue una imprudencia, tuve el tiempo justo de frenar para no pegarme un golpe con su coche, di un bandazo, perdí el control, la moto se cayó y recorrimos juntos, resbalando, alrededor de diez metros. Era incapaz de decir si estaba herido o no, ni siquiera si me dolía algo... Oí detenerse la circulación; de repente era como si estuviera en una película y alguien acabase de quitar el sonido de repente. Habría podido estar grogui, aturrido por el golpe, pero, al contrario; me notaba en un estado de extremada lucidez. Vi que Vincent y Sophie se bajaban del coche y corrían hacia mí con otros conductores y con curiosos; se me vino encima toda una muchedumbre antes de que me diera tiempo a levantarme. Noté que me impulsaba una energía desorbitada. Mientras los primeros en llegar se inclinaban hacia mí conseguí escurrirme y librarme de la moto. Me puse de pie y me vi cara a cara con Vincent. Yo seguía con el casco puesto y con la visera de plexiglás bajada, y lo veía exactamente enfrente de mí. «Sería mejor que no se moviera», eso fue lo que me dijo. A su lado estaba Sophie, con la mirada tranquila y la boca

medio abierta. Nunca la había visto tan de cerca. Todo el mundo empezó a opinar, me daban consejos, iba a llegar la policía, era mejor que me quitase el casco, que me sentase, la moto resbaló, es que iba deprisa, no, fue el coche el que se desvió de repente, y Vincent me puso una mano en el hombro. Me volví y miré la moto. El resorte que me saltó por dentro fue ver que el motor seguía en marcha. No parecía que hubiera ningún escape, di un paso hacia ella y, por segunda vez, alguien quitó el sonido. De repente se quedó callado todo el mundo, preguntándose por qué me limitaba a apartar con la mano a un individuo con una camiseta sucia y me agachaba hacia la moto. Y entonces todos se dieron cuenta de que quería levantarla. Se intensificaron los comentarios. Había algunos incluso que parecía que querían enfrentarse conmigo, pero yo ya había enderezado la moto. Estaba frío como el hielo, me daba la impresión de que había dejado de circularme la sangre. En un puñado de segundos ya estaba listo para irme. No pude evitar volverme por última vez hacia Sophie y Vincent, que me miraban, cortados. Aquella determinación mía debía de dar miedo. Arranqué entre los gritos de los viandantes.

Ya saben cómo es la moto y cómo voy vestido; tengo que cambiar de todo. Más gastos. En el correo electrónico que le mandó a Valérie, Sophie suponía que el motorista había salido huyendo porque iba en una moto robada. Sólo espero poder actuar con discreción. Esta anécdota los ha impresionado y durante una temporada a los tipos que vayan en moto van a mirarlos y van a verlos de forma diferente.

22 de septiembre

Me desperté bañado en sudor en plena noche, notando una opresión en el pecho y un temblor en los miembros. Con el miedo que pasé anteayer no tiene nada de extrañar. En el sueño que acababa de tener, Vincent había chocado con la moto. Yo salía volando por encima del asfalto, el mono que llevaba cambiaba de color y se volvía blanco del todo. No hay que ser muy agudo para dar con el simbolismo original, claro: mañana es el aniversario de la muerte de mamá.

23 de septiembre

Llevo unos días sintiéndome apenado y tardo. No debería haberme arriesgado a viajar en moto en este estado de debilidad y nerviosismo. Desde que mamá se murió he tenido toda clase de sueños, pero con frecuencia se trata de escenas reales que se me habían quedado grabadas en la cabeza hace tiempo. Siempre me asombra la precisión fotográfica de esos recuerdos. En alguna parte de la mente tengo un

proyecciónista loco. A veces proyecta escenas de género: mamá a los pies de mi cama contándome cuentos. Tópicos así serían para quedarse consternado si no fuera por su voz. Su vibración particular me atraviesa y me hace vibrar de pies a cabeza. Ella no salía nunca sin pasar primero un rato conmigo. Me acuerdo de una canguro, una estudiante neozelandesa... ¿Por qué sueño con ésta más que con las otras?... Habría que preguntárselo al proyecciónista. Mamá hablaba inglés con un acento impecable. ¡Cuántas horas pasó leyéndome cuentos en inglés!... La verdad es que a mí no se me daba nada bien, pero ella conmigo tenía toda la paciencia del mundo. Recientemente, he vuelto a ver unos días de vacaciones. Los dos en la casa de Normandía (papá sólo venía los fines de semana). Risas incontenibles en el tren. Los recuerdos afloran todo el año. Y, además, en esta época del año el proyecciónista saca siempre los mismos rollos de película: mamá, de blanco, sale volando por la ventana. En este sueño tiene exactamente la misma cara que le vi el último día. Era una tarde muy hermosa. Mamá estuvo mucho rato mirando por la ventana. Decía que le gustaban los árboles. Yo estaba sentado en su cuarto, intentaba hablarle, pero me costaba dar con las palabras. Parecía tan cansada. Como si se le hubiera concentrado toda la energía en aquella forma de mirar los árboles. De vez en cuando, volvía la cabeza hacia mí y me sonreía cariñosamente. ¿Cómo iba a imaginar que la estaba viendo en ese instante por última vez? Conservo, sin embargo, el recuerdo de un rato silencioso, pero intensamente feliz. Ella y yo éramos una unidad. Yo lo sabía. Cuando salí de la habitación, me puso en la frente uno de esos besos febriles que nunca he vuelto a encontrar en nadie. Me dijo: «Te quiero, Frantz mío». Mamá siempre me decía eso cuando me iba.

En la película, a continuación me voy de su cuarto, bajo las escaleras y, pocos segundos después, ella salta de golpe, como si nada pudiera hacerla vacilar. Como si yo no existiera.

Por eso los odio tanto.

25 de septiembre

Ya está confirmado. Sophie acaba de comunicarle a su amiga Valérie que están buscando casa al norte de París. Pero se la nota muy misteriosa al respecto. Me parece pueril.

Hoy es el cumpleaños de Vincent. He subido al piso a primera hora de la tarde. No me ha costado dar con el regalo, un paquete muy bonito del tamaño aproximado de un libro y con una etiqueta de Lancel, ni más ni menos. Lo había metido sencillamente en el cajón de su ropa interior. Me lo llevé. Me imagino el pánico de esta noche cuando vaya a darle el regalo. Revolverá la casa de arriba abajo. Dentro de dos o tres días lo devolveré. He decidido ponerlo en su armario del cuarto de baño, detrás de la reserva de cajas de pañuelos y los productos de belleza...

30 de septiembre

Mis vecinitos pueden vivir con las ventanas abiertas. Y así fue como, hace dos días, cuando Sophie y su marido llegaron a casa a última hora de la tarde, los vi acostarse juntos. No llegaba a divisarlo todo, por desgracia, pero no dejaba de resultar bastante excitante. Mis tortolitos no parecen tener muchos tabúes: que si ahora te chupo, que si ahora entro por aquí, que si ahora por allá; una juventud sana y muy briosa. Les he hecho fotos. La cámara digital que he comprado también es perfecta. Manipulo las fotos en el portátil e imprimo las mejores, que pincho en el tablero de corcho. Por cierto, que enseguida estuvo a tope y ahora gran parte de la habitación está empapelada con fotos de mis tortolitos. Me ayuda mucho a concentrarme.

Ayer por la noche, cuando Sophie y su marido apagaron la luz para dormir, estuve mirando las fotos echado en la cama, aunque no eran perfectas. Acudió a visitarme una especie de deseo. Preferí dormirme corriendo. Sophie es encantadora, por lo que puede verse, incluso folla bastante bien, pero no mezclemos los registros. Noto perfectamente que entre ella y yo debe haber el menor vínculo afectivo posible, y ya me cuesta bastante defenderme de la antipatía que me inspira su marido.

1 de octubre

He llevado a cabo varias simulaciones, abriéndome cuentas en servidores gratuitos. Mi plan está ya maduro, como suele decirse, y la operación «manipulación del correo electrónico» puede empezar. Sophie tardará un poco en darse cuenta, pero algunos de sus mensajes llevan ahora la fecha de la víspera o la del día siguiente en que cree que los mandó. Qué jugarretas le hace a veces esta cabeza suya...

6 de octubre

En vender la moto, comprar otra y hacerme con ropa de motorista nueva no he tardado ni un mes, desde luego, pero ya me notaba una crisis de confianza. Ese estado de ánimo de los jinetes que tienen una caída y luego les da miedo volver a montar. He tenido que superar mis temores. Y gracias a eso, aunque no tengo ya tanta despreocupación como antes, en esta ocasión todo ha ido bien. Cogieron la autopista del Norte, en dirección a Lille. Puesto que, cuando hacen salidas de éstas, vuelven siempre por la noche, tenía la esperanza de que no fueran muy lejos; y estaba en lo cierto. En realidad, se trata de un asunto muy sencillo. Sophie y su marido están

buscando una casa de campo. Habían quedado con un agente inmobiliario de Senlis. Nada más entrar en el local, volvieron a salir con un individuo al que no le faltaba de nada: el traje, el calzado, el peinado, la carpeta debajo del brazo y esa expresión confianzuda, de «amiguete entendido», que es un rasgo distintivo de la profesión. Los seguí y la cosa resultó más complicada por culpa de las carreteras locales. Después de la segunda casa, preferí dar media vuelta. Llegan delante de una casa, miran, comentan, gesticulan como arquitectos, se pasan más o menos tiempo recorriéndola por dentro, vuelven a salir, lo miran todo con expresión dubitativa, hacen más preguntas y se van a ver otra casa.

Están buscando una casa grande. Está claro que se lo pueden permitir. Las que han ido a ver están más bien en pleno campo o a la salida de pueblos un tanto tristes, pero tienen siempre un jardín muy grande.

No creo que pueda sacarle mucho partido a esas ganas que tienen de pasar los fines de semana en el campo, que, por el momento, no me encajan en el plan que estoy empezando a elaborar ahora.

12 de octubre

Veo por los archivos de los tests que se envía a sí misma, que Sophie desconfía mucho de su memoria. Me he permitido incluso interferir en su segundo test modificando la hora. Me conformo con manipular algunas fechas de vez en cuando; es mucho más insidioso porque no tiene ninguna lógica aparente. Sophie no lo sabe todavía, pero, poco a poco, su lógica seré yo.

22 de octubre

Esta noche me quedé asomado a la ventana para ver cómo volvían los tortolitos del teatro. Llegaron pronto... Sophie parecía tan preocupada como furiosa consigo misma. Y Vincent tenía una cara de lo más larga, como si se sintiera humillado por haberse casado con una patosa así. También es verdad que en la entrada del teatro debió de representarse una obra que seguro que no estuvo nada mal. Si le pasan a una otras dos o tres cosas así es como para empezar a dudar de todo.

Me pregunto si Sophie se ha topado ya con su carné de identidad anterior y qué estado de ánimo se le ha puesto al encontrar en el cuarto de baño el regalo de cumpleaños de Vincent...

30 de octubre

Sophie no se encuentra muy allá. El tono del correo electrónico que le ha mandado a Valérie dice mucho de cómo anda de ánimos. Sólo son cositas sin importancia, desde luego, pero, precisamente, un acontecimiento importante es posible acotarlo, buscarle explicaciones, pero lo que le está pasando es tan escurridizo, tan insignificante... Lo que la tiene preocupada es la acumulación... Olvidarse de..., no, no es eso... ¿Perder una píldora? ¿Tomarte dos sin darte cuenta? Hacer compras incoherentes, olvidarte del sitio en que has aparcado el coche, no saber dónde has escondido el regalo de cumpleaños de tu marido... Todo eso podría ser sólo anecdótico. Pero encontrar el regalo en un sitio tan absurdo como el cuarto de baño y no acordarte de que lo pusiste allí. Un correo electrónico que crees que enviaste el lunes, pero que salió el martes; que haya quedado demostrado que cambiaste la reserva de entradas para el teatro y no acordarte ya...

Sophie le explica todo eso a Valérie. Las cosas han ido ocurriendo de forma muy progresiva. De momento no le ha dicho nada a Vincent. Si la cosa sigue, tendrá que hacerlo.

Duerme mal. En el cuarto de baño he encontrado un fármaco a base de plantas, una cosa para chicas. Lo ha escogido en líquido, una cucharita de café por la noche antes de irse a la cama. No pensaba yo que fuera a ocurrir tan pronto.

8 de noviembre

Anteayer entré en la sede de Percy's. Sophie tenía el día libre. Vincent y ella se habían ido en coche por la mañana, bastante temprano.

So pretexto de interesarme por una subasta próxima, simpaticé con la chica de recepción.

Mi estrategia es sencilla: hay un número mayor de mujeres que de hombres. Técnicamente, la presa ideal es una soltera de entre treinta y cinco y cuarenta años que todavía no tenga hijos.

Ésta está bastante gorda, tiene mofletes y va tremadamente perfumada, no lleva alianza y no la ha dejado indiferente mi sonrisa (ni unas cuantas bromas estúpidas y gratuitas acerca de las obras modernas que aparecen en el catálogo de la próxima venta). Ya sé que tendré que poner toda la carne en el asador, pero esta chica podría ser la candidata que necesito, si es que conoce a Sophie lo suficientemente bien. Si no, a lo mejor me indica sin pretenderlo a otra candidata con más posibilidades.

12 de noviembre

Internet es un supermercado gigantesco que regentan unos asesinos. Se encuentra de todo, armas, drogas, mujeres, niños, de todo. No es sino cuestión de paciencia y de dinero. Yo tengo las dos cosas. Así que he acabado por dar con lo que buscaba. Me ha costado una pequeña fortuna, lo que no tiene importancia, pero más de dos meses de espera, cosa que me tenía loco. Pero qué más da; el paquete ha llegado por fin de los Estados Unidos, cien capsulitas de color rosa. He probado el producto y no sabe absolutamente a nada, perfecto. De entrada, fue un fármaco para combatir la obesidad que adquirió fama de revolucionario. A principios de la década de 2000, la empresa farmacéutica vendió varios miles, a mujeres sobre todo. Era como para conquistar a la gente: en lo relacionado con la obesidad nunca se había visto nada igual. Pero resultó que el producto era también un estimulante de la monoaminooxidasa. Potencia una enzima que destruye los neurotransmisores; por lo demás, la molécula antiobesidad era algo así como un «pro depresor». Se dieron cuenta cuando vieron cuántos suicidios había. En la mayor democracia del mundo, la empresa farmacéutica no tuvo dificultad alguna en echarle tierra al asunto. Evitaron los tribunales mediante el inhibidor más fuerte del sentimiento de justicia: el talonario. La receta es sencilla: ante una resistencia resuelta se añade un cero. No hay nada que se resista a algo así. Retiraron el producto del mercado, pero, por supuesto, nadie fue capaz de recuperar los millares de cápsulas vendidas, que se convirtieron en el acto en objeto de un tráfico que Internet brindó al conjunto del planeta. Este chisme es una auténtica bomba antipersonas. Y sin embargo se lo quitan de las manos, parece mentira. Hay miles de chicas que prefieren morirse a estar gordas.

Ya puesto, compré también flunitrazepam. Lo llaman la droga de la violación. La molécula causa estados de pasividad y luego de confusión, con efectos amnésicos. No creo que vaya a tener que usarla de inmediato, pero también en esto tengo que estar preparado. Para completar el botiquín, he dado con un somnífero fortísimo: un hipnótico de efectos anestésicos. Según los folletos especializados, actúa en muy pocos segundos.

13 de noviembre

Por fin me he decidido. Llevaba quince días dudando, sopesando los pros y los contras, estudiando todas las soluciones técnicas. Menos mal que la tecnología ha evolucionado mucho en estos últimos años; eso es lo que me ha hecho decidirme. Me he contentado con tres micrófonos. Dos en el salón; y el tercero, claro está, en el dormitorio. Son muy discretos: una circunferencia de tres milímetros; se pone en marcha con la voz y graba en minibandas de mucha capacidad. La dificultad reside en

hacerse con ellas. Para el aparato de grabación, he optado por la caja del contador del agua. Tendré que estar pendiente de cuando venga el empleado a leerlo. Por lo general, el presidente de la comunidad de vecinos pone un aviso junto a los buzones unos cuantos días antes.

16 de noviembre

El resultado es excelente: las grabaciones son perfectas. Es como estar allí mismo. De hecho, allí mismo estoy... Me gusta mucho oír sus voces.

Como si el destino quisiera premiar mi iniciativa, ya desde la primera noche me sirvieron la retransmisión radiofónica de sus escarceos amorosos. Resultaba bastante divertido. La verdad es que estoy enterado de muchas cosas muy íntimas de Sophie.

20 de noviembre

Sophie no entiende qué pasa con sus correos electrónicos. Acaba de abrirse otra cuenta. Como siempre, para que no se le pierda la contraseña, mete en el ordenador el acceso seguro. Basta con abrir la página para entrar directamente. Gracias a esa confianza suya, puedo entrar en todo. Por lo demás, si decide hacerlo de otra manera, sólo necesitaré algo más de tiempo para enterarme de la contraseña. En los mensajes a su amiga Valérie habla de «lo cansada que está». Dice que no quiere darle la lata a Vincent con detalles de éhos, pero que le parece que tiene muchas lagunas en la memoria y que a veces hace «cosas irracionales». Valérie le dice que debería ir al médico. Yo opino lo mismo.

Sobre todo porque tiene el sueño muy alterado. Ha cambiado de fármaco; ahora son unas cápsulas azules. A mí me resulta mucho más práctico, se abren con la misma facilidad que se cierran y el producto no entra nunca en contacto con la lengua, lo que me viene muy bien porque mi somnífero está un poco salado. He aprendido a dosificarlo en función de las horas de acostarse y de levantarse (con el somnífero ronca un poco, me he enterado por los micrófonos). Me estoy convirtiendo con ella en algo así como un experto en farmacopea, en un artista molecular. Puedo decir que ahora llevo el timón de este asunto a la perfección. Sophie le cuenta sus problemas a Valérie, se queja de sueños catalépticos y de que luego, durante el día, va a rastras. El farmacéutico quiere que vaya al médico, pero Sophie se empecina. Quiere seguir a toda costa con las cápsulas azules. No tengo nada que objetar.

23 de noviembre

¡Sophie me ha tendido una trampa! Está investigando. Yo sabía que llevaba tiempo intentando comprobar si la seguía alguien. Está lejos de caer en la cuenta de que incluso la oye alguien. Pero eso no quita para que este reciente comportamiento suyo me preocupe. Pienso que si ahora desconfía, será porque yo habré cometido errores. Y no sé en qué. Ni cuándo.

Al salir de su casa esta mañana me di cuenta, por un auténtico golpe de suerte, de que había en el felpudo un pedazo diminuto de papel marrón, del color de la puerta. Sophie debió de colocarlo al irse entre la puerta y el marco, y cuando abrí, se cayó. Era imposible saber en qué punto lo había colocado. Y no podía quedarme así en el descansillo. Volví a entrar en el piso para pensar, pero la verdad era que no se me ocurría qué podía hacer. Que desaparezca el pedacito es proporcionarle la confirmación que está esperando. Ponerlo en otro sitio es también darle la razón. ¿Cuántas trampas me habrá tendido así y yo habré caído en ellas sin verlas siquiera? No tenía ni idea de qué hacer. Opté por una solución radical: ahogar la trampa en una contra-trampa. Fui a comprar una palanqueta pequeña y volví al descansillo. Metí la palanqueta por diferentes sitios e incluso abrí la puerta para que los intentos de la herramienta parecieran más potentes. Tuve que darme prisa porque el ruido, incluso aunque lo disimulara lo mejor que podía, se oía y, durante el día, el edificio no está nunca vacío del todo. Me tomé sólo el tiempo necesario para mirar el resultado: imitaba bastante bien un intento fallido de robo con fractura y los huecos del impacto de la palanqueta justificarán que el pedazo de papel aparezca en el suelo.

Pero sigo bastante intranquilo. Tengo que tener mucho más cuidado.

25 de noviembre

Compro en el Monoprix lo mismo que compra ella. Exactamente lo mismo. Pero inmediatamente antes de pasar por caja añado una botella de whisky carísima. Tengo buen cuidado de escoger la marca que hay en el mueble bar de su casa, el preferido de Vincent. Mientras Sophie hace cola en la panadería, cambio las bolsas y, al salir, le digo por lo bajo al vigilante algo referido a la señora del abrigo gris.

En la acera de enfrente, me coloco delante del cajero automático porque es un lugar de observación ideal y veo la sorpresa que se lleva mi Sophie cuando la detiene un vigilante. Se ríe. Pero no le dura la risa. No le queda más remedio que acompañarlo para una comprobación...

Sophie ha tardado en salir de la tienda más de una hora. Habían llegado dos policías de uniforme. No sé qué ha ocurrido. Salió del Monoprix destrozada. Esta vez va a tener que ir al médico. Ya no le queda más remedio.

5 de diciembre

Desde septiembre se celebran con regularidad subastas en Percy's y no entiendo por qué Sophie asiste a veces y otras veces, no. Es algo completamente imprevisible porque no dispongo de las informaciones en que se basa esa asistencia. Ayer había una subasta a las nueve de la noche. Esperé hasta las nueve y cuarto y, como esta vez Sophie parecía totalmente decidida a seguir viendo la televisión, fui.

Había mucha gente. La azafata de la recepción sonreía a los clientes a la entrada de la sala entregándoles un bonito catálogo en papel cuché. Me reconoció en el acto y me dirigió una sonrisa especial para mí, incitante, a la que correspondí, pero sin pasarme. La subasta era larga. Esperé lo menos una hora antes de salir unos momentos al vestíbulo. La chica estaba contando los folletos que le quedaban y les daba uno a los pocos clientes que llegaban con retraso y todavía estaban entrando.

Estuvimos charlando. Llevé el asunto con maña. Se llama Andrée, un nombre que aborrezo. De pie resulta todavía más gorda que detrás del mostrador. Sigue llevando un perfume espantoso, que de cerca me ha parecido aún más repugnante. Le conté unas cuantas anécdotas que me quedan bastante bien. La hice reír. Aparenté que tenía que volver a la sala para asistir a la subasta, pero en el último momento, cuando había dado ya unos cuantos pasos, me jugué el todo por el todo. Di la vuelta y le pregunté si iría conmigo a tomar algo después de la subasta. Hizo unos melindres estúpidos; yo notaba que la idea le gustaba mucho. Para guardar las formas, alegó que después de la venta todavía quedarían un montón de cosas por hacer, pero tuvo buen cuidado de que no pareciera que me desanimaba. En vista de lo cual apenas si tuve que esperarla un cuarto de hora. Llamé a un taxi y me la llevé a tomar algo por los bulevares. Me acordaba de un bar, enfrente de L'Olympia, con luces un poco tamizadas, donde sirven cócteles y cerveza inglesa y se puede comer algo a cualquier hora. Una velada de lo más fastidiosa, pero que, estoy seguro, será muy fecunda en el futuro.

Esta chica me da mucha pena.

Ayer por la noche estuve mirando retozar a mis enamorados. Está claro que Sophie no le pone demasiado entusiasmo. Debe de tener otras cosas en que pensar. Me quedé dormido como un leño.

8 de diciembre

Sophie se pregunta si la culpa no la tendrá su ordenador. Se pregunta si será que alguien puede meterse en él a distancia, pero no sabe cómo descubrirlo. Se ha abierto una cuenta de correo nueva y en esta ocasión no ha memorizado la contraseña. Me ha costado más de seis horas poder entrar. El buzón estaba vacío. He cambiado la contraseña. Ahora es ella quien no puede entrar.

Vincent no ha ocultado la preocupación. En el fondo, es un chico muy mirado. Le ha preguntado a Sophie sin meterse en detalles «cómo le iba la vida»; pero es un eufemismo. Hablando por teléfono con su madre, ha sacado a relucir la idea de que Sophie «fuerá depresiva». Me pareció entender que la madre lo sentía mucho, lo que demuestra lo hipócrita que es. Las dos mujeres no se pueden ver.

9 de diciembre

Por un amigo de su difunta madre, con quien sigue más o menos en contacto, Sophie ha conseguido enseguida cita con un especialista. No sé qué tendrá en la cabeza, pero elegir un «terapeuta del comportamiento» me parece una gilipollez. ¿Por qué no ha elegido un buen psiquiatra? Alguien que te pueda convertir en un chiflado con mucha mayor seguridad que cualquier otra persona... Es como si no hubiera aprendido nada de su madre. Y en vez de eso se presenta en la consulta del doctor Brevet, un charlatán que, por lo que le escribe a Valérie, le da consejos para que compruebe «lo fundado de sus temores y su objetividad». Así que tiene que hacer listas de cosas y listas de fechas y anotarlo todo. Va a resultar agotador.

Dicho lo cual, sigue haciendo todas esas cosas a escondidas de su marido, y eso es muy buena señal. Para mí. Y lo que es bueno para mí es bueno para Sophie.

10 de diciembre

Me tiene muy preocupado lo que oí ayer por la noche en casa de Sophie y de Vincent: él vuelve a mencionar eso de tener un hijo. Según se los oye, da la impresión de que esta conversación no es la primera. Sophie se resiste. Pero le noto en la voz que le gustaría dejarse convencer. No creo que le apetezca de verdad; me parece que lo que querría sería que le ocurriese por fin algo normal. En realidad, es difícil saber si el propio Vincent está siendo completamente honrado en esto. Me he preguntado si no piensa que el comportamiento depresivo de Sophie se debe quizá al deseo sin consumar de un hijo. Psicología somera, desde luego. Cuántas cosas podría decirle yo de su propia mujer...

11 de diciembre

Me enteré hace unos días de que Sophie iba a ir esta mañana a ver a un cliente de Neuilly-sur-Seine para una campaña de comunicación de la que es responsable. Y he aquí a mi Sophie buscando un sitio donde aparcar, dando vueltas, torciendo y por fin encontrando dónde dejar el coche. Una hora después ya no hay coche. No se fue corriendo a la comisaría, dio vueltas y torció, a pie esta vez, y encontró el coche aparcado muy formalito unas pocas calles más allá. Aquí no le pasa lo que en su barrio, carece de los puntos de referencia acostumbrados. ¡Ya tiene con qué empezar muy dignamente su libretita!

12 de diciembre

Me resisto a escribir en este diario las torturas que tengo que soportar de la gordita Andrée. Está empezando desde hace poco a resultarme de utilidad en algo, pero tratarla está en el límite de lo que se puede soportar.

A pesar de todo, de esto es de lo que me he enterado.

Al ser jefa de prensa, a Sophie le compete también la responsabilidad de algunas operaciones de comunicación, por ejemplo en el caso de subastas de mucha categoría. En lo demás, se dedica a la imagen de la empresa y se ocupa de que la comunicación «sea fluida».

Sophie lleva trabajando aquí dos años. Esta tarea la llevan entre dos personas. Hay con ella un hombre, un tal Penchenat, que «oficia» de responsable, por lo que dice Andrée. Es un alcohólico. Andrée hace unas muecas bastante graciosas al describirlo. Menciona que huele a vino. Viniendo de alguien que escoge perfumes irrespirables, no deja de resultar chistoso, pero bueno...

Sophie es titulada en Economía. Entró en esta empresa gracias a una amistad que ya no trabaja allí.

Vincent y ella se casaron en 1999 en la tenencia de alcaldía del distrito XIV. El 13 de mayo, para ser exactos. Andrée fue al aperitivo. Me ha tocado aguantar una descripción pormenorizada del bufé de la que no me habría importado prescindir, sobre todo porque no me he enterado de nada acerca de los demás invitados. Todo lo que se me ha quedado es que «en la familia del marido hay dinero». ¡Pues vale! Y que Sophie aborrece a su suegra, que le parece «venenosa».

Sophie está bien vista en Percy's. Cuenta con la confianza de sus superiores. Aunque desde hace cierto tiempo hay rumores que ponen en entredicho su eficiencia: se le olvidan algunas citas, ha perdido un talonario de la sociedad, ha tenido accidentes en París con dos coches de la empresa en las últimas semanas, se le ha extraviado la agenda y ha machacado un archivo de clientes que, por lo visto, era importantísimo. Ya te digo.

Andrée me la ha descrito como una chica simpática, muy abierta, más bien

risueña y de carácter muy enérgico. Parece ser que es una técnica muy buena. Ahora mismo no se encuentra muy bien que digamos (ya lo creo...). Duerme mal, dice que le dan ataques de tristeza. Dice que está yendo al médico. En resumen, que parece bastante perdida. Y muy sola.

Andrée y ella no puede decirse que sean íntimas, pero hay pocas mujeres en la empresa y comen juntas de vez en cuando. Creo que este puesto de observación va a resultar muy instructivo.

13 de diciembre

Todo el mundo va como loco de un lado a otro con los preparativos de la Navidad y Sophie no es una excepción. A última hora de esta tarde, compras en la FNAC. ¡Una barbaridad de gente! Hay empujones en las cajas, sueltas la bolsa de plástico para pagar, te peleas con el cliente de detrás, tropiezas acá y allá... Y, en vista de eso, cuando llegas a casa en vez de encontrar en la bolsa *Real Gone* de Tom Waits encuentras a Tom Waits, sí, pero *Blood Money*, lo cual no deja de ser una estupidez. Y además, caes en la cuenta de que has comprado *Hijos de la medianoche* de S. Rushdie, te preguntas para quién era y como has perdido el tique de compra, ponte a hacer comprobaciones... Se contenta una con apuntarlo en la libretita.

Sophie y Andrée no hablan sino de generalidades, no son amigas en realidad. ¿La cosecha de informaciones sobre la pareja compensa lo duro que ha sido tratar con esta plasta? Porque las cosas de las que me he enterado no son a fin de cuentas nada del otro mundo. Al parecer, Vincent tiene a la vista «algo gordo» en su trabajo, y esa perspectiva pone en marcha toda la energía de la pareja. Sophie se aburre en Percy's. Desde que se murió su madre echa mucho de menos a su padre, que vive en Seine-et-Marne. Le gustaría tener hijos, pero no ahora mismo. A Vincent no le gusta su amiga Valérie. Pues vale... Creo que voy a tener que acabar la relación con la gorda. No progreso lo suficiente. Hay que buscar otra fuente de información.

14 de diciembre

Sophie lo apunta todo o casi todo. A veces llega a preguntarse incluso si no se le olvida apuntar. Y entonces cae en la cuenta de que está anotando dos veces las mismas cosas. La trastornó mucho que la detuvieran por robar en el supermercado hace un mes. Los vigilantes la metieron en una habitación sin ventanas y se turnaron para que reconociera el robo por escrito. Por lo que le dice a Valérie, son unos gilipollas integrales, pero tienen experiencia. Técnicas de acoso. Ni siquiera entendía

con claridad qué querían. Luego llegaron los policías. Tenían prisa. Se anduvieron con menos contemplaciones. Podía elegir entre que se la llevasen a la comisaría y la enviasen ante el juez de delitos flagrantes o reconocer el robo y firmar una declaración: firmó. Era imposible explicarle eso a Vincent, imposible... Lo malo es que le acaba de volver a ocurrir. Esta vez va a resultar mucho más difícil echarle tierra. Le han encontrado en el bolso un perfume y un neceser de manicura. Y menos mal que Sophie tiene suerte. Se la llevaron a la comisaría —zafarrancho de combate en la calle—, pero la dejaron en libertad dos horas después. Tuvo que inventarse algo que decirle a su marido, que la estaba esperando impaciente.

Al día siguiente se le volvió a perder el coche; y muchas cosas más.

A lo mejor anotarlo todo es una buena solución para ella, pero «me estoy volviendo escrupulosa, paranoica. Me vigilo a mí misma como si fuera una enemiga», escribe.

15 de diciembre

Mi relación con Andrée ha entrado en la fase crítica, esa en que se supone que tengo que pedirle que nos acostemos. Como no tengo la más mínima intención de hacer tal cosa, estoy en un apuro. Ya hemos salido cinco veces, hemos ido a hacer todo tipo de cosas aburridísimas, pero me he atenido a mi plan: no hablar de Sophie y tocar lo menos posible el único tema que me interesa, su trabajo. Menos mal que Andrée es una chica charlatana y no se corta. Me ha contado montones de anécdotas de Percy's y yo he hecho como si me interesaran. Me he reído con ella. No he podido impedir que me cogiera la mano. Se restriega contra mí de una forma irritante.

Ayer fuimos al cine y luego a tomar algo en un sitio al que va ella, cerca de Montparnasse. Saludó a varios conocidos y me dio un poco de vergüenza salir con una chica así. Parloteaba mucho y ponía expresiones risueñas al presentarme. Me di cuenta de que me había llevado allí apostando, para exhibirme, muy orgullosa de que vieran que había hecho una conquista halagadora, dado su aspecto físico. Yo me presté al juego con sobriedad. Era lo mejor que podía hacer. Andrée estaba encantada de la vida. Nos sentamos solos en una mesa y nunca había sido tan acuciante. Me tuvo cogida la mano todo el resto de la noche. Tras un plazo decente, pretexté cierto cansancio. Me dijo que le había «encantado» aquella velada. Cogimos un taxi y enseguida me di cuenta de que las cosas iban a ponerse feas. En cuanto estuvimos dentro del coche, se arrimó a mí de una manera indecente. Estaba claro que se había pasado un poco con la bebida. Lo suficiente para ponerme en una situación incómoda. Al llegar a su casa, tuve que aceptar la invitación de subir «a tomar la última». Estaba violentísimo. Ella me sonreía como si tuviera que vérselas con un tímido congénito y, por supuesto, en cuanto entramos por la puerta, me besó en la

boca. Si dijera que sentí asco, me quedaría corto. Pensé en Sophie con todas mis fuerzas y me fue de cierta ayuda. Ante su insistencia (la verdad es que debería haberme preparado para esto, pero nunca conseguía colocarme realmente en esa situación), balbucí que no estaba «listo». Ésas son las palabras que usé, las primeras que se me ocurrieron, el único tono sincero que me permití en la vida con esa chica. Me miró con una cara muy rara y yo conseguí sonreír con torpeza. Y añadí: «Para mí es algo difícil... Tendríamos que hablar de ello...». Pensó que estaba embarcada en algo parecido a una confesión sexual y noté que se tranquilizaba. A una chica así debe de encantarle hacer de enfermera con los hombres. Me apretó la mano más fuerte, como si dijera: «Yo puedo entenderlo todo, no te preocupes». Aproveché lo embarazoso de la situación para salir por pies y lo hice acentuando apostilla la sensación de que iba huyendo.

Me quité de encima la ira andando por los muelles.

21 de diciembre

Anteayer, Sophie volvió a casa con un trabajo muy importante para el comité directivo. Tuvo que quedarse dos noches trabajando hasta muy tarde para acabarlo. Desde mi puesto, hasta muy entrada la noche, fui siguiendo en su archivo los progresos de la tarea. La veía volver a empezar, corregir, escribir, hacer consultas, escribir y volver a corregir. Dos veladas. En mi opinión, casi nueve horas de trabajo. Sophie es toda una currante, no se le puede negar. Y esta mañana, zas, imposible dar con el CD-ROM que estaba segura de haber metido en el bolso antes de irse a la cama. Se abalanzó hacia el ordenador. En lo que tardó en encenderlo —iba ya con retraso— ¡el archivo original había desaparecido también! Estuvo más de una hora probando de todo, revolviendo, buscando, podría haberse echado a llorar. Acabó por irse a la reunión del comité directivo sin el trabajo que le habían encargado. Sospecho que la cosa no fue muy bien que digamos.

Y, claro, todo esto ocurría en un momento muy inoportuno: era el cumpleaños de la madre de Vincent. Al ver lo furioso que se ponía Vincent —ese chico idolatra a su madre— me di cuenta de que Sophie se negaba a ir. Vincent paseaba arriba y abajo por el piso dando voces. Estoy deseando oír la grabación. El caso es que por fin Sophie se decidió a ir. En el momento preciso de salir, fue incapaz por supuesto de encontrar el regalo de cumpleaños (lleva en mi casa desde ayer, iré a devolverlo dentro de unos días): otro ataque de furia de Vincent. Salieron de casa con muchísimo retraso. Un ambientazo. En cuanto se fueron subí a su piso para afinar las dosis del pro depresor de Sophie.

23 de diciembre

Sophie me preocupa mucho. Esta vez acaba de cruzar de verdad la línea. ¡Y de qué manera!

El jueves por la noche, cuando volvieron de la fiesta de cumpleaños, me di cuenta de que todo había ido muy mal. (Sophie aborrece a su suegra de toda la vida y, por supuesto, no hay razón para que la situación mejore tal y como andan las cosas últimamente...) Tuvieron un encontronazo. Me parece incluso que Sophie exigió que se fueran antes de acabar la celebración. ¡En una fiesta de cumpleaños! ¡Cuando una no sabe dónde ha metido el regalo de cumpleaños no organiza un número así!

No sé exactamente qué se dijeron: lo esencial entre Sophie y Vincent transcurrió en el coche, durante el viaje de vuelta. Cuando llegaron a casa habían pasado ya al capítulo de los insultos. No he podido reconstruir gran cosa, pero estoy seguro de que la vieja estuvo agresiva y burlona. Estoy de acuerdo con Sophie: es una mala pécora. Funciona a base de insinuaciones, es manipuladora e hipócrita. O al menos eso era lo que Sophie le voceaba otra vez a Vincent antes de que éste, harto, cerrase de golpe todas las puertas de la casa, una por una, y en el colmo de la furia se fuese a dormir al sofá... A mí me parece que queda un poco «comedia ligera», pero es una cuestión de estilo. Sophie seguía enfadadísima. Ahí es donde despegó, seguramente... Los somníferos la sumieron en un sueño que era casi un coma, pero, curiosamente, por la mañana ya estaba en forma. Trastabillando, pero en pie. Vincent y ella no se dijeron ni palabra. Desayunaron cada uno por su lado. Antes de volver a ceder al sueño, Sophie se tomó un té mientras miraba el buzón del correo electrónico. Vincent se fue dando un portazo. Sophie le contó a Valérie por Messenger lo que había soñado por la noche: empujaba a su suegra desde la primera planta de su casa; la vieja rodaba escaleras abajo retorciéndose, rebotaba contra la pared, contra la barandilla y aterrizaba en la parte de abajo con las vértebras rotas. Muerte instantánea. La imagen era tan realista que Sophie se despertó. «Hiperrealista, no puedes ni imaginártelo...» Sophie no fue a trabajar de momento. No tenía ánimos para nada. Valérie, como buena amiga, le hizo compañía una hora larga y, luego, Sophie decidió bajar a comprar unas cuantas cosas por aquello de que Vincent, de propina, no se encontrase con la mesa vacía... Eso fue lo que le explicó a Valérie al dejarla: unas cuantas compras, un té muy cargado, una ducha y aún no se habrá hecho demasiado tarde para personarse en la oficina y que vean que todavía existe. Yo intervine en la etapa número dos. Subí a encargarme del té.

Sophie no fue a trabajar en todo el día. Estuvo amodorrada y no se acuerda en absoluto de qué hizo. Pero a última hora a Vincent lo llamó por teléfono su padre: la señora Duguet se ha caído por las escaleras, ha rodado hasta el piso de abajo. Es patente que a Sophie estos acontecimientos la han dejado sin esquemas.

26 de diciembre

El entierro ha sido esta mañana: vi a mi parejita irse ayer por la noche con las maletas y con cara de estar destrozados. Habrán ido a hacer compañía al viudo en su casa. Sophie está cambiadísima. Agotada y con los rasgos fláccidos; anda como una autómata y da continuamente la impresión de que va a desplomarse.

Hay que reconocer, en su disculpa, que las fiestas de Navidad con el cuerpo de la vieja en el primer piso deben de ser un auténtico palo. He subido para volver a poner el regalo de la difunta madre del señor entre las cosas de Sophie. Supongo que, cuando vuelva del entierro, le resultará conmovedor descubrirlo.

6 de enero de 2001

Sophie está deprimidísima. Desde la muerte de su suegra, el porvenir la tiene tremadamente angustiada. Me preocupé cuando supe que iba a haber una investigación. Menos mal que era más bien por cumplir. El expediente se archivó casi enseguida como muerte accidental. Pero tanto Sophie como yo sabemos a qué atenernos. Ahora tengo que protegerla más de cerca. Y que no se me escape nada, porque, si no, la que podría escapárseme sería la propia Sophie. Me noto tan alerta que estoy afilado como una navaja. A veces me doy miedo.

Después de lo que ha pasado en estos últimos días, Sophie no puede ya mencionarle sus dificultades a Vincent. Ahora está condenada a la soledad.

15 de enero

Esta mañana se han vuelto a marchar al campo. Hacía mucho que no volvían por la zona de Oise. Salí de París media hora después que ellos. Los adelanté por la autopista del Norte y los esperé tranquilamente a la salida de Senlis. En esta ocasión habría resultado demasiado difícil seguirlos. Pasaron primero por una agencia inmobiliaria, pero salieron sin el vendedor. Me acordaba de una casa que habían estado viendo, en un sitio por Crépy-en-Valois; parecía que iban en esa dirección. No estaban allí. Pensé que les había perdido el rastro, pero di con su coche pocos kilómetros más allá, delante de una verja.

Es una casa grande y bastante asombrosa. Nada que ver con lo que suele haber por aquí: un caserón de piedra con balcones de madera, que debe de tener una arquitectura muy complicada, con montones de esquinas y de rincones. Hay un pajar

antiguo, que seguramente les servirá de garaje, y un cobertizo donde el marido modélico se dedicará sin duda al bricolaje... La casa está en medio de un jardín muy grande rodeado de tapias, menos por la parte norte, en que se han caído las piedras. Por ahí fue por donde entré, después de dejar la moto en las lindes del bosquecillo que se extiende detrás de la finca. Recurrí a tretas de indio para llegar hasta donde estaban. Los miré con prismáticos. Veinte minutos después los vi pasear por el jardín cogidos de la cintura. Se decían cositas en voz muy baja. Era una estupidez. Como si alguien pudiera oírlos en aquel jardín desierto, delante de aquel caserón vacío en los confines de ese pueblo, que parece llevar dormido desde los tiempos más remotos... En fin, deben de ser cosas del amor. Pese a la cara un tanto acongojada de Vincent, parecía que estaban a gusto juntos, tirando a felices. Sobre todo Sophie. A veces le apretaba muy fuerte el brazo a Vincent, arrimándose a él, como para garantizarle su presencia y su apoyo. Los dos en aquel jardín tan grande e invernal, paseando cogidos de la cintura, no dejaban de resultar algo triste.

Cuando se metieron en la casa, no supe qué hacer. Todavía no me he afianzado aquí y estaba empezando a temer que pasara alguien. Nunca está uno tranquilo de verdad en sitios como éste. Parece todo de lo más muerto, pero en cuanto quieras estar solo te das de bruces con un labriego idiota que pasa subido en un tractor, con un cazador que te mira de arriba abajo, con un crío que llega en bicicleta para hacerse una cabaña en el bosque... De todas formas, al cabo de un rato, como no los veía salir, dejé la moto detrás del murete y me acerqué. Entonces tuve una intuición. Fui corriendo a la parte de atrás de la casa. Llegué sin aliento, así que dejé pasar un par de minutos para que se me calmasesen los latidos del corazón y me dejaran oír los ruidos circundantes. Ni un ruido. Fui siguiendo la fachada de la casa, fijándome bien en dónde pisaba, y me detuve ante una ventana con los postigos de madera rotos, faltaban unas tablillas en la parte de abajo. Me subí a un reborde de piedra para llegar a la altura de la ventana. La habitación era la cocina. Es una casa muy a la antigua y hay que hacer bastantes reformas. ¡Pero no era en eso ni mucho menos en lo que estaban pensando mis tortolitos! Sophie estaba de pie contra el fregadero, con la falda subida hasta las caderas; y Vincent, con los pantalones caídos en los tobillos, se la follaba con mucha dedicación. Estaba visto que el luto por la madre no ha dejado al chico completamente sin recursos. Desde mi puesto de observación, sólo le veía la espalda y las nalgas; las apretaba cada vez que entraba en Sophie. Era realmente ridículo. En cambio, lo que resultaba hermoso era la cara de ella. Le había rodeado a su marido el cuello con los brazos, como si llevase una cesta, estaba de puntillas, cerraba los ojos y notaba un placer tan intenso que la transfiguraba. Un rostro de mujer hermoso, muy pálido y tenso, volcado todo él hacia dentro, como una durmiente... Había algo desesperado en aquella forma suya de entregarse. Pude sacar unas cuantas fotos bastante logradas. Los vaivenes pintorescos del imbécil se hicieron más rápidos, las nalgas blancas se apretaban cada vez más deprisa y cada vez más fuerte. La cara de Sophie me dijo que estaba a punto de gozar. Abrió mucho la boca,

se le dilataron los ojos y se alzó de pronto un grito muy fuerte. Era espléndido, exactamente lo que quiero volver a ver en ella el día en que la mate. Un espasmo le echó hacia atrás la cabeza; y luego le cayó de golpe en el hombro de Vincent. Le mordía la chaqueta, temblorosa.

Disfruta, angelito mío; aprovecha, di que sí, aprovecha...

En ese momento fue cuando caí en la cuenta de que he dejado de ver sus píldoras en el cuarto de baño. Seguro que han decidido tener un niño. No me trastorna. Al contrario, me da ideas.

Dejé que se volvieran a París tranquilamente y esperé a que dieran las doce y cerrase la agencia. En el escaparate, en la foto de la casa ponía «Vendida». Bueno. Pues así pasaremos los fines de semana en el campo. ¿Por qué no?

17 de enero

Qué curiosas son las ideas. Sin duda dependen de lo disponible que esté la mente. El otro día, por ejemplo, ando ocioso por el piso, sin pretender nada concreto, y, a saber por qué, me intereso por el montón de libros que Sophie tiene en el suelo al lado del escritorio. Entre ellos, casi debajo del todo, dos obras que proceden del Centro Documental de la Prensa: una monografía acerca de Albert Londres y un *Léxico franco-inglés de las expresiones de prensa y comunicación*. Los sacó los dos el mismo día. Los he devuelto. Para los lectores con prisas, hay un mostrador donde pueden dejarse los libros. Así se evita perder el tiempo en esperas. Me ha parecido muy práctico.

18 de enero

Otra cosa para anotar en la libreta: Sophie no vio las dos reclamaciones del recibo del teléfono. Moraleja: lo han cortado. A Vincent no le ha hecho gracia. Sophie llora. Las cosas van mal ahora mismo, se pelean mucho. Y, sin embargo, Sophie intenta fijarse en lo que hace, en lo que hace él, en todo; es posible incluso que intente no soñar. Fuere como fuere, da un telefonazo para saber si el terapeuta le puede adelantar la cita... Tiene un sueño ingobernable; duerme, no duerme, vuelve a dormir, cae en un sopor casi comatoso y luego se pasa noches sin pegar ojo. Se tira muchísimas horas fumando en la ventana... Me da miedo que coja frío.

19 de enero

¡Menuda asquerosa! ¡No sé qué está haciendo, no sé siquiera si lo ha hecho apostar, pero estoy rabioso con ella y conmigo! Por supuesto que me pregunta si Sophie se ha dado cuenta de algo, si ha intentado pillarme en una trampa... Pensando en su cita con el médico, he subido para robarle del cajón del escritorio la libreta en que toma nota de todo cuanto hace o tiene que hacer en casa, una libreta de hule negro. La conozco bien, la leo muchas veces. Y hacía tiempo que no la miraba. ¡La libreta está virgen! ¡Es exactamente la misma, pero tiene todas las páginas en blanco! Eso quiere decir que tiene dos libretas y me pregunta si ésta es un cebo pensado para mí. Ha debido de darse cuenta esta noche de que esa libreta ha desaparecido...

Bien pensado, no creo que haya conseguido detectar mi presencia. A lo mejor es sólo que quiero tranquilizarme, pero, si tal fuera el caso, lo notaría en otros síntomas; y todo lo demás va bien, va con normalidad.

No sé qué pensar. En realidad, esto de la libreta me tiene preocupado de verdad.

20 de enero

¡Hay un dios para las causas justas! Creo que he salido del paso. En aras de la honradez, debo decir que lo he pasado mal de verdad: no me atrevía a volver a subir a casa de Sophie, tenía la sensación inconcreta de que era peligroso, que algo me acechaba, que por fin me iban a pescar. Y qué razón tenía.

Al llegar a su casa, volví a poner la libreta negra sin nada escrito en el cajón del escritorio y tuve que revolver todo el piso para dar con la otra. Estaba seguro de que no la llevaba encima; me salvó ese eterno miedo suyo a perder las cosas. Necesitaba tiempo y, cuando subo a su casa, no me gusta quedarme mucho rato, sé que no es sano, tengo que reducir los riesgos al mínimo. ¡Más de una hora para dar con ella! Sudaba, con los guantes de goma puestos; me paraba continuamente para acechar todos los ruidos del edificio; me estaba poniendo nervioso; no sabía cómo evitarlo, me invadía una especie de pánico. Y, de pronto, la encontré: detrás de la cisterna del retrete. No es nada bueno, es síntoma de que desconfía. No de mí forzosamente, por lo demás... Se me ha ocurrido que a lo mejor no se fiaba de Vincent, y eso sería buena señal. Acababa de encontrarla cuando oí la llave en la cerradura. Yo estaba en el retrete, con la puerta entornada, y tuve el reflejo de no extender la mano para cerrarla: ¡esa puerta está al final del pasillo, enfrente exactamente de la puerta de la calle! Si hubiera sido Sophie, habría sido el fin de todo; las chicas siempre van corriendo al baño cuando vuelven a casa. Era Vincent, reconocí un paso de hombre. Me latía el corazón tan fuerte que ya no oía nada, no conseguía ni pensar. Me invadió el pánico. Vincent pasó por delante de la puerta del retrete y la cerró de golpe; el

portazo me dejó paralizado. Estuve a punto de desmayarme y me agarré al tabique. Tenía ganas de vomitar. Vincent se metió en el despacho y, en el acto, encendió la cadena de música y, curiosamente, lo que me salvó fue el pánico. Abrí inmediatamente la puerta y salí corriendo de puntillas; crucé el pasillo en algo parecido a un estado de enajenación, abrí la puerta del rellano y, sin cerrarla siquiera, me abalancé hacia las escaleras y las bajé a toda velocidad. En ese momento creí que todo estaba perdido y que iba a tener que dejarlo. Noté una desesperación tremenda.

Se me impuso la imagen de mamá y me eché a llorar. Como si acabase de morir otra vez. Instintivamente, agarraba fuerte, dentro del bolsillo, la libreta de notas de Sophie. Iba andando y me corrían las lágrimas.

21 de enero

Al oír la grabación he vuelto a vivir toda la escena. ¡Retrospectivamente, qué espanto! He oído cómo empezaba a sonar la música en la cadena (algo de Bach, me parece), creo que me ha llegado a medias el tamborileo de mis suelas por el pasillo, pero era muy impreciso. Luego, con más claridad, los pasos resueltos de Vincent hacia la puerta de la calle, un silencio bastante prolongado y la puerta cerrándose. Creo que se preguntó si habría entrado alguien; a lo mejor dio unos pasos por la escalera, bajó o subió unos cuantos peldaños, miró por encima de la barandilla o algo por el estilo. La puerta volvió a cerrarse con cuidado. Seguramente pensó que la había cerrado mal al entrar, y ya está. Por la noche ni siquiera le mencionó el incidente a Sophie, cosa que habría sido catastrófica. ¡Qué susto!

23 de enero

Un correo electrónico muy asustado a Valérie. La mañana de la cita con el terapeuta, imposible encontrar la libreta... La había escondido en el retrete, está segura, y esa mañana ya no había libreta. Le entran ganas de llorar. Se siente nerviosa, irritable y cansada. Deprimida.

24 de enero

Consulta con el terapeuta. Cuando le menciona la libreta perdida, él la tranquiliza.

Dice que son cosas que pasan precisamente cuando se fija uno demasiado. En conjunto ha estado muy ponderado y nada alarmado. Sophie se ha echado a llorar al hablarle del sueño de su suegra. No ha podido por menos de contarle el accidente que ocurrió en las mismas circunstancias que en su sueño. Y el hecho de que no recuerda nada en absoluto de lo que hizo durante el día. Él la ha escuchado con calma; tampoco cree ni pizca en los sueños premonitorios. Le ha explicado una teoría que Sophie no ha entendido bien, no la ha oído bien porque tenía la mente demasiado torpe. Él llama a esas cosas «desventurillas». Pero, pese a todo, al final de la consulta le preguntó si no tenía previsto irse una temporada «a descansar». Eso es lo que más la ha asustado. Creo que se lo ha tomado como una propuesta de internarla. Sé que eso la aterra.

Valérie contesta enseguida a los correos electrónicos. Quiere que vea que está a su lado. Valérie nota —y yo lo sé— que no se lo cuenta todo. A lo mejor es un comportamiento supersticioso. Las cosas que no dice no existen, o no hay riesgo de contaminarse con ellas.

30 de enero

Empezaba ya a desanimarme con el tema del reloj. Hace ya cinco meses que perdió aquel reloj tan bonito que le había regalado su padre. Bien sabe Dios, sin embargo, que en aquel momento puso patas arriba todo lo que se podía poner patas arriba en la casa con la esperanza de encontrarlo. Pero nada. Debía de haberse tomado el reloj a beneficio de inventario. Una auténtica pena.

¡Y luego, mira tú por dónde! De repente, Sophie da con él. ¿Y adivinan en qué sitio? ¡En el joyero de su madre! En el fondo del todo. Ciento es que no lo abre a diario; no se pone las cosas que guarda ahí. Pero, en fin, desde finales de agosto sí que ha debido de abrirlo cinco o seis veces. Incluso ha intentado hacer memoria de cuántas veces exactamente lo ha abierto desde las vacaciones; le ha hecho una lista a Valérie como si quisiera demostrarle algo, lo cual es una tontería. Y, sin embargo, nunca vio el reloj. No estaba encima, claro, pero no es una caja demasiado honda y, además, no hay tantas cosas dentro. Pero, en cualquier caso, ¿por qué iba a meterlo ahí? No tiene ni pies ni cabeza.

Sophie no parece alegrarse de haber encontrado el reloj. Es el colmo.

8 de febrero

Perder dinero es algo que puede pasar; pero tener de más no suele ocurrir. Y,

sobre todo, no tiene explicación.

Mis amiguitos Sophie y Vincent tienen proyectos. Sophie toca el tema muy discretamente en los correos electrónicos que le envía a Valérie. Dice que «todavía no es algo seguro» y que no tardará en hablarle del tema, que «será incluso la primera» en saberlo. El caso es que Sophie ha decidido desprenderse de un cuadrito que compró hace cinco o seis años. ¡Hizo que circulase la información por los ambientes en que se mueve y lo vendió anteayer! Pedía tres mil euros. Por lo visto era un precio muy sensato. Un señor fue a ver el cuadro. Luego, una señora. En última instancia, Sophie transigió con dos mil setecientos euros a condición de que se los pagasen en metálico. Parecía satisfecha. Metió el dinero dentro de un sobre en el secreter pequeño; pero no le hace mucha gracia tener dinero en casa. Así que Vincent fue esta mañana al banco a ingresarlos. Y ahí viene lo inexplicable. A Vincent parece haberle afectado mucho este asunto. Desde ese momento no paran de discutir, por lo visto. Dentro del sobre había tres mil euros. Sophie es terminante: dos mil setecientos. Vincent también: tres mil. Estoy tratando con una pareja categórica. Resulta curioso.

En cualquier caso, Vincent mira a Sophie con una cara muy rara. E incluso le ha dicho que desde hace una temporada «se porta de una manera muy extraña». Sophie no pensaba que hubiese notado algo. Ha llorado. Han hablado. Vincent dijo que tenía que ir al médico. Y dijo incluso que era el momento oportuno. Está claro que hay cosas muy secretas en la vida de estos jovenzuelos nuestros. Y quien está más al tanto soy yo, seguramente.

15 de febrero

Anteayer Sophie puso todo manga por hombro. Es imposible que la tarjeta minta, sacó dos libros; e incluso se acuerda perfectamente porque los estuvo hojeando. Los sacó por curiosidad, por un artículo que había leído pocas semanas antes. Y los está viendo con toda claridad. No consigue dar con ellos. Albert Londres y un léxico profesional. Ahora a Sophie la alarma mucho todo. Se pone de los nervios por cualquier menudencia. Llamó al centro de documentación para pedir que le prorrogaran el préstamo. Por lo visto, los había devuelto. La bibliotecaria le dijo la fecha: el pasado 8 de enero. Ha mirado la agenda y es el día en que fue a ver a un cliente en el extrarradio. Podría haber pasado por allí... Pero no se acuerda en absoluto de haber devuelto los libros ese día. Le ha preguntado a Vincent, pero sin insistir: en estos momentos no está de humor como para andarle buscando las cosquillas, le escribe a Valérie. Los libros siguen disponibles en el centro de documentación, nadie los ha vuelto a sacar. No ha podido evitar ir por allí y preguntar la fecha de devolución. Se la han confirmado.

La he visto salir. Está realmente muy preocupada.

18 de febrero

Hace una semana, Sophie organizó una conferencia de prensa para una subasta importante de libros antiguos. Durante el cóctel posterior, les hizo fotos digitales a los periodistas y a los miembros de la dirección y fotografió el bufé para el periódico de la empresa y también para evitar a la prensa el tener que desplazar a fotógrafos. Se pasó un día entero y parte del fin de semana en el ordenador, en casa, para recortar y retocar las fotos que tiene que presentar a la dirección y enviarlas a todos los periodistas, a los que asistieron y a los que no. Lo reunió todo en un documento «Prensa_11_02» y lo adjuntó a un correo electrónico. Debe de estar en juego algo de mucha importancia; titubeó, comprobó, volvió a retocar las imágenes, volvió a comprobar. Yo notaba que estaba incómoda. Un reto profesional, seguramente. Y por fin se decidió. Antes de enviar el correo electrónico hizo una copia de seguridad. No abuso nunca del control que tengo por Internet de su equipo. Siempre temo que lo note. Pero en esta ocasión no pude resistirme. Durante la operación de copia de seguridad añadí dos fotos al documento. El mismo formato, el mismo acabado, trabajo artesanal garantizado. Pero ni bufé, ni periodistas, ni clientes prestigiosos. Sólo la jefa de prensa haciéndole una mamada a su marido al sol de Grecia. Ciento es que se reconoce mucho menos al marido que a la jefa de prensa.

19 de febrero

Por supuesto que en la oficina de Sophie todo va fatal. Esta historia del *dossier* de prensa ha traído consigo un auténtico reguero de pólvora. La sorpresa la ha dejado destrozada. El lunes por la mañana, sin más demora, la llamó a casa un miembro de la dirección. También la llamaron varios periodistas por la mañana temprano. Sophie está aturdida. No se lo ha contado a nadie; y a Vincent menos aún. Debe de estar avergonzadísima. Yo me he enterado por un correo electrónico que le ha enviado un «amigo» periodista: la noticia la dejó hundida y, seguramente, le pidió que le mandase las fotos. ¡No se lo podía creer! Ciento es que elegí con mucho acierto: con la boca llena, alza la vista hacia la cara de Vincent con una mirada deliberadamente libidinosa. Estas burguesitas cuando se ponen a jugar a las putas en privado quedan reales como la vida misma. La segunda foto es algo más comprometedora, si cabe. Es del final y demuestra que Sophie sabe lo que se hace y que, por su parte, el muchacho funciona estupendamente.

En pocas palabras: es una catástrofe. No fue a trabajar y estuvo todo el día postrada, con gran alarma de Vincent, a quien se ha negado a contarle nada. Incluso a Valérie se ha contentado con decirle que acaba de pasarle «algo espantoso». La vergüenza es terrible. Lo deja a uno paralizado.

20 de febrero

Sophie no ha parado de llorar. Se ha pasado parte del día detrás de los cristales de la ventana fumando incontables cigarrillos y le he hecho muchas fotos. No ha vuelto a pisar la oficina y me imagino que por allí debe de haber un zumbido de colmena. Apuesto a que las filtraciones van a toda velocidad y que la gente cambia delante de la máquina de café fotocopias de las instantáneas de Sophie. Es también lo que debe de estar imaginándose Sophie. Creo que no podrá volver nunca. Seguramente por eso ha parecido tan indiferente ante la noticia de la suspensión de empleo y sueldo. Una semana. Por lo visto han conseguido quitarle hierro al asunto; pero el caso es que el daño ya está hecho, en mi opinión... Y en una carrera profesional son cosas que te persiguen. Fuere como fuere, Sophie parece un ectoplasma.

23 de febrero

La velada había empezado ya como una trampa: tenía que pasar a recoger a Andrée para ir a cenar. Había reservado mesa en Chez Julien; pero esta increíble enamorada mía tenía otros planes. Cuando entré en su casa, encontré la mesa puesta para dos. La muy imbécil, que, como indica el perfume que gasta, no retrocede nunca ante el mal gusto, había puesto incluso un candelabro en la mesa, un chisme infame que ella se cree que es arte moderno. Puse el grito en el cielo, pero ahora que ya estaba dentro y que me llegaba el olor de una fuente metida en el horno era difícil, e incluso imposible, rechazar la invitación. Protesté por guardar las formas, mientras me prometía no volver a ver nunca a esta chica. Ya estaba decidido. Esa idea me reconfortó y, como la mesa redonda impedía a Andrée tocarme como hace en cuanto se le presenta una oportunidad, me sentí un tanto a cubierto.

Vive en un piso muy pequeño en la cuarta planta de un edificio antiguo sin encanto alguno. El salón comedor no tiene más que una ventana, alta, cierto es, pero por la que no entra mucha luz porque da al patio. Es el típico sitio donde hay que tener la luz encendida siempre so pena de pillarse una depresión.

La conversación era tan poco animada como la velada. Para Andrée soy Lionel Chalvin y trabajo en una empresa de promoción inmobiliaria. Ya se han muerto mis padres, lo que me dispensa, recurriendo a una mirada de dolor cada vez que sale el tema, de los recuerdos de infancia. Vivo solo y, como cree esta gorda simplona, soy impotente. O, al menos, padezco impotencia. He conseguido eludir la cuestión o no mencionar sino sus efectos tangibles. Voy al buen tuntún.

La conversación versó sobre las vacaciones. Andrée fue unos días, el mes pasado, a casa de sus padres, a Pau, y me tocó oír las anécdotas acerca del carácter de su padre, de los temores de su madre y de las tonterías del perro. Sonreí. La verdad es

que no podía hacer nada más.

Era eso que debe de llamar la gente «una cena selecta». En fin, lo que debe de llamar así Andrée. Sólo el vino podía merecer semejante nombre, pero lo habrá elegido el de la tienda. Ella no tiene ni idea. Había preparado un «cóctel de la casa» que tenía un parecido terrible con su perfume.

Después de la cena, como yo me temía, Andrée sirvió el café en la mesita baja que hay delante del sofá. Cuando se acomodó a mi lado, tras un silencio que ella tenía la esperanza de que fuera hondo y explícito, la tía gorda me dijo con expresión lánguida que «entendía» el tema de mis «dificultades». Lo dijo con voz de monja. Apostaría a que está encantada del chollo. Está claro que anda loca por que alguien se la pase por la piedra, ya que, seguramente, no es algo que le suceda con frecuencia; y al toparse con un amante más o menos impotente, por fin sirve para algo útil. He aparentado que me daba mucho apuro. Hubo un silencio. En casos así, para crear una distracción, suele hablar del trabajo, como todos los que no tienen nada que decir. Anécdotas, siempre las mismas. Pero llegó un momento en que mencionó el departamento de comunicación. En el acto la atención se me espabiló. Pocos minutos después, conseguí orientar la conversación hacia Sophie, al principio desde cierta distancia, diciendo que las subastas grandes debían de dar a todo el mundo un trabajo tremendo. Tras haber pasado revista a media empresa, Andrée llegó por fin a Sophie. Estaba deseando contarme el número de las fotos. Se reía de forma grotesca. Pero qué buena compañera...

—Voy a echarla de menos cuando se vaya... —dijo—. De todas formas, iba a marcharse...

Agucé el oído. Y fue entonces cuando me enteré de todo. Sophie se va de Percy's, pero no sólo eso. Sophie se va de París. No era una casa *de campo* lo que llevaban un mes buscando, sino una casa *en el campo*. Acaban de nombrar a su marido director de una nueva unidad de investigación en Senlis y se van a vivir allí.

—Pero ¿qué va a hacer? —le pregunté a Andrée.

—¿Cómo?

Parecía extrañarle mucho que me interesase algo así.

—Me dices que es una persona muy activa, y por eso pregunto... qué va a hacer en el campo...

Andrée puso una expresión glotona, como de grata conspiración, al decirme que Sophie «estaba esperando un niño». No era una novedad pero, pese a todo, me afectó. En el estado en que está, me parece muy imprudente.

—¿Y han encontrado algo? —pregunté.

Según Andrée, han encontrado «una casa muy bonita en Oise», no muy lejos de la autopista.

Un niño. Y Sophie se va del trabajo y, de paso, de París... Con el numerito del *dossier* de prensa yo esperaba, desde luego, que Sophie dejase de trabajar una temporada, pero el embarazo y, además, que se vaya de París... Tenía que pensar en

ese panorama nuevo. Me levanté en el acto. Balbucí unas cuantas palabras. Debía irme, era tarde.

—Pero si ni siquiera te has tomado el café —se lamentó la simplona.

El café, ya ves tú... Fui a buscar la chaqueta y me encaminé hacia la puerta.

No sé ya muy bien cómo ocurrieron las cosas. Andrée me siguió hasta la puerta. Se había hecho una idea muy diferente de la velada conmigo. Decía que era una pena, que no era tan tarde, y menos siendo viernes. Tartamudeé que trabajaba al día siguiente. Andrée no volverá a servirme para nada, pero para no quemarme del todo dije unas cuantas palabras que pretendía que resultasen tranquilizadoras. Fue entonces cuando se lanzó. Me abrazó estrechamente, me besó en el cuello. Debió de notar mi resistencia. No sé ya qué cosas me susurró, me proponía «ocuparse de mí», sabría ser paciente, no debía sentir ningún temor, cosas así, vamos... Y eso no habría sido nada si, para animarme, no me hubiera puesto la mano en el vientre. Muy abajo. Yo no estaba ya en condiciones de dominarme. Después de la velada aquella y de las noticias de las que me acababa de enterar era demasiado. Tenía la espalda casi pegada a la puerta y rechacé a Andrée con violencia. La sorprendió esa reacción, pero quiso sacarle partido a su ventaja. Sonrió y esa sonrisa de gorda era tan repulsiva, tan concupiscente..., el deseo sexual resulta tan libidinoso en las chicas feas..., no pude por menos de darle una bofetada. Muy fuerte. Se llevó en el acto la mano a la mejilla. Sus ojos expresaban un asombro absoluto. Me di cuenta de lo tremenda y de lo inútil que era la situación. Y de todo cuanto me había visto en la obligación de hacer con ella. Entonces le di otra bofetada, en la otra mejilla, y otra más, hasta que empezó a gritar. Yo había dejado de tener miedo. Miraba a mi alrededor, la habitación, la mesa puesta con los restos de la cena, el sofá con las tazas de café que no habíamos tocado. Y todo me dio un asco terrible. Entonces la agarré por los hombros y la atraje hacia mí, como para tranquilizarla. Ella se dejó, con la esperanza, seguramente, de que se estuviera cerrando un paréntesis doloroso sin más. Fui hasta la ventana y la abrí de par en par, como para poder respirar, y esperé. Sabía que vendría. No tardó ni dos minutos. Daba unos sorbetones ridículos detrás de mí. Luego la oí acercarse; su perfume me envolvió por última vez. Respiré hondo, me volví, la cogí por los hombros y, cuando la tuve bien abrazada, lloriqueando como un perrito, me volví despacio, como si quisiera besarla y, dándole un golpe muy violento con ambas manos en los hombros, la empujé. Sólo me dio tiempo a ver su mirada estupefacta en el momento de desaparecer por la ventana. Ni siquiera gritó. Dos o tres segundos después, oí un ruido infame. Me eché a llorar. Temblaba de pies a cabeza para impedir que se adueñase de mí la imagen de mamá. Pero debí de conservar la lucidez suficiente porque, pocos segundos después, había cogido la chaqueta y bajado corriendo las escaleras.

24 de febrero

Por supuesto que la caída de Andrée fue un mal trago para mí. No tanto, desde luego, por la muerte de esa simplona, sino por la forma de morir. Retrospectivamente, me extraña no haber notado algo tras la muerte de la madre de Vincent. Por descontado que unas escaleras no son lo mismo. Esta noche no fue Andrée la que salió volando, claro, sino mamá. Sin embargo, no era tan penoso como en tantos otros sueños de estos últimos años. Como si algo se me fuera pacificando por dentro. Creo que se lo debo a Sophie. Debe de ser cosa de la transferencia o algo así.

26 de febrero

Esta mañana Sophie fue al entierro de su querida compañera. Iba de negro. Al verla salir así de casa, de negro de arriba abajo, me pareció una futura muerta muy guapa. Dos entierros en tan poco tiempo deben de afectar. No puedo ocultarme que yo también estoy muy afectado. ¡Andrée y, sobre todo, esa forma de morir! Me parece una blasfemia. Un insulto a mi madre. He recordado imágenes muy dolorosas de la infancia, contra las que he luchado palmo a palmo. A lo mejor el destino de todas las mujeres que me quieren es caerse por la ventana.

He repasado toda la situación. Desde luego no es que sea para tirar cohetes, pero tampoco ha ocurrido nada catastrófico. Tengo que ser aún más prudente. Si no cometo ninguna torpeza, creo que todo irá bien. En Percy's no me había visto nadie. No volví por allí después del encuentro con la gorda.

Claro que he dejado un montón de huellas en su casa, pero no estoy fichado por la policía y, salvo que ocurra algún accidente, hay pocas probabilidades de que me vea en una situación que les permita ningún cotejo. Sin embargo, se impone la mayor prudencia y no podré volver a meter la pata así sin poner en peligro todo el proyecto.

28 de febrero

En lo referido a Sophie, nada trágico. Se va de París, habrá que apañarse con lo que hay, y ya está. Lo que me duele es ver que ya no vale para nada toda mi organización técnica. Bueno, así están las cosas. Desde luego que no tendrá la suerte de dar con un lugar de observación tan favorable como éste, pero ya se me ocurrirá algo.

El niño debería llegar este verano. Ya lo estoy metiendo en mi estrategia de los

meses próximos.

5 de marzo

Zafarrancho de combate: esta mañana ha aparecido el camión de mudanzas por el extremo de la calle. Todavía no eran las siete, pero desde las cinco llevaban encendidas las luces del piso y vislumbraba más o menos las siluetas atareadas de Sophie y de su marido. A eso de las 8.30, Vincent se fue a trabajar, dejándole la intendencia a su mujercita. Es un individuo odioso, está claro.

No le veo interés a seguir en esta habitación; me recordará siempre los maravillosos momentos en que vivía cerca de Sophie, en que podía a cualquier hora mirar sus ventanas, verla, sacarle fotos... Tengo más de cien instantáneas de ella. Sophie por la calle, en el metro, al volante de su coche; Sophie pasando desnuda delante de la ventana; Sophie arrodillada delante de su marido; Sophie limándose las uñas en la ventana del salón...

Vendrá un día en que echaré de menos a Sophie de forma definitiva. Pero todavía no hemos llegado a eso.

7 de marzo

Leve engorro técnico: sólo he recuperado dos de los tres micrófonos. El tercero ha debido de desaparecer en la mudanza, esos chismes son tan pequeños.

18 de marzo

Hace un frío tremendo en el campo. ¡Y, por Dios, qué cosa más triste! ¿Qué se le habrá perdido aquí a Sophie? Ha ido por seguir a su marido, ese gran hombre. Qué mujercita más encantadora. No le doy ni tres meses para aburrirse como una ostra. La tripa le hará compañía, pero va a tener tantas preocupaciones... A su Vincent le han dado un traslado estupendo, desde luego, pero me parece muy egoísta.

Que Sophie se haya ido a vivir a Oise me va a obligar a hacer muchos kilómetros, y en pleno invierno... Así que me he buscado un hotelito en Compiègne. Paso por ser un escritor. En cambio, para dar con un puesto de observación he necesitado más tiempo. Pero ya lo tengo. Entro por la parte derruida de la tapia, detrás de la casa. He

encontrado dónde aparcar la moto en las ruinas de un cobertizo al que le queda tejado suficiente. Cae muy lejos de la casa y no se puede ver la moto desde la carretera, por la que, por lo demás, no pasa casi nadie.

Así que, salvo por el frío, todo me va bien. No puedo decir lo mismo de Sophie. Está recién instalada y ya le están lloviendo contratiempos. Para empezar, incluso aunque seas una persona activa, los días se hacen largos en esta casa inmensa. Los obreros fueron una distracción los primeros días, pero ha vuelto a helar inesperadamente y han dejado de trabajar; no se sabe cuándo se les volverá a echar la vista encima. Moraleja: el patio que hay delante de la casa, que han fastidiado los camiones, está ahora helado del todo y Sophie se tuerce sistemáticamente los tobillos en cuanto tiene que salir. Sin contar con que da aún más impresión de tristeza. La leña para la chimenea parecía que quedaba muy cerca cuando no hacía falta, pero ahora... Y además, está sola. De vez en cuando sale a la escalera de la fachada con un tazón de té. Por muy entusiasmada que esté, cuando una trabaja sola todo el día y el maridito vuelve todas las noches sin hora fija...

La prueba es que esta mañana se abrió la puerta de la casa y salió un gato. Qué buena idea, un gato. Se quedó un ratito sentado en el umbral, mirando el jardín. Es un gato blanco y negro, un gato bonito. Poco después se fue a hacer sus necesidades sin alejarse mucho de la casa. Debía de ser una de sus primeras salidas. Sophie lo acechaba desde la ventana de la cocina. Di toda la vuelta para ir también yo a la parte trasera de la casa. Casi nos dimos de bruces el gato y yo. Frené en seco. No es un gato suspicaz. Un gato simpático. Me agaché y lo llamé. Esperó un poco y se acercó, se dejó acariciar arqueando el lomo y empinando el trasero, como hacen todos. Lo cogí en brazos. Empezó a ronronear. Yo me notaba tieso, febril... El gato dejó que me lo llevase, ronroneando. Fui con él hasta el cobertizo donde Vincent guarda las herramientas.

25 de marzo

Llevaba unos días sin venir, exactamente desde que la otra noche Sophie encontró a su simpático gatito clavado en la puerta del cobertizo de su marido. ¡Qué impresión! ¡Hay que ponerse en su lugar! Llegué a eso de las nueve. Sophie se estaba marchando. La vi a medias mientras metía una bolsa de viaje en el maletero del coche. Esperé media hora, por precaución, luego forced una contraventana de la planta baja, por la parte trasera, y entré para dar una vuelta. Sophie no ha estado mano sobre mano. Ya ha pintado casi toda la planta baja, la cocina, el salón y otra habitación que no sé para qué van a usar. Un amarillo pálido muy bonito con frisos de un amarillo más intenso; las vigas del salón son de un verde un tanto pistacho (por lo que me ha parecido); el caso es que queda muy bonito. Un trabajo de monje. Decenas y decenas

de horas de trabajo. Los albañiles les dejaron un cuarto de baño sin encofrar, pero funciona, el agua sale caliente. También la cocina está en obras. Los albañiles dejaron los muebles en el suelo; supongo que hay que acabar de colocar las tuberías antes de ponerlos fijos. Me hice un té y pensé. Me di un paseo por las habitaciones, me llevé dos o tres baratijas, esa clase de cosas que nunca te das cuenta de que han desaparecido, pero que sorprenden cuando vuelves a dar con ellas de forma accidental. Luego, tras tomar una decisión, me fui a buscar los botes de pintura y los rodillos y tardé mucho menos que Sophie en volver a pintarlo todo, del suelo al techo, aunque en un estilo más «espontáneo». Los muebles de la cocina se han quedado hechos leña menuda para la chimenea, he limpiado los chorreones de pintura con la ropa de mesa y he aprovechado para darle un toquecito de color asilvestrado a los muebles; he cortado con unas cizallas las tuberías que van del cuarto de baño a la cocina y me he ido dejando los grifos abiertos.

No hace falta que vuelva de inmediato.

26 de marzo

Nada más llegar, Sophie conoció a Laure Dufresne, la maestra del pueblo. Tienen más o menos la misma edad e hicieron buenas migas. He aprovechado las horas en que tiene clase para darme una vuelta por su casa. No quiero que me pille nada de improviso. Nada que destacar. Una vidita tranquila. Una mujercita tranquila. Se ven bastante. A Laure le gusta pasar a tomar un café a última hora. Sophie fue a echarle una mano para colocar los muebles nuevos en el aula. Con los prismáticos, vi que se lo estaban pasando bien, me da la impresión de que este encuentro es positivo para Sophie. He empezado a hacer castillos en el aire. La cuestión está en saber cómo voy a utilizar todo esto. Y creo que ya se me ha ocurrido.

27 de marzo

Por mucho que intente Laure tranquilizarla, Sophie está desmoralizada. Después de que matasen a su gato, le han destrozado la casa mientras estaba fuera, y eso la ha afectado mucho. Según ella, debe de tratarse de alguien del vecindario que no la quiere. Laure opina que es imposible: la han recibido muy bien y la gente de aquí es encantadora, asegura. Sophie tiene serias dudas. Y los hechos que expone le dan la razón. Y, además, que vengan los expertos del seguro, poner la denuncia, encontrar obreros, volver a encargar muebles, todo eso no se hace en un día. Y volver a pintarlo todo..., qué cansancio sólo de pensarlo. Y encima Vincent, con su nuevo cargo,

termina tarde todos los días y dice que es normal, que siempre pasa eso al principio (de todas maneras es que este chico...). Sophie nota que con esta casa algo ha empezado mal. No quiere tener demasiados reflejos negativos (tienes razón, Sophie; no seas irracional). Vincent ha mandado poner una alarma para tranquilizarla, pero a pesar de todo no está a gusto. La luna de miel con la zona de Oise ha sido bien corta... ¿El embarazo? Sigue adelante. Tres meses y medio. Pero la verdad es que Sophie no tiene buena cara.

2 de abril

Lo que faltaba: ¡hay ratas en la casa! No las había y, de repente, está llena de ellas. Y parece ser que cuando ves una es que hay diez. ¡La cosa empieza con una pareja y se reproducen a una velocidad! Andan pululando por todas partes, las ves correr y desaparecer en los rincones, la verdad es que da miedo. De noche se las oye arañar. Pones trampas y productos malévolos que las atraen y las matan. La verdad, es como para preguntarse cuántas habrá. Voy y vengo con parejas de ratas que se asustan y se ponen como locas en las alforjas de la moto. Eso es lo más trabajoso.

4 de abril

Laure es quien más reconforta a Sophie. He vuelto a casa de la maestra para comprobar unas cuantas cositas. E incluso me he preguntado si esta chica no será un poco lesbi, aunque creo que no. Y, sin embargo, es lo que aseguran las cartas anónimas que están empezando a correr por el pueblo y por sus alrededores. Primero llegaron algunas al ayuntamiento; luego, a los servicios sociales y a la inspección académica; cuentan horrores de Laure; la describen como poco honrada (una de las cartas afirma que manipula las cuentas de la cooperativa escolar), como perversa (otra habla de maltratos a algunos niños), como amoral (se asegura que mantiene relaciones culpables con... Sophie Duguet); el ambiente del pueblo es insufrible. Es lógico, porque como en los pueblos nunca pasa nada, las cosas hacen más ruido que en otras partes. En sus correos electrónicos, Sophie describe a Laure como «una chica muy valiente». Sophie ha hallado en esto una ocasión para ayudar un poco al próximo; se siente útil.

15 de abril

¡Así que ésta es, por fin, la famosa Valérie! Creo que las dos se parecen. Se conocieron en el liceo. Valérie trabaja en una sociedad de transportes internacionales, en Lyon. En Internet, no sale nada de «Valérie Jourdain», pero en «Jourdain» a secas hay entradas para toda la familia, desde el abuelo, el iniciador de la fortuna familiar, hasta el nieto, Henri, el hermano mayor de Valérie. A mediados del siglo XIX la familia ya había amasado una fortuna bastante copiosa con los telares cuando, con un hallazgo genial como se ven pocos, el abuelo, Alphonse Jourdain, patentó un hilo de algodón sintético con el que la familia tenía la vida asegurada durante dos generaciones. No se precisó nada más para que el hijo de Alphonse, el padre de Valérie, transformase el ensayo y, mediante una serie de especulaciones sosiegadas (sobre todo compras inmobiliarias), alargara ese plazo de sosiego de dos generaciones a ocho. Por lo que he averiguado de su fortuna personal, sólo con vender su piso podría vivir sin preocupaciones hasta los ciento treinta años.

Las he visto a las dos pasear por el jardín. Sophie le ha enseñado, con expresión anonadada, todas las plantas que se están muriendo. También se están muriendo algunos árboles. No saben qué pasa. Prefieren no saberlo.

A Valérie se la ve rebosante de buena voluntad (pinta un poco, pero al cabo de un ratito enciende un cigarrillo, se sienta en un taburete y parlotea hasta que se da cuenta de que Sophie lleva una hora trabajando sola). El problema es que la asustan las ratas y que la alarma, que salta sola hasta cuatro veces en una noche en algunas ocasiones, le da un miedo horroroso (a mí me supone mucho trabajo, desde luego, pero también me resulta muy gratificante). A Valérie le parece que este sitio está en el quinto pino. No puedo criticarla.

Sophie ha presentado a Laure y a Valérie. Todo parece transcurrir de forma muy agradable. Aunque claro, entre Sophie, que lleva meses y meses de depresión crónica, y Laure, que soporta angustiada las oleadas de cartas anónimas que no dejan de inundar el pueblo, no puede decirse que lo de Valérie sean unas vacaciones...

30 de abril

Como esto siga así, hasta Valérie acabará por enfadarse con Sophie. Vincent es una esfinge; cualquiera sabe lo que piensa ese chico..., pero Valérie es otra historia. Valérie es la encarnación de la espontaneidad, ni un adarme de cálculo.

Sophie llevaba varios días diciéndole que debería quedarse un poco más. Unos cuantos días más. Por mucho que Valérie le explicaba que no podía, Sophie insistía. La llamaba «preciosa», pero Valérie, que a lo mejor sí podía alargar la estancia, no estaba a gusto. Creo que no se habría quedado más tiempo por nada en el mundo. Pero, llegado el momento de irse, imposible dar con su billete de tren. Por supuesto que se le pasó por las mientes la idea de que Sophie estaba haciendo de todo para

retrasar la marcha. Sophie pone el grito en el cielo, Valérie hace como si no tuviera importancia, Vincent pone cara de que se trata de un incidente sin consecuencias. Valérie saca otro billete por Internet. Estuvo más callada que de costumbre. Se besaron en la estación. Valérie le daba palmaditas en la espalda a Sophie, que lloraba y cabeceaba. Creo que Valérie estaba encantada de salir por pies.

10 de mayo

Cuando vi que a Laure se le había averiado el coche, supe enseguida lo que iba a pasar y me adelanté a los acontecimientos. No ha fallado. Laure le pidió a Sophie que le prestase el coche para hacer la compra de la semana. Sophie está siempre encantada de hacer un favor. Todo estaba listo. Yo había hecho bien las cosas y también hay que decir que tuve algo de suerte. Laure podría no haberse dado cuenta de nada. Pero lo vio. Cuando abrió el maletero para meter las cosas del carrito, divisó en el rincón unas cuantas revistas que asomaban de unas bolsas de plástico. En esta época en que el ritmo de su vida lo marcaba la llegada de cartas anónimas, no podía por menos de sentirse intrigada. Cuando se topó con las revistas con las páginas de las que habían recortado muchas letras, enseguida relacionó una cosa con la otra. Yo estaba esperando un estallido. Pues no. Laure es una chica muy organizada y no pierde la calma; eso es precisamente lo que le gusta a Sophie. Laure fue a su casa para coger las copias de las cartas anónimas que había recibido estas últimas semanas y, con el paquete de revistas, se fue directamente a la comisaría de la ciudad vecina y puso una denuncia. Sophie empezaba a preocuparse al ver que no volvía de la compra. Por fin pudo quedarse tranquila. Laure no abrió la boca, como quien dice. Con los prismáticos las vi, una enfrente de la otra. Sophie abría unos ojos como platos. Pisándole los talones a Laure, llegó el furgón de la gendarmería para el registro. No tardaron, por supuesto, en dar con las demás revistas, que yo había repartido por todos lados. El juicio por difamación va a dar mucho que hablar durante unas semanas. Sophie está desesperada. Lo que le faltaba. Va a tener que contárselo a Vincent. Creo que a veces a Sophie le entran ganas de morirse. Y está embarazada.

13 de mayo

Los ánimos de Sophie se han venido abajo. Ha estado varios días arrastrándose, literalmente. Algo ha hecho en la casa, pero poco y distraída. Diríase incluso que se niega a salir.

No sé qué ocurre con los obreros, pero ya no se los ve. Me temo que el seguro

debe de estar poniendo pegas. A lo mejor deberían haber puesto una alarma antes, no lo sé, esa gente es tan amiga de pleitos. En pocas palabras, todo está parado. Sophie tiene una cara preocupada y desanimada. Se pasa horas fumando fuera de casa y, en el estado en que está, no es nada aconsejable.

23 de mayo

Durante todo el final de la tarde han estado pasando por el cielo nubes grandes y negras. La lluvia empezó a eso de las siete. Cuando Vincent Duguet pasó delante de mí a las nueve y cuarto, la tormenta estaba en todo su apogeo.

Vincent es un hombre prudente y cuidadoso. Conduce a una velocidad sensata y no se le olvida poner el intermitente de la derecha ni el de la izquierda. Al llegar a la nacional, pisó el acelerador. La carretera es una recta durante varios kilómetros y luego gira a la izquierda de una forma rara, diría incluso que de una forma muy brusca. Pese a la señalización, han debido de colarse muchos conductores, tanto más cuanto que, en ese lugar, a los lados de la carretera hay unos árboles bastante altos que tapan la curva: se le viene a uno encima bastante deprisa. No a Vincent, claro, que lleva semanas haciendo ese trayecto y no se embala sino de forma excepcional. Pero eso no impide que, cuando uno ya está al tanto, siempre se sienta seguro y no esté tan pendiente. Vincent cogió la curva con la confianza de alguien que conoce el terreno. Llovía más. Yo estaba exactamente detrás de él. Lo adelanté precisamente en el momento oportuno y me volví a mi carril con muchísima brusquedad, con tanta incluso que la parte trasera de la moto rozó con el parachoques delantero. Inmediatamente antes de acabar el adelantamiento hice un derrape muy controlado y luego clavé los frenos para enderezar la dirección. La sorpresa, la lluvia, la moto que aparece, que se vuelve a su carril tan pegada al coche que roza la carrocería y empieza a derrapar de golpe, delante de él... Vincent Duguet se descontroló, en el sentido literal de la palabra. Un frenazo demasiado violento. Intentó enderezar el volante, yo levanté mucho la rueda delantera de la moto y me coloqué delante de él. Vio que iba a chocar conmigo, dio un volantazo de mala manera y... La misa había terminado. El coche hizo un trompo y se le metieron las ruedas en el terraplén; era ya el principio del fin. Pareció que el coche torcía a la derecha y luego a la izquierda, el motor soltó un alarido y el ruido de chatarra fue terrible cuando chocó contra el árbol: el coche estaba empotrado por completo en el árbol, de pie sobre las ruedas traseras y con la parte delantera a unos cincuenta centímetros del suelo.

Bajé de la moto y me acerqué corriendo al coche. Pese a que llovía muchísimo, me daba miedo que se incendiara y quería intervenir deprisa; me acerqué por la izquierda a la puerta delantera. Vincent tenía el pecho aplastado contra el salpicadero, creo que el airbag había explotado, no sabía si era algo posible. No sé por qué hice

algo así, seguramente quería tener la seguridad de que estaba muerto. Me levanté la visera del casco integral, lo agarré por el pelo y le giré la cabeza hacia mí. La sangre le chorreaba por la cara, pero nadie podría haberse imaginado algo como esto: ¡tenía los ojos abiertos del todo y me miraba fijamente! Esa mirada me dejó paralizado... La lluvia, que caía a mares, chorreaba dentro del habitáculo, a Vincent le chorreaba la sangre por la cara y me clavaba los ojos con una intensidad que me dejó literalmente aterrorizado. Nos estuvimos mirando un rato. Le solté la cabeza, que se desplomó de lado con todo su peso, y, os lo juro, seguía con los ojos abiertos. Ahora tenían una fijeza diferente. Como si por fin se hubiera muerto. Me fui corriendo y arranqué a toda prisa. Pocos segundos después me crucé con un coche y en el retrovisor vi que encendía las luces de freno...

La mirada de Vincent, literalmente clavada en la mía, no me ha dejado dormir. ¿Habrá acabado por morirse? Y si no se ha muerto, ¿se acordará de mí? ¿Me relacionará con el motorista a quien tiró al suelo hace tiempo?

25 de mayo

Me mantienen informado los correos electrónicos de Sophie a su padre. Él ha insistido en ir a verla, pero ella se niega siempre. Dice que necesita estar sola... Viendo cómo tiene la vida, no sé qué más puede pretender... A Vincent lo trasladaron enseguida a Garches. Estoy impaciente por que me lleguen noticias. No tengo ni idea de lo que va a pasar ahora, pero, a pesar de todo, estoy algo más tranquilo: Vincent está mal. Podríamos decir incluso que está muy mal.

30 de mayo

Había que adoptar disposiciones, porque, si no, corría el riesgo de que se me perdiera. Ahora sé siempre dónde está Sophie. Es más seguro.

La miro: nadie diría que está embarazada. Hay mujeres así, a quienes no se les nota prácticamente hasta al final.

5 de junio

Tenía que pasar, claro. La acumulación, seguramente: todos estos meses de

tensiones y de malos tragos y la aceleración de estas semanas pasadas, la querella por difamación de Laure, el accidente de Vincent... Ayer, Sophie salió de casa en plena noche, lo que no es habitual. Fue a Senlis. Me pregunté qué relación podía guardar este hecho con Vincent. Ninguna. Sophie acaba de tener un aborto. Demasiadas emociones, seguramente.

7 de junio

La noche pasada me sentí muy mal. Una angustia inexplicable me sacó del sueño. Enseguida reconocí los síntomas. Cuando algo tiene que ver con la maternidad, me pasa eso. No siempre, pero sí muchas veces. Cuando sueño con mi propio nacimiento y me imagino la cara jubilosa de mamá me duele mucho su ausencia.

8 de junio

Acaban de trasladar a Vincent a la clínica de Saint-Hilaire para la rehabilitación. Las noticias son aún más alarmantes de lo que me suponía. Debería salir dentro de un mes más o menos.

22 de julio

Llevo algún tiempo sin ver a Sophie. Ha hecho un viajecito para ir a casa de su padre. Sólo se ha quedado con él cuatro días. Y desde allí se fue directamente a Garches para estar con Vincent.

La verdad es que las noticias no son buenas... Me urge ver cómo anda la cosa.

13 de septiembre

¡Dios mío!... Todavía estoy trastornado.

Ya me lo esperaba, pero no tanto... Sabía por un correo electrónico que Sophie le había mandado a su padre que Vincent salía esta mañana. A primera hora, me instalé en el jardín de la clínica, en la zona norte más alejada, desde la que podía vigilar el

edificio en conjunto. Llevaba allí veinte minutos cuando los vi aparecer en las escaleras de la fachada del edificio central. Sophie, en la parte de arriba de la rampa para inválidos, empujaba la silla de su marido. No los veía muy bien. Me puse de pie y fui por un paseo paralelo para acercarme. ¡Qué visión! Ese hombre al que empuja Sophie en su carrito no es ya sino la sombra de lo que fue. Las vértebras han debido de quedar dañadísimas, pero no es sólo eso. Valdría más echar la cuenta de lo que todavía funciona. Ahora debe de pesar alrededor de cuarenta y cinco kilos. Está encogido; la cabeza le oscila seguramente hacia ambos lados y se la mantiene más o menos erguida un collarín; y, por lo poco que he podido ver, tiene la mirada vidriosa y el cutis amarillento como un membrillo. Cuando uno piensa que ese individuo no tiene aún los treinta años se queda pasmado.

Sophie empuja la silla con una abnegación admirable. Está tranquila y mira de frente. Me parece que anda un poco como una autómata, pero hay que entender que esta chica tiene unos problemas tremendos. Lo que me gusta de ella es que incluso en estas circunstancias no cae en la vulgaridad: no se porta como una monja o como una enfermera mártir. Empuja la silla, y nada más. Y sin embargo, debe de pensar y de preguntarse qué va a hacer con ese vegetal. Yo también me lo pregunto, a decir verdad.

18 de octubre

Es de lo más triste. Esta región en sí nunca ha sido muy risueña que digamos —es lo menos que puede decirse—, pero en este caso hemos llegado a unos extremos... La casa inmensa y esta mujer joven y sola que, en cuanto asoma un rayo de sol, saca a las escaleras de la fachada la silla del inválido al que dedica todo su tiempo y todas sus energías..., es patético. Lo arropa con chales, se sienta en una silla junto a la de él y le habla mientras fuma incontables cigarrillos. Es difícil saber si él entiende lo que le dice. Cabecea continuamente, tanto si le habla Sophie como si no. Veo con los prismáticos que no deja de babear, resulta bastante desagradable. Intenta expresarse, pero ya no habla. Quiero decir que no dispone ya de un lenguaje articulado. Suelta algo así como unos gritos y unos gruñidos y los dos intentan comunicarse. Sophie tiene una paciencia... Yo no sería capaz.

Por lo demás, soy muy discreto. Nunca hay que pasarse. Vuelvo por las noches, entre la una y las cuatro de la madrugada, cierro de golpe un postigo, con mucha fuerza, y media hora más tarde hago que estalle la bombilla de fuera. Espero a que se encienda la habitación de Sophie y, luego, la luz de la ventana de la escalera, y me voy tranquilamente a casa. Lo importante es que no decaiga el ánimo.

26 de octubre

El invierno acaba de llegar con cierto adelanto.

Me he enterado de que Laure ha retirado la denuncia que le puso a Sophie. E incluso ha ido a verla. La cosa ya no tiene arreglo, pero Laure es una jovencita con buen fondo y está claro que no es rencorosa. Sophie se ha vuelto casi transparente.

Voy a verla alrededor de dos veces por semana (dosifico los fármacos y devuelvo el correo de los días anteriores después de haberlo leído); el resto del tiempo me tienen informado sus correos electrónicos. No me gusta demasiado el giro que están tomando los acontecimientos. Podríamos acomodarnos en esta especie de embotamiento depresivo y no salir de él en meses o en años. Van a tener que cambiar las cosas. Sophie intenta organizarse, ha solicitado una asistencia a domicilio, pero por aquí es bastante difícil encontrarla, sin contar con que yo no quiero que la encuentre. He interceptado la correspondencia. He optado por actuar intermitentemente. Cuento con el hecho de que Sophie, a su edad, por mucho amor que sienta, acabará por cansarse y se preguntará qué está haciendo aquí y cuánto tiempo va a poder aguantar. Noto claramente que anda buscando soluciones: busca otra casa, piensa en volver a París. A mí todo me viene bien. Lo que no quiero es tener que cargar mucho tiempo con el vegetal ese.

16 de noviembre

Sophie no tiene ni un minuto de tranquilidad. Al principio, Vincent se quedaba tranquilamente en su silla y ella podía ir a hacer otras cosas y volver con él... Es algo que se ha vuelto cada vez más difícil. Desde hace una temporada es incluso dificilísimo. Si lo deja en el descansillo de las escaleras de la fachada, pocos minutos después la silla ha avanzado y está a punto de caer al vacío. Ha llamado a un operario para que ponga una rampa de acceso y barras de protección por todos los sitios por los que podría aventurarse Vincent. No sabe cómo, pero consigue llegar hasta la cocina. De vez en cuando se las apaña para agarrar cosas, lo que puede ser muy peligroso, o se pone a dar alaridos. Sophie llega corriendo, pero no es capaz de entender por qué se porta así de forma tan repentina. Vincent ya me conoce bien. Siempre que me ve llegar se le desorbitan los ojos y empieza a borbotear. Tiene miedo, claro, se siente muy vulnerable.

Sophie le explica sus desventuras a Valérie (que siempre promete ir a verla, pero que nunca se decide, da esa casualidad). Le cuesta controlar sus angustias, se atiborra de fármacos, no sabe ya con qué solución quedarse, les pide consejo a su padre y a Valérie, se pasa horas en Internet buscando casas, un piso, no sabe ya verdaderamente en qué punto está... Valérie, su madre, todo el mundo le aconseja que ingrese a

Vincent en un centro especializado, pero ella no quiere de ninguna manera.

19 de diciembre

La segunda asistente a domicilio no ha querido quedarse. Tampoco ha querido decir por qué motivos. Sophie se pregunta cómo se las va a apañar; la asociación le ha escrito para decirle que va a ser difícil encontrar a otra.

Yo no sabía si su marido tenía todavía pulsiones, si todavía funcionaba con normalidad y, en tal caso, cómo iba a arreglárselas Sophie. En realidad, es de lo más simple. Bueno, sí, claro, Vincent ya no tiene ese toque vigoroso y conquistador del año pasado, de las (demasiado) famosas vacaciones en Grecia. Sencillamente, Sophie le presta ese menudo servicio. Lo hace con aplicación, pero se la nota, pese a todo, un tanto ausente. En cualquier caso, no llora mientras lo hace. Sólo luego.

23 de diciembre

Una Navidad algo triste, porque, además, es el aniversario del fallecimiento de la madre de Vincent.

25 de diciembre

¡Navidad! Ha habido un incendio en el salón. Y eso que Vincent parecía tranquilo y estaba amodorrado. En pocos minutos el abeto se incendió, con unas llamas impresionantes. A Sophie sólo le dio tiempo a apartar la silla de Vincent (que soltaba alardos como un condenado) y echar agua mientras llamaba a los bomberos. Todo se ha quedado en el susto. Pero ha sido un susto tremendo. Incluso los bomberos voluntarios, a quienes invitó a un café en el ambiente húmedo de lo que queda del salón, le aconsejan muy afectuosamente que interne a Vincent.

9 de enero de 2002

Bastaba con decidirse. Dejo paso libre a la correspondencia administrativa.

Sophie ha encontrado un centro en las inmediaciones de París. Se harán cargo de Vincent de forma satisfactoria; tenía una mutua buena. Sophie ha ido a dejarlo; se arrodilla junto a la silla, le coge las manos, le habla en voz baja, le pondera las ventajas de la situación. Él da gruñidos incomprensibles. Sophie llora en cuanto se queda sola.

2 de febrero

He aflojado un poco la presión a la que someto a Sophie, para darle tiempo de organizarse. Me contento con perderle cosas, con ponerle un poco patas arriba el calendario, pero ya está tan acostumbrada que ni siquiera se preocupa. Se las arregla con las cosas tal y como son. Y, ya de paso, se va animando un poco. Al principio iba a diario a ver a Vincent, por supuesto, pero las resoluciones así no duran eternamente. En vista de eso, le dan ataques espantosos de culpa. Se le nota en el trato con su padre: no se atreve ni a mencionarle el tema.

Ahora que Vincent está ya en esa zona periférica, Sophie ha puesto la casa en venta. Y anda de liquidación. Llama a gente de lo más raro: tiendas de muebles viejos, anticuarios, voluntarios de los Traperos de Emaús van llegando en coches, uno tras otro. Sophie se queda, muy tiesa, en las escaleras de la fachada, para verlos llegar. Nunca se la ve cuando se marchan. Mientras tanto, cargan cajas y cajas y muebles, un revoltijo. Es curioso, cuando vi todos esos muebles y esas cosas en su casa la otra noche, me parecieron bonitas; y ahora, al ver cómo las trasladan, las cargan, se las llevan, todo parece de repente feísimo y lúgubre. Así es la vida.

9 de febrero

Anteayer, a eso de las nueve de la noche, Sophie se metió corriendo en un taxi.

La habitación de Vincent estaba en el segundo piso. Consiguió mover la barra de la puerta que daba a la antigua escalinata principal y se tiró por ella con silla y todo. Los enfermeros no saben cómo se las ha apañado, pero hay que ver las energías que le quedaban aún a ese individuo. Aprovechó esa hora imprecisa de después de comer en que se forman los grupos para los juegos colectivos y los demás internos se apelotonan delante de los televisores. Murió en el acto. Por lo demás, es curioso, la misma forma de morir que su madre... Hay que ver cómo es el destino...

12 de febrero

Sophie ha decidido incinerar a Vincent. Acudió poca gente a la ceremonia: su padre, el de Vincent, antiguos compañeros, algunos miembros de ambas familias a los que ve de tanto en tanto. En circunstancias así es cuando se percibe el alcance del vacío que Sophie ha creado a su alrededor. Valérie se ha molestado en venir.

17 de febrero

Yo tenía la esperanza de que la muerte de Vincent le supusiera a Sophie un cierto alivio. Debía de llevar semanas imaginándose el guion: tener que ir a verlo durante años y años... Pero no ha reaccionado así: la tiene obsesionada la mala conciencia. Si no lo hubiera «metido» ahí, si hubiera tenido el valor de cuidarlo hasta el final, todavía estaría vivo. Por mucho que Valérie le escriba que vivir así no era vida, Sophie está tristísima. Aunque pienso que acabará por imponerse la razón. Antes o después.

19 de febrero

Sophie ha ido a pasar unos días a casa de su padre. No me ha parecido necesario acompañarla. En cualquier caso, se ha llevado los fármacos.

25 de febrero

La verdad es que el barrio está bien. No es el que hubiera escogido yo, pero está bien. Sophie se ha mudado a un piso en una tercera planta. Tendré que buscar la forma de ir a verlo un día. Está claro que no puedo tener la esperanza de encontrar un puesto de observación tan cómodo como aquel del que disfruté hace tiempo, cuando Sophie era una joven alegre. Pero lo estoy intentando.

Casi no se ha traído nada a este piso. De todas formas, debían de quedar pocas cosas después de los saldos que montó en Oise. El tamaño del camión que alquiló no tenía nada que ver con el de la primera mudanza. Aunque soy muy poco dado a los símbolos, no dejo de ver en ello algo así como una imagen, bastante alentadora por lo demás. Hace pocos meses, Sophie se fue de París con un marido, toneladas de

muebles, libros y cuadros y un niño en el vientre. Acaba de volver sola, y con una camioneta nada más. Ya no es la joven de antes, resplandeciente de amor y de energía. Ni mucho menos. A veces miro fotos de aquella época, fotos de vacaciones.

7 de marzo

Sophie se ha decidido a buscar trabajo. No en lo suyo, no se trata ya con nadie de la prensa y, de todas formas, no tiene ánimos suficientes para ese tipo de cosas. Por no mencionar la manera en que se fue de su último puesto... Voy siguiendo el asunto a distancia. A mí todo me viene bien. Va a oficinas, concierta citas. Está claro que busca cualquier cosa. Parece como si fuese sólo por hacer algo. No lo menciona casi en sus correos electrónicos. Es algo funcional, sin más.

13 de marzo

¡Lo que menos me esperaba: canguro! En fin, en el anuncio pone «niñera». Sophie le ha gustado a la directora de la agencia de trabajo temporal. Con lo cual, visto y no visto: esa misma tarde ya la habían contratado en casa de «los señores Gervais». Voy a informarme acerca de ellos. He visto a Sophie con un niño de cinco o seis años. Es la primera vez que la veo sonreír desde hace meses. No me aclara con sus horarios.

24 de marzo

La asistenta llega a eso de las doce de la mañana. Suele ser Sophie quien le abre la puerta. Pero como entra también los días en que no está Sophie, he deducido que tiene llave del piso. Es una mujer gruesa y sin edad definida, que lleva siempre una bolsa de plástico marrón. Los fines de semana no va a casa de los Gervais. He estado varios días observándola, me he enterado de su itinerario y de sus hábitos; soy un experto. Antes de entrar a trabajar, hace una parada en Le Triangle, el café de la esquina, para fumar el último cigarrillo. No deben de dejarla fumar en casa de los Gervais. Lo suyo son las apuestas triples. Me acomodé en la mesa de al lado y, luego, mientras ella hacía cola para sellar la apuesta, metí la mano en la bolsa. No necesité mucho tiempo para dar con el llavero. El sábado por la mañana me fui a Villeparisis

(qué barbaridad, qué trayecto tiene que hacer esta mujer) y, mientras ella hacía la compra, volví a meterle el llavero en la bolsa. Así todo se quedará en un susto...

Ahora ya puedo entrar en casa de los Gervais.

2 de abril

Nada cambia en realidad. No han pasado ni dos semanas y Sophie ya está extraviando la documentación y se le vuelve loco el despertador (empezó a llegar tarde desde la primera semana)... Le meto presión y espero una buena oportunidad. Hasta ahora, he sabido echarle paciencia, pero ahora me gustaría mucho pasar al plan B.

3 de mayo

Desde hace dos meses, y aunque le gusta el trabajo nuevo, Sophie vuelve a enfrentarse con sus dificultades psicológicas, igual que hace un año. Las mismas exactamente. Pero hay algo muy reciente, los ataques de ira. Hasta a mí me cuesta seguirle la pista a veces. Debe de estar rebelándose el subconsciente y poniéndose furioso. Antes no le pasaba. Sophie se había resignado a estar loca. Desde entonces, algo ha debido de desbordarse, no sé... Veo que se irrita, que le cuesta controlarse; le habla de mala manera a la gente, es como si estuviera siempre enfadada con ella, como si ya no le gustase nadie. ¡Y los demás no tienen la culpa de que ella esté así! La encuentro agresiva. No ha tardado en coger muy mala fama en el barrio... Ni pizca de paciencia. El colmo para una niñera. Y sus dificultades personales (tiene bastantes en este momento, lo reconozco...) las paga con quienes la rodean. Podría creerse que hay veces en que querría asesinar a alguien. Si yo fuera esos padres, no dejaría a un niño de seis años en manos de una chica como Sophie.

29 de mayo

Tenía que ocurrir... Hace dos días vi a Sophie y al niño en los jardines de la plaza de Dantremont; todo parecía tranquilo. Sophie tenía pinta de estar soñando despierta: pocos minutos después caminaba a zancadas por la acera con expresión furiosa. Más atrás y a distancia, el chiquillo iba de morros. Cuando Sophie se volvió y se le echó

encima, me di cuenta de que las cosas iban a ir muy mal. ¡Una bofetada! Una bofetada rencorosa, de esas que quieren escarmentar y castigar. El crío se quedó pasmado. Ella también. Como si despertase de una pesadilla. Se quedaron un momento mirándose, sin decirse nada. El semáforo se puso en verde, arranqué sin prisas. Sophie miraba a su alrededor como si temiese que la hubieran visto y que le pidieran cuentas. Creo que aborrece a ese niño.

Esa misma noche se quedó a dormir en casa de los Gervais. Ocurre muy pocas veces. Por lo general, prefiere volverse a su casa a la hora que sea. Conozco la casa de los Gervais. Cuando Sophie se queda a dormir, hay dos soluciones, porque hay dos cuartos de invitados. Aceché las luces de las diferentes ventanas. Sophie le contó un cuento al chiquillo y a continuación vi cómo se fumaba el último cigarrillo en la ventana y encendía, luego, la luz del cuarto de baño; después, el piso se quedó a oscuras. El dormitorio. Para ir a la habitación del niño, hay que pasar por la habitación en que duerme Sophie. Estoy seguro de que, por temor a despertar a Sophie, los padres, esas noches, no se arriesgan a ir a ver a su crío.

Los padres volvieron a eso de la una y veinte de la madrugada. En lo que se preparaban para irse a la cama, las ventanas de su cuarto se apagaron cerca de las dos. Subí a las cuatro. Fui por el otro pasillo a buscar los zapatos de marcha, cogí los cordones y desanduve lo andado. Estuve mucho rato oyendo dormir a Sophie antes de cruzar por su cuarto sin hacer ruido, muy despacio. El niño estaba profundamente dormido, respiraba con un silbidito leve. Creo que no sufrió mucho rato. Le puse el cordón alrededor del cuello, le sujeté la cabeza debajo de la almohada, pegada a mi hombro, y luego todo fue muy rápido. Pero era espantoso. Empezó a revolverse una barbaridad. Sentí que iba a vomitar, se me llenaron los ojos de lágrimas. Tuve repentinamente la certidumbre de que esos pocos segundos me convertían en otra persona. Es lo más penoso de cuanto me he visto obligado a hacer hasta ahora. Conseguí hacerlo, pero no me repondré en la vida. Algo murió en mí con ese niño. Algo del niño que fui y que no sabía que viviera todavía.

Por la mañana, me preocupé al no ver a Sophie salir del edificio. No le pegaba. Imposible saber lo que estaba sucediendo en el piso. Llamé por teléfono dos veces. Y unos cuantos minutos después, unos cuantos minutos interminables, la vi por fin salir a la calle como loca. Cogió el metro. Entró en su casa a toda prisa para coger ropa e hizo una parada en el banco inmediatamente antes de que cerrara.

Sophie había huido.

A la mañana siguiente decía un titular de *Le Matin*: «Estrangulan mientras duerme a un niño de seis años. La policía busca a la niñera».

El año pasado, en febrero, un titular de *Le Matin* decía: «Pero ¿dónde se ha metido Sophie Duguet?».

Por entonces se acababa de descubrir que, tras matar a Léo Gervais, Sophie había asesinado también a una tal Véronique Fabre, con cuya identidad había podido escapar. Y todavía faltaba mucho para que se supiera que en el mes de junio siguiente le tocaría al dueño de una hamburguesería que le daba trabajo en negro.

Esta chica tiene una capacidad de resistencia que nadie podía imaginarse. Ni siquiera yo, y eso que soy quien mejor la conoce. El «instinto de conservación» no es una expresión vana. Sophie, para salir adelante, sí que ha necesitado que yo le eche una mano a distancia en cierta medida, pero no ando lejos de creer que a lo mejor lo habría conseguido sin mí. En cualquier caso, ¡ahí están los hechos! Sophie sigue en libertad. Ha cambiado varias veces de ciudad, de peinado, de aspecto, de costumbres, de oficio, de conocidos.

Pese a las dificultades que se derivaban de que estuviera huida y de la obligación de vivir sin identidad, de no estarse quieta nunca, he conseguido someterla a una presión sin fisuras porque tengo métodos eficaces. Durante estos meses, hemos sido ambos como los dos actores ciegos de una misma tragedia. Estamos hechos para encontrarnos y ese momento se acerca.

Por lo visto, fue el cambio de estrategia lo que garantizó el éxito de las guerras napoleónicas. También por eso ha sido por lo que ha tenido éxito Sophie. Ha cambiado cien veces de camino. Acaba de volver a cambiar de proyecto. Y está a punto de cambiar otra vez de apellido... Es algo bastante reciente. Ha conseguido, gracias a una prostituta que ha conocido, comprar auténticos documentos de identidad falsos. Unos papeles muy falsos, pero con un apellido de verdad, que casi se puede comprobar, un apellido impecable, en cualquier caso, al que no va unido nada de particular. Y, luego, ha cambiado en el acto de ciudad. Debo decir que, sobre la marcha, me ha costado un poco entender para qué podía servirle comprar por un precio tan desorbitado un extracto de partida de nacimiento que no tiene más que tres meses de validez. Lo entendí cuando la vi entrar en una agencia matrimonial.

Es una solución muy astuta. Por mucho que Sophie siga teniendo pesadillas inconcebibles, temblando como una hoja desde por la mañana hasta por la noche, pendiente de forma obsesiva de lo que hace y dice, debo reconocerle una capacidad de reacción poco corriente. Y que me ha obligado a adaptarme a todo correr.

Mentiría si dijera que ha sido difícil. La conozco tan bien... Sabía exactamente cómo iba a reaccionar, qué le interesaría. Porque sabía exactamente qué buscaba y yo era, creo, el único en quien podía encarnarse a la perfección. Para resultar del todo creíble, tenía que no ser el candidato perfecto: una dosificación bastante sutil. Sophie, de entrada, me rechazó. Luego el tiempo fue haciendo su labor. Se lo pensó y volvió. Supe ser lo bastante torpe para resultar creíble, lo bastante astuto para no resultar desalentador. Soy sargento primero de transmisiones y parezco un cretino aceptable. Como sólo tenía por delante tres mesecitos de nada, Sophie decidió meterle caña al

asunto. Pasamos unas cuantas noches juntos. Y en esto también creo que interpreté mi partitura con la sutileza necesaria.

En vista de lo cual, anteayer Sophie me pidió en matrimonio.

Le he dicho que sí.

Frantz y Sophie

El piso no es grande, pero sí muy funcional. Para una pareja está bien. Fue lo que dijo Frantz cuando se mudaron y Sophie estuvo completamente de acuerdo. Tres habitaciones, dos de las cuales tienen balcones que dan a los jardines, no muy grandes, de la urbanización. Viven arriba del todo del edificio. El sitio es tranquilo. Poco después de haberse mudado, Frantz la llevó a ver la base militar, que está sólo a doce kilómetros, pero no entraron. Él se conformó con hacerle un saludito al plantón, que contestó sin hacerle mucho caso. Como tiene unos horarios laxos y ajustables, sale de casa bastante tarde y vuelve temprano.

La boda se celebró en el ayuntamiento de Château-Luc. Frantz se encargó de llevar a dos testigos. Sophie esperaba más bien que le presentaría a dos colegas de la base, pero dijo que no, que prefería que fuera un asunto privado (debe de ser bastante apañado, porque a pesar de todo le dieron los ocho días de permiso...). Dos hombres de alrededor de cincuenta años que parecían conocerse estaban esperando en las escaleras de la fachada del ayuntamiento. Le dieron la mano a Sophie con torpeza, pero a Frantz se contentaron con saludarle con un gesto de la cabeza. La teniente de alcalde los hizo entrar en la sala de bodas y, al darse cuenta de que sólo eran cuatro, dijo: «¿Nada más?», y luego se mordió los labios. Dio la impresión de que liquidaba a todo correr la ceremonia.

—Lo importante es que haya hecho la tarea —dijo Frantz.

Expresión militar.

Frantz habría podido casarse de uniforme, pero prefirió ir de paisano, con lo que Sophie nunca lo ha visto con el uniforme puesto, ni siquiera en foto; ella se compró un vestido estampado que le hacía unas caderas estupendas. Pocos días antes, ruborizándose, Frantz le enseñó el vestido de boda de su madre, bastante ajado ahora, pero que dejó subyugada a Sophie: un traje suntuoso cubierto de muselina que se derretía como nieve. Pero el vestido aquel debía de haber pasado por muchas vicisitudes. La tela estaba más oscura en algunas zonas, como si hubiera tenido manchas. Estaba claro que Frantz tenía una intención que no decía, pero cuando vio el estado real del vestido, la idea se descartó sola. A Sophie la dejó extrañada que conservase aquella reliquia. «Sí —contestó él sorprendido—. No sé por qué... Debería tirarlo, es un trapo viejo». Pero, pese a todo, lo guardó en un armario empotrado del pasillo de la entrada, lo que hizo sonreír a Sophie. Al salir del ayuntamiento, Frantz le dio la cámara digital a uno de los testigos y le explicó brevemente cómo enfocar. «Luego, basta con apretar aquí...» Sophie posó de mala gana a su lado en las escaleras del ayuntamiento. Después Frantz se alejó con los dos hombres. Sophie se volvió; no quería ver cómo cambiaban de mano los billetes. «No deja de ser una boda...», se dijo, algo tontamente.

Ahora que se ha convertido en marido, Frantz no encaja del todo en la idea que, «de novios», se había hecho Sophie. Es más fino, menos brusco al hablar. Como les

sucede con frecuencia a las personas un poco rústicas, Frantz incluso dice a veces cosas muy penetrantes. Es más callado también desde que ya no se siente en la obligación de mantener viva la conversación, pero sigue mirando a Sophie como a una de las maravillas del mundo, como un sueño que se ha hecho realidad. Dice «*Marianne...*» de una forma muy agradable, tanto que Sophie ha acabado por acostumbrarse a ese nombre. Coincide bastante con la idea que uno se hace de «un hombre muy atento». De hecho, a Sophie casi la asombra encontrar en él cosas buenas. La primera, y que nunca se le habría ocurrido, es que se trata de un hombre robusto. Nunca la había obsesionado la musculatura de los hombres, pero le gustó, las primeras veces que durmieron juntos, notar unos brazos fuertes, un vientre duro, unos pectorales desarrollados. Se maravilló ingenuamente de que pudiera, sonriendo, sentarla en el techo de un coche sin doblar siquiera las piernas. Se le despertaron deseos de que la protegieran. Algo muy cansado que tenía en lo más hondo se fue relajando poco a poco. Lo que le había sucedido en la vida la dejó por completo sin esperanza de cualquier felicidad auténtica y ahora nota un bienestar que casi le basta. Se han visto parejas que han durado décadas ateniéndose a ese modelo. Hubo cierto desprecio al escoger a Frantz, porque era sencillo. Hubo alivio al notar que lo apreciaba hasta cierto punto. Sin darse cuenta del todo, se acurrucó contra él en la cama, dejó que la besase, que la penetrara, y así transcurrieron las primeras semanas en blanco y negro, con proporciones nuevas. En el lado negro, los rostros de los muertos no se difuminaban, pero regresaban con intervalos más prolongados, como si se fueran alejando. En el lado blanco, dormía mejor, no es que se sintiera revivir, pero había cosas que se iban despertando; le daba un gusto infantil limpiar la casa y cocinar de nuevo —como si jugase a las casitas—, y buscar trabajo sin mucho esfuerzo porque, según Frantz, su paga bastaba para ponerlos a cubierto de cualquier riesgo inmediato.

Al principio, Frantz iba a la base a eso de las nueve menos cuarto de la mañana y volvía entre las cuatro y las cinco de la tarde. Por las noches, iban al cine o a cenar a la Brasserie du Templier, a pocos minutos de la urbanización: de entrada, se habían casado; y ahora se estaban conociendo. Pese a todo, hablaban bastante poco. Sophie sería incapaz de decir de qué, de tan natural como parecía el transcurso de aquellas veladas. Aunque sí había un tema que se repetía con frecuencia. Como en todas las parejas que están empezando, a Frantz le interesaba una barbaridad la vida de Sophie, su vida anterior, sus padres, sus estudios. ¿Había tenido muchos amantes? ¿A qué edad había dejado de ser virgen?... Todas esas cosas a las que los hombres dicen que no les dan ninguna importancia pero que no paran de preguntar hasta que se enteran. Entonces Sophie mencionó unos padres verosímiles; un divorcio, calcado en gran parte del verdadero; se inventó una madre nueva que tenía muy poco que ver con la auténtica y, por supuesto, no dijo ni palabra de su matrimonio con Vincent. En lo referido a los amantes y la virginidad, se surtió en las colecciones de tópicos, con los que Frantz se conformó. Para él, la vida de Marianne se interrumpe hace cinco o seis

años, más o menos, y se reanuda al casarse con él. Entre esas dos partes, hay todavía un agujero enorme. Sophie piensa que antes o después tendrá que concentrarse para dar con una historia que sea de recibo y llene ese período. Tiene tiempo por delante. Frantz tiene curiosidades amorosas, pero no es lo que se dice un sabueso.

Ambientada en esa tranquilidad nueva, Sophie ha vuelto a leer. Frantz le trae con regularidad libros de bolsillo de *La Maison de la Presse*. Como lleva mucho sin estar al tanto de las novedades, se pone en manos del azar, es decir, de Frantz, y él tiene unas elecciones muy atinadas: le ha traído algunas cosas muy flojas, claro, pero también *Retratos de mujeres* de Citati y, como había notado que le gustaban los escritores rusos, *Vida y destino* de Vasili Grossman y *Taiga Blues* de Ikonnikov. También vieron películas por televisión y él trajo otras del videoclub. También en esto elige bien a veces: así fue como Sophie pudo ver *El jardín de los cerezos* con la interpretación de Piccoli, que se perdió en París, en teatro, hace unos cuantos años. Según iban pasando las semanas, Sophie notó que le subía por dentro algo así como un entumecimiento casi volíptuoso, algo de esa maravillosa pereza conyugal que se adueña a veces de las mujeres casadas que no trabajan.

Ese anquilosamiento la engañó. Creyó que era el síntoma de que estaba recuperando la serenidad, cuando en realidad se trataba del vestíbulo de una nueva fase de la depresión.

Una noche empezó a rebullir en la cama y a dar vueltas para todos lados. Y de repente se le apareció la cara de Vincent.

En el sueño, Vincent es un rostro inmenso, deformado, como visto en gran angular o en un espejo cóncavo. No es en realidad la cara de su Vincent, del Vincent al que quería. Es el Vincent de después del accidente, con los ojos llorosos, la cabeza inclinada hacia un lado de forma perenne, con la boca medio abierta a una ausencia de palabras. Pero ahora Vincent no se expresa con gorgoteos. Habla. Mientras Sophie duerme dando vueltas y más vueltas para intentar librarse de él, la mira fijamente y le habla con voz grave y sosegada. No es su voz de verdad, ni tampoco es su cara, pero es él porque le dice cosas que sólo sabe él. No se le mueve casi la cara y las pupilas se ensanchan hasta convertirse en unos platillos de buen tamaño, oscuros e hipnóticos. *Estoy aquí, Sophie, amor mío, te hablo desde la muerte a la que me enviaste. Vengo a decirte cuánto te quise y a que veas cuánto te quiero todavía.* Sophie se resiste, pero la mirada de Vincent la clava en la cama y, por más que mueve los brazos, no consigue nada. *¿Por qué me enviaste a la muerte, amor mío? Dos veces, ¿te acuerdas?* En el sueño, es de noche. *Esta primera vez, sólo era el destino, sencillamente.* Vincent va con cuidado por la carretera cubierta de lluvia. A través del parabrisas ve cómo poco a poco le va entrando sueño, cabecea, alza la cabeza despacio; y Sophie ve cómo parpadea y guiña los ojos en un intento por resistirse al sueño mientras la lluvia va a más e inunda ahora la carretera y los remolinos de viento pegan pesadas hojas de plátano a las escobillas. *Sólo estaba cansado, Sophie, sueño mío, todavía no estaba muerto en esos momentos. ¿Por qué quisiste mi*

muerte? Sophie lucha para contestar, pero la lengua, torpe y pastosa, le llena la boca del todo. No dices nada, ¿verdad? Sophie querría decirle... Decirle. Amor mío, cuánto te echo de menos, cuánto echo de menos la vida desde que te has muerto, qué muerta estoy desde que tú ya no estás. Pero no le sale nada. ¿Te acuerdas de cómo era? Sé que te acuerdas. Yo, desde que estoy muerto, ni hablo ni me muevo, ahora las palabras se me quedan dentro, sólo babeo, te acuerdas de cómo babeo, me pesa la cabeza, alma mía, y me pesa el alma, y me pesa el corazón al ver cómo me mirabas aquella noche! Yo también te veo con todo detalle. El día de mi segunda muerte. Llevas ese vestido azul que no me gustó nunca. Estás de pie al lado del abeto, Sophie, regalo mío, cruzada de brazos, tan callada (muévete, Sophie, despiértate, no te quedes así, prisionera del recuerdo, vas a sufrir..., no lo aceptes), me miras y yo sólo babeo, no puedo decir nada, como de costumbre, pero miro con amor a mi Sophie, y tú me clavas los ojos con una severidad terrible, con rencor y con aversión; ahora noto que mi amor no puede ya nada: has empezado a odiarme, soy el peso muerto de tu vida por los siglos de los siglos (no aceptes esto, Sophie, date la vuelta en la cama, no dejes que se adueñe de ti la pesadilla, la mentira va a matarte, quien está ahí no eres tú, despiértate cueste lo que cueste, esfuérzate en despertarte), y te das la vuelta tranquilamente, coges una rama del abeto, me miras fijamente, parece que tienes una mirada indiferente mientras enciendes una cerilla y, luego, una de las velitas esas (no le dejes decir eso, Sophie, Vincent está equivocado, nunca habrías hecho algo así. Está disgustado, tiene una pena inmensa porque está muerto, pero tú tienes que seguir viva, Sophie. ¡Despiértate!), el abeto se prende de golpe con una llama voraz y veo cómo desapareces por la otra punta de la habitación, tras una pared de llamas, mientras el fuego llega a las cortinas y yo, clavado en la silla, espantado, tenso inútilmente todos los músculos, te has ido, Sophie, llama mía (¡si no puedes moverte, Sophie, pega voces!), Sophie, espejismo mío, ahora estás en lo alto de las escaleras, en ese rellano ancho desde el que empujaste la silla. Has venido a rematar tu obra justa, eso es... Qué cara tan voluntaria y tan determinada tienes (resiste, Sophie, no dejes que te invada la muerte de Vincent). Tengo ante mí el abismo de las escaleras de piedra, anchas como el paseo de un cementerio, hondas como un pozo, y tú, Sophie, muerte mía, me pasas suavemente la mano por la mejilla, es tu último adiós, tu mano en mi mejilla, aprietas los labios, tensas las mandíbulas y tus manos, detrás de mí, agarran las asas de la silla (resiste, Sophie, lucha, grita más) y la silla, con ese empujón tan fuerte, sale por los aires y yo también salgo por los aires. Sophie, asesina mía, y estoy en el cielo, para ti, aquí es donde te espero, Sophie, porque te quiero a mi lado, pronto estarás a mi lado (¡da voces, da voces!), puedes dar voces, amor mío, sé que estás en camino hacia mí. Hoy te resistes, pero mañana vendrás a reunirte conmigo con alivio. Y estaremos juntos por los siglos de los siglos...

Jadeante, empapada en sudor, Sophie se ha sentado en la cama. Todavía retumba en la habitación su grito de terror... Sentado a su lado, Frantz la mira espantado. Le

tiene cogidas las manos.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

A Sophie se le ha quedado el grito sofocado en la garganta, se asfixia, tiene los puños cerrados, se le han clavado muy hondo las uñas en las palmas. Frantz le coge las manos en las suyas y se las abre, dedo a dedo, hablándole bajito, pero para ella en ese momento todas las voces son idénticas e incluso la de Frantz se parece a la voz de Vincent. La voz de su sueño. La Voz.

A partir de ese día, se acabaron los gozos de niña pequeña. Sophie se concentra, como en las peores temporadas, para no naufragar. Durante el día, intenta no quedarse dormida. Miedo a los sueños. Pero a veces nada hace que consiga resistir, el sueño llega y la sumerge en él. De noche o de día, la visitan los muertos. Hace un rato, Véronique Fabre, con la cara ensangrentada y sonriente, herida de muerte, pero viva. Le habla y le cuenta su muerte. Pero no es su voz la que le habla, es la Voz, siempre esa Voz concreta, esa Voz que lo sabe todo, que está enterada de los detalles de todo, que está enterada de toda su vida. *La estoy esperando, Sophie*, dice Véronique Fabre, *desde que me mató; sé que vendrá a reunirse conmigo. Dios, cuánto daño me hizo... No se lo imagina. Ya se lo contaré todo cuando llegue. Sé que va a venir... Dentro de poco, le apetecerá venir a reunirse conmigo, a reunirse con todos nosotros. Vincent, Léo, yo... Estaremos todos ahí para recibirla...*

Por el día, Sophie deja de moverse, se queda postrada. Frantz está muy asustado, quiere llamar a un médico, ella se niega con violencia. Se controla luego e intenta tranquilizarlo. Pero le nota en la cara que no lo entiende, que, para él, no llamar a un médico en una situación así es algo incomprensible.

Cada vez vuelve más temprano. Pero está demasiado preocupado. No tarda en decir:

—He pedido un permiso corto. Me quedaban unos días por coger...

Ahora está con ella todo el día. Ve la televisión mientras a ella la rinde el sueño. En pleno día. Ve a medias la nuca afeitada de Frantz que se recorta sobre el fondo de la pantalla del televisor y el sueño se la traga. Siempre las mismas palabras, los mismos muertos. En sus sueños el niño, Léo, le habla con la voz de hombre que nunca tendrá. Léo le habla con la Voz. Le cuenta con todo detalle cómo le dolió el cordón en la garganta, cuánto luchó, cómo intentó vocear... Y todos los muertos vuelven, día tras día, noche tras noche. Frantz le prepara infusiones y caldos y sigue insistiendo en llamar al médico. Pero Sophie no quiere ver a nadie, ha conseguido desaparecer, no quiere arriesgarse a una investigación, no quiere estar loca, no quiere que la internen, jura que se sobrepondrá a todo esto. Esos ataques le dejan las manos heladas, el ritmo cardíaco pasa por vaivenes inquietantes. Tiene el cuerpo congelado, pero la ropa empapada en sudor. Se pasa durmiendo días enteros y noches enteras.

—Son ataques de angustia. Vienen y se van —se arriesga a decir, tranquilizadora.

Frantz sonríe, pero sigue escéptico.

—Una vez, Sophie se marcha. Unas pocas horas.

—¡Cuatro horas! —dijo Frantz, como si proclamase un récord deportivo—. Me tenías asustadísimo. ¿Dónde estabas?

Le coge las manos. Está preocupado de verdad.

—He vuelto —dice Sophie, como si esa fuese la respuesta esperada.

Frantz quiere entenderlo; esa desaparición lo ha puesto nervioso. Es una mente sencilla, pero racional. Lo que no entiende le vuelve loco.

—¡Qué voy a hacer si empiezas a largarte así! Quiero decir... ¡para localizarte!

Sophie dice que no se acuerda. Él insiste.

—Cuatro horas. ¡Es imposible que no te acuerdes!

Sophie gira unas pupilas raras, translúcidas.

—En un café —suelta, como si hablase consigo misma.

—Un café... Estabas en un café... ¿Qué café? —pregunta Frantz.

Ella lo mira, se siente perdida.

—No estoy segura.

Sophie se echa a llorar. Frantz la abraza. Sophie se acurruca en sus brazos. Fue en abril. ¿Qué quería? Acabar de una vez, a lo mejor. Pero volvió. ¿Se acuerda de lo que hizo en esas cuatro horas? ¿Qué puede una hacer en cuatro horas?

Pasado un mes, a primeros de mayo, más exhausta que nunca, Sophie se escapó de verdad.

Frantz bajó unos minutos; dijo: «Ahora vuelvo, no tardo nada, no te preocupes». Sophie esperó a que dejaran de oírse sus pasos en las escaleras, se puso una chaqueta de forma automática, cogió unas cuantas cosas y la cartera y se escapó. Salió del edificio por el cuarto de las basuras, que da a la otra calle. Corre. La cabeza le late tanto como el corazón. Entre los dos, organizan un martilleo que le sube del vientre hasta las sienes. Corre. Tiene mucho calor. Se quita la chaqueta y la deja tirada en la acera, sigue corriendo y se vuelve. ¿Teme que la alcancen los muertos? 6. 7. 5. 3. Que no se le olvide eso. 6. 7. 5. 3. Se queda sin aliento, el pecho le quema, corre, ha llegado frente a los autobuses, más que subirse en uno se mete dentro de un brinco. No ha cogido dinero. Se hurga en los bolsillos en vano. El conductor la mira como a lo que es, una loca. Saca a relucir una moneda de dos euros, extraviada en el vaquero. El conductor le pregunta algo que no oye, pero a lo que contesta: «No pasa nada», esa clase de frase que siempre queda bien cuando queremos tranquilizar a los de alrededor. No pasa nada. 6. 7. 5. 3. Que no se le olvide. No tiene cerca sino a tres o cuatro personas que la miran de reojo. Intenta colocarse bien la ropa. Se ha sentado atrás y escudriña la circulación por la ventanilla trasera. Le gustaría fumar, pero está prohibido y, fuere como fuere, se lo ha dejado todo en casa. El autobús va camino de la estación. Se para mucho rato en los semáforos y le cuesta arrancar. Sophie recupera

algo el resuello, pero, al acercarse a la estación, vuelve a invadirla el miedo. Le tiene miedo al barullo, miedo a la gente, miedo a los trenes. Miedo a todo. Piensa que no podrá escapar con tanta facilidad. No para de volverse. ¿Llevan las caras que la siguen la máscara de la muerte que se acerca? Cada vez tiembla más y, después de todos esos días y esas noches agotadores, el simple esfuerzo de correr para coger el autobús y cruzar la estación la deja extenuada. «Melun», dice. 6. 7. 5. 3. No, no tiene ningún descuento. Sí, pasará por París, presenta la tarjeta bancaria con insistencia, querría que el empleado la cogiera enseguida, querría liberarse del mensaje antes de que se le olvide: 6. 7. 5. 3, querría que el empleado le diera el billete, que la subiese al tren, querría ver ya el desfile de las estaciones y bajarse del tren... Sí, la espera del transbordo va a ser larga; por fin el empleado teclea y desencadena el repiqueteo de una impresora; tiene el billete delante, el empleado le dice: «Puede marcar la clave». 6. 7. 5. 3. Una victoria. ¿Contra quién? Sophie se da la vuelta y se marcha. Se ha dejado la tarjeta en el lector. Una mujer se la indica con una sonrisa de suficiencia. Sophie la saca a tirones del lector... Todo tiene un sabor de *déjà vu*, Sophie vuelve a vivir continuamente las mismas escenas, las mismas huidas, las mismas muertes desde... ¿cuándo? Esto se tiene que acabar. Se da palmadas en los bolsillos para buscar el tabaco, se encuentra la tarjeta bancaria que acaba de meterse en uno y, al levantar la cabeza, ahí está Frantz, delante de ella, muy asustado, diciendo: «¿Se puede saber dónde vas?». Lleva en la mano la chaqueta que ella tiró por la calle. Inclina la cabeza a derecha e izquierda. «Hay que volver a casa. Ahora sí que hay que llamar a un médico... Ya lo ves...» Por un momento duda si contestar que sí. Un breve momento. Pero se recupera. «No, nada de médicos... Ya vuelvo.» Él se sonríe y le coge el brazo. A Sophie le da una arcada y se dobla un poco. Frantz la tiene sujetando por el brazo: «Vámonos —dice—. Estoy aparcado ahí mismo». Sophie mira la estación que escapa, cierra los ojos, como si tuviese que adoptar una decisión. Luego se vuelve hacia Frantz y se le agarra al cuello. Se lo aprieta y dice: «Ay, Frantz...», llora y, mientras él más que sostenerla la lleva en vilo hacia la salida y hacia el coche, tira al suelo el billete de tren, hecho una pelota, y le hunde la cabeza en el hombro, sollozando.

Frantz sigue a su lado. En cuanto recupera la calma, Sophie se disculpa por la vida que lo obliga a llevar. Él, tímidamente, le pide explicaciones. Sophie promete contarle todo. Dice que primero tiene que descansar. Eso de «descansar» es el estribillo, la palabra que, por unas cuantas horas, cierra todas las puertas y le deja un poco de tiempo para recuperar el resuello, el tiempo necesario para reunir fuerzas, para prepararse para los combates venideros, los sueños, los muertos, visitantes insaciables. Frantz va a la compra. «No quiero correr detrás de ti por toda la ciudad», le dice, sonriente, cuando cierra la puerta con llave al salir. Sophie le devuelve la sonrisa, agradecida. Frantz hace las tareas domésticas, pasa el aspirador, prepara la

comida, trae pollos asados, comida india, comida china, alquila películas en el videoclub y las trae con miradas que buscan complicidad. A Sophie le parece que la casa está limpia y las comidas, muy ricas; le asegura que las películas están muy bien, pero se queda dormida delante del televisor pocos minutos después de los créditos. La cabeza, pesada, no tarda en volver a hundirse en la muerte y Frantz la tiene cogida por los brazos cuando se despierta, tendida en el suelo, sin voz, sin aire, casi sin vida.

Entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir. Es domingo. Sophie lleva días sin dormir. Se ha quedado sin voz a fuerza de gritar. Frantz sigue mimándola, está presente siempre, le da de comer porque ella no quiere tomar nada. Es sorprendente cómo ha aceptado este hombre la locura de la mujer con la que acaba de casarse. Ni que fuera un santo. Está volcado en ella, dispuesto a sacrificarse. «Estoy esperando que estés dispuesta por fin a llamar a un médico; entonces todo irá mejor...», explica. Sophie dice que «pronto irá todo mejor». Él insiste. Busca en qué razonamiento lógico encaja esa negativa. Le da miedo meterse entre algunos bastidores de la vida de Sophie donde todavía no se le admite. ¿Qué tiene en la cabeza? Ella quiere tranquilizarlo, nota que tiene que hacer algo que sea normal para que él esté menos preocupado. Entonces, a veces, se le tumba encima, reptá hasta sentir el deseo de Frantz, se abre a él, lo guía, intenta que disfrute, lanza unos cuantos gritos, cierra los ojos, espera hasta que él esté entregado.

Así que es domingo. Tranquilo como el hastío. Por la mañana, en la urbanización han retumbado las voces de los vecinos que volvían del mercado o lavaban el coche en el aparcamiento. Sophie se ha pasado la mañana mirando por los cristales del balcón, fumando, con las manos metidas en las mangas del jersey de tanto frío como tiene. Cansancio. Ha dicho: «Tengo frío». La noche pasada se despertó vomitando. Todavía le duele la tripa. Se nota sucia. Con la ducha no le ha bastado. Quiere tomar un baño. Frantz abre el grifo, el agua está demasiado caliente, como tantas otras veces, echa unas sales de baño que le gustan, pero que Sophie aborrece sin decirlo, huele a producto sintético, con un perfume que le revuelve un poco el estómago..., pero no quiere ofenderlo. Total, qué más da... Lo que quiere es agua muy caliente, algo que pueda calentarle los huesos helados. Frantz la ayuda a desnudarse. En el espejo, Sophie se ve la silueta, los hombros salientes, las caderas picudas, lo flaca que está, sería para echarse a llorar si no fuera para estremecerse de miedo... ¿Cuánto pesa? Y esta evidencia, que dice de repente en voz alta: «Creo que me estoy muriendo». Caer en la cuenta la ha dejado estupefacta. Lo ha dicho igual que dijo, unas semanas antes: estoy bien. Y es igual de cierto. Sophie se está apagando, despacio. Día tras noche, pesadilla tras pesadilla, Sophie se debilita y se va quedando descarnada. Se derrite. Dentro de poco, será transparente. Vuelve a mirarse la cara y

los pómulos salientes, las ojeras. Frantz la abraza en el acto. Dice cosas cariñosas y bobas. Hace como que se ríe de esa barbaridad que ella acaba de decir. Y, en vista de eso, se pasa. Le da palmadas vigorosas en la espalda como se hace con alguien de quien va uno a separarse para una larga ausencia. Dice que el agua está caliente. Sophie palpa la superficie con un escalofrío. Le entra un temblor de la cabeza a los pies. Frantz añade agua fría; Sophie se agacha, dice que vale, y él se va. Sonríe con confianza siempre que se aleja, pero deja las puertas abiertas. Cuando Sophie oye los primeros ecos de la televisión, se tumba en la bañera, alarga la mano hacia la repisa, coge las tijeras, se mira atentamente las muñecas, cuyas venas apenas si azulean. Pone encima el filo de la tijera, lo ajusta, escoge un ángulo más al bies, le echa una ojeada a la nuca de Frantz y parece sacar de ella un convencimiento definitivo. Respira hondo e hinca las tijeras con un golpe seco. Luego relaja los músculos y se desliza despacio en la bañera.

Lo primero que ve es a Frantz sentado junto a la cama. Luego, estirado y pegado a su cuerpo, su brazo izquierdo cubierto de vendas abultadas. Luego, por fin, la habitación. Por la ventana entra una claridad confusa que podría ser el comienzo de un día o el final. Frantz le sonríe con indulgencia. Le tiene cogida cariñosamente la punta de los dedos, que es lo único que queda al aire. Se la acaricia, pero no dice nada. A Sophie le pesa terriblemente la cabeza. A su lado está la mesa de ruedas con la bandeja de la comida.

—Aquí tienes algo de comer... —dice él.

Son sus primeras palabras. Ni una pregunta, ni un reproche, ni siquiera un temor. No, Sophie no quiere comer nada. Frantz mueve la cabeza, como si le contrariase a título personal. Sophie cierra los ojos. Lo recuerda muy bien todo. El domingo, los cigarrillos en el balcón, el frío en los huesos y su cara de muerta en el espejo del cuarto de baño. Su decisión. Irse. Irse sin remisión. Le llama la atención el ruido de la puerta que se abre, vuelve a abrir los ojos. Entra una enfermera. Sonríe amablemente, da la vuelta a la cama y revisa el gotero, en el que no se había fijado Sophie. Le pone un pulgar experto bajo la mandíbula, le bastan unos pocos segundos para volver a sonreír.

—Descanse —dice, según sale—, ahora viene el médico.

Frantz sigue en la habitación, mira por la ventana y busca qué actitud adoptar. Sophie le dice: «Lo siento...» y a él no se le ocurre nada que contestar. Sigue mirando por la ventana y sobándole la punta de los dedos. Hay en él una fuerza de inercia pasmosa. Sophie nota que está ahí para siempre.

El médico es un hombre bajo y corpulento, sorprendentemente vivaracho. Un cincuentón seguro de sí mismo, de calvicie tranquilizadora. Sólo necesita una mirada

y una breve sonrisa para que Frantz se sienta en la obligación de irse. El médico se pone donde estaba él.

—No le voy a preguntar cómo está. Me lo imagino. Tendrá usted que ver a alguien, y nada más.

Lo ha dicho de un tirón; es el tipo de médico que va al grano.

—Tenemos aquí gente estupenda. Podrá hablar.

Sophie lo mira. El médico debe de notar que tiene la cabeza en otra parte y, entonces, remacha el clavo.

—Lo otro era espectacular, pero no era...

Rectifica en el acto.

—Por supuesto, si no hubiera estado ahí su marido, a estas horas estaría muerta.

Ha escogido la palabra más fuerte, la más violenta, para probar la capacidad de reacción de Sophie. Ésta decide echarle una mano, porque ella sabe muy bien en qué punto se encuentra.

—Todo irá bien.

Es todo lo que se le ocurre. Pero es cierto. Cree que todo irá bien. El médico se da una palmada con las manos en las rodillas y se pone de pie. Antes de salir, señala la puerta y pregunta:

—¿Quiere que hable con él?

Sophie contesta que no con un ademán, pero no es una respuesta lo bastante clara. Dice:

—No, ya lo hago yo.

—Me llevé un susto, sabes...

Frantz sonríe torpemente. Es la hora de las explicaciones. Sophie no tiene explicaciones. ¿Qué podría decirle? Se obliga a sonreír:

—Ya te lo explicaré cuando vuelva. Pero aquí no...

Frantz hace como si lo entendiera.

—Es la parte de mi vida de la que no te he hablado nunca. Te lo explicaré todo.

—¿Tantas cosas hay que explicar?

—Hay cosas, sí. Luego, tú decidirás...

Él hace con la cabeza un gesto difícil de interpretar. Sophie cierra los ojos. No está cansada. Tiene ganas de estar sola. Necesita información.

—¿He dormido mucho?

—Casi treinta y seis horas.

—¿Y dónde estamos?

—En las Antiguas Ursulinas. Es la mejor clínica de la zona.

—¿Qué hora es? ¿Es la hora de visita?

—Son casi las doce de la mañana. Normalmente, las visitas son a partir de las dos, pero a mí me dieron permiso para quedarme.

En circunstancias ordinarias, habría añadido algo del estilo de «dada la situación», pero esta vez se atiene a las frases cortas. Sophie nota que está cogiendo carrerilla. Deja que lo haga.

—Todo esto... —indica con un ademán inconcreto el vendaje de las muñecas—: ¿Es por nosotros? Porque no funciona, ¿es eso?

Sophie podría, sonreiría. Pero no puede, no quiere. No debe salirse de su línea. Encoge tres dedos bajo los de él.

—No tiene nada que ver, en serio. Tú eres muy agradable.

La palabra no le ha gustado a Frantz, pero se aguanta. Es un marido amable. ¿Qué otra cosa puede ser? A Sophie le gustaría preguntar dónde están sus cosas, pero se contenta con cerrar los ojos. Ya no necesita nada.

El reloj del pasillo marca las ocho menos dieciséis minutos. Hace media hora que se ha acabado la hora de visita, pero la clínica no es muy estricta con el reglamento y, de una habitación a otra, todavía se oyen las conversaciones de los visitantes. En el ambiente quedan algunos olores residuales de las bandejas de la cena, olor a sopa clara y a repollo. ¿Cómo se las arreglan estos centros para oler todos exactamente a lo mismo? Al final del pasillo, una ventana ancha deja pasar una luz gris. Pocos minutos antes, Sophie se ha perdido por el edificio. Una enfermera de la planta baja la ayudó a volver a su habitación. Ahora conoce el sitio. Ha visto la puerta que da al aparcamiento. Le bastará con pasar victoriosamente por delante del despacho de las enfermeras de su planta y ya estará fuera. Encontró en el armario empotrado la ropa de calle que ha debido de llevar Frantz en previsión de que le den el alta. Cosas que no hacen juego. Espera con la vista clavada en la rendija de la puerta, por la que apenas se ve el pasillo. La enfermera se llama Jenny. Es una mujer delgada y sinuosa, que se tiñe con mechas rubias. Huele a alcanfor. Camina con paso sosegado y firme. Acaba de salir del despacho con las manos metidas en los bolsillos de la bata. Hace eso cuando va a fumar a la puerta de entrada. La enfermera empuja la puerta de vaivén que lleva a los ascensores. Sophie cuenta hasta cinco, abre la puerta de su habitación, pasa por delante del despacho de Jenny, pero inmediatamente antes de la puerta de vaivén, gira de golpe hacia la derecha y baja por las escaleras. Pocos minutos después está en el aparcamiento. Estrecha el bolso. Y empieza a repetir: 6. 7. 5. 3.

El gendarme Jondrette: cara amarilla y bigote gris. Lo acompaña otro que no dice nada, que se mira los pies, con expresión concentrada y preocupada. Frantz les ofreció un café. Dijeron que sí, que por qué no, pero se quedaron de pie. Jondrette es un gendarme de esos que sienten simpatía. Habla de Sophie y le llama «su señora» y no dice nada que Frantz no sepa ya. Mira a los dos gendarmes mientras interpreta su

papel. Su papel consiste en estar preocupado, y no le resulta difícil porque está preocupado. Vuelve a verse delante del televisor. Le gustan los concursos de cultura general porque gana con bastante facilidad, aunque siempre haga algo de trampa. Aplausos, raptos de inspiración del presentador, bromas idiotas, risas grabadas, exclamaciones al ver los resultados, la televisión mete mucho ruido. De todas formas, Sophie actuó muy en silencio. Incluso aunque él hubiera estado haciendo otra cosa en ese momento... Preguntas del apartado «Deporte». A él, el deporte... Pero lo intentó. Preguntas sobre los Juegos Olímpicos, esa clase de cosas que nadie sabe, salvo unos cuantos neuróticos muy especializados. Se volvió, Sophie tenía la cabeza echada hacia atrás en el borde de la bañera, con los ojos cerrados y la espuma hasta la barbilla. Tiene un perfil bonito. De todas formas, aunque se haya quedado tan flaca, Sophie sigue siendo guapa. Muy guapa, de verdad. Lo piensa con frecuencia. Al volver ante el televisor, se dijo que pese a todo, debería tenerla vigilada: la última vez que se quedó dormida en el baño salió helada y tuvo que estar unos minutos dándole fricciones de agua de colonia antes de que le volviese el color. Ésa no es forma de morir. Milagrosamente, acertó una respuesta, el nombre de un saltador de pértiga búlgaro y... de pronto, se dispararon las alarmas de su detector interno. Se volvió. La cabeza de Sophie había desaparecido, se abalanzó. La espuma estaba roja y el cuerpo de Sophie, en el fondo de la bañera. Soltó un grito: «¡Sophie!». Hundió ambos brazos en el agua y la sacó por los hombros. No tosió, pero respiraba. Tenía todo el cuerpo de una blancura sepulcral y la sangre le seguía fluyendo de la muñeca. No mucha. Pero salía en olitas diminutas, al ritmo de los latidos del corazón, y la herida, que había estado metida en el agua, estaba hinchada. Entonces perdió los estribos por un breve momento. No quería que se muriese. Se dijo: «Así no...». No quería que Sophie se le escapase. Esa muerte se la estaba robando a él. Era ella quien escogía el dónde, el cómo y el cuándo. Y ese libre albedrío lo veía como una desautorización absoluta de todo cuanto él había hecho; ese suicidio le parecía un insulto a su inteligencia. Si Sophie llegaba a morirse así, nunca más podría vengar la muerte de su madre. Entonces, la sacó de la bañera, la tendió en el suelo, le hizo un torniquete en la muñeca con toallas, le habló una y otra vez, fue corriendo al teléfono y llamó a emergencias. Estuvieron allí en menos de tres minutos, el cuartelillo está al lado. Y se preocupó por muchas cosas mientras esperaba que llegase la ayuda. Hasta dónde podrían los engorros administrativos escarbar, investigar la identidad de Sophie y, peor aún, revelarle a Sophie quién es en realidad el sargento primero Berg, que no ha sido soldado nunca, ni un solo minuto de su existencia...

Cuando la vio en el hospital ya estaba en plena posesión de sus facultades, metido otra vez a la perfección en su papel. Sabía con exactitud qué decir, qué hacer, qué contestar, cómo presentarse.

Ahora incluso le ha vuelto la ira: Sophie se ha escapado del hospital, ¡y ha habido que esperar más de seis horas antes de que se dieran cuenta en la administración! La enfermera que lo llamó no sabía muy bien cómo abordar el asunto. «Señor Berg, ¿ha

vuelto su mujer a casa?» Al oír la respuesta de Berg, se batió en retirada en el acto y lo puso con el médico.

Desde que le habían anunciado la huida le había dado tiempo a pensar. Los gendarmes pueden tomarse el café sin prisas. Nadie podrá nunca encontrar mejor a Sophie que Frantz. Ha ido siguiendo a esa asesina en serie con la que, desde hace tres años, no ha podido dar ninguna gendarmería. Es una mujer a quien ha vuelto a hacer de arriba abajo con sus propias manos, nada de la vida de Sophie es un secreto para él, y sin embargo ni siquiera él es capaz de decir dónde está Sophie ahora mismo, así que los gendarmes... Frantz tiene prisa, le entran ganas de mandarlos a tomar viento. Dice sencillamente, con voz tensa:

—¿Creen que tardarán mucho en encontrarla?

Eso es lo que pregunta un marido, ¿no? Jondrette levanta una ceja y le apunta con ella. Es menos tonto de lo que parece.

—La encontraremos, caballero, a ver qué vida —dice.

Y, por encima de la taza de café muy caliente, que se está tomando a sorbitos, el gendarme le pasa revista a Frantz con mirada inquisitiva. Deja la taza.

—Se habrá ido a casa de alguien, le llamará esta noche o mañana. Lo mejor es tener paciencia, ¿sabe?

Y, sin esperar la respuesta:

—¿Lo había hecho ya? Eso de escaparse así...

Frantz contesta que no, pero que está más o menos deprimida.

—Más o menos... —repite Jondrette—. Y ¿tiene usted familia, caballero? Quiero decir que si tiene familia su señora. ¿Ha llamado usted por teléfono?

No le ha dado tiempo a pensar y, de repente, las cosas empiezan a ir muy deprisa. Marianne Berg, Leblanc de soltera, ¿qué familia tiene? Cuando, en los meses anteriores, le preguntó por su vida, Sophie se inventó una familia a la que la gendarmería le iba a costar mucho localizar... Terreno resbaladizo. Frantz sirve más café. Para darse tiempo a pensar. Opta por cambiar de estrategia. Pone expresión de descontento.

—De hecho, eso quiere decir que no van ustedes a hacer nada, ¿verdad? — contesta, nervioso.

Jondrette no responde. Mira la taza vacía.

—Si no vuelve, digamos que en los próximos tres o cuatro días, pondremos en marcha una investigación. Mire, caballero, las personas, en situaciones así, suelen volver espontáneamente pasados unos cuantos días. Entre tanto, buscan refugio casi siempre en casa de familiares o de amigos. A veces basta con unos cuantos telefonazos.

Frantz dice que se hace cargo. Que, si se entera de algo, no dejará de... Jondrette dice que eso es lo mejor. Agradece el café. Su acólito asiente, mirando el felpudo.

Frantz se ha dado un plazo de tres horas, que le ha parecido razonable.

Mientras espera, mira por última vez en la pantalla del portátil el mapa de la región con un cuadrado rosa que parpadea para indicar dónde está el móvil de Sophie. En el mapa, está en la urbanización. Buscó el móvil de Sophie y lo encontró, tontamente, en el cajón del secreter. Es la primera vez en cuatro años que es incapaz de decir, con segundos de diferencia, dónde está Sophie. Tiene que actuar deprisa. Encontrarla. Se queda pensando unos momentos en el tema de los fármacos, pero se tranquiliza: ha creado un estado depresivo que no debería atenuarse demasiado deprisa. Sin embargo, pese a todo, hay que volver a traerla a casa. Es algo imperativo. Terminar. Concluir. Le sube por dentro una ira que consigue controlar con ejercicios de respiración. Le ha dado vueltas y más vueltas al asunto. Empezará por Lyon.

Mira el reloj y, por fin, descuelga el teléfono.

Lo ponen con el gendarme Jondrette.

—Mi mujer está en casa de unos familiares —dice Frantz precipitadamente, como si estuviera al tiempo contento y aliviado—. Cerca de Burdeos.

Acecha la reacción. El todo por el todo. Si el gendarme pregunta por la identidad de los familiares...

—Bien —dice Jondrette con tono satisfecho—. ¿Está bien de salud?

—Sí... Bueno, eso parece. Anda un poco perdida, creo.

—Bien —vuelve a decir Jondrette—. ¿Quiere volver a casa? ¿Le ha dicho que quería volver?

—Sí, eso es lo que ha dicho. Quiere volver a casa.

Breve silencio en la línea.

—¿Cuándo?

El motor de Frantz va a la velocidad máxima.

—Creo que vale más que descansen un poco. Iré a buscarla dentro de unos días, me parece que va a ser lo mejor.

—Bien. Cuando vuelva tendrá que pasarse por la gendarmería. Para firmar los papeles. ¡Dígale que no corre prisa! Que descansen primero...

Y Jondrette titubea antes de colgar:

—Dígame sólo una cosa... No llevan ustedes casados mucho tiempo, ¿verdad?

—Algo menos de seis meses.

Jondrette calla. Más arriba del teléfono debe de estar su mirada inquisitiva.

—Y su... esa decisión suya, vamos..., ¿usted cree... que tiene algo que ver con su matrimonio?

Frantz contesta fiándose de la intuición.

—Ya estaba algo deprimida antes de que nos casáramos... Pero sí, claro, no es imposible. Voy a hablarlo con ella.

—Es lo mejor, señor Berg. Créame, es lo mejor. Le agradecemos que nos haya avisado enseguida. Hable con su señora cuando vaya a buscarla...

La calle de Courfeyrac queda muy cerca de la plaza de Bellecour. La zona elegante. Frantz ha vuelto a recorrerla en Internet, pero no se ha enterado de mucho más que hace dos años.

Le costó encontrar un puesto de observación. Ayer no le quedó más remedio que andar cambiando de café muchas veces. Esta mañana ha alquilado un coche desde el que puede observar el edificio con mayor facilidad y seguir a Valérie si es necesario. Trabajaba en una compañía de transportes en los tiempos en que tenía trato con Sophie; ahora está en la empresa de un chico tan inútil y tan rico como ella, que se ha convencido a sí mismo de que tiene vocación de estilista. Esa clase de empresa en que puedes estar trabajando a tope dos años antes de caer en la cuenta de que no se gana ni un céntimo con ella. Cosa que en el presente caso no tiene importancia alguna ni para Valérie ni para su amigo. Por las mañanas sale de casa con paso brioso y decidido y coge un taxi en la plaza de Bellecour para ir a trabajar.

En cuanto la vio poner los pies en la calle, Frantz supo que Sophie no estaba allí. Valérie es una chica «muy abierta», se le nota todo lo que le pasa en la vida. Por el paso que llevaba y por la forma de andar, Frantz vio que no tenía preocupaciones ni inquietudes; los andares de esa chica rezuman seguridad y ausencia total de preocupaciones. Es casi seguro que Sophie no ha venido a buscar refugio aquí. Además, Valérie Jourdain es una chica demasiado egoísta, por mucho que sean amigas de infancia, para dar acogida a Sophie Duguet, asesina reincidente a quien buscan todos los cuerpos de policía. Esa chica tiene sus límites. Muy estrechos.

Y, sin embargo, ¿y si hubiera venido? Cuando se fue Valérie, Frantz subió al piso en que ésta vive. Puerta blindada, cerradura de tres anclajes. Se quedó mucho rato con la oreja pegada a la puerta. Hacía que subía o bajaba cada vez que entraba o salía un vecino del edificio y luego volvía a su puesto. Ni un ruido. Repitió la operación cuatro veces durante el día. En total se pasó más de tres horas con la oreja pegada a la puerta. A partir de las seis de la tarde, el ruido en los pisos, los televisores, las radios, las conversaciones, incluso a media voz, no le permitieron ya notar si algunos ruidos secretos indicaban cualquier presencia en el piso supuestamente vacío de Valérie.

A eso de las ocho, cuando regresó la joven, ahí estaba Frantz, pocos escalones más arriba del rellano. Valérie abrió la puerta sin decir palabra. Frantz pegó en el acto la oreja a la puerta. Estuvo unos minutos distinguiendo los ruidos cotidianos (cocina, retrete, cajones...), luego música y, por fin, la voz de Valérie hablando por teléfono a poca distancia del pasillo de la entrada... Una voz clara. Bromea, pero dice que no, que no va a salir esta noche, que tiene trabajo atrasado. Cuelga, ruidos de cocina, la radio...

Por supuesto en la decisión de Frantz hay parte de incertidumbre, pero determina fiarse de su intuición. Sale del edificio con paso apresurado. Seine-et-Marne está a menos de cuatro horas.

Neuville-Sainte-Marie. A treinta y dos kilómetros de Melun. Frantz empezó por dar varias vueltas para ver si había vigilancia policiaca. Eso fue lo que debieron de hacer al principio, pero no cuentan con suficientes medios. Y como la opinión pública no se inmuta por un asesinato más...

Dejó el coche de alquiler en el aparcamiento de un supermercado, a las afueras de la ciudad. Tardó alrededor de cuarenta minutos en ir a pie hasta un bosquecillo y, desde ahí, a una cantera abandonada cuya verja forzó y desde la que tiene una vista adecuada de la casa, desde algo más arriba. Por aquí no pasa mucha gente. De noche, unas cuantas parejas quizá. Deben de venir en coche. No hay ningún riesgo de que lo sorprendan: los faros lo avisarán.

El señor Auverney salió sólo en tres ocasiones. Las dos primeras para ir a recoger la ropa —el lavadero lo han puesto en un ala que no parece tener comunicación con la casa— y para ir a buscar el correo —el buzón está a unos cincuenta metros, algo más abajo del camino—. La tercera se fue en coche. Frantz estuvo dudando un momento: ¿seguirlo? ¿Quedarse? Se quedó. De todas formas, no habría sido posible seguirlo a pie por un pueblo tan pequeño.

Patrick Auverney estuvo fuera una hora y veintisiete minutos y, en ese espacio de tiempo, Frantz no dejó de mirar con prismáticos todos los detalles de la casa. En cuanto vio cómo andaba Valérie Jourdain por la calle, tuvo la seguridad de que Sophie no estaba allí, pero ahora está indeciso. Es posible que el tiempo que va pasando, las horas que transcurren con una velocidad inquietante lo muevan a esperar una solución rápida. Hay otra inquietud que lo obliga también a esperar: si Sophie no está ahí, no tiene ni idea de adónde ha podido ir. Sophie está muy deprimida, ha intentado matarse. Es fragilísima. Desde que Frantz se enteró de que había desaparecido del hospital no se le ha pasado la indignación. Quiere recuperarla. «Hay que acabar ya con esto», no deja de repetirse. Se reprocha haber esperado tanto. ¿No podía haber concluido antes? ¿No ha conseguido ya cuanto deseaba? Recuperarla y acabar.

Frantz se pregunta qué le está pasando ahora mismo por la cabeza a Sophie. ¿Y si hubiera querido matarse por segunda vez? No, no se habría escapado. En una clínica hay montones de formas de hacerlo, es incluso el sitio donde resulta más fácil morir. Podía volver a abrirse las venas; las enfermeras no pasan por las habitaciones cada cinco minutos... ¿Por qué escaparse?, se pregunta. Sophie está completamente perdida. La primera vez que se fue estuvo casi tres horas en un café y luego volvió sin acordarse siquiera de lo que había estado haciendo. Así que no se le ocurre otra solución: Sophie se ha escapado de la clínica sin ninguna intención, sin saber adónde iba. No se ha ido, ha huido. Intenta huir de su locura. Acabará por buscar un refugio. Por mucho que examina la cuestión desde todos los ángulos, a Frantz no se le ocurre dónde podría ir a buscar consuelo una asesina tan buscada como Sophie Duguet, a no ser a casa de su padre. Sophie ha debido de cortar con todas sus relaciones para convertirse en Marianne Leblanc; a menos que haya optado por un destino elegido

completamente al azar (y entonces tendrá que volver muy pronto a casa), únicamente aquí, en casa de su padre, sentirá deseos de buscar refugio. Es sólo cuestión de paciencia.

Frantz enfoca los prismáticos y observa al señor Auverney, que está aparcando el coche bajo el cobertizo de la casa.

Todavía le queda trabajo, pero el día ha sido largo y tiene prisa por volver a casa. Suele empezar la jornada bastante tarde y no se va antes de las ocho y media o, a veces, las nueve. Al marcharse, se dice que mañana llegará antes, aunque sabe, claro está, que no va a hacerlo. Durante el trayecto en coche no deja de repetirse lo que puede hacer y lo que no puede hacer, lo que debe hacer y lo que no debe hacer. Y es algo muy difícil cuando una nunca ha tenido sentido de la disciplina. En el taxi, hojea una revista con expresión despreocupada. Por la calle, no mira en torno ni una vez. Teclea la clave del portero automático, empuja la puerta cochera muy briosa. Nunca coge el ascensor, así que hace lo de siempre. Llega a su rellano, saca la llave, abre, cierra, se da la vuelta. Tiene ante sí a Sophie con la misma ropa que la noche anterior, cuando llegó, a Sophie que le hace señas impaciente, como un guardia nervioso dirigiendo la circulación. ¡Seguir viviendo exactamente como de costumbre! Valérie dice «vale» con la mano, sigue andando e intenta acordarse de lo que suele hacer en condiciones normales. Pero ahora se siente como bloqueada. De repente, ya no se acuerda de nada. Y eso que Sophie le ha hecho ensayar varias veces una lista de acciones, pero ahora mismo, nada. Valérie, blanca como el papel, mira fijamente a Sophie. No puede moverse. Sophie le pone las manos en los hombros y con un empujón autoritario la obliga a sentarse en la silla de al lado de la puerta, donde suele dejar el bolso al llegar. Un segundo después, Sophie está de rodillas, le quita los zapatos, se los pone ella y anda por el piso. Entra en la cocina, abre y vuelve a cerrar la nevera, entra en el retrete, dejando la puerta abierta, tira de la cadena, entra en el dormitorio... Mientras tanto, Valérie se ha recuperado. Ahora está enfadada consigo misma. No ha estado a la altura. Sophie vuelve a aparecer en el marco de la puerta. Le sonríe, nerviosa. Valérie cierra los ojos, como si sintiera alivio. Cuando los vuelve a abrir, Sophie le está alargando el teléfono con el brazo estirado y le echa una mirada interrogativa y preocupada. Para Valérie es como una segunda oportunidad. En cuanto marca un número, empieza a moverse por el piso. Cuidado, le había dicho Sophie, nada de sobreactuar, no hay nada peor; así que dice que no, que no va a salir esta noche, que tiene trabajo, se ríe un poco, escucha algo más de tiempo de lo que suele y, al final, manda besos, sí, sí, yo también, venga, muchos besitos; entra en el cuarto de baño, donde se quita las lentillas después de lavarse las manos. Cuando vuelve al pasillo de la entrada, Sophie está de pie, con la oreja pegada a la puerta de la calle, la mirada gacha, el rostro concentrado, como si estuviera rezando.

Como lo había exigido Sophie, no han cruzado ni una palabra.

Al entrar, Valérie ha notado un vago olor a orina en el piso. El olor es más fuerte ahora. Al guardar las lentillas, se ha dado cuenta de que Sophie ha hecho pis en la bañera. Le hace una pregunta por gestos, señalando el cuarto de baño. Sophie se aparta de su posición un momento, con una sonrisa algo triste y separa las manos en señal de impotencia. No podía hacer ni un ruido en todo el día y seguramente no le quedaba más solución que ésa. Valérie le devuelve la sonrisa y hace como que se ha metido en la ducha...

Durante la cena, completamente silenciosa, Valérie leyó el largo texto que Sophie había escrito a mano durante el día. De vez en cuando, mientras lee, le entrega una página con una mirada de duda. Sophie entonces vuelve a coger el bolígrafo y escribe unas cuantas palabras con mucho esmero. Valérie ha leído muy despacio, diciéndose que no a sí misma con la cabeza porque todo le parece una locura. Sophie encendió la televisión y, gracias al sonido del aparato, pudieron empezar a hablar en voz muy baja. A Valérie le parece un poco ridículo este exceso de precauciones. Sophie le aprieta el brazo en silencio, mirándola a los ojos. Valérie traga saliva. Sophie le preguntó, cuchicheando: «¿Puedes comprarme un portátil? Uno muy pequeño». ¡Valérie alza la vista al techo! ¡Vaya pregunta!...

Le dio a Sophie todo lo necesario para cambiarse las vendas. Sophie lo hizo con mucho esmero. Parecía muy pensativa. Alzó la cabeza y dijo:

—¿Sigues saliendo con esa amiguita tuya que es farmacéutica?

Valérie asiente. Sophie sonríe.

—¿Y sigue sin poder decirte que no a nada?

Poco después, Sophie empezó a bostezar y los ojos le lloraban de cansancio. Sonreía para disculparse. No quiso dormir sola. Antes de quedarse dormida, le da un abrazo a Valérie. Quiere decir algo, pero no le salen las palabras. Valérie no dice nada tampoco. Se limita a estrecharla con más fuerza.

Sophie se ha quedado dormida como un tronco. Valérie la tiene abrazada. Cada vez que se le posan los ojos en los vendajes le da una arcada y la recorre de pies a cabeza un escalofrío. Qué raro es todo. Valérie, desde hace más de diez años, habría dado lo que fuera por tener así a Sophie, arrimada a ella, en su cama. «Ha tenido que ser ahora. Y en estas circunstancias...», se dice. Y le entran ganas de llorar. Sabe qué peso ha tenido ese deseo en su ademán de estrecharla en sus brazos cuando se presentó.

Eran casi las dos de la madrugada cuando el timbre de la puerta despertó a Valérie: Sophie se había pasado casi dos horas comprobando que nadie vigilaba el edificio... Al abrir la puerta, Valérie reconoció inmediatamente la sombra de Sophie en la joven que esperaba con los brazos caídos y enfundada en una cazadora de vinilo negro. Un rostro de drogada, eso fue lo que pensó en el acto Valérie. Porque Sophie aparecía diez años más y tenía los hombros vencidos y ojeras. En la mirada se le

leía la desesperación. A Valérie le entraron inmediatamente ganas de llorar. La abrazó.

Ahora la oye respirar despacio. Intenta verle la cara sin moverse, pero sólo le ve la frente. Siente ganas de darle la vuelta y de besarla. Nota que le suben las lágrimas. Abre mucho los ojos para no ceder a esta tentación demasiado fácil.

Se ha pasado la mayor parte del día dando vueltas y más vueltas al chaparrón de explicaciones, de interpretaciones, de hipótesis, de señales que Sophie le soltó la noche anterior, después del encuentro. Ha vuelto a vivir los incontables telefonazos y los correos electrónicos angustiados que Sophie le estuvo enviando durante meses. Todos esos meses en que creyó que Sophie estaba cayendo en la locura. En la mesilla de noche, al otro lado de la cama, nota la presencia de esa foto de carné de Sophie que es su posesión más preciada, su botín de guerra. Y eso que no es nada del otro mundo: esa clase de foto automática y torpe, sobre un fondo apagado, que parece sucia incluso recién hecha, que te deja consternada cuando asoma de la máquina, de la que te dices que para un abono de transportes «qué más da», pero con la que te pasas el año encontrándote y lamentándote de haber salido tan fea. En esa instantánea, que Sophie ha protegido pacientemente con múltiples capas de papel celo, tiene un poco cara de tonta, con sonrisa forzada. El fogonazo del flash de la máquina le ha adherido a la cara un cutis blanco y cadavérico. Pese a todos esos defectos, esta cosita de nada es, sin duda alguna, la posesión más valiosa de Sophie. Por esa foto daría la vida si no la hubiera dado ya...

Valérie se imagina a Sophie el día en que la encontró e intuye su estupefacción. La ve, pasmada, darle vueltas y vueltas entre los dedos. En ese momento, Sophie está demasiado alterada para entenderlo: ha dormido diez horas de un tirón, se ha despertado más espesa que nunca y con la cabeza a punto de estallar. Pero este descubrimiento le hace un efecto tal que va a rastras hasta el cuarto de baño, se desnuda y se mete en la bañera, pone la cabeza debajo de la alcachofa de la ducha y luego, tras vacilar un momento, abre a fondo el grifo del agua fría. La sobrecoje la violencia del impacto, tanto que el grito se le queda atragantado. Está a punto de desmayarse, se sujet a la pared de azulejos, se le dilatan las pupilas, pero no se mueve de debajo del chorro, con los ojos de par en par. Pocos minutos después, arropada en la bata de Frantz, está sentada ante la mesa de la cocina, tiene en la mano un tazón de té muy caliente y clava la vista en la foto que ha colocado ante sí, encima de la mesa. Por más que les da vueltas y vueltas a los elementos, por más que la jaqueca le golpee las sienes, hay en esto una imposibilidad definitiva. Tiene ganas de vomitar. En una hoja de papel recuerda las fechas, reconstruye secuencias lógicas, hace coincidir los sucesos. Mirando fijamente la foto, le llama la atención el peinado de entonces, analiza la ropa que llevaba ese día. Siempre llega a la misma conclusión: esa foto es la de la tarjeta del abono de transportes de 2000, la tarjeta que llevaba en el bolso que le robó un motorista tras abrir de repente la puerta del coche en un semáforo en rojo, en la calle de Le Commerce.

Pregunta: ¿cómo es posible que haya aparecido en el forro de una bolsa de viaje de Frantz? ¡Frantz no PUEDE haberla encontrado entre las cosas de Marianne Leblanc, porque esa foto llevaba perdida más de tres años!

Estaba buscando unas deportivas viejas en el armario empotrado de la entrada y, de forma accidental, se le coló la mano en el forro de una bolsa antigua de Frantz y la sacó con esa foto de tres centímetros cuadrados... Mira el reloj de la pared de la cocina. Es demasiado tarde para empezar. Mañana. Mañana.

Al día siguiente mismo, y día tras día, Sophie registra el piso entero de forma completamente invisible. Tiene siempre el estómago espantosamente revuelto: a fuerza de obligarse a vomitar desde aquel día los fármacos que le da Frantz (éste contra las jaquecas, éste para que duerma mejor, este otro contra la ansiedad, «no es nada, es a base de plantas...»), a Sophie le entran arcadas y apenas si le da tiempo a llegar al cuarto de baño o al retrete. Nada le funciona bien en el vientre. A pesar de todo, rebusca, pone todo manga por hombro, explora, examina el piso de arriba abajo: nada. Nada más, pero ya es muchísimo...

Y eso la lleva a otras preguntas mucho más antiguas. Sophie se pasa horas y horas y días y días persiguiendo respuestas que no llegan. A veces, se inflama literalmente, como si la verdad fuese una fuente de calor y no dejara de quemarse las manos sin conseguir llegar a verla.

Y, de repente, lo logra. No es una revelación, es una intuición espontánea, como un trueno. Mira fijamente el móvil, que está en la mesa del salón. Lo coge con calma, lo abre, quita la batería. Con la punta de un cuchillo de cocina desatornilla otra placa y encuentra un chip electrónico minúsculo de color naranja, adherido con una pegatina de doble cara que quita pacientemente con unas pinzas de depilar. Con una lupa distingue un código, una palabra, unos números: SERV.0879; luego, más allá: AH68-(REV 2.4).

Pocos minutos después, Google la remite a una página web norteamericana de material electrónico y a la página de un catálogo: junto a la referencia AH68, la codificación «GPS Signal».

—¿Dónde estabas? —preguntó Frantz asustadísimo—. Cuatro horas, ¿te das cuenta? —no paraba de repetir como si no consiguiera creérselo.

Cuatro horas...

Fue dos días antes. El tiempo justo para que Sophie se fuera de casa y cogiera un autocar para recorrer los dieciocho kilómetros que hay hasta Villefranche y pedir algo de beber en un café, ir a esconder el móvil en los aseos antes de salir y subir al restaurante panorámico del mercado de Villiers, que tiene tan buenas vistas de la ciudad, de la calle y del café, por delante del que, menos de una hora después, Frantz, con evidente prudencia, pero preocupado, pasa dos veces en moto para intentar divisar a Sophie...

De todo lo que Sophie le contó a Valérie la noche pasada, eso es lo que destaca: ese hombre con quien se ha casado para escapar mejor es su verdugo. Ese hombre junto al que se tumba todas las noches, que se le tumba encima... Esta vez las lágrimas de Valérie no encuentran ya barrera y las deja correr en silencio por el pelo de Sophie.

El señor Auverney, con un mono azul y unos guantes de obra protegiéndole las manos, está decapando el portalón. Frantz lleva dos días tomando nota de todo cuanto hace y de adónde va, pero como no dispone de ningún elemento de comparación, le resulta imposible saber si sus hábitos han cambiado en algo. Ha observado con mucha atención la casa para acechar, cuando él no está, la mínima señal de vida. Nada se mueve. En principio, ese hombre está solo. Frantz lo ha seguido en algunos de sus desplazamientos. Conduce un Volkswagen grande y bastante reciente, gris metalizado. Ayer estuvo de compras en el supermercado y fue a echar gasolina. Esta mañana fue a correos, estuvo casi una hora en la prefectura y luego se volvió a casa, tras dar una vuelta por el vivero, donde compró unos sacos de mantillo para huertos que, por lo demás, todavía no ha sacado. Ha dejado el vehículo aparcado delante del cobertizo que usa de garaje y que tiene dos puertas grandes, una de las cuales basta para que pase el coche. A Frantz no le queda más remedio que luchar contra la duda que lo invade: al cabo de dos días parece inútil esperar así y con frecuencia nota la tentación de cambiar de estrategia. Pero, por mucho que le da vueltas al asunto, es aquí y en ningún otro sitio donde tiene que esperar a Sophie. A eso de las seis de la tarde, Auverney cerró la lata de decapante y fue a lavarse las manos al grifo exterior. Abrió el maletero del coche para descargar los sacos de mantillo, pero cuando vio lo que pesaban cambió de opinión. Prefirió meter el coche en el cobertizo para descargarlos.

Frantz mira al cielo. De momento, está despejado y su posición no está amenazada.

Cuando el coche estuvo en el cobertizo y Patrick Auverney abrió el maletero por segunda vez, miró a su hija, que llevaba cinco horas metida allí en posición fetal, y faltó poquísimo para que hablase en voz alta. Pero Sophie ya tenía la mano tendida hacia él y una mirada imperativa: se calló. Cuando salió, hizo unos cuantos estiramientos, pero ya estaba examinando el cobertizo. Luego se volvió hacia su padre. Siempre le ha parecido guapo. Él no va a ser capaz de confesarle que no hay quien la reconozca. Flaca, agotada. Tiene ojeras azules bajo los ojos, que le brillan como si tuviera fiebre. El cutis apergaminado. Está muy alarmado y ella se da cuenta. Se acurruca contra él cerrando los ojos y se echa a llorar en silencio. Se quedan así un minuto o dos. Luego Sophie se aparta y busca un pañuelo, sonriendo entre las

lágrimas. Él le alarga el suyo. Siempre le ha parecido fuerte. Se saca una hoja de papel del bolsillo de atrás del vaquero. El padre se saca las gafas del bolsillo de la camisa y empieza a leer atentamente. Mientras lee, la mira de vez en cuando, estupefacto. Le mira también el vendaje de la muñeca: lo pone enfermo. Mueve la cabeza como quien dice: «No puede ser». Al acabar de leer levanta el pulgar para decir «vale», como se le pide en el documento. Se sonríen. Él vuelve a guardar las gafas, se atusa la ropa, respira hondo y sale del cobertizo para ir a instalarse en el jardín.

Cuando Auverney salió del cobertizo, fue a colocar los muebles del jardín en una zona de sombra, a pocos metros, y luego se metió en la casa. Con los prismáticos, Frantz lo vio ir a la cocina y, luego, al salón. Salió pocos minutos después con el portátil y documentos en dos carpetas de cartón y se acomodó ante la mesa del jardín para trabajar. Consulta poco sus notas y teclea deprisa. Desde donde está, Frantz lo ve por detrás, de tres cuartos. De vez en cuando, Auverney saca un plano, lo desenrolla, comprueba una cota, hace rápidamente unos cálculos a mano en la propia tapa de los documentos. Patrick Auverney es un hombre serio.

La escena es espantosamente estática. Cualquiera relajaría la vigilancia, pero Frantz no. Sea la hora que sea, no dejará el puesto de observación hasta mucho después de que la última luz se haya apagado en la casa.

p.auverney@neuville.fr Conectado.

—¿¿¿Estás ahí???

Sophie ha tardado casi veinte minutos en montarse un sitio de trabajo decente sin hacer el menor ruido. Ha amontonado unas cajas en un ángulo muerto. Ha puesto una manta vieja encima de un banco de bricolaje. Luego, ha abierto el portátil y se ha conectado a la red wifi de casa de su padre.

patito.feo@neuville.fr Conectado.

—¿Papá? Estoy aquí.

—¡Uf!

—Por favor, que no se te olvide: haz diferentes gestos, mira las notas, pórtate como un profesional...

—¡Soy un profesional!

—Eres un papá-profesional.

—¿Cómo te encuentras?

—No hay de qué preocuparse.

—¿Estás de guasa?

—Quiero decir que ya no hay de qué preocuparse. Voy a volver a subir la cuesta.

—Da miedo verte.

—Yo también me doy miedo cuando me miro. Pero deja de preocuparte, que ahora todo va a ir bien. ¿Has leído mi mensaje?

—Lo estoy leyendo. Lo he abierto en otra ventana. Pero antes que nada: te quiero. Te echo mucho de menos. MUCHO. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero ¡NO ME HAGAS LLORAR AHORA, POR FAVOR!

—Vale. Me lo guardo todo. Para luego... Dime, ¿estás segura de que lo que estamos haciendo vale para algo? Porque, si no, parecemos un poco gilipollas los dos...

—Lee bien mi mensaje: puedo jurarte que está ahí, te está observando.

—Me da la impresión de que estoy interpretando un papel en un teatro vacío.

—Pues entonces puedes estar tranquilo: ¡tienes un espectador! ¡E incluso un espectador muy atento!

—Si es que está ahí.

—SÉ que está ahí.

—¿Y crees que no se le escapa nada?

—Soy la prueba viviente de que no se le escapa nada.

—Es algo que da que pensar...

—¿Qué?

—Nada.

—¡Eh! ¿Oye?

—...

—Papá, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿Has acabado de pensar?

—No del todo...

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Ahora hago gestos. Vuelvo a tu mensaje.

—Vale.

—Es todo tan absurdo y ¡al mismo tiempo, me hace sentirme estupendamente!...

—¿El qué?

—Todo. verte, saber que estás aquí. Viva.

—¡Y también saber que no hice nada de todo eso, reconócelo!

—Sí, también.

—¿Tuviste dudas, eh?

—...

—¡Eh!

—Sí, tuve dudas.

—No te guardo rencor, si hasta yo me lo creí, ¿sabes? Así que tú...

—...

—¿Oye?

—Estoy acabando de leer tu correo.

—...

—Vale, ya he terminado de leerlo. Estoy alucinado.

—¿Preguntas?

—A toneladas.

—¿Dudas?

—Oye, que bastante difícil está ya el asunto...

—¿¿¿DUDAS???

—¡Sí, joder!

—Así es como me gustas. Empieza por las preguntas.

—Esa historia de las llaves...

—Tienes razón: ahí empieza todo. A principios de julio de 2000 un individuo subido en una moto me roba el bolso del coche. Dos días después la comisaría me devuelve el bolso: un plazo de tiempo que le permite de sobra sacar copias de todo. Podía entrar en casa, coger cosas, cambiarlas de sitio, mirar nuestros correos electrónicos, o sea, TODO, ¡absolutamente TODO!

—Tus... trastornos, ¿son de esa época?

—Coincidieron. Por entonces yo tomaba cosas a base de plantas para dormir. No sé qué metía él dentro, pero creo que es lo que me ha seguido dando desde entonces. Después de morirse Vincent, entré a trabajar en casa de los Gervais. La asistenta perdió el llavero pocos días después de llegar yo. Lo buscó por todas partes, estaba aterrada y le daba miedo decírselo a los señores. Lo encontró milagrosamente durante el fin de semana. El mismo guion... Creo que usó esas llaves para entrar y estrangular al niño. POR ESO pensé yo que la puerta estaba cerrada desde dentro.

—Es posible... ¿Y el tipo de la moto?

—Tipos en moto los hay a montones, pero ¡sé que es siempre el mismo! El que me roba mis llaves, el que le roba el llavero a la asistenta, el tipo que nos siguió a Vincent y a mí, al que tiró al suelo Vincent y que salió huyendo, el que cae en la trampa que le tendí escondiendo el móvil en los aseos de un café de Villefranche...

—Bueno, vale, en ese orden las cosas tienen lógica. ¿Qué estás esperando para avisar a la policía?

—...

—Tienes elementos de sobra, ¿no?

—No tengo intención de avisarla.

—¿¿¿Y qué más quieres???

—No basta...

—???

—Digamos que a mí no me basta.

—¡Es una gilipollez!

—Es mi vida.

—¡Entonces lo haré yo!

—¡Papá! ¡Soy Sophie Duguet! ¡Me buscan por tres asesinatos por lo menos! Si la policía me encuentra ahora, me encierran. ¡Para toda la vida! ¿Tú crees que la policía se va a tomar en serio mis elucubraciones si no tengo pruebas seguras?

—Pero... ¡sí las tienes!

—¡No! ¡Lo que tengo es un puñado de circunstancias que sólo se sostienen por una hipótesis inicial mínima y que no tendrá ningún peso enfrentada con tres asesinatos, uno de los cuales es el de un niño de seis años!

—Vale. Al menos por ahora... Otra cosa: ¿cómo puedes estar segura de que ese individuo es efectivamente tu Frantz?

—Me conoció a través de una agencia matrimonial donde me había apuntado con el nombre de Marianne Leblanc (el que constaba en la partida de nacimiento que compré). Nunca me había conocido más que con ese nombre.

—¿Y qué?

—¡¡¡Entonces explícame por qué, cuando me corté las venas y se puso a dar gritos, me llamó «Sophie»!!!

—Sí, eso es verdad... Pero ¿POR QUÉ te cortaste las venas?

—¡Papá! Sólo conseguí escaparme una vez y me alcanzó en la estación. A partir de ese día no se volvió a separar de mí. Cuando salía, cerraba con llave. Durante varios días conseguí no tomar nada de lo que me daba: se me calmaron las jaquecas y la angustia... Además, no tenía otra solución. Debía encontrar una puerta de salida: en un hospital no podía estar vigilándome las veinticuatro horas del día...

—Habría podido salir mal...

—¡Imposible! Lo que hice era espectacular, pero venial. No se muere nadie por tan poco... Además, no me habría dejado morir. Quiere matarme él en persona. Eso es lo que quiere...

—...

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, estoy aquí... ¡En realidad, estoy intentando pensar, pero sobre todo estoy furioso, corazón! Noto que me estoy poniendo furioso y es tremendo.

—Yo también, pero con él no funciona la furia. Con él se necesita algo muy diferente.

—¿Qué?

—...

—¡¿QUÉ?!

—Es inteligente. Se necesita astucia...

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Todavía no lo sé, pero en cualquier caso volver.

—¡Espera! ¡Estás LOCA! No te dejo que vuelvas. ¡NI HABLAR!

—Ya sabía yo que ibas a decir eso...

—No dejo que te marches. ¡Y punto pelota!

—¿Otra vez me voy a quedar sola?

—¿Qué?

—¡Te pregunto si otra vez me voy a quedar sola! Más claro: ¿sólo así me ayudas? ¿Todo lo que me ofreces es compasión y furia? ¿¿¿TÚ SABES POR LO QUE HE PASADO??? ¿¿¿No te das cuenta??? ¡Vincent está muerto, papá! ¡Mató a Vincent! ¡Mató mi vida, lo mató... todo! ¿Voy a quedarme sola otra vez?

—Mira, patito...

—¡Vete a la mierda con tanto patito! ¡¡ESTOY AQUÍ!! ¿Me ayudas o qué?

—Te quiero. Te ayudo.

—Ay, papá, estoy tan cansada...

—Quédate un poco, descansa.

—¡Tengo que irme! Y a eso es a lo que me vas a ayudar, ¿vale?

—Sí, claro..., pero todavía queda una pregunta que no es manca...

—??

—¿Por qué hace todo eso? ¿Lo conoces? ¿Lo habías visto antes?

—No.

—Tiene dinero, tiempo y un encarnizamiento verdaderamente patológico... Pero ¿por qué CONTIGO?

—Por eso he venido, papá: ¿fuiste tú quien conservó las historias clínicas de mamá?

—??

—Creo que a eso es a lo que hay que remontarse. ¿Fue paciente de mamá? ¿Él o alguien cercano a él? No lo sé.

—Tengo dos o tres cosas, creo. En una caja... Nunca las he abierto.

—Pues creo que ha llegado el momento.

Frantz durmió en el coche alquilado. La primera noche, cuatro horas, en el aparcamiento del supermercado; la segunda, otras cuatro horas, en el aparcamiento de la estación de autobuses. Se arrepintió mil veces de la estrategia de esa elección; decidió mil veces irse por donde había venido; pero en todas esas ocasiones resistió a la tentación. Lo que se necesita es sangre fría y nada más. Sophie no puede ir a otro sitio. Vendrá aquí. A la fuerza. Es una asesina y la buscan; no irá a la policía; o se vuelve a casa o viene aquí, no tiene ninguna otra elección. Pero, a pesar de eso, estarse horas y horas mirando con prismáticos una casa donde no pasa nada le deja a uno los ánimos para el arrastre; la duda acaba siempre por abrirse camino y se precisan cuatro años de trabajo y de convencimiento para ponerle barreras.

Al final del tercer día, Frantz hace un viaje de ida y vuelta a casa. Se da una ducha y duerme cuatro horas. Aprovecha para coger cosas que echa de menos (termo, máquina de fotos, forro polar, navaja suiza, etcétera). Con las claras del alba está otra

vez en su puesto.

La casa de Auverney es una edificación con un piso, como tantas por esta zona. A la derecha del todo, el lavadero y un cobertizo donde se guardan seguramente los muebles de jardín en invierno. A la izquierda, la parte que tiene delante Frantz, el cobertizo donde mete Auverney el coche y alberga su abundantísimo material de bricolaje. Es una construcción amplia donde cabrían otros dos coches. Cuando está en casa y piensa volver a sacar el coche, deja la puerta de la derecha abierta.

Esta mañana ha salido de traje. Debe de tener una cita. Ha abierto el cobertizo de par en par y se ha quitado la chaqueta para llevar hasta el jardín uno de esos tractorcitos para cortar el césped como los de los campos de golf. La máquina debe de tener una avería porque ha tenido que empujarla y que tirar de ella y es un trasto que tiene pinta de pesar toneladas. Ha sujetado encima un sobre. Seguramente alguien pasará a recogerlo durante el día. Frantz ha aprovechado que estaban las dos puertas abiertas para mirar el cobertizo en conjunto y hacerle unas cuantas fotos: una de las mitades la ocupan por completo montones de cajas de cartón, sacos de mantillo y maletas cerradas con cinta adhesiva. Auverney se ha ido de casa a eso de las nueve. Y no ha vuelto. Son casi las dos. Nada se mueve.

FICHA CLÍNICA

Sarah Berg. Apellido de soltera: Weiss. Fecha de nacimiento: 22 de julio de 1944

Padres deportados y muertos en Dachau. Fecha desconocida

Matrimonio con Jonas Berg el 4 de diciembre de 1964

Nacimiento de un hijo, Frantz, el 13 de agosto de 1974

1982 – Diagnóstico de psicosis maníaco-depresiva (3.^a variedad: melancolía ansiosa) – Hospital L. Pasteur

1985 – Hospitalización en la clínica Le Parc (Dr. Jean-Paul Roudier)

1987-1988 – Hospitalización en la clínica Les Rosiers (Dra. Catherine Auverney)

1989 – Hospitalización en la clínica Armand-Brusseres (Dra. Catherine Auverney)

23 de septiembre de 1989 – Tras una conversación con la Dra. Auverney, Sarah Berg se pone su vestido de novia y se tira por la ventana del 5.^º piso. Muere en el acto.

Uno podrá ser de piedra, pero la espera agota a cualquiera. Hace ya tres días completos que desapareció Sophie. Auverney ha vuelto a eso de las cuatro y media. Le echó una ojeada a la cortadora de césped y recogió, con ademán fatalista, el sobre

que había dejado encima antes de irse.

En ese preciso momento es cuando suena el teléfono de Frantz.

De entrada, un profundo silencio. Dice: «¿Marianne?...». Oye algo así como unos sollozos. Repite:

—Marianne, ¿eres tú?

Esta vez ya no cabe duda. A través de sus sollozos, ella dice:

—Frantz..., ¿dónde estás?

Añade:

—Ven enseguida.

Luego, se pone a repetir en bucle: «¿Dónde estás?», como si no esperase respuesta.

—Estoy aquí —intenta decir Frantz.

Luego dice ella con voz ronca y agotada:

—He vuelto... Estoy en casa.

—Pues no te muevas de ahí... No te preocupes, estoy aquí, llego enseguida.

—Frantz... Por favor, ven pronto...

—Estaré ahí dentro de... algo más de dos horas. Dejo el teléfono encendido.

Estoy aquí, Marianne, ya no tienes que estar asustada. Si tienes miedo, me llamas, ¿de acuerdo?

Luego, como ella no contesta:

—¿De acuerdo?

Hay un silencio y ella dice:

—Ven pronto...

Y vuelve a echarse a llorar.

Frantz cuelga. Nota un alivio inmenso. Lleva tres días sin tomar fármacos, pero por la voz nota que está afectada, asténica. Afortunadamente, esta huida no parece haberle devuelto las fuerzas y la ventaja sigue aparentemente intacta. No hay que bajar la guardia, sin embargo. Saber dónde ha ido. Frantz ya está en la verja. Sale a rastras y echa a correr. Volver muy deprisa. No puede estar seguro de nada. ¿Y si se fuera otra vez? Llamarla cada cuarto de hora hasta que llegue. Sigue con una intranquilidad inconcreta, pero, por encima de todo, lo que prevalece es el alivio.

Frantz corre hacia el coche y todo sale a flote. Mientras arranca, se echa a llorar como un niño.

Sophie y Frantz

Cuando abre la puerta, Sophie está sentada ante la mesa de la cocina. Da la impresión de que lleva siglos sentada ahí sin moverse. La mesa está vacía, con la excepción del cenicero a rebosar; tiene las manos juntas y las apoya en el hule. Lleva una ropa que a Frantz no le suena, arrugada, unas prendas que no encajan entre sí; parece como si las hubiera comprado en una tienda de segunda mano. Tiene el pelo sucio y los ojos enrojecidos. Está espantosamente flaca. Se vuelve despacio hacia él, como si moverse le exigiera un esfuerzo desmesurado. Frantz se acerca. Ella quiere levantarse, pero no lo consigue. Se limita a ladear la cabeza y dice: «Frantz».

Él la estrecha contra sí. Huele mucho a tabaco. Le pregunta:

—¿Por lo menos has comido?

Ella sigue pegada a él y niega con la cabeza. Frantz se ha prometido no preguntarle nada ahora, pero no puede evitarlo:

—¿Dónde estabas?

Sophie cabecea, luego se aparta de él con la mirada perdida.

—No lo sé —articula—. He hecho autostop...

—¿Al menos no te ha pasado nada?

Ella niega con el gesto.

Frantz la tiene abrazada mucho rato. Ha dejado de llorar, acurrucada entre sus brazos como un animalito asustado. Ha relajado el cuerpo, pero sigue pesando increíblemente poco. Está tan flaca... Frantz se pregunta, por supuesto, dónde habrá ido, qué habrá estado haciendo todo este tiempo. Acabarán por decírselo, ya no hay ningún secreto para él en la vida de Sophie. Pero lo más sobresaliente en estos momentos de silencio es que se da cuenta del miedo que él ha pasado.

Tras cobrar la herencia de su padre, Frantz estaba convencido de que iba a poder dedicarse por completo a la doctora Catherine Auverney, así que la noticia de que había muerto pocos meses antes le pareció una traición. La existencia se comportaba de forma completamente desleal. Pero ahora hay algo que le irriga todas las fibras: el mismo alivio que el día en que descubrió la existencia de Sophie y se dio cuenta de que iba a ser la sustituta de la doctora Auverney. Que moriría en su lugar. Ese tesoro es el que ha estado a punto de perder estos tres días. Estrecha contra sí a Sophie y siente un potente bienestar. Agacha algo la cabeza y nota el olor del pelo. Ella se aparta un poco y lo mira. Los párpados hinchados y la cara sucia. Pero está guapa. Es innegable. Frantz se inclina y esa verdad, de repente, se le aparece en toda su desnudez, en toda su verdad: la quiere. En realidad no es eso lo que lo sorprende; hace mucho que la quiere. No, lo que resulta terriblemente conmovedor es que, a fuerza de prodigarle todas sus atenciones, a fuerza de amasarla, pilotarla, guiarla, modelarla, Sophie tiene ahora exactamente el mismo rostro que Sarah. Al final de su vida, Sarah también tenía esas mejillas chupadas, esos labios grises, esos ojos vacíos, esos hombros huesudos, esa flacura evanescente. Igual que Sophie ahora, Sarah lo

miraba con amor, como si fuera la única salida de todas las desgracias de este mundo, la única promesa de recuperar algún día una aparente serenidad. Esta relación de cercanía entre las dos mujeres lo trastorna. Sophie es perfecta. Sophie es un exorcismo, morirá maravillosamente bien. Frantz llorará mucho. La echará mucho de menos. Mucho. Se sentirá muy desdichado por estar curado y sin ella...

Sophie puede aún seguir mirando a Frantz a través del delgado velo de lágrimas, pero sabe que el líquido lacrimal deja de hacer efecto pronto. Es difícil entender qué le pasa a él por dentro. Así que mejor quedarse donde está, no moverse, dejar que le haga lo que quiera... Esperar. La tiene cogida por los hombros. La estrecha contra sí y, en ese preciso momento, Sophie nota que algo en él cede, se ahonda y se derrite; y no sabe qué. La estrecha y ella empieza a asustarse porque tiene la mirada extrañamente fija. Está claro que le corren pensamientos por la cabeza. No lo pierde de vista, como si quisiera inmovilizarlo. Traga saliva y dice: «Frantz...». Le ofrece los labios y él la besa en el acto. Es un beso contenido, tenso, un tanto pensativo, pero no deja de haber algo voraz en esa boca. Imperativo. Y algo duro en la parte baja del vientre. Sophie se concentra. Querría echar cuentas sin que el miedo interviniere, pero es imposible. Se siente agarrada y apresada. Frantz tiene fuerza física. A ella le da miedo morir. Así que se le arrima, le oprime la pelvis contra el vientre, nota cómo se endurece y eso la tranquiliza. Descansa en él la mejilla y mira el suelo. Puede respirar. Va relajando, de arriba abajo, los músculos, uno a uno, y el cuerpo se le disuelve poco a poco entre los brazos de Frantz. Él la endereza. Tira de ella hasta el dormitorio y la tiende en la cama. Podría quedarse dormida. Lo oye alejarse y entrar en la cocina; abre los ojos brevemente y los vuelve a cerrar. Ahora el ruido característico de la cucharilla contra los lados del vaso. Otra vez su presencia por encima de ella. Dice: «Ahora vas a dormir un poquito para descansar. Eso es lo más importante: descansar». Le sostiene la cabeza y ella se traga despacio el líquido. Para disimular el sabor, le pone siempre mucho azúcar. Luego se vuelve a la cocina. Sophie, de un gesto, se coloca de lado, aparta la sábana, se mete dos dedos hasta el fondo de la garganta. El estómago le pega un brinco, regurgita el líquido con una contracción que le pone el vientre del revés, se echa por encima la sábana y se vuelve a acostar. Él ya ha vuelto. Le pasa la mano por la frente. «Duerme tranquila», le dice en un soplo. Le pone la boca en los labios secos. Admira ese rostro tan hermoso. Ahora la quiere. Ese rostro es posesión suya. Ya le tiene miedo al momento en que ella no esté...

—Vinieron los gendarmes...

A Sophie no se le había ocurrido eso. Los gendarmes. En la mirada se le nota en el acto la preocupación. Frantz sabe hasta qué punto la auténtica Sophie puede temer

a los gendarmes. Hay que hilar fino.

—Pues claro —añade—. A la clínica no le quedó más remedio que avisarlos. Vinieron a casa...

Disfruta un momento con el pánico de Sophie, luego la abraza.

—Ya me ocupé yo de todo, tranquila. No quería que te buscaran. Sabía que ibas a volver.

Consiguió, en todos esos meses, no entrar nunca en contacto con la policía. Y ahora se ve metida en la red. Sophie respira hondo, intenta pensar. Frantz va a tener que sacarla de ésta. Sus intereses convergen. Hilar fino.

—Tienes que ir a firmar unos papeles. Para que quede constancia de que has vuelto... Les he dicho que estabas en Burdeos. Con unos familiares... Es mejor que nos quitemos esto de encima ahora.

Sophie mueve la cabeza para decir que no. Frantz la abraza algo más fuerte.

El vestíbulo de la gendarmería está empapelado de carteles descoloridos donde aparecen carnés de identidad ampliados, que aconsejan prudencia, que facilitan teléfonos de urgencia para cualquier circunstancia.

El gendarme Jondrette mira a Sophie con serenidad campechana. Ya le gustaría a él tener una mujer así. Lacia. Debe de darle a un hombre la impresión de ser útil. La mirada le va de Sophie a Frantz. Luego tabalea en la mesa que tiene delante. Los dedos gruesos se quedan quietos encima de un impreso.

—Así que nos escapamos de las clínicas...

Es su forma de mostrarse diplomático. Tiene ante sí a una mujer que ha intentado morir y no se le ocurre nada más. Sophie se da cuenta instintivamente de que hay que dar alas a esa idea que él tiene de la fuerza del varón. Baja la vista. Frantz le pasa un brazo por los hombros. Qué pareja tan bonita.

—¿Y dónde estaba usted?...

—En Burdeos —dice Sophie en un soplo.

—Eso es, en Burdeos. Es lo que me dijo su marido. Con unos familiares...

Sophie cambia de estrategia. Alza la vista y clava la mirada en Jondrette. Por muy rústico que sea, el gendarme nota ciertas cosas. Y lo que nota es que la señora Berg tiene mucho carácter.

—Está bien eso de los familiares... —suelta—. En estos casos, quiero decir, es algo que está bien...

—Creo que hay que firmar algo...

La voz de Frantz lleva hasta cierto punto al terreno de la realidad ese diálogo bastante velado. Jondrette se espabilta.

—Sí. Aquí...

Le pone delante y al derecho el impreso a Sophie. Ella busca un bolígrafo. Él le alarga uno con la propaganda de un taller de automóviles. Sophie firma. Berg.

—Ahora se van a enderezar las cosas —dice Jondrette.

Es difícil saber si se trata de una pregunta o de una afirmación.

—Van a ir bien —dice Frantz.

Jondrette, que es un buen marido, mira cómo la joven pareja sale abrazada de la comisaría. Debe de estar bien una mujer así, pero menuda fuente de incordios debe de ser por otra parte.

Sophie lo ha aprendido con paciencia: respirar como una persona dormida. Exige mucha concentración, estar pendiente en cada instante; pero ahora le sale muy bien. Hasta el punto de que veinte minutos después, cuando Frantz entra en la habitación y la mira dormir, está completamente confiado. La acaricia por encima de la ropa, se echa encima de ella y hunde la cara en la almohada. Con el cuerpo relajado, Sophie abre entonces los ojos, le ve los hombros y nota cómo la penetra. Poco le falta para sonreír...

Sophie acaba de iniciar un período de sueño que va a darle un respiro. Esta vez, con la euforia del momento, entregado a la alegría del reencuentro, se le ha ido un poco la mano con el somnífero: duerme profundamente en la habitación. Se queda un buen rato velándola, la escucha respirar, se fija en las menudas muecas nerviosas que le contraen la cara; luego se levanta, cierra el piso con llave y baja al sótano.

Pasa revista a la situación y, como no le valen para nada, decide destruir las fotografías de la casa del padre de Sophie. Las va mirando deprisa y las borra sobre la marcha. La casa, todas las ventanas, el coche; luego Auverney saliendo de casa, dejando el sobre encima del cortacésped; Auverney trabajando en la mesa del jardín, descargando los sacos de mantillo para huertos, decapando la verja. Son las dos de la mañana. Coge el cable de conexión y, antes de destruirlas, descarga unas cuantas fotos para verlas en la pantalla del ordenador. Sólo selecciona cuatro. En la primera se ve a Auverney andando por el jardín. Se ha quedado con ésta porque se le ve muy bien la cara de frente. Para tener más de sesenta años, es un hombre vigoroso. Rostro cuadrado, rasgos energéticos, mirada despierta. Frantz amplía la cara un 80%. Inteligente. 100%. Retorcido. 150%. Un individuo así puede ser temible. A ese rasgo de carácter, genético seguramente, le debe Sophie el hecho de estar viva todavía. En la segunda imagen se ve a Auverney trabajando en la mesa del jardín. Está de tres cuartos y Frantz amplía al 100% la mínima parte de la imagen en que se ve la pantalla del ordenador. El recorte está desenfocado. Lo mete entonces en un programa de tratamiento de imagen y pone un filtro de mejora para que se vea con más detalle. Cree intuir la barra de tareas de un procesador de textos, pero el conjunto sigue

careciendo de precisión. Manda la imagen a la papelera. La tercera foto la sacó el último día. Auverney va de traje. Se acerca al cortacésped para dejar el sobre, que seguramente es para el operario. Es imposible leer lo que pone en el sobre, cosa que por lo demás carece de importancia. La última imagen la tomó al final del acecho. Auverney dejó la puerta principal abierta de par en par y Frantz pasa revista minuciosamente al interior de la casa, que había mirado ya mucho rato con los prismáticos; una mesa grande y redonda con una lámpara de mesa de billar que debe de bajar bastante; al fondo, el mueble de un equipo de música empotrado en una estantería donde hay una cantidad impresionante de cedés. Frantz la manda a la papelera. Cuando está a punto de cerrar el programa de imagen, lo asalta una última curiosidad. Saca de la papelera la foto del cobertizo y, en unos cuantos clics, amplía lo que se ve en la sombra: cajas de cartón, sacos de mantillo, aperos de jardinería, una caja de herramientas, maletas. La sombra de la puerta cruza por la mitad del montón de cajas. Las de abajo están parcialmente iluminadas; las de arriba, hundidas en la penumbra. 120%. 140%. Frantz intenta leer los letreros escritos con rotulador negro en el canto de una de las cajas. Mete filtros de precisión, manipula el contraste, amplía más. Consigue intuir unas cuantas letras. En la primera línea: una A, una V y, al final, una S. En la línea siguiente una palabra que empieza por D, luego una C, luego una U; luego otra que es «AUV...» y, por lo tanto, «Auverney», seguramente. En la última línea, con claridad, la mención: «H a L». Esa caja es la que está más abajo del montón. Por la de encima pasa la raya luminosa: a lo que está abajo le da la luz; lo de arriba es invisible. Pero lo poco que ve lo deja parado en seco. Frantz se queda mucho rato pasmado ante esta imagen y el significado que va adquiriendo para él. Tiene delante las cajas donde están los archivos de la doctora Auverney.

En una de esas cajas está la historia clínica de su madre.

La llave gira en la cerradura. Ya está sola. Sophie se levanta en el acto, va corriendo al armario empotrado, se pone de puntillas, alcanza su llave y abre inmediatamente la puerta, con todos los músculos en tensión. Oye los pasos de Frantz retumbar en las escaleras. Va corriendo a la ventana, pero no lo ve pasar. A menos que haya ido por el cuarto de basuras, lo que no parece muy probable porque va en mangas de camisa; está en alguna parte del edificio. Se pone a toda prisa unos zapatos planos, vuelve a cerrar la puerta sin ruido y baja por las escaleras. Ya no se oye ningún televisor en esta zona. Sophie sosiega la respiración, se detiene en la planta baja, sigue adelante... No hay más salida que ésta. Abre despacio la puerta, rezando para que no chirríe. La penumbra no es total y, al final de las escaleras que se abren ante ella, divisa una luz bastante alejada. Atiende, pero sólo oye los latidos de su corazón y de sus sienes. Baja despacio. Abajo, la luz la guía hacia la derecha. Son trasteros. Al fondo, a la izquierda, una puerta se ha quedado entornada. No hace falta ir más allá; e incluso sería peligroso. Frantz tiene tres llaves en el llavero de la moto.

La última es de aquí. Sophie vuelve a subir en silencio. Esperar una ocasión.

Por el sabor, más amargo que de costumbre, debía de ser una dosis masiva. Afortunadamente, Sophie ha aprendido a organizarse. Coloca cerca de la cama una pelota de pañuelos de papel arrugados en la que puede regurgitar y que cambia cada vez que va al retrete. No siempre funciona el truco. Anteayer, Frantz se quedó con ella demasiado tiempo. No se apartó ni un segundo. Sophie notó que el líquido se abría un camino tortuoso por la garganta. Mejor que ponerse a toser, que es algo que nunca ha hecho y que no habría dejado de inquietar a Frantz, tomó la decisión de tragarse fingiendo que se movía en un sueño agitado. Pocos minutos después, notó que se le entumecía el cuerpo y se le blandaban los músculos. Le recordó esos últimos segundos antes de una operación, cuando el anestesista te pide que cuentes hasta cinco.

En esa ocasión fue un fracaso, pero ya tiene elaborada una técnica y, cuando se dan las condiciones, todo sale bien. Sabe almacenar el líquido en la boca y tragarse saliva. Si Frantz se aleja en los pocos minutos inmediatamente posteriores, se vuelve de lado rápidamente, coge la pelota de pañuelos y lo escupe. Pero si se queda mucho rato con el fármaco en la boca, se le mete dentro por las mucosas y se le mezcla con la saliva... Y si tiene que tragarlo, le queda cierta posibilidad de provocarse una arcada, pero tiene que hacerlo en los primeros segundos. En esta ocasión todo ha ido bien. Pocos minutos después de haberlo escupido, finge la respiración de una persona dormida en aguas profundas y, cuando Frantz se inclina hacia ella y empieza a acariciarla y a hablarle, mueve la cabeza a derecha e izquierda, como si quisiera escapar de sus palabras. Rebulle, primero despacio, luego a velocidad de crucero, gesticula, se retuerce, bascula e incluso se embarca en dar saltitos de carpa cuando necesita manifestar un paroxismo en la pesadilla. Frantz también se atiene a su ritual. Empieza por inclinarse hacia ella y hablarle sosegadamente; le acaricia un poco el pelo y los labios, con la yema de los dedos, el pecho, pero luego traslada toda la energía a las palabras.

Frantz le habla y observa. Modifica lo que va diciendo según quiera trastornarla o, por el contrario, calmarla. Siempre mete muertos en el programa. Esta noche, aquí llega Véronique Fabre. Sophie lo recuerda todo muy bien: el sofá en que consigue acodarse, el cuerpo de la chica en un charco de sangre. El cuchillo de cocina que Frantz ha debido de ponerle en la mano.

—¿Qué pasó, Sophie? —pregunta Frantz—. ¿Te enfadaste? Eso es, ¿verdad?, te enfadaste...

Sophie intenta darse la vuelta para escapar de él.

—Vuelves a ver a esa chica muy bien, ¿verdad? Recuerda. Llevaba un conjunto gris bastante triste. Sólo se ve un cuello blanco, redondo..., un cuello a la caja. Ahora vuelves a verla, muy bien. Lleva zapatos planos...

La voz de Frantz es grave y habla despacio.

—Estaba preocupado, ¿sabes, Sophie? Llevabas en su casa casi dos horas..., no te veía bajar...

Sophie suelta gemidos, gira la cabeza con nerviosismo. Las manos se le mueven desordenadamente encima de la sábana.

—... y veo, en la calle, a esa chica que va corriendo a la farmacia. Explica que te has puesto mala... ¿Te imaginas, ángel mío, qué preocupación me entró?

Sophie intenta sustraerse a la voz volviéndose para otro lado rabiosamente. Frantz se incorpora, rodea la cama, se arrodilla y sigue, muy pegado al oído.

—No le di tiempo a que te atendiera. En cuanto entró, llamé. Al abrir la puerta todavía llevaba en la mano la bolsita de la farmacia. Te vi detrás de ella, ángel mío, Sophie mía, tumbada en el sofá, tan profundamente dormida, como hoy, chiquitina mía... En cuanto te vi se me pasó la preocupación. Estabas muy guapa, ¿sabes? Mucho.

Frantz le pasa a Sophie el dedo índice por los labios y ella no puede impedir un reflejo de retroceso. Para disimular, guiña rabiosamente los ojos y hace diminutos movimientos espasmódicos con los labios...

—Hice exactamente lo que habrías hecho tú, Sophie mía... Pero, de entrada, la acogoté. Nada grave, sencillamente la hice caer de rodillas mientras me daba tiempo a dar unos cuantos pasos hacia la mesa para coger el cuchillo de cocina. Luego, esperé a que se pusiera de pie. Tenía mirada de asombro, de susto también, claro, eran muchas sensaciones para ella, hay que hacerse cargo. No te muevas tanto, ángel mío, estoy aquí, no puede pasarte nada.

Sophie da otro salto de carpa y se da la vuelta, sube las manos hasta el cuello, como si quisiera taparse los oídos pero no supiera ya cómo hacerlo; sus movimientos parecen desordenados e inútiles.

—Hice lo que tú. Tú te habrías acercado, ¿verdad? La habrías mirado a los ojos. ¿Te acuerdas de su mirada? Una mirada muy expresiva. No le habrías dado tiempo, la habrías mirado fijamente y, con un golpe muy fuerte, le habrías clavado el cuchillo en la tripa. Nota lo que se siente en el brazo, Sophie, cuando se le clava así un cuchillo en la tripa a una chica. Te lo voy a enseñar.

Frantz se inclina hacia ella y le coge con suavidad la muñeca. Sophie se resiste, pero él ya la ha agarrado con firmeza y en el mismo momento en que repite esas palabras hace el ademán en el aire, y el brazo de Sophie, manipulado con fuerza, se hunde en el aire y parece toparse con una resistencia eléctrica...

—Esto es lo que se nota, Sophie, clavas así el cuchillo, de un solo golpe, y lo giras así, hasta el fondo del todo...

Sophie empieza a gritar.

—Mírale la cara a Véronique. Mira primero cómo sufre, qué daño le estás haciendo. Le arde el vientre, mira cómo desorbita los ojos, y la boca que abre para dar salida al dolor; y tú, fíjate, le sigues sujetando el cuchillo en lo más hondo de la

tripa. Eres despiadada, Sophie. Ella empieza a soltar alaridos. Entonces, para que se calle, sacas el cuchillo (ya está lleno de su sangre, mira cómo pesa ahora) y se lo vuelves a clavar otra vez. ¡Sophie, para ya!...

Pero, según dice esto, Frantz sigue empujándole a Sophie la muñeca hacia adelante en el vacío. Sophie se agarra la muñeca con la otra mano, pero Frantz tiene demasiada fuerza; ahora grita, se revuelve, intenta encoger las rodillas, pero no consigue nada; es como si un niño pelease con un adulto...

—¿Así que nada puede detenerte? —sigue diciendo Frantz—. Una vez, dos veces, y más, y más, no dejas de clavarle el cuchillo en la tripa, y más, y más; y dentro de un rato te despertarás con el cuchillo en la mano y a tu lado tendrás a Véronique en el charco de su sangre. ¡Cómo puede alguien hacer cosas así, Sophie! ¿Cómo puede alguien seguir viviendo cuando es capaz de hacer cosas así?

Son algo más de las dos de la mañana. Sophie lleva varios días consiguiendo no dormir más que unas pocas horas por la noche gracias a una mezcla explosiva de vitamina C, cafeína y glucuronamida. A estas horas de la noche es cuando Frantz está más profundamente dormido. Sophie lo mira. Este hombre tiene una cara voluntariosa e incluso mientras duerme se desprende de él una energía y una voluntad potentes. Estaba respirando muy despacio, pero ahora lo hace de forma más irregular. Gruñe entre sueños, como si le costase respirar. Sophie está desnuda, tiene un poco de frío. Se cruza de brazos y lo mira. Lo odia serenamente. Va a la cocina. Hay en ella una puerta que da a un local diminuto que, en la urbanización, llaman «el secadero», a saber por qué. Menos de dos metros cuadrados con una abertura pequeña que da al exterior —hace casi tanto frío en verano como en invierno—, donde se coloca todo cuanto no encuentra lugar en ningún otro sitio; son los dominios de la rampa de vaciar el cubo de la basura. Sophie abre con cuidado la trampilla y mete la mano bastante, hacia arriba. Saca una bolsa de plástico transparente y la abre deprisa. Deja en la mesa una jeringuilla corta y un frasco con un producto. Devuelve la bolsa con los frascos que quedan a la trampilla y, por precaución, da unos cuantos pasos hacia el dormitorio. Frantz sigue profundamente dormido y ronca un poco. Sophie abre la nevera, saca el pack de cuatro yogures líquidos, que sólo toma Frantz. La aguja de la jeringuilla entra por la cápsula flexible y no deja sino un agujero minúsculo que la tapa disimula. Tras haber inyectado en todos una dosis del producto, Sophie los agita uno por uno para que se mezcle bien y los vuelve a dejar donde estaban. Pocos minutos después la bolsa de plástico ya está otra vez en su sitio y Sophie se mete en la cama. Sólo con notar el contacto del cuerpo de Frantz siente un asco indescriptible. Le gustaría matarlo mientras duerme. Con un cuchillo de cocina, por ejemplo.

Según él, Sophie debería dormir alrededor de diez horas. Tendrá tiempo de sobra

si todo sale bien. En caso contrario, deberá volver a intentarlo más adelante, pero está tan exaltado que no quiere ni considerar esa perspectiva. En plena noche, sólo necesita algo menos de tres horas para ir a Neuville-Sainte-Marie.

Es una noche que amaga lluvia. Sería lo ideal. Deja la moto en las lindes del bosquecillo, es decir, todo cuanto puede acercarse. Pocos minutos después lo reciben dos buenas noticias simultáneas: la casa de Auverney está sumida en la oscuridad y las primeras gotas de lluvia se aplastan contra el suelo. Deja a sus pies la bolsa de deporte y se quita rápidamente el mono que lleva encima de un chándal fino. En cuanto se pone unas deportivas y cierra la bolsa, Frantz baja por la colinita que separa el bosque del jardín de Auverney. Salta la verja. Sabe que no hay perro. En el momento de llegar a la puerta del cobertizo, se enciende una luz en la ventana de la primera planta. Es el dormitorio de Auverney. Se pega a la puerta. A menos que baje y salga al jardín, Auverney no puede darse cuenta de su presencia. Frantz mira el reloj. Son casi las dos de la mañana. Tiene tiempo por delante, pero también está de lo más impaciente, con esa clase de estado de ánimo que lo hace a uno cometer errores. Respira hondo. La ventana de la habitación proyecta un rectángulo de luz que perfora la cortina de lluvia fina y cae en el césped. Se divisa una forma que pasa y desaparece. Las noches en que lo estuvo observando, Auverney no parecía propenso al insomnio, pero nunca se sabe... Frantz se cruza de brazos, mira la lluvia, que le pone una rejilla a la oscuridad, y se prepara para una espera larga.

Cuando era pequeña, las noches de tormenta como ésta la electrizaban. Abre las ventanas de par en par y aspira con fuerza el frescor que le deja helados los pulmones. Lo necesita. No ha conseguido regurgitar del todo el fármaco de Frantz y trastabilla un poco, con la cabeza pesada. El efecto no debería durar, pero está en la fase ascendente del somnífero y en esta ocasión Frantz ha forzado la dosis. Si ha tomado esa decisión, eso quiere decir que va a estar fuera un buen rato. Se ha marchado a eso de las once. Según ella, no volverá hasta las tres o las cuatro de la mañana. En la duda, hace cálculos basándose en las dos y media. Se va agarrando a los muebles para no caerse y abre la puerta del cuarto de baño. Ahora ya tiene costumbre. Se quita la camiseta, se mete en la bañera, respira hondo y abre el agua fría a tope. Suelta un grito ronco y deliberado, se obliga a seguir respirando. Pocos segundos después está congelada y se restriega vigorosamente con una toalla que tiende en el acto en el secadero, frente al tragaluces. Se prepara un té muy cargado (que no se nota en el aliento, lo contrario del café) y mientras espera que esté lista la infusión hace movimientos tonificantes con los brazos y las piernas, unas cuantas flexiones para acelerar la circulación de la sangre y, poco a poco, nota que le vuelve algo de vitalidad. Se toma el té muy caliente a sorbitos y luego lava y seca los cacharros. Retrocede un poco para mirar si algo revela que ha pasado por la cocina. Se sube a una silla, levanta un panel del falso techo y saca una llavecita plana. Antes

de bajar al sótano, se pone guantes de látex y se cambia de calzado. Cierra la puerta muy despacio y baja.

No ha dejado de llover ni un instante. Se oye perfectamente el ruido de los camiones que pasan por la nacional. Así, cambiando el peso de pie sin hacer ruido en unos pocos centímetros cuadrados, Frantz ha empezado a quedarse frío. En el instante en que estornuda por primera vez se apaga la luz del dormitorio. La una y cuarenta y cuatro minutos exactamente. Frantz se concede veinte minutos. Vuelve a la posición de espera y se pregunta si tendrá que ir al médico. Retumba a lo lejos el primer trueno, hay un zigzag en el cielo que ilumina toda la finca brevemente.

A las dos y cinco en punto, Frantz deja su posición, va siguiendo sin prisa la pared del edificio y palpa el marco de una ventanita que está al alcance y través de la que, a la luz de su linterna, ve claramente el interior. El marco es viejo; los inviernos han hinchado seguramente la madera. Frantz saca el estuche de herramientas, coloca una mano en el centro de la ventana, prueba la resistencia; pero, nada más empujar la ventana, ésta se abre con violencia y golpea ruidosamente la pared. Con el estruendo de la tormenta, hay poco riesgo de que el ruido haya llegado hasta la primera planta, del otro lado del edificio. Cierra el estuche, lo coloca cuidadosamente en el alféizar, se empina hasta la ventana y cae con delicadeza del otro lado. El suelo es de cemento. Se quita los zapatos para no dejar huellas. Pocos segundos después, con la linterna en la mano, se acerca a las cajas de cartón donde están los archivos de la doctora Auverney. No necesita más de cinco minutos para sacar la caja de la letra A a la G. No puede por menos de notar unos nervios que lo dejan sin la flema acostumbrada; no le queda más remedio que respirar hondo varias veces y dejar que le cuelguen los brazos flojos a lo largo del cuerpo.

Todas las cajas pesan mucho. Están cerradas sencillamente con una tira de papel adhesivo ancho. Frantz pone boca abajo la que le interesa. El fondo está pegado sin más. Basta con meter la cuchilla de un cíter para despegar las cuatro solapas de cartón ondulado. Se encuentra entonces ante una pila impresionante de carpetas de papel. Saca una al azar: «Gravetier». El nombre está escrito en la carpeta con rotulador azul, en mayúsculas. Vuelve a guardarla en la caja. Saca varias carpetas y nota que se acerca la liberación. Baland, Baruk, Belais, Benard. ¡Berg! Una carpeta naranja, las letras son de la misma mano, siempre mayúsculas. Es muy delgada. Frantz la abre nerviosamente. Sólo hay tres documentos. El primero se llama: «Balance clínico», y lleva el nombre de Sarah Berg. El segundo es una sencilla nota donde se recopilan datos administrativos y de estado civil; el último es una hoja con indicaciones de medicamentos, escritas a mano y, en su mayoría, ilegibles. Saca el balance clínico, lo dobla en cuatro y se lo mete debajo del mono. Coloca la carpeta en su sitio, pone boca arriba la caja, embadurna unas cuantas zonas con pegamento extrafuerte por la parte de dentro de las solapas y vuelve a colocar en su sitio la caja,

ya cerrada. Pocos segundos después sale de una zancada por la ventana y va a caer en el jardín. No han pasado quince minutos cuando va por la autopista, obligándose a respetar los límites de velocidad.

Nada más pasar la puerta, Sophie se ha asustado. Y eso que ya sabe quién es Frantz. Pero el espectáculo que brinda su trastero... es como meterse en su subconsciente. Las paredes están completamente llenas de fotos. Le suben las lágrimas en el acto. La invade una desesperación terrible cuando se le posa la vista en los primeros planos ampliados de Vincent, ese rostro hermoso y triste. Ahí están cuatro años de su vida. Ella andando (¿por dónde?), las instantáneas grandes en color tomadas en Grecia y que le costaron el puesto en Percy's en circunstancias tan vergonzosas... Ella otra vez saliendo de un supermercado, estamos en 2001, y aquí la casa de Oise... Sophie se muerde el puño. Querría gritar, querría hacer saltar con explosivos este sótano, este edificio, la tierra entera. Se siente violada una vez más. En esta foto a Sophie la sujetaba el vigilante de un autoservicio. Aquí está entrando en una comisaría; en varias instantáneas se la ve en primer plano en aquella época en que era guapa. Y aquí está hecha un adefeso, en Oise; anda, enlazada con Valérie, por el jardín. Ya tiene expresión triste. Y aquí... Aquí está Sophie llevando de la mano a Léo. Sophie se echa a llorar, no consigue dejarlo, ya no puede reflexionar, ya no puede pensar, sólo puede llorar, cabecea a derecha e izquierda bajo los efectos de esa desventura irreparable que es su vida, ahí expuesta. Empieza a gemir, le suben los sollozos garganta arriba, las lágrimas se tragan las fotos y el trastero y su vida, Sophie cae de rodillas, alza la mirada hacia las paredes, sus ojos captan a Vincent tendido sobre ella, desnudo, la foto está tomada por la ventana de su piso, cómo es posible, primeros planos de cosas de ella, cartera, bolso, blíster de píldoras, otra vez ella con Laure Dufresne, y ahí también... Sophie gime, pega la frente al suelo y sigue llorando, ya puede llegar Frantz, ya no tiene importancia, está lista para morir.

Pero Sophie no se muere. Alza por fin la cabeza. Una ira feroz va ocupando poco a poco el lugar de la desesperación. Se incorpora, se seca las mejillas, su furia sigue intacta. Ya puede llegar Frantz. Ya no tiene importancia, está lista para matarlo.

Sophie está por todas las paredes menos en el tabique de la derecha, donde hay tres fotos. Diez, veinte, treinta veces quizás las mismas tres fotos, con marcos diferentes, coloreadas, blanco y negro, sepia, retocadas, tres imágenes de la misma mujer, Sarah Berg. Es la primera vez que la ve. El parecido con Frantz es pasmoso, los ojos, la boca... En dos de las fotos es joven, alrededor de los treinta seguramente. Guapa. Muy guapa incluso. En la tercera imagen debe de estar ya más cerca del final. Está sentada en un banco sobre el que chorrea un sauce llorón, con la mirada perdida. Un rostro de autómata.

Sophie se suena, se sienta ante la mesa, abre el portátil y aprieta el botón de encendido. Pocos segundos después, parpadea la ventana de la contraseña. Sophie

mira la hora, se da cuarenta y cinco minutos y empieza por lo más evidente: sophie, sarah, mamá, jonas, auverney, catherine...

Cuarenta y cinco minutos después no le queda más remedio que renunciar.

Baja la tapa con mucho cuidado y empieza a revolver en los cajones. Encuentra un montón de cosas suyas, las mismas a veces que aparecen en las fotos clavadas con chinchetas en la pared. Le quedan pocos minutos del tiempo que se ha fijado. Cuando está a punto de irse, abre un cuaderno de cuadraditos y empieza a leer:

3 de mayo de 2000

Acabo de verla por primera vez. Se llama Sophie. Salía de su casa. Sólo he divisado la silueta. Está claro que es una mujer que lleva prisa. Se subió al coche y arrancó en el acto, tan deprisa que me costó seguirla con la moto.

CONFIDENCIAL

Dra. Catherine Auverney

Clínica Armand-Brussières

para

Dr. Sylvain Lesgle

Director de la clínica Armand-Brussières

16 de noviembre de 1989

BALANCE CLÍNICO

Paciente: Sarah Berg, de soltera Weiss

Dirección: (ver carpeta adm.)

Fecha de nacimiento: 22 de julio de 1944, en París (XI)

Profesión: sus labores

Fallecimiento: 23 de septiembre de 1989 en Meudon (92)

El primer ingreso hospitalario de Sarah Berg fue en septiembre de 1982 (hospital Pasteur). No se nos ha enviado la historia. Sabemos, por los datos que hemos cruzado, que esa hospitalización se debió a una prescripción del médico que la trataba a instancias de su marido, Jonas Berg, pero con el consentimiento de la paciente. No parece haber sobrepasado el período de urgencia.

Internó a Sarah Berg por segunda vez en 1985 el doctor Roudier (clínica Le Parc). La paciente mostraba por entonces síntomas depresivos mayores crónicos, cuyas primeras manifestaciones databan de hacía mucho y se remontaban a mediados de la década de 1960. La hospitalización, que se llevó a cabo tras un IS con barbitúricos, duró del 11 de marzo al 26 de

octubre.

Empecé a tratar personalmente a Sarah Berg en junio de 1987, durante su tercera hospitalización (que concluyó el 24 de febrero de 1988). Supe luego que antes del IS que justificaba esta hospitalización había habido al menos otros dos, entre 1985 y 1987. El modus operandi de estos IS, esencialmente con fármacos, puede considerarse estable en esa época. El estado de la paciente justifica en consecuencia un tratamiento masivo, por ser el único que puede luchar eficazmente contra recaídas en el acto suicida. La consecuencia de este tratamiento fue que hubo que esperar a finales de julio de 1987 para entrar realmente en contacto con la paciente.

Cuando lo conseguimos, Sarah Berg, de cuarenta y tres años de edad por esas fechas, resulta ser una mujer de una inteligencia despierta y reactiva, que dispone de un vocabulario rico e incluso complejo y de una innegable capacidad de elaboración. Está claro que tiene la vida marcada por la deportación de sus padres y su desaparición en el campo de Dachau poco después de nacer ella. Las primeras manifestaciones depresivas de carácter delirante, muy precoces desde luego, parecen articular un fuerte sentimiento de culpa —corriente en esas configuraciones— con una potente hemorragia narcisista. Durante nuestras charlas, Sarah menciona continuamente a sus padres y se pregunta con frecuencia por la justificación histórica (centrada en el tema: ¿por qué ellos?). Tras esa pregunta está, por supuesto, una dimensión más antigua desde el punto de vista psíquico, que va unida a la pérdida del amor del otro y a la pérdida de la propia estima. Tenemos que insistir en que Sarah es una persona muy enterñecedora y que a veces desarma incluso por la sinceridad desbordante con la que acepta, hasta el exceso, ponerse en entredicho. Sarah, que resulta con frecuencia muy conmovedora cuando menciona la detención de sus padres, la prolongada espera que precedió a la certidumbre de su muerte, el rechazo del duelo, que apenas retrasó una actividad tan sobreabundante como oculta de búsqueda entre los supervivientes, muestra una sensibilidad dolorosa, ingenua y lúcida al tiempo. El principio neurótico en que se halla inserta su infancia articula la sensación de culpa de la superviviente con un sentimiento de indignidad que se da muchas veces en los huérfanos, que interpretan inconscientemente la «marcha» de sus padres como la prueba de que no eran niños interesantes.

Usaremos como factor común para el conjunto de este análisis qué factores genéticos, que lógicamente se hallan fuera del alcance de nuestras investigaciones, han podido intervenir en la enfermedad de Sarah Berg. Nuestras recomendaciones irían, por descontado, en el sentido de una vigilancia estricta de la descendencia directa de esta paciente, de la que hay que temer desde luego síntomas depresivos caracterizados por fijaciones morbosas y manifestación de obsesiones.

[...]

Frantz regresó en plena noche. Sophie se despertó al oír la puerta y volvió a sumirse en el acto en ese sueño fingido que ahora domina tan bien. Por el ruido de los pasos en el piso, por la forma en que cerraba la puerta de la nevera, cayó en la cuenta de que estaba muy nervioso. Él, que solía ser tan tranquilo... Intuyó su silueta en la puerta del dormitorio. Luego se acercó a la cama y se arrodilló. Le acarició el pelo. Parecía pensativo. En vez de acostarse, pese a lo entrada que estaba la noche, volvió al salón y fue a la cocina. A Sophie le pareció oír ruido de papeles, como si abriese un sobre. Luego, nada. No se acostó en toda la noche. Se lo encontró por la mañana, sentado en una silla de la cocina, con la mirada perdida. Volvía a parecerse muchísimo a la foto de Sarah, aunque daba la impresión de estar más desesperado. Como si de pronto hubiera envejecido diez años. Se contentó con alzar la vista hacia ella, como si la atravesase con la mirada.

—¿Estás malo? —preguntó Sophie.

Ella se cerró más el albornoz. Frantz no contestó. Se quedaron así un buen rato. Curiosamente, a Sophie le dio la impresión de que aquel silencio nuevo, tan inesperado, era la primera comunicación real entre ellos desde que se conocían. No habría sabido decir a qué se debía. Entraba la luz del día por la ventana y le salpicaba los pies a Frantz.

—¿Has salido? —preguntó Sophie.

Él se miró los pies, manchados de barro, como si ya no fueran tuyos.

—Sí... Bueno, no...

Estaba claro que algo no iba bien. Sophie se acercó e hizo un esfuerzo para pasarle a Frantz una mano por la nuca. El contacto le revolvió el cuerpo, pero aguantó. Puso agua a calentar.

—¿Quieres té?

—No... Bueno, sí.

Curioso ambiente. Era como si Sophie estuviera saliendo de la oscuridad y Frantz estuviera entrando.

Tiene la cara muy blanca. Dice sencillamente: «Me noto pachucito». Lleva dos días comiendo muy poco. Sophie le aconseja que tome productos lácteos: toma tres yogures, que ella le prepara cuidadosamente, y té. Luego se queda sentado, mirando el hule de la mesa. Ensimismado. A ella le da miedo esa expresión sombría. Se queda así mucho rato, perdido en sus pensamientos. Luego, se echa a llorar. Sin más. No se le nota ninguna pena en la cara, las lágrimas fluyen y caen en el hule. Desde hace dos días.

Se seca los ojos torpemente y luego dice: «Estoy malo». Le tiembla la voz y la tiene débil.

—A lo mejor es la gripe —dice Sophie.

Es la típica frase estúpida que atribuye las lágrimas a la gripe. Pero que Frantz lllore es algo tan inesperado...

—Échate —rectifica Sophie—. Voy a prepararte algo caliente.

Él susurra algo así como: «Sí, está bien...», pero no está segura. Qué ambiente más raro. Frantz se levanta, da media vuelta, se mete en el dormitorio y se echa sin desnudarse. Sophie le prepara un té. La ocasión ideal. Comprueba que sigue echado y, luego, abre la trampilla de la basura...

No sonríe, pero siente un profundo alivio. La dinámica acaba de invertirse. La suerte le ha echado una mano, es lo menos que podía pedirle. Estaba decidida, ante la primera debilidad, a repartir ella las cartas. A partir de ahora, se promete, no piensa soltarlo de la mano. Hasta que esté muerto.

Cuando entra en el dormitorio, Frantz la mira de forma muy rara, como si reconociese a alguien a quien no esperaba, como si fuera a decirle algo muy serio. Pero nada. Calla. Se apoya en el codo.

—Deberías desnudarte... —dice ella, adoptando una actitud atareada.

Apila las almohadas, estira las sábanas. Frantz se levanta y se desnuda despacio. Tiene un aspecto muy abatido. Ella sonríe: «Si parece que te has quedado dormido ya...». Antes de acostarse, coge el tazón que ella le ha preparado. «Te ayudará a dormir un poco...» Frantz empieza a beber y dice: «Lo sé...».

[...]

Sarah Weiss se casa en 1964 con Jonas Berg, nacido en 1933 que, como puede verse, le lleva más de once años. Esta elección confirma la búsqueda de unos padres simbólicos que pretende, dentro de lo posible, paliar la ausencia de los padres verdaderos. Jonas Berg es un hombre muy activo, imaginativo, un trabajador incansable y un hombre de negocios tremadamente intuitivo. No desaprovecha la oportunidad económica que le brindan los años dorados del capitalismo posteriores a la Segunda Guerra Mundial y funda, en 1959, la primera cadena francesa de autoservicios. Quince años después, convertida en franquicia, la empresa no cuenta con menos de cuatrocientos treinta comercios que garantizan a la familia Berg una prosperidad que persiste durante la crisis económica de la década de 1970 gracias a la prudencia de su fundador y permite, incluso, incrementar la compra de edificios de viviendas, sobre todo de renta.

Jonas Berg, por su solidez y el sincero cariño que le profesa, fue siempre para su mujer un eje imprescriptible de seguridad. Parece ser que los primeros años de la pareja llevaron la marca del aumento, poco explícito al principio, pero más sensible con el paso del tiempo, de los síntomas depresivos de Sarah, que iba cayendo progresivamente en una dimensión verdaderamente melancólica.

En febrero de 1973, Sarah se queda embarazada por primera vez. La joven pareja recibe el acontecimiento con absoluta alegría. Jonas Berg sueña seguramente en secreto con un hijo, pero Sarah, por su parte, espera la llegada de una hija (claramente destinada a convertirse en el «objeto ideal de reparación» y el paliativo que permita poner coto a la grieta narcisista original). Esta hipótesis la confirma la dicha excepcional de la pareja durante los primeros meses del embarazo y la desaparición casi completa de los síntomas depresivos de Sarah.

El segundo suceso decisivo de la vida de Sarah (después de la muerte de sus padres) ocurre en junio de 1973, cuando tiene un parto prematuro del que nace una niña muerta. El vacío que vuelve a abrirse le causará destrozos que el segundo embarazo convertirá en irreparables.

[...]

Cuando tuvo la seguridad de que estaba dormido, Sophie bajó al sótano; sube consigo el cuaderno donde hay un diario. Enciende un cigarrillo, pone el cuaderno en la mesa de la cocina y empieza a leer. Ya desde las primeras palabras todo está ahí, bien en su sitio, más o menos como se lo había imaginado ella. Página tras página, su odio se va haciendo más fuerte y se le convierte, en el vientre, en una bola. Las palabras del cuaderno de Frantz son el eco de las fotos con que ha cubierto las paredes del trastero. Tras los retratos, ahora van desfilando los nombres: Vincent y Valérie en cabeza... De vez en cuando Sophie alza la vista hacia la ventana. Apaga la colilla y enciende otro cigarrillo. Si en ese momento se le ocurriera a Frantz levantarse, sería capaz de clavarle un cuchillo sin pestañear, de tanto como lo odia. Podría apuñalarlo mientras duerme, sería tan fácil. Pero no lo hace de tanto que lo odia. Tiene varias soluciones. Y todavía no se ha decidido por ninguna.

Sophie saca una manta del armario empotrado y se va a dormir al sofá del salón.

Frantz sale a flote tras unas doce horas de sueño, pero es como si siguiera dormido. Anda despacio y tiene la cara muy pálida. Mira el sofá, en el que Sophie ha dejado la manta. No dice nada. La mira.

—¿No tienes hambre? —pregunta ella—. ¿Quieres llamar a un médico?

Él dice que no con la cabeza, pero ella no sabe si se refiere al hambre o al médico. A los dos, a lo mejor.

—Si es la gripe, ya se me pasará —dice con voz átona.

Más que sentarse delante de ella, se desploma. Coloca las manos ante sí, como si fueran objetos.

—Tienes que comer algo —dice Sophie.

Frantz indica con un ademán que lo que ella quiera. Dice: «Lo que quieras...».

Sophie se levanta, va a la cocina, mete un guiso congelado en el microondas y

enciende otro cigarrillo mientras espera que suene el avisador. Frantz no fuma y el humo suele molestarlo, pero está tan débil que no parece notar siquiera que ella está fumando y que apaga las colillas en los tazones del desayuno. Él, que es tan meticuloso.

Frantz le da la espalda a la cocina. Cuando el guiso está ya caliente, Sophie pone la mitad en un plato. En cuanto ha comprobado que Frantz no se ha movido del sitio, mezcla el somnífero con la salsa de tomate.

Frantz prueba la comida y alza los ojos hacia ella. El silencio la hace sentirse incómoda.

—Está bueno —dice por fin.

Prueba la lasaña, espera unos segundos, prueba la salsa.

—¿Hay pan? —pregunta.

Sophie vuelve a levantarse y le trae una bolsa de plástico con pan industrial cortado en rebanadas. Frantz empieza a mojar pan en la salsa. Se lo come sin ganas, maquinalmente, concienzudamente, hasta el final.

—¿Qué te pasa exactamente? —pregunta Sophie—. ¿Te duele algo?

Frantz se señala la caja torácica con un ademán inconcreto. Tiene los ojos hinchados.

—Te sentará bien beber algo caliente...

Se levanta y le prepara un té. Cuando vuelve, comprueba que tiene otra vez los ojos húmedos. Él se toma el té muy despacio, pero lo deja pronto, suelta el tazón y se levanta con dificultad. Va al retrete y luego se echa otra vez. Apoyada en el marco de la puerta, Sophie mira cómo se acomoda. Pueden ser las tres.

—Voy a hacer unos cuantos recados... —se arriesga a decir.

Nunca la deja salir. Pero en esta ocasión Frantz vuelve a abrir los ojos, la mira fijamente y, después, parece que se le adueña de todo el cuerpo un entumecimiento. En el tiempo que Sophie tarda en vestirse ya se ha hundido en el sueño.

[...]

Sarah vuelve a estar embarazada en febrero de 1974. Dentro de la configuración profundamente depresiva en que se halla en esa época, este embarazo tiene, evidentemente, una repercusión muy fuerte en el ámbito simbólico, ya que esta nueva concepción ha ocurrido exactamente, día arriba día abajo, un año después de la anterior. Sarah es presa de temores supersticiosos («este niño que viene ha “matado” al anterior para poder existir») y, luego, de angustias autoinculpadoras (ha matado a su hija igual que había matado ya a su madre) y, finalmente, de manifestaciones de indignidad (se ve como una «madre imposible» y con certeza incapaz de dar la vida).

Este embarazo, que va a ser a la vez un calvario para la pareja y un martirio para Sarah, estará cuajado de incontables incidentes de los que la

terapia no desveló seguramente más que unos cuantos aspectos. Sarah intenta en varias ocasiones, ocultándose de su marido, provocarse un aborto. Podemos calibrar ese imperioso deseo psíquico de abortar por la violencia de los métodos a los que recurrió Sarah esa temporada... Dicho período incluye también dos IS que son otras tantas manifestaciones del rechazo al embarazo de una mujer joven que considera cada vez más al niño que va a nacer —y del que nunca duda que será un chico— como un intruso, alguien «ajeno a ella» que va adquiriendo poco a poco un aspecto abiertamente dañino, cruel e incluso diabólico. Este embarazo llega milagrosamente a término y el 13 de agosto da a luz a un niño llamado Frantz.

Objeto de sustitución simbólico, ese niño relegó rápidamente el duelo por los padres a segundo plano y potenció en su persona exclusivamente toda la agresividad de Sarah, cuyas formas de odio fueron frecuentes y manifiestas. La primera de esas manifestaciones se plasmó en un mausoleo que Sarah, en los primeros meses de vida de su hijo, edificó en memoria de la hija que había nacido muerta. El carácter mágico y oculto de las «mismas negras» que me confesó que celebraba en secreto en aquella época demuestran, caso de que fuera necesario hacerlo, el aspecto metafórico de su petición inconsciente: pide, según confiesa ella misma, a su «hija muerta que está en los cielos» que arroje al hijo vivo «a las llamas del infierno».

[...]

Sophie baja a hacer unas compras por primera vez desde hace semanas. Antes de salir, se ha mirado al espejo y se ha parecido feísima, pero ha disfrutado andando por la calle. Se siente libre. Podría irse. Eso es lo que va a hacer cuando todo esté en orden, se dice. Vuelve con una bolsa con cosas de comer. Lo suficiente para aguantar unos cuantos días. Pero sabe por instinto que no va a ser necesario.

Duerme. Sophie está sentada en una silla junto a la cama. Lo mira. No lee, no habla, no se mueve. La situación se ha invertido. Sophie no se lo puede creer. ¿De modo que era así de sencillo? ¿Por qué se ha desplomado así Frantz de golpe? Es como si se hubiera roto. Sueña. Se rebulle; ella lo mira como a un insecto. Llora en sueños. Lo odia tanto que a veces ya no siente nada. Entonces Frantz se vuelve algo así como una idea. Un concepto. Lo va a matar. Lo está matando.

En el preciso instante en que piensa: «Lo estoy matando», Frantz abre inexplicablemente los ojos. Como si hubieran apretado un interruptor. Mira fijamente a Sophie. ¿Cómo puede despertarse con lo que le ha dado? Ha debido de equivocarse... Frantz alarga la mano y la coge con firmeza por la muñeca. Sophie retrocede sin levantarse de la silla. Él la mira y la sujetta, pero sigue sin decir una palabra. Dice: «¿Estás ahí?». Sophie traga saliva: «Sí», susurra. Como si se hubiera

tratado de un simple paréntesis en el sueño, Frantz vuelve a cerrar los ojos. No duerme. Llora. Sigue con los ojos cerrados, pero las lágrimas corren despacio hasta llegarle al cuello. Sophie aguanta un poco más. Frantz se da la vuelta rabiosamente hacia la pared. Los sollozos le hacen estremecer los hombros. Pocos minutos después, su respiración se vuelve más lenta. Empieza a roncar bajito.

Sophie se levanta, vuelve a sentarse ante la mesa del salón y abre otra vez el cuaderno.

La pasmosa clave de todos los misterios. El cuaderno de Frantz describe con todo detalle el cuarto que tenía enfrente del piso en que vivía ella con Vincent. Todas las páginas son una violación, todas las frases son una humillación, todas las palabras son una crueldad. Tiene ante sí todo cuanto ha perdido, todo cuanto le ha robado, su vida entera, sus amores, su juventud... Se levanta y va a mirar el sueño de Frantz. Fuma encima de él. No ha matado más que una vez en la vida, al dueño de una hamburguesería, lo recuerda sin temor ni remordimientos. Y eso no es nada. Este hombre que duerme en su cama, cuando lo mate...

Aparece en el diario de Frantz la robusta silueta de Andrée. Pocas páginas más allá, la madre de Vincent rueda por las escaleras de su casa y se estrella al llegar abajo mientras Sophie está sumida en un sueño comatoso. Se mata de golpe... Andrée se cae por la ventana... Hasta ahora, Sophie le tenía miedo a su vida. Pero no calibraba cuánto espanto podía estar oculto entre los oscuros bastidores de su existencia. Se queda sin respiración. Cierra el cuaderno.

[...]

Se debe sin duda a la sangre fría de Jonas, a su resistencia psíquica y física y al lugar indudablemente positivo que conservó en la vida de su mujer el hecho de que el odio de Sarah no acarrease nunca ningún accidente con implicaciones médico-legales que afectase a su hijo. No obstante, debemos dejar constancia de que en esa época el niño padece malos tratos discretos por parte de su madre: menciona sobre todo pellizcos, cabezazos, miembros retorcidos, quemaduras, etcétera, que tendrá buen cuidado de que no salgan nunca a la luz. Sarah explica que tiene por entonces que luchar contra sí misma hasta el límite de sus fuerzas para no matar a ese niño en quien se condensa ahora todo el rencor que siente hacia la vida.

En el lugar que ocupa el padre, como ya hemos dicho, residirá la protección última que permitirá a ese niño sobrevivir ante una madre potencialmente infanticida. La mirada del padre impondrá a Sarah un comportamiento esquizoide: consigue, efectivamente, mediante una inmensa energía psíquica, interpretar un doble papel: brindarle los rasgos de una madre amorosa y atenta a un niño cuya muerte anhela en secreto. Este deseo

oculto se manifiesta en numerosos sueños en los cuales, por ejemplo, se condena al niño a localizar a sus abuelos en el campo de Dachau y a ocupar su lugar. En otras construcciones oníricas, al niño lo castran, le sacan las vísceras o incluso lo crucifican; o muere ahogado, abrasado o atropellado, las más de las veces entre espantosos sufrimientos que tienen sobre la madre un poder reconfortante y, por no andarnos con rodeos, liberador.

Paradójicamente, será incluso su propio hijo quien pase de estado de víctima (ignorante) al de verdugo (involuntario), ya que su existencia iba a ser, en sí misma e independientemente de su forma de comportarse, el desencadenante de la muerte de su madre.

[...]

Veinte horas después, Frantz se levanta. Tiene los ojos hinchados. Ha llorado mucho en sueños. Aparece en la puerta del dormitorio cuando Sophie está fumando en la ventana y mirando el cielo. Con los somníferos que lleva en el cuerpo, recorrer ese camino es obra exclusivamente de la voluntad. Sophie ha tomado el mando definitivamente. Acaba, en el transcurso de estas veinticuatro horas, de ganar la carrera molecular que han disputado los dos, uno contra otro. «Eres completamente heroico», dice fríamente Sophie, mientras Frantz trastabilla por el pasillo camino del retrete. Tirita según anda y le entran repentinos escalofríos que le recorren el cuerpo de pies a cabeza. Apuñalarlo ahí mismo, ahora mismo, sería sólo un requisito... Sophie va hasta el retrete y lo mira, sentado en la taza. Está tan débil que aplastarle la cabeza con lo primero que pillase sería facilísimo... Fuma y lo mira muy seria. Frantz alza la vista hacia ella.

—Estás llorando —hace constar Sophie, tragando una bocanada de humo.

Él le contesta con una sonrisa torpe, luego se levanta, agarrándose a las paredes. Va a tumbos por el salón hacia el dormitorio. Vuelven a cruzarse en la puerta de la habitación. Agacha la cabeza, como si titubease, aferrándose al marco de la puerta. Mira fijamente a esa mujer de ojos gélidos y titubea. Luego baja la cabeza y, sin una palabra, se echa en la cama, con los brazos abiertos del todo. Cierra los ojos.

Sophie vuelve a la cocina y saca el diario de Frantz, que había escondido en el primer cajón. Reanuda la lectura. Vuelve a vivir el accidente de Vincent, su muerte... Ahora sabe cómo se coló Frantz en la clínica, cómo, tras la hora de comer, fue a buscar a Vincent y rodeó, empujando la silla, el cuarto de los enfermeros. Cómo empujó la puerta de seguridad que daba a la escalinata principal. Sophie se imagina en una fracción de segundo la cara aterrada de Vincent, nota su impotencia en su propia carne. Y en ese momento decide que el resto del diario ya no le interesa. Cierra el cuaderno, se levanta, abre la ventana de par en par: está viva.

Y está lista.

Frantz duerme otras seis horas. Son más de treinta horas sin comer ni beber, sumido en un sueño comatoso. Sophie llega a pensar incluso que va a irse al otro barrio ahí, así. De un calentón. De una sobredosis. Se ha tragado dosis que habrían matado ya a personas menos resistentes. Tiene muchas pesadillas y Sophie lo ha oído muchas veces llorar en sueños. Ella ha dormido en el sofá. Y también ha abierto una botella de vino. Ha bajado a por más cigarrillos y a hacer unos recados. Cuando vuelve, Frantz está sentado en la cama y la cabeza, que le pesa demasiado, se le cae a un lado y al otro. Sophie lo mira sonriente.

—Ya estás listo... —dice.

Él contesta con una sonrisa torpe, pero no consigue abrir los ojos. Sophie se le acerca y lo empuja con la palma de la mano. Es como si le hubiera propinado un empujón tremendo con el hombro. Frantz se agarra a la cama y consigue seguir sentado, pero todo el cuerpo se le balancea en busca de un equilibrio, aunque sea inestable.

—Ya estás listo del todo... —dice Sophie.

Le pone una mano en el pecho y lo hace ceder sin dificultad. Frantz se echa. Sophie sale del piso llevando una bolsa de basura verde de buen tamaño.

Es el final. Ahora hace movimientos serenos, sencillos, resueltos. Una parte de su vida está concluyendo. Mira por última vez las fotografías, de una en una, las quita de la pared y las mete en una bolsa. Le lleva casi una hora. A veces se para un momento al llegar a esta o a aquella foto, pero ya no le duele tanto como la primera vez. Es como un álbum de fotos corriente en el que se encontrase, sin buscarlas, imágenes de su vida un tanto olvidadas. En ésa Laure Dufresne se está riendo. Sophie recuerda su rostro duro e inexpresivo cuando le puso delante las cartas anónimas que había fabricado Frantz. Habría que restablecer la verdad, habría que reparar, que lavarse de todo eso, pero esa vida ya le queda lejos. Sophie está cansada. Aliviada y distante. En esta otra está Valérie, que ha pasado el brazo por debajo del de Sophie y le dice algo al oído con sonrisa glotona. A Sophie se le había olvidado la cara de Andrée. Antes del día de hoy esa chica había tenido muy poca importancia en su vida. En esta foto le parece sencilla y sincera. Consigue soportar la imagen de su cuerpo cayéndose por la ventana de su casa. Luego Sophie ya no se para. En otra bolsa de basura reúne todas sus cosas. Volverlas a ver la trastorna más aún que las imágenes: reloj, bolso, llaves, libreta, agenda... Y cuando ya lo tiene todo recogido, coge el portátil y la última bolsa. Tira primero el portátil al gran contenedor verde y apila encima la bolsa con todas las cosas. Por fin vuelve al trastero, cierra la puerta y sube al piso con la bolsa de los papeles.

Frantz sigue durmiendo, pero parece estar entre dos aguas. Sophie pone en el

suelo del balcón la cacerola grande de hierro y empieza por quemar el diario, cuyas páginas ha arrancado a puñados. Luego, les llega el turno a las fotos. A veces la hoguera es tan alta que tiene que retroceder y tomárselo con paciencia antes de seguir adelante. Entonces se fuma un cigarrillo, pensativa, mirando cómo las imágenes se retuercen entre las llamas.

Al final, limpia a fondo la cacerola y la vuelve a poner en su sitio. Se da una ducha y empieza a preparar la bolsa de viaje. No piensa llevarse gran cosa. Coge lo mínimo que necesita para vivir. Ahora tiene que dejarlo todo atrás.

[...]

Postración, mirada fija, expresión de tristeza, de temor y, a veces, de terror, elaboración laboriosa, fatalismo ante la muerte, convencimiento de culpa, pensamientos supersticiosos, exigencia de castigo son algunas de las figuras del cuadro clínico de Sarah en 1989, cuando vuelven a hospitalizarla.

La confianza que nació entre Sarah y yo durante su estancia anterior permite afortunadamente recobrar un ambiente positivo que aprovecho para calmar, objetivo primordial, las manifestaciones de aversión, de asco y de aborrecimiento que manifiesta en lo referido a su hijo, muestras tanto más agotadoras cuanto que siempre ha conseguido disimularlas con éxito, al menos hasta el IS que ha traído consigo otro internamiento. Por entonces, lleva más de quince años reprimiendo bajo la apariencia de una madre cariñosa un aborrecimiento que se ha convertido en visceral y los deseos de asesinar a su hijo.

[...]

Sophie deja la bolsa junto a la puerta de la calle. Como tras una estancia en la habitación de un hotel, da una vuelta por el piso, cambia esto, ordena lo otro, da unas palmaditas a los almohadones del sofá, pasa una esponja otra vez por el hule espantoso de la mesa, pone en su sitio los cacharros que faltaban por colocar. Luego abre el armario empotrado y saca una caja que coloca encima de la mesa del salón. De la bolsa de viaje coge un frasco lleno de cápsulas azul claro. Tras abrir la caja, saca el vestido de novia de Sarah, acude junto a Frank, que sigue profundamente dormido, y empieza a desnudarlo. Es una tarea dificultosa porque un cuerpo tan pesado como el suyo es algo así como un muerto. No le queda más remedio que girarlo varias veces hacia un lado y luego hacia el otro. Por fin está en cueros; Sophie le levanta las piernas, por turnos, y las mete por el vestido; le da otra vez la vuelta y sube el vestido por las caderas. Al llegar a ese punto, la cosa se pone más difícil; el cuerpo de Frantz es demasiado voluminoso para caber en el vestido hasta los hombros.

—No pasa nada —dice Sophie, sonriente—. No te preocupes.

Ha necesitado casi veinte minutos para llegar a un resultado satisfactorio. Ha

tenido que sacar las costuras de ambos lados.

—Lo ves —susurra—. No había que preocuparse.

Retrocede para ver el efecto. Frantz, cubierto, más que vestido, con el ajado traje de novia está sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared, la cabeza caída de lado, inconsciente. El vello del pecho le asoma por el escote redondo. El efecto es sobrecededor y completamente patético.

Sophie enciende el último cigarrillo y se apoya en el marco de la puerta.

—Estás guapísimo —dice, sonriendo—. Ganas me dan de hacerte alguna foto...

Pero ya es hora de acabar con todo esto. Va a buscar un vaso y una botella de agua mineral, saca los barbitúricos y, de dos en dos, a veces de tres en tres, se los pone en la boca a Frantz y lo obliga a beber.

—Lo mejor para tragar...

Frantz tose, regurgita a veces, pero al final traga. Sophie le administra doce veces la dosis letal.

—Lleva tiempo, pero merece la pena.

Al final, hay mucha agua en la cama, pero Frantz se ha tomado todos los comprimidos. Sophie retrocede. Mira el cuadro y le parece digno de Fellini.

—Falta un toquecito...

Va a buscar una barra de labios a la bolsa de viaje y vuelve.

—A lo mejor el color no hace juego del todo, pero bueno...

Le pinta primorosamente los labios a Frantz. Se sale ampliamente por arriba, por abajo y por los lados. Retrocede para ver el efecto: una cara de payaso con traje de novia.

—Perfecto.

Frantz gruñe, intenta abrir los ojos, lo consigue penosamente. Quiere decir algo, pero renuncia enseguida. Empieza a gesticular nervioso y luego se desploma.

Sin una mirada, Sophie coge la bolsa de viaje y abre la puerta del piso.

[...]

Es precisamente de su hijo de quien habla sobre todo Sarah durante la terapia: el aspecto físico del muchacho, su inteligencia, sus modales, su vocabulario, sus gustos..., todo le vale para asentar la repulsión que siente por él. En consecuencia, se hace muy necesario preparar mucho las visitas que el hijo viene a veces a hacerle a la clínica, con la ayuda comprensiva del padre, muy afectado ya por todos los malos tragos de los últimos años.

Por lo demás, fue la visita del hijo el factor que desencadenó el suicidio, el 23 de septiembre de 1989. En los días anteriores, Sarah manifestó en repetidas ocasiones el deseo de que «no vuelvan a ponerla en presencia de [su] hijo». Afirma su incapacidad física para proseguir ni un segundo más con aquel espantoso engaño. Sólo una separación definitiva, explica, puede quizá permitirle sobrevivir. La presión involuntaria de la clínica, el

sentimiento de culpa, la insistencia de Jonas Berg mueven a Sarah a tolerar pese a todo esa visita, pero, por una violenta reversión de la agresividad contra sí misma, cuando su hijo acaba de salir de la habitación, Sarah se pone su vestido de novia (homenaje simbólico al marido cuyo apoyo no le faltó nunca) y se tira por la ventana del quinto piso.

El informe de la gendarmería, que realizó el 23 de septiembre de 1989, a las 14.35, el brigadier J. Bellerive, de la gendarmería de Meudon, se halla archivado en el expediente administrativo de Sarah Berg con el número: JB-GM 1807.

Dra. Catherine Auverney

Sophie se da cuenta de que lleva mucho sin fijarse en qué tiempo hace. Y hace bueno. Cruza la puerta acristalada del edificio y se detiene un momento en las escaleras de la fachada. Sólo le quedan cinco peldaños por bajar para entrar en su nueva vida. Va a ser la definitiva. Deja la bolsa a sus pies, enciende un cigarrillo, pero se arrepiente en el acto y lo aplasta. Tiene ante sí unos treinta metros de asfalto y, algo más allá, el aparcamiento. Mira el cielo, coge la bolsa, baja las escaleras y se aleja del edificio. El corazón le late deprisa. Le cuesta respirar, como después de un accidente evitado por los pelos.

Lleva andados unos diez metros cuando, de repente, oye su nombre, muy por encima de su cabeza.

—¡SOPHIE!

Se vuelve y mira hacia arriba.

En la ventana del quinto piso está Frantz, con el vestido de novia puesto, de pie en el balcón, por encima de ella. Ha saltado la barandilla y cuelga en el vacío. Se agarra con la mano derecha al antepecho.

Se bambolea, inestable. La mira. Dice más bajo:

—Sophie...

Luego se tira, con fiera determinación, como quien salta de un trampolín. Abre de par en par los brazos y su cuerpo, sin un grito, se estrella a los pies de Sophie. Hace un ruido espantoso y siniestro.

SUCESOS

Un hombre de treinta y un años, Frantz Berg, se arrojó anteayer por una ventana del quinto piso de la urbanización Les Petits-Champs, donde vivía. Falleció en el acto.

Se había puesto, para matarse, el vestido de novia de su madre, quien, curiosamente, halló la muerte en condiciones idénticas en 1989.

Padecía depresiones crónicas y se arrojó por la ventana en presencia de

su joven esposa cuando ésta estaba saliendo para ir a pasar el fin de semana con su padre.

La autopsia reveló que había tomado somníferos y una gran cantidad de barbitúricos cuya procedencia se desconoce.

Su mujer, Marianne Berg, de soltera Leblanc, de treinta años, hereda la fortuna de la familia Berg. Su marido, en efecto, era hijo de Jonas Berg, el fundador de la cadena de autoservicios Point Fixe. El joven había vendido la empresa hace unos años a una multinacional.

S. T.

patito.feo@msn.fr Conectado.

gran_manitu@neuville.fr Conectado.

—¿Papá?

—Patito mío... ¿Qué, te has decidido ya?

—Sí, he tenido que darme mucha prisa, pero no lo lamento: voy a seguir siendo Marianne Berg. Me ahorro procedimientos legales, explicaciones, justificaciones y periódicos. Me quedo con el dinero. Voy a construirme una vida totalmente nueva.

—Bien... Eso tienes que decidirlo tú.

—Sí...

—¿Cuándo te veo?

—Tengo que rematar unos trámites, uno o dos días más. ¿Quedamos en Normandía, como habíamos dicho?

—Sí. Pasaré por Burdeos, como ya te expliqué, es lo más seguro. Tener una hija desaparecida oficialmente me obliga a unos retorcimientos para los que ya estoy muy mayor...

—Muy mayor, muy mayor... Lo dices como si estuvieras mayor de verdad.

—No intentes engatusarme...

—Te tengo ya muy engatusado...

—Eso es cierto...

—¡Oye, papá, sólo una cosa!...

—Dime.

—El archivo de mamá... ¿Sólo había lo que me diste?

—Sí. Pero... todo eso ya te lo había explicado, ¿no?

—Sí. ¿Y?...

—Y..., y... había esa nota, esa «ficha clínica», nada más. Sólo la página que te di... Por cierto, que ni sabía que estaba ahí.

—¿Estás seguro?

—...

—¿Papá?

—Sí, estoy seguro. Esa ficha en circunstancias normales no habría debido estar

ahí: tu madre vino aquí a trabajar unos días antes de que la hospitalizasen por última vez y se dejó la cajita con fichas de cartulina que se llevaba a todas partes. Debería haberse entregado todo a sus socios, pero se me olvidó y, luego, ya no me volví a acordar. Hasta que tú me hablaste de nuevo de todo esto...

—Pero... ese archivo, el DE VERDAD, los resúmenes de las sesiones, todas esas cosas, ¿dónde fueron a parar?

—...

—¿Dónde fueron a parar, papá?

—Pues... Después de morirse tu madre, supongo que se quedaron con ello sus socios... Ni siquiera sé qué pinta tienen esas cosas... ¿Por qué?

—Porque entre las cosas de Frantz encontré algo muy raro... Un documento de mamá...

—¿... acerca de qué?

—Es un documento que refiere el caso de Sarah Berg. Con todo detalle. Es bastante curioso. No son notas de trabajo, es un informe. Dirigido a Sylvain Lesgle, y me pregunto por qué. Lleva fecha de finales de 1989. No sé cómo se hizo con él Frantz, pero para él debió de ser una lectura muy penosa... ¡e incluso más que penosa!...

—...

—¿De verdad que no te suena de nada, papá?

—No, en absoluto.

—¿No me preguntas qué decía?

—Me has dicho que hablaba del caso de Sarah Berg, ¿no?

—Ya veo. En realidad, es muy curioso viniendo de mamá...

—¿...?

—Lo he leído MUY despacio, y puedo asegurarte que es de todo menos profesional. Se llama: «Balance clínico» (¿habías visto alguna vez algo por el estilo?). Queda profesional a primera vista, no está mal hecho, por lo demás; pero si se mira bien... ¡es una chapuza!

—¿...?

—Presuntamente, es el relato del caso de Sarah Berg, pero hay un galimatías seudopsiquiátrico muy curioso..., palabras, expresiones tomadas claramente de enciclopedias, de obras de vulgarización. La parte biográfica de la paciente, salvo lo que puede encontrarse en Internet acerca de su marido, por ejemplo, es tan rudimentaria que podría haberla escrito alguien que no la hubiera visto en la vida: bastaría con saber dos o tres cosas acerca de ella, para escribir ese batiburrillo psiconosequé...

—Ah...

—Es COMPLETAMENTE fantasioso, pero cuando no se sabe mucho del asunto, resulta muy creíble...

—...

—En mi opinión (¡puedo estar equivocada!) esa biografía de Sarah Berg es una invención de cabo a rabo.

—...

—¿Tú qué opinas, papaíto?

—...

—¿No dices nada?

—Bueno, mira... Sabes..., la forma de hablar de los psicoanalistas nunca fue lo mío... Lo mío es más bien la arquitectura y las obras públicas...

—¿Y?...

—...

—¡Eh, oye!

—Pues... mira, patito... Hice lo que podía...

—¡Huy, papá!...

—Sí, bueno, lo reconozco: me quedó un tanto aproximativo...

—¡Explícate!

—Lo poco que descubrimos en esa «ficha clínica» nos decía lo esencial: Frantz debió de estar mucho tiempo soñando con vengar la muerte de su madre matando a la tuya. Y como se quedó sin ello, trasladó a ti su odio.

—Eso está claro.

—Me pareció que era algo que podía utilizarse como palanca. Y de ahí me vino la idea de ese informe. Para debilitar un poco al muchacho... Necesitabas ayuda.

—Pero... ¿cómo lo encontró Frantz?

—Me aseguraste que nos observaba muy atentamente. Almacené en el garaje unas cajas que se suponía que eran el archivo de tu madre. Luego dejé la puerta lo bastante abierta... Me esforcé un poco para fabricar un archivo algo antiguo y en la letra B metí el documento que le había preparado. Reconozco que la redacción era bastante... aproximativa.

—Aproximativa... ¡pero MUY eficaz! ¡El tipo de documento que deprimiría a cualquier hijo, sobre todo si está muy apegado a su madre! ¡Y tú lo sabías!

—Digamos que era algo lógico.

—No me lo puedo creer... ¿Hiciste eso?

—Ya lo sé... Está muy mal...

—Papá...

—Y ¿qué has hecho con eso? ¿Se lo diste a la policía?

—No, papá. No lo he conservado. No estoy loca.